La historia olvidada de la guerra de Texas
después de su independencia, 1835-1846

José Roberto Campos Cordero



La historia olvidada de la guerra de Texas después de su independencia, 1835-1846

José Roberto Campos Cordero

Campos Cordero, J. R. (2026). *La historia olvidada de la guerra de Texas después de su independencia, 1835-1846*. Instituto Mora.
DOI: https://doi.org/10.59950/IM.202

Esta obra está bajo una licencia internacional
Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

La historia olvidada de la guerra de Texas
después de su independencia, 1835-1846

José Roberto Campos Cordero

historia internacional

Ciencia y Tecnología
Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación

45 Aniversario

Instituto Mora

CIP. INSTITUTO MORA. BIBLIOTECA ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

NOMBRES: Campos Cordero, José Roberto.

TÍTULO: La historia olvidada de la guerra de Texas: después de su independencia, 1835-1846 / José Roberto Campos Cordero.

DESCRIPCIÓN: Primera edición | Ciudad de México : Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2026 | Serie: Colección Historia. Serie Historia internacional.

PALABRAS CLAVE: México | Texas | Guerra de Texas | República de Texas | Anexión de Texas | Noreste de México | Frontera México-Estados Unidos | Siglo XIX.

CLASIFICACIÓN: DEWEY 976.4 CAM.h | LC F1232 C3

Ilustraciones de portada: Henry Schenck Tanner y Stephen F. Austin, Map of Texas with parts of the adjoining states, Philadelphia, H. S. Tanner, 1837, en Library of Congress, Geography and Map Division, en <https://www.10c.gov/item/20016220941>.

Este libro fue evaluado por el Consejo Editorial del Instituto Mora y se sometió al proceso de dictaminación en el sistema de doble ciego, siendo aprobado para su publicación.

Primera edición, 2026

D. R. © Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac,
03730, Ciudad de México
Conozca nuestro catálogo en <www.mora.edu.mx>

ISBN 978-968-9749-44-8 PDF acceso abierto
ISBN 978-968-9749-45-5 IBD

Hecho en México
Made in Mexico

ÍNDICE

Agradecimientos 7

Introducción 11
La paradoja de Polibio 13
La guerra olvidada 17
Mapa del libro 23

I. El sueño de Texas. Una revolución territorial, 1763-1835 27
La vuelta de siglo 29
Los visitadores posborbones 43
El sueño texano 64
La historiadora de la frontera 77

II. Armas sobre Texas, 1836 95
Hijos de la guerra 97
Inmersión en el Noreste: bagaje, alojamiento y leva 112
Sentimientos y (des)honor: guerra inhumana entre David y Goliad 122
El efecto péndulo 133
Retirada 143

III. Incertidumbres y sentimientos, 1836-1838 147
Un juicio en Nueva Orleans 151
El sentimiento público vale un reino 162
Los demás prisioneros 179

Los agentes británicos llegan a Texas 192

IV. La guerra jurisdiccional, 1836-1840 212
Las jurisdicciones militares 219
La guerra viva de frontera *vs.* la guerra de Texas 226
El Ejército del Norte *vs.* las Villas del Norte 233
La rebelión del noreste 240

V. Guerra de fronteras, 1840-1846 248
Epopeyas paralelas en la franja del Nueces 249
Las repúblicas independientes del Golfo de México 272

Conclusión. Una guerra sin final 289

Bibliografía 297

Sobre el autor 319

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y a su comunidad por haberme recibido en su distinguido programa de maestría en Historia Moderna y Contemporánea, durante el cual realicé esta investigación. Siempre recordaré con cariño mi tiempo en los pasillos de la vieja casona de Gómez Farías y el solemne exconvento. Al CONAHCYT, y a todos los contribuyentes, por haberme proveído con una beca para mi manutención.

A la doctora Ana Rosa Suárez por haber creído en el prospecto de este libro y por su cuidadosa lectura. Al doctor Gerardo Gurza por sus comentarios siempre pertinentes, consejos y enseñanzas sobre la historia de Estados Unidos. A la doctora Ivonne Meza por haberme enseñado la historia de las emociones y sus conceptos. A la doctora Beatriz Rojas y al doctor Alfredo Pureco por sus lecciones sobre la cultura jurisdiccional y otros temas relacionados con el territorio. Al doctor Luis Jáuregui por señalarme a la institución del bagaje. Al doctor Peter Guardino por preguntar por el destino de los prisioneros de la batalla de San Jacinto. A todos los profesores e investigadores que me enseñaron, comentaron y formaron, incluyendo a Laura Suárez de la Torre, Enriqueta Quiroz, Erika Pani, Carlos Becerril, Héctor Strobel, Óscar Zárate, por mencionar sólo algunos. A Josefina Zoraida Vázquez, cuyo trabajo ha sido fundacional para esta y muchas otras investigaciones.

Al personal que me atendió en todos los archivos consultados en México y Estados Unidos. A Matthew Butler y demás organizadores de la XVI Reunión de Mexicanistas y la beca Adrián Bantjes, que me permitieron visitar los archivos en la Universidad de Texas en Austin.

A Brian Stauffer por explicarme la organización de las colecciones de aquella ciudad, gracias a lo cual pude encontrar documentos muy valiosos. Asimismo, a los esfuerzos loables de digitalización realizados por muchos acervos en los últimos años. Al doctor Sam Haynes, a quien conocí en el primer congreso de la Alianza por Texas, que concuerda con la necesidad de repensar el periodo de la independencia de Texas y cuyo trabajo ha sido pionero.

Por último, pero no menos importante, a mi familia y amigos por su compañía y apoyo. A mi amada Marisa por su cariño incondicional, mis padres y hermano por su soporte constante. A los tres García y a mis compañeros de maestría por su camaradería y enseñanzas. A John y Héctor por su amistad.

Dedicado a la memoria de Alejandro Campos Lamas.
Entrañable y amado tío, historiador, campañero y maestro.
En paz descanse.

INTRODUCCIÓN

La guerra de Texas duró más de diez años. A los ojos de sus contemporáneos fue un conflicto que se desenvolvió por toda una década después de 1835, de forma más notoria que discreta. Como cualquier otro fenómeno de esa clase, tuvo efectos tangibles por todas partes, incluyendo la configuración del territorio, las instituciones políticas, los mercados, las relaciones internacionales y, lo que a final de cuentas es lo más relevante, la vida de muchas personas. A pesar de ello, no se ha escrito una historia íntegra de todo su transcurrir, porque se puso el punto final en el lugar equivocado. Por eso, la preocupación principal de este libro es reconstruir la historia olvidada de la guerra de Texas.

Las periodizaciones son guías temporales y espaciales indispensables para navegar y dar sentido a nuestro pasado, pero en el caso entre manos han puesto un velo a la huella profunda de un largo y costoso conflicto. La versión más común de la historia que se enseña y escribe es la de la revolución y/o independencia de Texas. Se trató de una revuelta que inició en González en octubre de 1835 y terminó tras la batalla de San Jacinto del 21 de abril de 1836, la captura dos días después de Santa Anna, general en jefe y presidente de México y la firma del mal llamado "tratado" de Velasco. Esto es, en algún momento en la construcción de la historiografía de la nación mexicana y estadunidense se formó la idea de que la guerra de Texas fue un epítome picaresco de Santa Anna, una campaña en 1836 que terminó con la captura y rendición del caudillo en

manos de los "texanos"[1] y con su inevitable independencia. Aunque se ha revisitado la primera parte del siglo XIX en México, esta periodización sigue siendo una noción casi implícita en nuestro bagaje histórico.

Sin embargo, cualquiera que se acerque al tema pronto caerá en cuenta de que para sus contemporáneos fue la *primera* de varias campañas de lo que llamaron la "guerra de Texas".[2] Un fenómeno con varias décadas de antecedentes que concluyó muchos años después, con la anexión de Texas a Estados Unidos y la guerra de 1846. Como ya ha venido ocurriendo desde el decenio de 1990, con la renovación de los estudios sobre la primera parte del siglo XIX, es necesario repensar la periodización de esta guerra.[3] No sólo porque eso sea más correcto, sino por la confusión que la actual acarrea. Es preciso aclarar y recorrer la duración completa del conflicto, esto es, hasta la guerra de 1846. Fue hasta entonces que acabó formalmente, cuando Estados Unidos incorporó Texas. Eso obedece más a lo que hay en los archivos y periódicos de la época y a cómo lo vivieron los contemporáneos. Además, permite arrojar nuevas luces sobre varios aspectos del periodo, por la importancia que el conflicto tuvo en su contexto. Entre estos se encuentra, antes que nada, a las fuerzas armadas y su relación con la sociedad. Pero también la historia del territorio, las relaciones internacionales, la construcción de discursos nacionales, la importancia de la incertidumbre y las emociones en la guerra y las dinámicas sociopolíticas.

[1] A lo largo del texto, usaré tejano para referirme a los habitantes hispanohablantes y texano para los angloparlantes. Es importante tener claro que los segundos no siempre hacen referencia a colonos ya establecidos en Texas. Durante el periodo estudiado, una buena parte de ellos fueron grupos de voluntarios recién llegados de Estados Unidos, cuya principal motivación era conseguir tierras y fortuna. Esto es, muchos constituían lo que en la época llamaban GTT, "gone to Texas" (idos a Texas), con fama de haber escapado de alguna deuda o crimen de su lugar de origen. Montejano, *Anglos and Mexicans*, 1987, p. 15, y Nance, *After San Jacinto*, 1963, pp. 15-20.

[2] Véanse, por ejemplo, Filisola, *Memorias para la historia*, 1849 y *Análisis del diario*, 1838, y Martínez Caro, *Verdadera idea*, 1837.

[3] En la historiografía mexicana, este periodo era parte de la "era de Santa Anna", pasó a la república centralista (1835-1846), que a su vez ha sido dividida en la transición (1834-1835), el régimen de las Siete Leyes (1835-1841), la dictadura de Santa Anna (1841-1843), las Bases de Tacubaya (1843-1846) y la dictadura de Paredes y Arrillaga (1846). Campos, "reseña de El poder judicial", 2023, p. 173. La guerra de Texas se inició en plena transición al periodo de la república centralista y se desarrolló mientras duró. En la historiografía texana sigue prevaleciendo el mito de la independencia de Texas que establece un corte radical en 1836. Sólo el trabajo de Haynes, *Unsettled Lands*, 2022, ha cuestionado el "canon tradicional".

Como escribió Ana Rosa Suárez, a pesar de que para muchos la pérdida de Texas era inevitable, México sostuvo su derecho al territorio y se negó a reconocer a la nueva república, aún después de que Estados Unidos lo hiciera en 1837 y las potencias europeas en 1842. Aunque la situación en el país era muy desfavorable, también es cierto que la naciente república de la estrella solitaria seguía siendo una sociedad de frontera sin cimientos estatales sólidos. Por eso Lorenzo de Zavala era partidario de la anexión a Estados Unidos. Creía que "con dificultad Texas puede sola marchar entre las otras naciones independientes".[4] Stephen Austin era de la misma opinión.[5] Sin embargo, por su debilidad, podría decirse que la reconquista de la provincia rebelde no estaba fuera del espectro de posibilidades que los contemporáneos podían vislumbrar, en especial durante los primeros años del conflicto.[6]

LA PARADOJA DE POLIBIO

La retrospectiva puede ser un sesgo poderoso. Nos vemos tentados a asumir que San Jacinto, los tratados de Velasco y la secesión de Texas fueron una conclusión lógica, inevitable, del devenir histórico. Sólo falta dilucidar sus "causas" para reconstruir los acontecimientos. Olvidamos la incertidumbre del momento, un ingrediente esencial de todo el fenómeno, de la sucesión de acontecimientos y de las vicisitudes de los sujetos envueltos. Tal vez eso explica la poca atención a la guerra de Texas, también llamada "la cuestión de Texas", y a la continuación del complejo

[4] "Zavala, Lorenzo de, carta a J. A. Mexía. Velasco, 26 de mayo de 1836" en Benson Latin American Collection (BLAC), W. B. Stephens Collection, ítem WBS 2098.

[5] "Espero que Texas se anexione a los Estados Unidos, porque creo que es el modo más eficaz y rápido de proporcionar a sus habitantes seguridad y estabilidad con el gobierno civil". Stephen Austin al general Gaines, Digital Austin Papers (en adelante DAP) [consulta: 27 de febrero de 2024].

[6] Texas utilizó la amenaza de la reconquista mexicana como una herramienta de negociación con Estados Unidos. Aunque para México era complicado hacer efectivas las amenazas, había una sensación de peligro real en Texas, que seguía "siendo una comunidad de frontera, en la que unos cuantos plantadores exportaban su algodón a cambio de bienes importados, mientras la mayoría practicaba una agricultura de subsistencia y ejercía el trueque. Carecían de moneda, de industria, de vida urbana. Padecieron de inflación, devaluación y un erario vacío. Junto con la constante amenaza mexicana, la falta de reconocimiento de las grandes potencias europeas [hasta 1841] los hizo depender en forma creciente de su vecino del norte a través del comercio, los préstamos y la especulación de sus tierras". Suárez, "Los temores de Texas", 1987, pp. 177-185.

fenómeno geopolítico que se desató a partir de 1835. Quizá los historiadores al sur del Bravo también tengamos internalizada, a nuestra manera, la creencia en el destino manifiesto de Estados Unidos. Después de todo, la "ciudad sobre la colina" no sólo terminó arrebatando gran parte de la masa continental de Norteamérica a México. A finales del siglo XIX emergió como una potencia industrial y en el siglo XX como potencia mundial. Vista desde el presente, la anexión de Texas parece inevitable: un pequeño paso en el ascenso ineludible de Estados Unidos.

Podríamos denominar este efecto "la paradoja de Polibio". El historiador de la antigua Grecia escribió sus *Historias* alrededor de la pregunta: "¿cómo fue derrotado casi todo el universo en cincuenta y tres años no cumplidos y cayó bajo el imperio indisputado de los romanos?"[7] Para responder tomó en cuenta la admirable "constitución política" y "los medios sumamente razonables" con los que estos últimos lograron su imperio. Pero la verdadera maravilla para Polibio era lo que llamaba la "Fortuna", una fuerza divina que inclinó todos los acontecimientos del mundo para que tendieran a "un único y sólo fin".[8] De esta forma, la historia trata de explicar una profecía cumplida. Este efecto, consciente o inconsciente, define cómo se ha escrito la historia de la independencia de Texas. En Norteamérica, incluyendo México, derrotado como los griegos de Polibio, el fenómeno se ha enseñado y entendido principalmente a partir de su resultado y de la idea de su inevitabilidad. Con excepción de parte de la historia profesional producida en Texas desde el siglo XX y algunos especialistas en México, pocos cuestionan o matizan la inevitabilidad.[9]

[7] Polibio, *Historias*, 1991, libro I, p. 56, § 5.

[8] *Ibid.*, libro I, p. 60, § 4.

[9] Lars Schoulz resume la corriente interpretativa dominante de la historiografía, que considera a los factores demográficos y las afinidades culturales como causas estructurales que hicieron inevitable la separación: "No fue la diplomacia, sino la demografía la que acabó con la soberanía de México sobre Texas. En 1830 la política de 'mexicanización' había fracasado y México había prohibido nuevas colonizaciones, pero para entonces el gobierno de la lejana Ciudad de México había perdido el control de la población anglosajona de Texas. Tal vez porque ahora superaban en número a su anfitrión, los nuevos texanos no vieron la necesidad de asimilarse a la sociedad mexicana. Mantuvieron su cultura anglo, incluyendo no sólo su lengua y religión, sino también su economía esclavista. Sus lazos financieros vinculaban naturalmente a Texas con el sur de Estados Unidos." Schoultz, *Beneath the United States*, 1998, p. 21. Estos factores fueron de mucho peso, pero hay que matizarlos. Como muestro en el primer capítulo, el proyecto de colonización en Texas enfrentó varios desafíos importantes en esos años, particularmente las epidemias de cólera y fiebre amarilla, la escasez de vapores y otros problemas de transporte por los bancos de los ríos. Y como lo prueba el segundo capítulo, durante el *runaway scrape* (la huida

Si bien México tenía pocas esperanzas de reconquista, la postura que tomó sí podía generar suficiente presión en Estados Unidos y en la esfera internacional para dificultar la incorporación de Texas a la Unión americana. Al conflicto interno por las circunstancias geopolíticas de esa provincia y la posibilidad de su reconocimiento y luego de su anexión, se le nombró "the Texan question". Tocaba uno de los nervios principales de la política estadunidense de la época: el conflicto político entre los estados del Norte y Sur. Muchos abolicionistas del norte secundaban las acusaciones del gobierno mexicano, que veía a la revolución como un complot del gobierno de Andrew Jackson y los intereses de la "slavocracy". Estos rumores, que circularon en los periódicos de la época, junto al hecho de que numerosos estadunidenses se habían ido de "voluntarios" para apoyar la independencia de Texas y de que otros tantos habían ayudado con armas y recursos, ponía a la administración jacksoniana en una posición muy incómoda como para reconocer la independencia inmediatamente, más cuando todavía no estaba asegurada.[10] Aunque el reconocimiento llegó el 6 de marzo de 1837, después de varios retrasos, el prospecto de la anexión, en palabras de William Wharton, comisionado texano en Washington: "agitará a esta unión más de lo que la agitan el compromiso de Missouri, el abolicionismo y la crisis de la nulificación juntas […] tan pronto se levantó el prospecto inició una guerra violenta".[11] Los estados del Norte se opusieron a la anexión, en parte para evitar que los sureños esclavistas ganasen un estado más que les daría ventaja en las elecciones de los legisladores y el presidente. Además de Benjamín Lundy, el expresidente John Quincy Adams fue uno de los

---

masiva frente el avance de la primera campaña mexicana) en marzo y abril de 1836, las colonias estuvieron al borde del precipicio. Los hechos pudieron haberse desenlazado de muchas formas distintas, aun asumiendo que, a largo plazo, el expansionismo estadunidense triunfaría.

[10] Nelson, "Britain and the annexation", 1964, pp. 16-26, y Rather, "Recognition of the Republic of Texas", 1910, pp. 155-256. En diciembre de 1836, Andrew Jackson recomendó retrasar una vez más el reconocimiento de Texas. En sus palabras, "al menos hasta que el tiempo o el curso de los eventos demuestren, fuera de cualquier duda o disputa, la habilidad de la gente de ese país para mantener su soberanía y su propio gobierno". Barker, "President Jackson", 1907, pp. 788-809.

[11] Carta de W. Wharton a Stephen Austin, 11 de diciembre, *Austin Papers*, citado por Rather, "Recognition of the Republic of Texas", 1910, p. 233. El compromiso de Missouri de 1820 se refiere al establecimiento del paralelo 36°30' como la línea divisoria entre estados esclavistas y libres. El abolicionismo, al movimiento que surgió en Europa occidental y Estados Unidos a finales del siglo XVIII en contra de la esclavitud. La crisis de la nulificación al conflicto entre Carolina del Sur y el gobierno federal, en el que la primera declaró inválidas las tarifas aprobadas por el segundo, la cual estuvo cerca de provocar una intervención directa de tropas federales.

voceros principales en el Congreso en contra de la anexión de Texas porque sería un estado esclavista.[12]

Todo lo que sucedió después de 1836 fueron más que sólo secuelas de una historia ya escrita. Por un lado, la guerra sí se volvió a materializar de forma significativa en acciones armadas durante los siguientes diez años. Además de un estado de escaramuzas intermitentes pero constantes en la franja del Nueces y las costas del Golfo de México, hubo enfrentamientos equiparables a los de 1836 en 1842 y 1843. Por otro, hay que entender que la guerra y los ejércitos no son sólo las acciones armadas. Son fenómenos multidimensionales que trascienden los choques cinéticos entre ejércitos, las estrategias y objetivos de los generales, como Peter Guardino mostró con su influyente libro sobre la guerra de 1846, *Dead march* (La marcha fúnebre).[13] Una guerra implica reclutamiento, transporte, financiación, alimentación y socialización. Los estados de tensión, movilización y conflicto armado tienen efectos profundos en las sociedades involucradas, en su conjunto y de forma diferenciada en cada uno de sus miembros, más aun cuando se prolongan en el tiempo. Además, producen cargas emocionales, especialmente animosidad, que se prolongan en el tiempo y junto con la incertidumbre sobre el desenlace del conflicto, se convierten en un factor más de su desarrollo.

La guerra de Texas atravesó por distintas etapas, involucró a una gran variedad de actores y produjo una gran cantidad de papeles. El primer desafío para estudiarla es la abundancia de fuentes. Cuando en 2017 comencé a investigar lo que entonces concebía como la guerra de Texas –la campaña del Ejército de operaciones al mando de Antonio López de Santa Anna–, mi preocupación era que las evidencias fuesen escasas.[14] No pude estar más equivocado. A la inversa, surgió la necesidad de filtrar la gran cantidad y variedad de documentación que el conflicto originó, la mayor parte de la cual es posterior a San Jacinto. En realidad, ya teniendo claro que la revolución/independencia de Texas fue el origen de la guerra, pero no su fin, los materiales que dan cuenta de ella siguieron acumulándose. No es un fenómeno olvidado por falta de evidencia.

[12] Torget, *Seeds of Empire*, 2015, pp. 177-185; Rather, "Recognition of the Republic of Texas", 1910, p. 233, y Rathbun, "The ebate over annexing", 2001, pp. 459-493.

[13] Guardino, *The dead march*, 2017.

[14] Campos, "El ejército de operaciones", 2020.

El segundo desafío, relacionado con el primero, es delimitar el tema. Por lo poco que se ha estudiado exclusivamente y en toda su extensión, era necesario escribir su historia de la manera más completa e integral posible. Ahora bien, dado el anglocentrismo que caracteriza a la historia de Texas después de 1836,[15] la investigación priorizó a los aspectos mexicanos y tejanos, sin dejar de mencionar los elementos texanos, estadunidenses e internacionales, que ya son más conocidos. Incluso con esa delimitación fue imposible acotar los diez años de historia. El siguiente criterio fue dar preferencia a los temas e individuos que se podían hilar de forma más fina gracias a las fuentes disponibles. El objetivo fue encontrar el balance entre los detalles que enriquecen a cualquier narración histórica y una visión general de todo el proceso histórico. Aun así, varios episodios y actores importantes quedaron sólo brevemente delineados, como fue el caso, por ejemplo, de la suerte de comunidades indígenas y afrodescendientes durante todo el fenómeno. Espero que otros colegas se animen a llenar aquellas lagunas y a debatir los argumentos presentados.[16] Aquí la meta fue ofrecer el mínimo necesario indispensable para esbozar un paisaje completo sin sacrificar su profundidad.

LA GUERRA OLVIDADA

Nada de mucha relevancia parecía suceder en la necia guerra que México sostenía con Texas después de 1836 y los supuestos "tratados de Velasco". El resto de su historia quedó en el olvido, a diferencia de la primera parte, algo poco común hablando de guerras nacionales. En los libros de texto y buena parte de las historias generales de México, la guerra después de San Jacinto aparece dentro del capítulo que comúnmente inicia en 1824 y termina en 1848 con la guerra con Estados Unidos, en un párrafo a lo mucho, quizá un par de líneas o una nota al pie. Es posi-

[15] Los esfuerzos dentro de la historiografía de Texas por desmitificar la narrativa tradicional de la independencia y el conflicto posterior han sido muy limitados aún. El trabajo de Sam Haynes, en particular *Unsettled land*, 2022, ha comenzado a desarrollar una historia fuera de aquellos andamiajes tradicionales, reconociendo la duración del conflicto más allá de 1836 y presencia de hispanos, indígenas, afrodescendientes y europeos más allá del manto de "texans" representados por una serie de hombres blancos notables.

[16] Todavía queda mucho que investigar sobre la participación de las tribus indígenas y afrodescendientes. Quien ha labrado más camino es Haynes, *Unsettled land*, 2022.

ble que la ausencia de grandes acontecimientos bélicos haya hecho que pase desapercibida en la historia, pero no fue así en la prensa de la época, que le dio seguimiento durante todos esos años. Sólo con rascar un poco en los archivos, sigue apareciendo aquí y allá desde finales de 1835 hasta el inicio de la guerra con Estados Unidos (1846-1848) y se ha ido asomando cada vez más conforme la historiografía del periodo ha crecido. Aunque este conflicto no fue el único fenómeno que ocurría en esa década, que estuvo acompañada por las usuales mareas de pronunciamientos y la llamada guerra de los pasteles de 1838-1839, y, en apariencia, nunca se volvió a materializar como en 1836, las fuentes revelan un proceso más sutil y progresivo, pero profundo, en las entrañas sociales.[17] La guerra se convirtió en acelerador e incubadora, no el único, pero sí uno significativo, de dinámicas sociales, nacionalismo, andamiaje estatal, regímenes sentimentales y experiencias individuales.

La narración ha procurado ceñirse, en la medida de lo posible, a la historia y experiencias de algunos individuos que, por distintos azares del destino, estuvieron involucrados en la guerra. Su correspondencia, diarios, memorias y otros testimonios, repartidos en varios repositorios

[17] En cuanto a las populares historias generales de El Colegio de México, ha ido ocupando más espacio conforme ha crecido la historiografía del tema. Mucho se debe al interés de Josefina Z. Vázquez por llenar esa laguna. En su capítulo en la versión del 2000, "Los primeros tropiezos", la guerra después de 1836 no tiene un papel protagónico, como quizá debería, pero por lo menos es mencionada en algunas líneas como un asunto tangencial: el cautiverio de Santa Anna (p. 540), su regreso (p. 545), el fracaso de A. Bustamante para llevar a cabo una campaña de reconquista (p. 546), la guerra como pretexto para los gastos en el ejército (p. 547). Texas regresa a un papel más protagónico a partir de 1844 por la cuestión de su anexión a Estados Unidos (Vázquez, "Los primeros tropiezos", 2008, pp. 525-582). En la versión del 2010, se usó el mismo corte temporal, "El nuevo orden", ahora escrito por J. Z. Vázquez junto con José Antonio Serrano. De nuevo, el texto da la debida atención a la primera parte de la guerra, los temores a la pérdida del territorio y la primera campaña. Después de San Jacinto vuelve a aparecer una línea sobre el reconocimiento británico de la independencia de Texas en 1841 (p. 409); y luego en una página entera: "las amenazas de Texas" como uno de los cuatro factores principales en la vida institucional y social entre 1843 y 1844, la oferta de intermediación franco-británica y la obsesión mexicana por Texas (p. 410). Este aumento paulatino del reconocimiento de la importancia de la continuación de la guerra como factor histórico puede corroborarse con el libro coordinado por Silvestre Villegas e Iván Valdez-Bubnov sobre las fuerzas armadas en la formación del Estado mexicano, publicado recientemente y especializado en historia militar. De nuevo, la temporalidad del capítulo "Ejército y fuerzas militares" es de 1821 a 1855. Se dedica casi una página entera a la guerra de Texas, y en una línea se señala que "Texas marcó el objetivo principal de la propaganda política mexicana de 1836 a 1845, y junto al desastre francés de 1838, propició la reorganización de las fuerzas militares del país". Así, aunque sigue ocupando poco espacio, y no se trata mucho en lo particular, ya se reconoce como un factor histórico durante toda la década (Strobel y Arellano, "Ejército y fuerzas", 2023, pp. 55-84).

documentales, son la columna vertebral del texto. Las vivencias de personas de carne y hueso son importantes para añadir detalle y vivacidad al cuadro histórico. Pero más que eso, son una manifestación a ras de suelo del complejo fenómeno histórico del conflicto por Texas. La mayoría de los personajes son relativamente conocidos, como Santa Anna o Stephen Austin. Otros, como Mary Austin Holley, Tadeo Ortiz de Ayala o Francisco Pizarro Martínez, tienen sus nichos. El principal, sin embargo, estuvo en la obscuridad hasta este momento: Santiago Tapia.

Recuperar la historia olvidada de la guerra de Texas es clave para explorar el papel de los militares después de las independencias americanas y si se puede hablar de un proceso de militarización en su transición al sistema liberal. En el caso de México, como matiza Josefina Z. Vázquez, sólo hubo cuatro años y siete meses de dictadura militar entre la independencia y el periodo de Reforma (1821-1854). Sin embargo, al mismo tiempo el ejército y los caudillos tuvieron suficiente legitimidad para tirar y levantar gobiernos personificando la "voluntad de la nación".[18] Por eso, la historia militar es muy relevante para entender este periodo de caudillos y caciques,[19] señores de la guerra surgidos de la independencia. La mayoría era parte de una generación de oficiales que estuvieron bajo el mando de los comandantes del ejército realista que Christon Archer definió como "radicados". Estos jefes desarrollaron conexiones económicas y sociales en sus regiones de la Nueva España y eso los arraigó en ellas. Casi todos fueron militares profesionales que permanecieron leales a la corona, como José de la Cruz en Guadalajara o Félix M. Calleja en San Luis Potosí. Pero sus subordinados, muchos de ellos criollos, en lugar de seguir con el desgaste de la guerra, e interesados en la oportunidad de ascender a puestos prominentes, se unieron bajo el Plan de Iguala con los jefes insurgentes que quedaban. Así se formó la generación de "héroes de la independencia", caudillos y caciques que dominaron la escena política.[20]

[18] Vázquez, "Reflexiones sobre el ejército", 2005, pp. 221-222.

[19] Fernando Díaz Díaz, influido por la sociología, y Moisés González Navarro, proponen entender a los caciques y caudillos como tipos ideales, a la Max Weber. Los primeros suelen ser terratenientes de mentalidad rural y proyección regional, los segundos de mentalidad urbana y proyección nacional. Los primeros evolucionan de la dominación carismática a la tradicional y los segundos de la carismática a la legal (*Caudillos y caciques*, 1972, pp. 2-4).

[20] El ejército realista en América fue una creación muy tardía del régimen colonial. Comenzó a instituirse a partir de 1762, como reacción a la ocupación inglesa de Cuba y la creciente amenaza de las potencias europeas. Por los límites financieros, no hubo de otra más que armar a

La historia de este periodo, y del conflicto por Texas en especial, carga con la cruz pesada de la anarquía y el fracaso y, por supuesto, de la "pérdida de la mitad del territorio", como ya se ha repetido mil veces en aulas, museos y libros de texto hasta nuestros días. Como muchas veces ha lamentado Josefina Z. Vázquez, esta visión pesimista generó cierto repudio y olvido. Sin embargo, si algo ha quedado claro mediante su trabajo y el de generaciones subsecuentes de historiadores, muchos formados por ella, es la importancia de las perspectivas regionales y locales para dar sentido al aparente caos.[21]

No por casualidad la historia regional es la principal referencia bibliográfica. Las reverberaciones de su vórtice son imposibles de ignorar en Texas,[22]

---

los americanos en cuerpos de milicia y además aceptar a criollos prominentes como oficiales del ejército regular (Archer, *The army in Bourbon*, 1977, pp. 1-20; Archer, "The Army of New Spain", 1981, pp. 712-714). Las investigaciones de Archer iniciaron una importante corriente historiográfica que se mantiene hoy en día y que sigue, a grandes rasgos, la línea de los radicados y la generación de sus subalternos que llegó al poder tras la independencia. Se ocupa principalmente de sus vínculos sociales y económicos con las zonas de su jurisdicción (véase, por ejemplo, Olveda, *Los comandantes realistas*, 2011).

[21] José Antonio Serrano y Juan Ortiz Escamilla, por poner dos ejemplos que sobresalen en cuanto a las fuerzas armadas, han aportado a su estudio minuciosas investigaciones de los ayuntamientos, las instituciones en las que residía la mayor parte de las funciones del gobierno de la época; en especial, en la región de Guanajuato y Veracruz, respectivamente. Además, a esta corriente podrían sumarse los aportes de mexicanistas de otras latitudes, como William de Palo y Will Fowler, por mencionar a los más cercanos a los militares. La visión simplista y superficial quedó atrás desde hace rato. En especial, hay mucha más claridad en torno a los vaivenes políticos, gracias a un mayor entendimiento de los pronunciamientos y su relación con las fuerzas armadas y los gobiernos locales. Cabe anotar que la primera república mexicana adoptó un sistema mixto de fuerzas armadas, compuestas por un ejército federal/permanente a nivel nacional, milicias a nivel regional y local, y las "activas" reservas regionales del ejército permanente. En varios libros que coordinó, Josefina Z. Vázquez reunió su trabajo y de otros especialistas en algunas temáticas y regiones del país, que son una referencia muy importante, principalmente en *Práctica y fracaso*, 2012; *Los centralismos mexicanos*, 2021; *México al tiempo*, 1998. También véase Jáuregui y Serrano, *Historia y nación*, 1998; Ortiz, *Guerra y gobierno*, 1997; Ortiz, "Los militares veracruzanos", 2005. Sobre el papel de las milicias y su relación con el liberalismo y el federalismo, véase Serrano y Chust, *¡A las armas! Milicia*, 2018. Para una historia general y cronológica, véase De Palo, *The Mexican army*, 1997. Recientemente, el proyecto de Will Fowler titulado *The pronunciamiento in Independent*, ha sido muy influyente y ha producido varios libros, como *Independent Mexico*, 2016; y una base digital de datos. Por último, cabe recordar a Michael Costeloe, Brian Hamnett y Charles Hale.

[22] Dentro de esta vasta literatura, el trabajo de Joseph Milton Nance merece una mención especial porque fue quien estudió más a detalle la guerra entre manos y sus efectos en la república de Texas. En *After San Jacinto*, 1963, recoge cronológicamente los acontecimientos tras aquella batalla, muy apegado a la formación del Estado en Texas y los conflictos con México en la frontera. Pero, aunque por momentos logra ser más o menos imparcial en muchas ocasiones no lo consigue, especialmente en su interpretación de la "traición" de los tejanos que, como Juan N. Seguín y José Antonio Navarro, fueron despojados y expulsados de sus tierras por arribistas angloestadunidenses. En parte se debe a que una de sus fuentes principales fue el periódico de

el noreste de México[23] y el Golfo de México.[24] La pérdida del territorio de Texas no fue, ni de lejos, su única onda expansiva. Se trató de una guerra de varias fronteras que produjo un cúmulo de efectos secundarios, lo que los economistas llaman externalidades.[25] Como el epicentro de un terremoto, sacudió a sus regiones, metrópolis y repúblicas. La guerra de fronteras trastornó al interior tanto como este la comandó a ella. Por ello, no sólo hay que tomar en cuenta el contexto de cada metrópoli, sino enfatizar las fuerzas locales y, de preferencia, los agentes involucrados en el fenómeno que entretejen a los dos niveles.[26]

---

corte oficialista y portavoz de los expansionistas, el *Telegraph and Texas Register. Attack y Counterattack*, 1963, es una continuación del libro anterior que trata las expediciones y contraataques de 1841 y 1842. Ambos son recuentos extremadamente detallados, minuciosos y documentados, aunque repetitivos y con poco análisis crítico. En una monografía más reciente, Loyd Uglow divide la guerra en tres escenarios: el de la frontera, del Golfo de México y el conflicto con los cheroquis y comanches. El texto se apoya en lo último escrito en la materia en Texas y Estados Unidos. Es útil, junto con la obra de Nance, para seguir la cronología de los eventos y porque representa las últimas versiones anglófonas de la historia. Más recientemente, Sam Haynes escribió *Unsettled land*, 2022, una historia más comprehensiva e incluyente, que además de reconocer la continuación del conflicto, logra capturar la diversidad de la región. Esta es quizá la primera investigación de historia regional de Texas que consiguió romper con la visión tradicional anglocéntrica y es una referencia indispensable. Otro trabajo destacado es el de González-Quiroga, *War and peace*, 2020, que argumenta que entre 1830 y 1880 no sólo hubo conflicto sino muchas instancias de cooperación, amistad y negociación que suelen pasar desapercibidas en las historias de esta frontera. Aunque es un aporte que era necesario, concuerdo con Sam Haynes en que la violencia fue un elemento que definió las relaciones fronterizas en este periodo.

[23] La historia del noreste mexicano se ha enriquecido mucho en los últimos años. Las investigaciones más cercanas a la guerra de Texas son García García, *Frontera armada*, 2021 y Morado Macías, "Aspectos militares: tres", 2006. Mientras para el primero la región estaba resistiendo a la modernización centralista con su tradición de larga data, para el segundo se quería modernizar frente a un centro conservador. También cabe destacar a Octavio Herrera, referencia indispensable porque sus investigaciones abren las anteojeras de la historia del noreste al identificar la importancia de Matamoros y el comercio atlántico como el motor de cambio en las Villas del Norte, como se autodenominaban las poblaciones sobre el río Bravo en la esfera de influencia de Matamoros –del interior a la costa, de Laredo, Guerrero, Mier, Camargo y Reynosa–. Eso motivó y permitió la inserción del ejército central en la región (Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, "Tamaulipas ante la guerra", 1998, y *Matamoros*, 2018).

[24] A diferencia de las otras dos historias regionales, es más escasa. Hay muchos estudios sobre las fuerzas navales texanas, pero la visión más completa es el trabajo pionero de Lorena Careaga (*De llaves y cerrojos*, 2000), quien demostró que Yucatán desempeñó un papel importante en la guerra entre México y Texas, tras aliarse con la segunda en 1840 por sus intereses compartidos en la lucha contra el régimen centralista mexicano. Así, entre aquel año y 1843, cuando Sam Houston puso el freno a la flota texana del comodoro Edwin Moore, se enfrentó a los centralistas mexicanos en las costas de Yucatán. El libro de Wells, *Commodore Moore*, 1960, también es una referencia importante.

[25] Son los costos o beneficios ocultos que una actividad económica genera.

[26] Como explica François Furstenberg, la historia de las fronteras pasó de ser analizada desde el punto de vista imperial y de los actores estatales, a enfatizar las fuerzas locales que actúan, a través del estudio de individuos específicos. Así, se da lugar a su participación histórica, en

Sin embargo, concuerdo con Claudia Ceja en que el énfasis de la mayor parte de esta historia militar y de la guerra ha sido el gobierno y la formación del Estado moderno.[27] Por ello, todavía pervive aquel mal sabor del "fracaso". Más aun viéndolo desde el presente donde los Estados son mucho más abarcadores y omnipresentes que en el siglo XIX. Sin restar importancia a ese aspecto que, en el caso de las fuerzas armadas es ineludible, se han sumado nuevas preguntas. En particular, el trabajo de Peter Guardino ha sido muy refrescante por introducir nuevas perspectivas, como la raza, el género y la religión.[28] Se inscribe, junto con Claudia Ceja, que estudió las relaciones cotidianas de género y dinámicas de poder en los cuarteles de la ciudad de México, y con otro grupo de historiadores, en la "nueva historia militar".[29] A grandes rasgos, como explica Rodrigo Moreno, la guerra se quiere entender no sólo a partir de su dialéctica con el Estado, sino como un conjunto de experiencias de grupos sociales o individuos específicos que suelen ser sumamente transformadoras. Estos autores tienen en común la intención de "rescatar" a los sectores sociales menos conocidos y de poner su preocupación central en los aspectos sociales y culturales, dando menor importancia a la existencia o no de un Estado.[30]

Sin dejar de lado esas líneas de investigación, este libro suma un aspecto crucial, pero aún poco considerado seriamente: el lado emocional y cultural. Por ejemplo, Gabriela Tío Vallejo y Víctor Gayol propusieron los conceptos de "conciencia militar" y de "militarización de la conciencia" para analizar discursos de militares en el caso de Argentina. El meollo es preguntar cómo se definían a sí mismos y a su papel en la sociedad y, a la vez, cómo eran vistos por ella. En otras palabras, encontrar su lugar dentro de la cosmovisión social y definir su mundo conceptual, tomando como sus pilares el patriotismo y las virtudes. Este libro explora el concepto de la guerra y el ejército que tenían los propios

---

lugar de asumir que las capitales siempre imponían su voluntad. Sin embargo, tampoco hay que irse al otro extremo. Por eso, a lo largo de este texto busqué dar una versión equilibrada entre el contexto de los actores estatales y algunas perspectivas individuales ("The Significance of the Trans-Appalachian", 2008, pp. 650-660).

[27] Ceja, *La fragilidad de las armas*, 2022, pp. 1-20.

[28] Guardino, *The dead march*, 2017.

[29] Otros historiadores que se han inscrito a la "nueva historia militar" son Rodrigo Moreno, Héctor Strobel del Moral y Carlos Ernesto Saldaña. Véase Campos, "Historiografía militar", 2025.

[30] Moreno, "Historia social", 2021, pp. 311 y ss. y 332 y ss.

militares, tomando en serio sus ideas sobre lo honorable y patriótico que fundamentaban su moralidad y régimen emocional.[31] Con esto no pretendo dar una visión completa y definitiva, pero sí ofrecer nuevas perspectivas para entender la militarización y el caso en cuestión. En pocas palabras, la guerra de Texas se presta para estudiarse no sólo como un acontecimiento político desde el punto de vista del Estado, sino también como un conjunto de experiencias y emociones.[32]

MAPA DEL LIBRO

El primer capítulo, "El sueño de Texas, una revolución territorial, 1763-1835", trata los elementos de largo plazo del conflicto. No sólo sus antecedentes, sino los términos territoriales que lo configuraron. Mediante el análisis de una serie de itinerarios de distintos individuos que, por una u otra razón, viajaron por Texas desde la última parte del siglo XVIII, busca explicar cómo evolucionó como territorio y por qué con la vuelta de siglo comenzó a inspirar ambiciosos proyectos y sueños de colonización. Un aspecto crucial pero poco reconocido hasta ahora fue el resquebrajamiento del imperio español en el Golfo de México, la llegada de nuevas potencias a la región y la formación de una nueva frontera marítima. Esta nueva territorialidad se amalgamó con la antigua colonización española de tierra adentro. Se trató de una revolución territorial de gran envergadura de la cual emanó la ambición y el conflicto por el dominio de Texas.

El segundo capítulo, "Armas sobre Texas, 1836", trata el estallido del conflicto y la primera campaña. Primero busca contextualizar y explicar cómo era el ejército que fue a combatir a Texas. Para ello recorre los primeros años de vida de Santiago Tapia, un huérfano vuelto soldado, cuyas memorias, hasta ahora ignoradas por la historiografía del tema,

[31] Este es un concepto de la historia de las emociones, que significa "el conjunto de normativas, rituales y prácticas oficiales que controlan la manera en que las emociones deben ser inculcadas y expresadas" en una comunidad, organización o grupo de personas. En otras palabras, las normas que determinan qué emociones son legítimas e ilegítimas, deseables o indeseables, en dado conjunto social (véase Reddy, *The navigation of feeling,* 2001).

[32] Aunque estos historiadores sugieren que este tipo de estudio no se ha desarrollado en México por la falta de las fuentes necesarias, como memorias, diarios, correspondencia o discursos, la verdad es que las hay en abundancia, por lo menos para el caso de la guerra de Texas (Vallejo y Gayol, "Hacia el altar", 2005, pp. 111-137).

ofrecen una oportunidad única para aplicar nuevas perspectivas de análisis. Junto con otras aportaciones significativas de lo que se ha escrito sobre el tema de los militares, la primera parte del capítulo explora la forma en que vivían y concebían la guerra y el ejército. Para ello se explican algunas instituciones cruciales como el pronunciamiento, el bagaje y el alojamiento, mediante las cuales las fuerzas armadas interactuaban con la sociedad. Una vez iniciada la campaña, el libro hace hincapié en la importancia de la carga emocional, no sólo para explicar cómo sus participantes la vivieron, sino su desenlace. La decisión del gobierno mexicano de tratar como piratas a los voluntarios y aventureros estadunidenses y emprender una guerra sin cuartel, alimentó un ciclo vicioso de violencia y traumas que inició con la toma del Álamo, continuó con la ejecución de James Fannin y sus hombres en un llano cerca de Goliad, para culminar con la masacre de San Jacinto. Estos acontecimientos no sólo derivaron en la conocida historia de bronce texana. En su momento afectaron de forma profunda al estado de ánimo de sus participantes, influyendo en su comportamiento durante el conflicto.

El tercer capítulo, "Incertidumbres y sentimientos, 1836-1838", trata las secuelas de la primera campaña y los primeros años de la guerra de Texas, esto es, lo que acontece después de 1836. Para entender por qué y cómo continuó el conflicto, a pesar de la derrota y captura de Santa Anna, introduce el papel de la incertidumbre y las emociones como factores históricos detrás de las decisiones políticas y militares. Después de San Jacinto se creó un *impasse* geopolítico porque ninguno de los bandos podía imponerse y ningún tercero, como Estados Unidos o Gran Bretaña, intervino de forma decisiva. En ese contexto, nadie sabía lo que ocurriría en el futuro. Eso potenció, tanto en México como en Texas, la importancia de lo que los contemporáneos entendían como "los sentimientos públicos" y el papel de las emociones en general. Esa situación marcó las experiencias de Santa Anna y los cabecillas de su ejército que languidecían prisioneros en Texas. También fue caldo de cultivo para toda clase de controversias y conflictos internacionales, especialmente por el enfrentamiento entre corsarios texanos y la marina mexicana en el Golfo de México y la llegada del conflicto a las costas yucatecas. También da cuenta de la suerte de la mayor parte de los prisioneros mexicanos de la batalla de San Jacinto, que pasaron desapercibidos hasta hoy, no sólo por la historia sino hasta por sus contemporáneos.

El cuarto capítulo, "La guerra jurisdiccional, 1836-1840", retoma, como hilo conductor, la historia de Santiago Tapia, desde 1836, cuando se quedó en Matamoros como miembro del Ejército del Norte. Trata el proceso conflictivo que él y su contingente militar pasaron para abrirse espacio entre las jurisdicciones militares y civiles de la región en el contexto de crecientes incursiones comanches. Esas disputas explican los motivos por los que entre 1837 y 1840 estalló una rebelión en el noreste de México. Después de las negociaciones entre la elite de la región y Mariano Arista, entonces general en jefe del Ejército del Norte, la guerra contra Texas volvió a calentarse con el aumento de las escaramuzas.

El quinto capítulo relata la serie de expediciones y contraataques en la franja del Nueces entre 1841 y 1843 por medio de las experiencias paralelas de Santiago Tapia, mexicano, Juan Nepomuceno Seguín, tejano, y Thomas Jefferson Green, texano. Tras ello, retoma la alianza entre Texas y Yucatán y las batallas en las costas y puertos de la península. Culmina con las maniobras diplomáticas de Sam Houston, quien, con la intermediación británica, inició negociaciones de paz con México en 1844, hasta que fueron interrumpidas y frustradas por el avance de la anexión texana a Estados Unidos, que se ratificó en 1845.

I
EL SUEÑO DE TEXAS. UNA REVOLUCIÓN TERRITORIAL, 1763-1835

La era de las revoluciones atlánticas, término de la historiografía para contextualizar el periodo que abarca desde finales del siglo XVIII hasta principios del XIX, generalmente comprende el conjunto y sucesión de la revolución industrial y las revoluciones políticas burguesas o liberales. Estas últimas incluyen la independencia de Estados Unidos, la revolución francesa, la revolución de Haití y las independencias hispanoamericanas, hasta las revoluciones de 1848, que coinciden con el fin de la guerra mexicano-estadunidense. Es importante destacar que este periodo también conllevó una revolución en la relación de la sociedad con el medioambiente, es decir, una auténtica revolución territorial. En el caso de la región noreste de México y, en particular, de Texas, que en el siglo XVIII formaba parte de las Provincias Internas de Oriente de la Nueva España, esta transformación fue de gran envergadura. La independencia texana, la prolongación del conflicto con México después de la batalla de San Jacinto y la disputa fronteriza que devino en la guerra México-Estados Unidos no pueden comprenderse plenamente sin tener en cuenta ese contexto espacial.

El espacio es una variable crucial de la historia de Texas. Su variabilidad proviene de los cambios en su naturaleza física y clima, aunque estos se desarrollan a ritmos de largo plazo, y de las acciones y concepciones sociales sobre él. La apropiación de un espacio por un conjunto social es el proceso histórico de "modelarlo de forma coherente a sus fines globales para obtener de él –mediante la explotación de sus recursos,

tanto físicos como humanos– valores de uso y de cambio".[1] Cada sociedad cuenta con una serie de tecnologías, nociones y conceptos con los que ejerce poder sobre el espacio para convertirlo en su territorio. Estas definen las formas de delimitación, apropiación, explotación, propiedad, movilidad e intercambio que, a su vez, varían a lo largo del tiempo y entre los grupos humanos. Por lo mismo, distintos esfuerzos de territorialización de un mismo espacio pueden atribuirle valores objetivos y subjetivos completamente distintos, y por eso tienden a derivar en conflictos por su dominio.[2]

Partiendo de esa noción de territorio, la definición más adecuada de "frontera", como era Texas, es la de David Weber: "un fenómeno social que representa la interacción entre los humanos, sus instituciones y el ambiente físico y espacial de un área de poca densidad poblacional", donde convivían dos o más grupos humanos.[3] Como veremos en este capítulo, la llegada de nuevas nociones, tecnologías e instituciones territoriales que competían por implementarse en Texas modificó en poco tiempo el valor dado a su espacio, y generó los incentivos detrás del costoso y largo conflicto por dominarlo. A pesar de su carácter de frontera, su diminuta población, su relativa pobreza y su vulnerabilidad frente a los comanches, quienes eran una verdadera potencia en la región, surgió una gran contradicción en las primeras décadas del siglo XIX. Texas se convirtió en un objeto de deseo, una tierra de enorme potencial y abundancia para varios sectores sociales en Estados Unidos y México, gracias a la difusión de un nuevo conjunto de ideas y prácticas territoriales. A la larga, esto la convirtió en el epicentro de una tormenta geopolítica durante la primera mitad del siglo XIX.

[1] El valor de uso es el espacio como bien útil, "con capacidad e interés por ser usado". En otras palabras, cuánto se espera obtener de él. El valor de cambio es lo que se obtendría con su transferencia mediante una transacción económica de cualquier tipo. Sánchez, *Espacio, economía*, 1991, pp. 60 y ss.

[2] La forma en que un espacio esté articulado como territorio es lo que da valor a sus recursos naturales y a las actividades económicas y productivas que se ejercen en él. Esto, a su vez, debe tener coherencia con la configuración de las relaciones sociales internas al grupo y con otras comunidades. Sánchez, *Espacio, economía y sociedad*, 1991, pp. 51-67. El territorio, por ende, puede entenderse como un espacio bajo el control de un grupo humano organizado, que se produce históricamente. Se construye con una serie de tecnologías y nociones que permiten medirlo, ocuparlo, recorrelo y, a final de cuentas, controlarlo. Elden, *The birth of territory*, 2013, pp. 322 y ss.

[3] Weber, *The Mexican frontier*, 1982, p. 277.

El fenómeno de la guerra e independencia de Texas no debe entenderse exclusivamente como una disputa política entre dos Estados, sino como un proceso conflictivo y violento de revolución territorial. Desde ese punto de vista holístico, los que suelen definirse como antecedentes (la Texas virreinal, el filibusterismo, los proyectos de colonización o la expansión del algodón) son, en realidad, partes integrales del conflicto. Sucede lo mismo con sus consecuencias. El desenlace del proceso histórico no ocurrió después de la batalla de San Jacinto, sino con la negociación y consolidación gradual e imperfecta de un proyecto territorial sobre otro. Por eso, la interrogante de fondo es: ¿por qué un territorio que por tanto tiempo fue una frontera marginal poco poblada se convirtió en un objeto de deseo, especulación, y fruto de un largo conflicto que, como mínimo, se extendió de 1820 a 1848?

Para dar cuenta de aquella revolución territorial que generó el fenómeno, me sirvo de los itinerarios, reportes y propuestas de quienes, por diversos motivos, recorrieron y/o pensaron el territorio de Texas desde finales del siglo XVIII hasta 1835. Eso permite ver cómo se conceptualizaban, cartografiaban y recorrían los espacios. En otras palabras, analizar la territorialidad. Luego, nos permite comparar territorialidades a lo largo del tiempo y entre los distintos grupos. En el fondo de estas no sólo se encuentran las "causas" del conflicto de la guerra por Texas, sino los términos espaciales que le dieron forma.[4]

LA VUELTA DE SIGLO

A vuelo de águila, el río Bravo es la arteria principal de una enorme cuenca hidrográfica abierta hacia el Golfo de México, con su cúspide en el sur de las montañas Rocallosas, donde hoy está el estado de Colorado. Se extiende como un hilo de plata por más de 3 000 km sobre tierras áridas, con sus tributarios esparciéndose como venas a sus alrededores.[5] En lo que hoy es denominado el bajo Bravo, sus afluentes, como el río

[4] Furstenberg, "The significance of the Trans-Appalachian", 2008, pp. 650-660. Una limitación de este análisis es que se centra en individuos hispanos y angloestadunidenses, los más directamente relacionados con la guerra entre Texas y México, dejando a otras territorialidades importantes, como las indígenas, en el margen.

[5] Gerhard, "La frontera septentrional", 1996, pp. 14-17.

Conchos, Salado y San Juan, fluyen al sur, sobre Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. De su desembocadura en el Golfo de México hacia el nornordeste, después de atravesar una planicie cubierta de mezquitales, se multiplican los ríos sobre el extendido y ligero descenso de la plataforma continental que drena el agua del interior hacia el Golfo de México. Estos, junto con el río Bravo, forman bahías y estuarios alargados a lo largo de toda la costa cuando su flujo se acumula entre el continente y una larga cadena de islas barrera, donde el agua dulce se mezcla con la salada. Desde el punto de vista social, este espacio, que en apariencia es el mismo para todos, fue leído, vivido y concebido como territorios muy diferentes a lo largo del tiempo.

Los visitadores Borbones, comisionados de forma regular durante el siglo XVIII, inspeccionaban la frontera del septentrión novohispano en expediciones que les tomaban alrededor de dos años y 12 000 kilómetros de recorrido. Además de la recolección general de información, sopesaban la situación en su totalidad para ofrecer una "disertación que prescriba los métodos" que, de acuerdo con la "razón", harían más "útiles" estas provincias para la corona y el interés general. En el caso de los puntos más adelantados que componían la línea defensiva de presidios, su situación había de dar seguridad a las minas, rancherías y demás asentamientos con el menor costo posible para la Real Hacienda.[6]

El retrato que pintaron los agentes Borbones que inspeccionaron Texas ya reconocía su potencial para la agricultura y el poblamiento. La describieron como una tierra llana, donde no podía verse "serranía, cerro ni montaña", sólo algunas lomas que se andaban a caballo, con

[6] Lafora, *Relación de el viaje*, 1768, p. 2. Lo útil para los Borbones no se refería a que la sociedad y cada miembro fuese productivo en el sentido económico, sino que favoreciesen al bien común, sin caer en el ocio o la vagancia. Por lo tanto, en el caso hispano conservó su carácter moral. Véase Covarrubias, "La ciencia del gobierno", 2005, pp. 231-268. Sobre la línea de presidios, no debe entenderse con el concepto moderno de frontera. El marqués de Rubí propuso esa "nueva" idea para mejorar la defensa con el menor gasto posible. Más que una línea absoluta era una red de asentamientos distribuidos de "mar a mar", de forma que no hubiese más de 40 leguas de distancia entre ellos. Como estarían en constante comunicación y contacto, en geolocalizaciones estratégicas, podrían "cortar" las entradas de los indígenas. Archivo General de Indias (en adelante AGI), Guadalajara, 511, n. 72. Los Borbones quisieron homogeneizar y reformar a los presidios con los reglamentos de 1729, 1772 y 1778. Sobre el tema, véanse Rodríguez, "El presidio de San Antonio", 2017, y Moorhead, *The presidio*, 1975. Para un excelente análisis de los tres visitadores mencionados abajo, véase Velázquez, *Tres estudios*, 1979. Una línea historiográfica bien documentada argumenta que el *ethos* medieval español/ibérico sobrevivió en la frontera norte hasta bien entrado el siglo XIX. En sentido general, véase Weckman, *La herencia medieval*, 1996; sobre las prácticas militares, véase García, *Frontera Armada*, 2021.

"algunas claras por donde se transita sin mucho trabajo", poblada de arboledas en el contorno de los ríos y dispersas en el espacio; de campos repletos de cíbolos (bisontes), venados, caballos mesteños y osos; todo atravesado por los ríos que lo bañan. El suelo lo juzgaron "fértil y fecundo", como para sembrar todo tipo de géneros útiles y comerciables. Pero el cuadro también tenía sus partes oscuras. Una gran cantidad de ríos entrecortaban el tránsito de los derroteros[7] paralelos a la costa y todos los años se volvían caudalosos en la temporada de lluvias entre marzo y mayo, cortando aún más las comunicaciones. Además, las partes donde se estancaba el agua drenada del continente, en marismas y pantanos, albergaban muchos "mosquitos venenosos" y enfermedades mortales.[8]

Es importante resaltar que, aunque hubo algunos proyectos de poblamiento, la prioridad de estos agentes respecto a Texas se basó en su cualidad peculiar de ser el primer territorio novohispano con vecinos europeos. Aunque Pedro Rivera en 1729, el marqués de Rubí en 1766 y Teodoro de Croix en 1778 reconocieron en sus diarios el potencial agrícola, los archivos muestran que su prioridad fue arreglar el sistema de presidios para mantener la seguridad de las zonas mineras.[9] La principal amenaza eran los saqueos de los grupos indígenas del norte, como apaches y comanches. Pero en el caso de Texas, el motivo de su poblamiento fue la llegada de los franceses a la Luisiana. Ese problema se aminoró en 1763, después de la guerra de los Siete Años (1756-1763), cuando el territorio pasó al imperio español.

Esta guerra inició por el enfrentamiento entre Francia y Gran Bretaña por el valle del Mississippi y el Ohio. Se agravó en Europa por la invasión de Federico el Grande de Prusia a Sajonia y Bohemia. Por el

[7] Derrotero significaba "rumbo". En el siglo XVI también "libro o mapa que indicaba los rumbos", "camino terrestre" y, antiguamente, "camino abierto rompiendo los obstáculos". Corominas, *Breve diccionario*, 1987, p. 206. Desde el punto de vista marítimo, en 1831 era un "libro que contiene la situación geográfica de los puntos más notables de una costa o costas y mares adyacentes e intermedios, con todas las noticias necesarias a facilitar y asegurar la navegación". *Diccionario marítimo*, 1831, p. 250.

[8] Es interesante que en 1736 Pedro Rivera hablara de "mosquitos venenosos" cuando faltaba más de un siglo para que se descubriera que muchas enfermedades de pantano provenían de virus transmitidos por mosquitos. Rivera, *Diario y derrotero*, 1736, pp. 68-70, leguas 2602-2269.

[9] La plata novohispana, con la que se acuñaban los famosos pesos o reales de a ocho, representaba para fines del siglo XVIII el 80% de la producción mundial. Se convirtió en el principal medio de intercambio de los europeos con China e India durante la primera globalización. Su calidad de acuñación los hacía durables, prácticos y fiables como medida de intercambio y reserva de valor. Marichal, "El peso de plata", 2017, pp. 37-75.

sistema de alianzas, encabezado por Francia y Gran Bretaña, y por los intereses globales de los imperios, la guerra incluyó a Norteamérica, Sudamérica, India y el oeste de África. España entró en el conflicto por el "pacto de familia" con Francia. Tuvo impacto mundial y cambió la balanza de poder entre los imperios europeos, los endeudó, obligó a reestructurarse y a adaptarse a la nueva realidad geopolítica. En Norteamérica, Luisiana quedó en poder de España hasta el Mississippi, pero los ingleses consiguieron permiso de transitarla. Durante la reestructuración que llevaron a cabo los imperios europeos, agotados fiscalmente por la guerra, Texas dejó de tener mucha importancia geopolítica y quedó relegada. Los visitadores tendieron a reducir el número de plazas y la cantidad de situados[10] de sus presidios.[11]

En 1772, el virrey Antonio María de Bucareli encargó a Antonio Bonilla, teniente de infantería y secretario de Cámara del Virreinato de Nueva España,[12] la redacción de un "breve compendio de la historia de Texas" con toda la información disponible en el archivo de la Ciudad de México. Su propósito era informar a la junta de Guerra y Hacienda que iba a dictaminar sobre un informe del gobernador de Texas.[13] Desde el inicio, lo que se advierte de su "compendio" es la calidad de cuasienclave[14] militar defensivo de Texas, su lejanía y marginalidad. Era una provincia "dilatada", "fértil, hermosa" y con una población diminuta rodeada por una enorme variedad de grupos indígenas. El término que usa para los esfuerzos de colonizar este espacio es "entradas". Contó un total de seis, la mayor parte motivadas por la presencia de los franceses, quie-

[10] Se trata de transferencias de valores, generalmente monetarios, que se hacían en el imperio español desde las provincias y los virreinatos con excedentes (principalmente Perú y Nueva España) a los puntos estratégicos de defensa, como el fuerte de La Habana y otros en el Golfo y el Caribe. Los presidios septentrionales de Nueva España, incluidos los de Texas, recibieron situados novohispanos hasta que las crisis de finales del siglo XVIII e inicios del XIX cortaron el flujo. Serrano, "Dominio, presencia militar", 2012, pp. 237-250.

[11] *Cf.* Rodríguez, "El presidio de San Antonio", 2017, pp. 111-132, y Elliot, *Empires of the Atlantic*, 2006, pp. 292-324.

[12] En 1756 se estableció este cuerpo de burócratas, que fungían como secretarios del virrey, como parte de los esfuerzos de modernización administrativa de la España borbónica, para sustituir a los organismos colegiados cuyo cargo se obtenía por compraventa. Antonio Bonilla fue uno de estos burócratas de carrera con sueldo fijo y procedimientos de promoción que intentaban priorizar el mérito. Guerrero, "Historia de la carrera", 1998, pp. 433-440.

[13] Bonilla, *Breve compendio*, 1938, p. 681.

[14] El enclave es "una unidad territorial, cultural o social distinta, encerrada en un territorio extranjero o como si estuviera en él". Diccionario Merriam-Webster, en <https://www.merriam-webster.com/dictionary/enclave>. [Consulta: 11 de mayo de 2023.]

nes tenían fácil acceso a la provincia desde sus asentamientos en el Mississippi. Las decisiones para estas migraciones, en las que se fundaban presidios y misiones, solían tomarse en juntas de Guerra y Hacienda en la capital de Nueva España, y remitirse a Madrid para su aprobación. La mayor parte de los soldados y familias que iban a poblar se canalizaban desde Nueva España, como parte del proceso de colonización del norte por el Camino Real de Tierra Adentro. La evangelización de Texas estuvo a cargo del Colegio de Querétaro, uno de los principales colegios de franciscanos en Zacatecas, quienes también tenían injerencia en los planes de colonización.[15] Estos "esfuerzos", como los califica Bonilla, debían cruzar la sierra madre occidental, la llanura árida, el río Bravo y otro tramo semiárido. A partir de ahí al nornordeste, los recorridos a pie estaban atravesados por las "avenidas y crecientes" de aproximadamente 27 ríos y arroyos "muy profundos".[16]

En 1772, la provincia estaba poblada con cuatro presidios, una villa (San Antonio Bejar) y once misiones. Había 170 plazas de soldados y nueve oficiales. Su situado era de 88 096 pesos. Los problemas recurrentes eran el contrabando con los franceses y luego ingleses, que recorrían el Mississippi desde Missouri y suministraban fusiles, pólvora y balas a los "indios hostiles". También había muchos abusos de algunos capitanes y gobernadores, especialmente el llamado "quite", una parte del sueldo de los soldados, proveniente del situado que se quedaban, inflando los precios de las provisiones. También eran comunes los pleitos entre los misioneros y militares. Sin embargo, en ocasiones, como en 1772, el principal problema que enfrentó la provincia de Texas y el motivo de la junta de Guerra y Hacienda a la que Bonilla informó con su compendio, eran las "hostilidades de los indios bárbaros", principalmente grupos apaches, comanches y lipanes. Tal era el problema que el gobernador de Texas, el coronel barón de Ripperdá, propuso en esa ocasión, sin éxito, reclutar 300 cazadores franceses de la Luisiana.[17]

Bonilla resaltaba que no había los recursos suficientes en un imperio sobre extendido como el español para consolidar la colonización y poblamiento de la "dilatada" y lejana Texas. Pero cabe notar que su

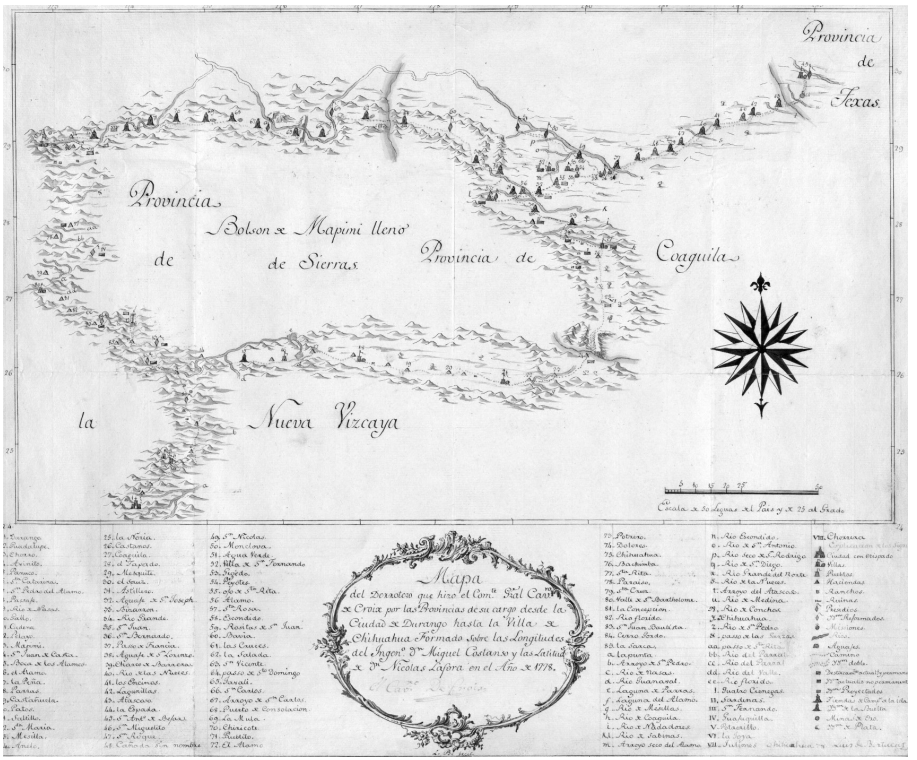
[15] Gerhard, "La frontera septentrional", 1996, y Pacheco, "El Colegio de Guadalupe", 2017, pp. 1-14.
[16] Bonilla, *Breve compendio*, 1938, 46-48.
[17] *Ibid.*, pp. 10-14 y *passim.*

alejamiento y marginación no sólo se debía a los accidentes geográficos que la aislaban de Nueva España. La forma en que se articuló como territorio la volvió distante y dependiente del situado. Su lejanía resultaba de su lugar dentro del diseño general del imperio. Al ser parte de la jurisdicción de la Nueva España, y por el sistema de flotas y el monopolio de Veracruz y Cádiz, a Texas se llegaba principalmente por las susodichas "entradas" desde el interior del altiplano. El flujo comercial, siguiendo el camino de la plata, también iba en dirección a la ciudad de México y viceversa. Como ilustran los visitadores Borbones y los mapas producidos con sus apuntes, esta organización la dejó al margen, convertida en el último eslabón de una larga línea de asentamientos (véanse mapas 1, 2 y 3). Estos mapas fueron producidos como parte de los reportes enviados a altos funcionarios, como José de Gálvez.

La provincia, por su posición geográfica, era menos compatible con los conceptos territoriales con los que se colonizó al resto del septentrión novohispano. La línea defensiva de presidios, que se intentó organizar a finales del siglo XVIII, lo ejemplifica. Por la geografía ya mencionada, lo más conveniente era que siguiese el río Bravo, dejando a Texas fuera. Ante este problema, el marqués de Rubí, José de Gálvez, y otros funcionarios, pensaron que lo mejor era integrar Luisiana y Texas, dándoles autonomía para que desarrollasen su propio *hinterland*. Por razones que aún hace falta esclarecer, eso nunca sucedió. Quizá el motivo principal fue que los virreyes novohispanos como Bucareli se aferraron a la jurisdicción del territorio, además de que un nuevo puerto afectaría los intereses de los comerciantes beneficiados por el monopolio de Veracruz. El caso es que, en lugar de que se integrara comercialmente con puertos, Texas quedó como el punto más avanzado en el noreste del avance hispano y el sistema de presidios y misiones. Esto se traducía en derroteros larguísimos y entrecortados hacia las provincias "internas", especialmente Texas; si bien desde el inicio fue posible vislumbrar sus puertos y los españoles ya habían cartografiado sus bahías, medido sus calajes y bancos de arena.[18] Su principal conexión oficial al flujo comercial del imperio, sin tomar en cuenta el contrabando, ya significativo desde esa época, era a través del llano despoblado y árido entre el río Bravo y San Antonio

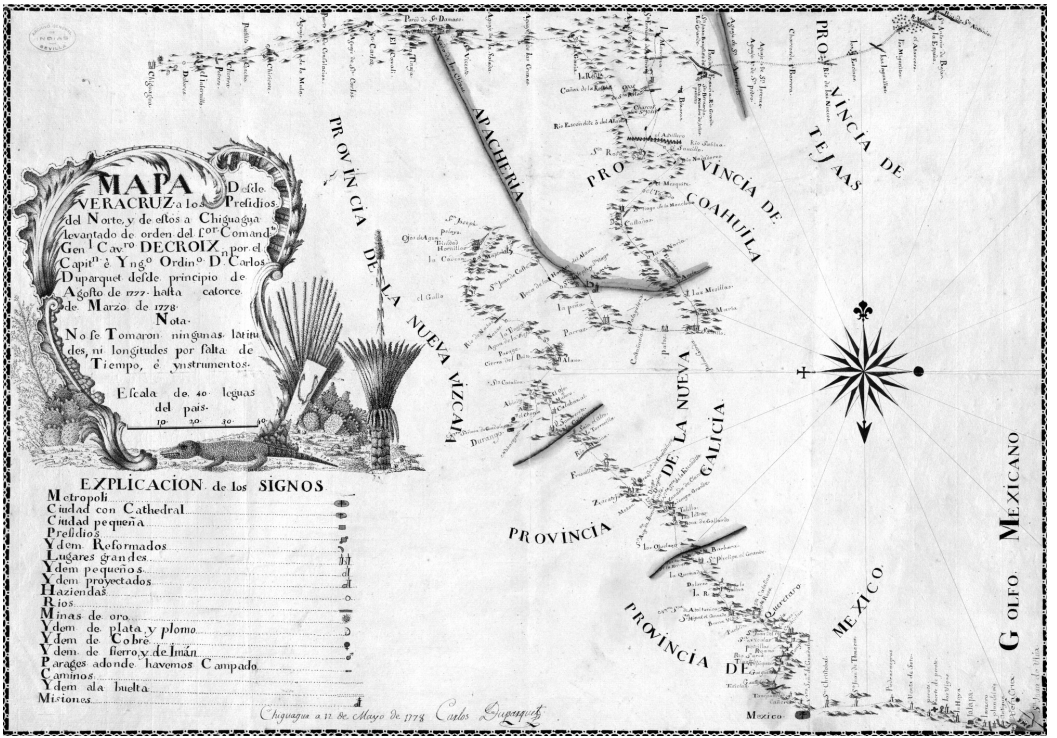
[18] Véase AGI, MP-México, 126; AGI, MP-Florida_Luisiana, 56; para la cartografía de la época, véase Craib, *Cartographic Mexico*, 2004.

Mapa 1. Mapa del derrotero de Croix, 1778



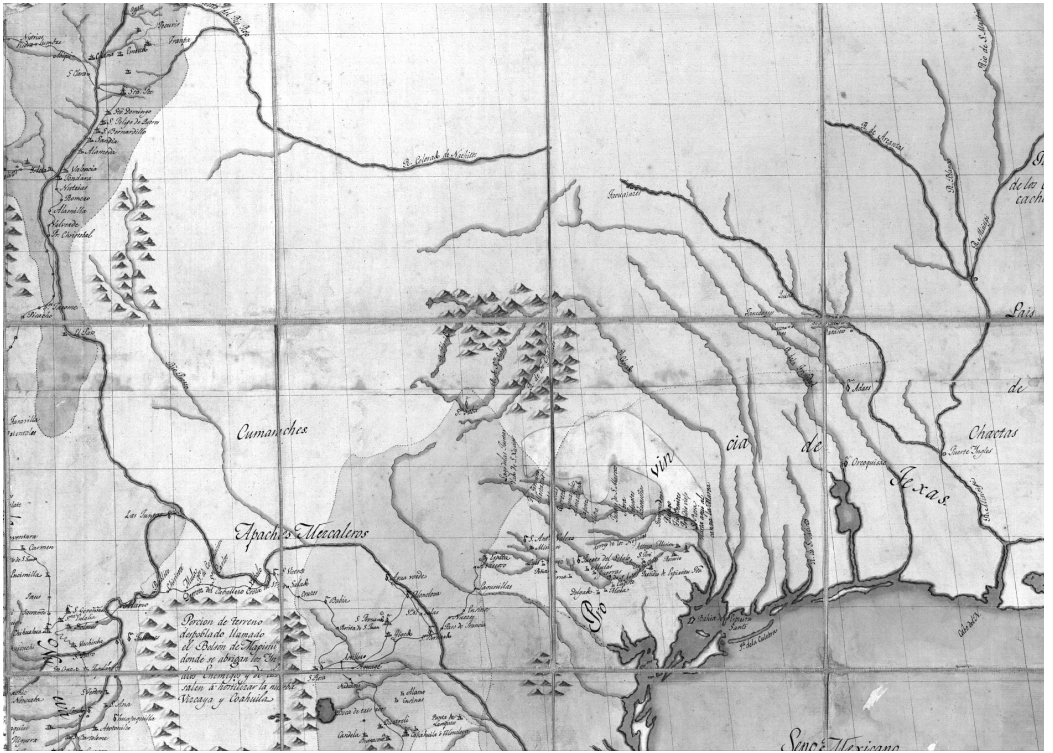
Fuente: *Mapa del derrotero que hizo el Comandante General Caballero de Croix por las Provincias de su cargo desde la ciudad de Durango hasta la villa de Chihuahua, formado sobre las longitudes del ingeniero don Miguel Constansó y las latitudes de don Nicolás Lafora en el año de 1778.* España. Ministerio de Cultura. AGI, ES.41091. AGI/MP-MÉXICO, 539.

Mapa 2. Mapa de Veracruz a los presidios del norte, 1778



Fuente: *Mapa desde Veracruz a los presidios del Norte y de éstos a Chihuahua levantado de orden del señor comandante general caballero de Croix por el capitán e Yngeniero Ordinario don Carlos Duparquet.* España. Ministerio de Cultura. AGI, ES.41091.AGI/MP-MÉXICO, 538.

Mapa 3. Constansó, 1779. Detalle: noreste



Fuente: *Carta ó mapa geográfico de una gran parte del Reino de Nueva España.* España. Ministerio de Cultura. AGI, ES.41091.AGI/MP-MÉXICO, 346.

Béjar.[19] Mientras tanto, franceses e ingleses tenían un acceso más fácil a Texas desde la Lusiana y el comercio del Mississippi.

Con el Tratado de París de 1783, las trece colonias adquirieron oficialmente su independencia, el territorio al este del Mississippi y derechos de navegación del río compartidos con Gran Bretaña. Sin embargo, los españoles todavía controlaban Luisiana y gran parte de la orilla oriental del Mississippi, por lo que se reservaban la prerrogativa de dar el derecho de navegación del río. En 1800, el imperio español cedió Luisiana a Napoleón con el Tratado de San Idelfonso y, en 1803, el emperador francés la vendió a Estados Unidos.[20] La expansión de este país fue, en pocos años, muy notoria. Poco después, en 1808, en España se convocó a Cortes por la crisis generada por la invasión de los franceses y las abdicaciones de Bayona. En Nueva España, cada capital de provincia, además de seleccionar y enviar un diputado, mandó instrucciones, redactadas por los ayuntamientos bajo su jurisdicción, que indicaba al elegido los intereses que debía representar ante la Junta Suprema Central.[21]

Manuel María de Salcedo, entonces gobernador, redactó la instrucción de Texas el 8 de agosto de 1809 en Béjar.[22] Empieza lamentando el "deplorable estado" de la provincia. Arguye que esta merecía más atención, más que nada por ser aledaña al territorio de un Estado extranjero y, luego, "por sus fértiles tierras, abundantes aguas y saludable clima". Se queja de que "ha permanecido abandonada […] sin tener más que tres

[19] Sobre los intentos de rediseñar las jurisdicciones internas, principalmente por José de Gálvez, véase Gerhard, "La frontera septentrional", 1996, pp. 29-32.

[20] Se reconocía la independencia de las trece colonias, les otorgaban el valle del río Ohio, todo el territorio al norte de Florida, el sur de Canadá y el este del río Mississippi. Sin embargo, España se reservaba el derecho a ratificar el acuerdo en cuanto a los límites de su frontera con la nueva nación. Rodríguez, "Algunas novedades", 2015, pp. 16 y ss.

[21] Estos diputados todavía se consideraban como representantes de intereses corporativos. Rojas, *Documentos para el estudio*, 2005, pp. 17-19. La Junta Suprema Central fue el organismo que reunió a las juntas de las capitales provinciales y se erigió como la autoridad con soberanía en ausencia del rey, hasta que en 1810 fue disuelta en favor de la Regencia. En esta primera convocatoria de 1808, la mayoría de los diputados elegidos eran peninsulares y representaban intereses imperiales. Los ayuntamientos que se consideraban capitales eligieron a un diputado que representaba a todos los poblados en su zona de influencia. Guedea, "Las primeras elecciones", 1991, pp. 1-5.

[22] Manuel María de Salcedo (1776-1813) fue hijo del último gobernador español de Luisiana, Juan Manuel. Fue nombrado gobernador de Texas en 1807. Combatió contra la insurgencia de Miguel Hidalgo cuando se retiró al norte. En 1812 fue ejecutado por el grupo de filibusteros que invadió Texas en esos años, autodenominado el "Ejército Republicano del Norte", conocido como la expedición de Gutiérrez-Magee porque estaba liderada por Gutiérrez de Lara y Augustus Magee. Véase Almaráz, *Tragic cavalier*, 1971.

presidios": Béjar, Bahía del Espíritu Santo (luego Goliad) y los Adaes (Nacogdoches). Sus pocos habitantes eran acosados constantemente por "las naciones bárbaras". La situación había mejorado en 1806 con la llegada del coronel Antonio Cordero y migrantes de Luisiana (ya cedida a Estados Unidos), pero se carecía de "todo recurso", como secretario, asesor, escribano y aranceles.[23]

Agrega que, en ese momento, residían en el territorio dos compañías presidiales y otra volante con 352 elementos en total. Contando a las fuerzas auxiliares de Nuevo León y Santander (Tamaulipas) había 1 033, repartidos en los asentamientos tejanos.[24] La población de Béjar era de 1 700, la de Bahía del Espíritu Santo, de 405, la de San Marcos y Trinidad, de 173, la de Nacogdoches, de 655 y cerca del río Sabinas había 189. En total, 3 122 habitantes. Quedaban seis misiones en la provincia, dos abandonadas, con apenas 342 personas entre todas y necesitaban "arreglo". No tenían "ninguna" industria porque no contaban con "medio" alguno. Debían arreglárselas en la pobreza, sin "más entrada que por el puerto de Veracruz distante más de 500 leguas". Por otro lado, Salcedo decía que las "naciones indias" estaban pacificadas. En lugar de hacerles la guerra, que había sido la política propuesta por el marqués del Rubí, proponía establecer casas de trato para comerciar "mejor que los angloestadunidenses ya lo hacían".[25]

Según la instrucción de Salcedo, la provincia necesitaba 4 000 hombres para formar una compañía de caballería ligera y otra de artillería volante. Además, tenía una larga lista de solicitudes como "un comandante general de oriente, intendencia, proveeduría general de víveres, maestranza, oficiales de ingenieros, guardas de almacén, hospitales, repuesto de armas, etc., útiles de campaña, agricultura y fábricas, pues nada hay y todo se necesita". Para que eso fuese asequible, decía ser indispensable abrir un puerto en Matagorda, con las embarcaciones, materiales y personal requerido.[26] En comparación, las solicitudes de las autoridades locales, a través del siglo XVIII, recabadas por Bonilla, se centraron en que

[23] "Instrucción de las Provincias de Texas y Nueva Filipinas", Biblioteca Nacional de Madrid, 18636, exp. 14 en Rojas, *Documentos para el estudio*, 2005, pp. 137-144.

[24] A lo largo del texto usaré tejano para referirme a los habitantes hispanohablantes de Texas y texano para los angloparlantes.

[25] "Instrucción de las Provincias de Texas y Nueva Filipinas", Biblioteca Nacional de Madrid, 18636, exp. 14 en Rojas, *Documentos para el estudio*, 2005, pp. 137-144.

[26] *Ibid*.

había que fundar nuevas misiones y/o presidios, o trasladar alguno de ellos, traer inmigrantes de otras partes del imperio y aumentar al situado y los recursos necesarios para llevarlo a cabo.

Lo más interesante de la instrucción de 1809 es que el argumento principal respecto a la relevancia de la provincia y la necesidad de fomentar su poblamiento era frenar el avance angloamericano desde Luisiana. El texto explica que los estadunidenses tomaron al Mississippi como su "Nilo" para extraer las producciones de Kentucky, Ohio y Tennessee. Buena parte del documento se abocó a exponer el potencial del país vecino del norte y su rápida expansión hacia el Oeste, junto con los caminos que de allí salían hasta Texas. Esto no es casualidad, pues en su viaje para ocupar su cargo, Salcedo recorrió Estados Unidos, incluyendo Nueva York, Filadelfia y Pittsburgh. A Texas llegó navegando el río Ohio y Mississippi hasta Natchez.[27]

Las solicitudes de la instrucción de 1809, especialmente la del puerto, muestran una transformación de los conceptos territoriales. Se estableció una relación directa entre el poblamiento y la prosperidad con el comercio y la navegación. El vecino del norte se presenta como amenaza, pero, quizás, en parte porque era la forma de llamar la atención de la Junta Central. La expansión estadunidense por el Mississippi no sólo se tomó como peligro, sino también como ejemplo del potencial de la navegación fluvial y el comercio. Aunque la instrucción no abogó de lleno por un proyecto de poblamiento y prosperidad mediante la agricultura comercial, respaldada por tierra fértil, puertos y navegación fluvial, sí muestra que los tejanos vislumbraban claramente el prospecto cuando solicitaban la apertura de un puerto en Matagorda.

La población de las misiones de Texas se redujo drásticamente a finales del siglo XVIII. Ello, aunado con las tensiones de la Iglesia secular y los militares con los colegios franciscanos de Zacatecas, llevaron a su secularización en 1793.[28] Esta decadencia se sumaba a la amenaza constante de "filibusteros" estadunidenses e hispanos revolucionarios. Florida fue el primer eslabón. Una combinación de colonos, filibusteros y fuerzas armadas

[27] Almaráz, *Tragic cavalier*, 1971, pp. 20-25.

[28] Como explica D. Weber, las misiones, institución clave de la expansión al norte, entraron en decadencia a fines del siglo XVIII y colapsaron completamente después de la independencia. Weber, *The Mexican frontier*, 1982, pp. 43-50; Tjarks, "Comparative demographic", 1974, pp. 337 y ss., y Leyva, "Iglesia secular", 2022, pp. 292-297.

estadunidenses gradualmente atacó y ocupó aquel territorio, primero el norte y de ahí hacia el sur desde la primera guerra Seminola (1817). Luego desde Nueva Orleans, se organizaron múltiples expediciones proindependentistas como la de Francisco Xavier Mina de 1817.[29]

Estas amenazas tenían preocupado a Juan Cruz Ruiz de Cabañas,[30] arzobispo de Guadalajara, cuya extensa arquidiócesis obtuvo la jurisdicción sobre las almas de Coahuila y Texas en 1779. El 17 de junio de 1818 recibió reportes alarmantes de Béjar, sobre una nueva expedición de filibusteros que se preparaba en Luisiana. La fuente de la noticia era Jean Laffite, un corsario y pirata francés que actuaba como espía de los españoles desde 1816. A cambio de reportar las actividades y movimientos de filibusteros y conspiradores de Nueva Orleans, especialmente de un grupo de liberales republicanos y proindependentistas llamado los "asociados de Nueva Orleans", en 1817 le dejaron establecer una base de operaciones en Galveston, donde fundó un asentamiento llamado Campeche. Allí gozó de la libertad para seguir con toda clase de actividades ilícitas. Uno de sus negocios principales era el contrabando de esclavos, que raptaba de los barcos negreros del Golfo y La Habana y vendía a contrabandistas estadunidenses como James Bowie.[31]

[29] Sobre el tema, véase Warren, *The sword was their passport*, 1943.

[30] Juan Cruz Ruiz de Cabañas (1752-1824), nacido en Navarra, se graduó como doctor de teología de la Universidad de Salamanca. Fue designado obispo de León, diócesis en la actual Nicaragua, en 1794. Antes de llegar al sitio, fue promovido como arzobispo de Guadalajara a finales de 1796. Estuvo en el cargo por cerca de 28 años, en los que construyó seminarios, colegios, templos y más notoriamente el Hospicio Cabañas, que originalmente albergaba huérfanos. Goza de buena reputación en la historiografía nacionalista porque apoyó con dinero al Ejército Trigarante y a la consumación de la independencia de Iturbide en 1821. Murió cerca de Zacatecas en 1824. Fernando Rodríguez de la Torre, "Juan Cruz Ruiz de Cabañas [y Crespo]", *Real Academia de la Historia*, Diccionario Biográfico Electrónico, en <https://dbe.rah.es/biografias/5978/juan-cruz-ruiz-de-cabanas-y-crespo>. [Consulta: 18 de febrero de 2024.]

[31] Antes de que Jean Laffite y su hermano Pierre ocuparan Galveston, se encontraba allí otro filibustero francés llamado Luis Michael Aury. Había sido uno de los oficiales navales de Simón Bolívar, y lo ayudó a escapar a Haití en 1816. Los "Asociados de Nueva Orleans", incluyendo José Manuel de Herrera, que organizaban las expediciones contra Nueva España, se pusieron después en contacto con él. En 1817 fue el líder del convoy que llevó a los 140 hombres de Mina a la costa de Tamaulipas. A su regreso a Galveston, sufrió varios infortunios en los que perdió muchos barcos y muchos de sus hombres desertaron con los Laffite, que en 1818 lo desplazaron de la plaza. A partir de 1808, los Laffite aprovecharon un vacío en la ley que Estados Unidos adoptó en ese año para prohibir la importación de esclavos. La ley daba permiso de vender esclavos capturados de barcos negreros. Con ayuda de James Bowie, quien más tarde moriría en el asalto al Álamo, Laffite estableció contacto con contrabandistas de Nueva Orleans y del Sur de Estados Unidos para vender los esclavos raptados. Ramsay, *Jean Laffite*, 1996, pp. 92-105, y Epperson, "Jean Laffite", 1997, pp. 5-7.

El interrogatorio a uno de los esclavos raptados por los piratas de Jean Laffite llegó a las manos del arzobispo. Era un individuo llamado Jorge, secuestrado en las inmediaciones de La Habana y llevado a Galveston, donde fue empleado para cocinarle a la tropa. Los interrogadores aprovecharon para averiguar lo más posible sobre la base de Jean Laffite y dilucidar si representaba una amenaza. De acuerdo con Jorge, en su puerto había entre seis y siete barcos, algunos con cañones, cada uno con seis u ocho hombres. En tierra contaban con entre diez y doce casas, una de ellas la "Maison Rougue" (casa roja). Dijo que no había angloestadunidenses y que Luis M. Aury, que había sido quien transportó a Mina a Tampico en 1817, ya se había marchado del lugar. Según Jorge, el grupo estaba bastante contento en el sitio, tenían dinero, vino y aguardiente en abundancia.[32]

El capitán de Monterrey, José Rivero, un informante de Ruiz de Cabañas, le escribió para tranquilizarlo. Sus razones resultan muy interesantes porque ponen en la mesa las principales vulnerabilidades a las que se enfrentaban en ese momento en la geografía y medioambiente texano con el arreglo territorial del momento. Le decía que la alarma que había en "los países detrás de la sierra" madre oriental de una invasión no estaba justificada por "las dificultades que brotan para la ejecución de los proyectos". Por un lado, los ríos que desembocan en la bahía de Galveston no eran navegables entonces. El fondo de todas las bahías y estuarios de la costa de Texas eran irregulares, tenían muchos arrecifes y bancos de arena que con las tormentas y las estaciones podían moverse. Además, la isla de Galveston carecía de recursos para sobrevivir, como agua, y abundaban culebras, serpientes, alacranes, tarántulas y muchos mosquitos "de picaduras incomodas y venenosas". El grupo de Laffite consistía en una pequeña "gavilla de contrabandistas" de unos 200 hombres. No eran una amenaza porque: "A continuación de las lagunas, siguen unos arenales muy espaciosos, en los cuales un caballo se hunde hasta el encuentro, sólo con la carga del jinete. ¿Cómo pasarán la artillería y pertrechos? A estos, se siguen unos desiertos espantosos de trescientas o más leguas hasta la capital de Texas, sin que en esta distancia se hallen cabalgaduras ni agua ¿Podrá marchar por aquí un ejército capaz de dar recelo?"[33]

[32] "Rivero, José. Carta al Obispo Juan Ruiz de Cabañas. 1818 julio 4", Benson Latin American Collections (en adelante BLAC), W. B. Stephens Collection, item WBS 2074, fs. 1-2.

[33] *Ibid.*, f. 3.

Superar los obstáculos señalados por el capitán José Rivero era la clave para dominar el territorio de Texas. Por eso, lo que sí le preocupaba eran los americanos. Desde Nueva Orleans tenían una plataforma de donde podrían salir embarcaciones pequeñas de poco calado, menos vulnerables a la costa y lagunas traicioneras de Texas, y que por ende podían navegar sus ríos.[34]

LOS VISITADORES POSBORBONES

> Del último medio siglo a esta parte una grande ansiedad preocupa al género humano. El anhelo de mejora se ha vuelto una necesidad de la especie. Los adelantos en las ciencias, en las artes, en el mecanismo de la vida, y en los poderosos medios de progreso que los hombres han adquirido por una serie dilatada de investigaciones, les hacen desear, y con razón, una nueva manera de existir. El conato por la felicidad fue siempre propensión de nuestro ser; y ese conato, sofocado o reprimido por la tiranía de los gobiernos, hoy se desarrolla irresistiblemente. Saber dirigir con tino esos impulsos será saber constituir y gobernar a los hombres.
>
> Manuel Gómez Pedraza, 1842.[35]

Si siempre se reconocieron las ventajas agrícolas que ofrecía Texas, ¿cuándo y cómo pasó de ser un territorio marginal en el siglo XVIII, una provincia colchón contra la expansión de imperios enemigos, a convertirse en un proyecto comercial, un objeto de deseo, que todos querían explotar en el siglo XIX?

La era de las revoluciones que sucedió al reinado de Carlos III y los Borbones reformadores, y lo que la teoría de la modernización entiende como la "aceleración del ritmo de cambio",[36] sacudió a Nueva España y vio emerger una nueva "nación" con el nombre de México y también agitó a la frontera noreste y a Texas. Aquella edad de "marchar

[34] José Rivero, Carta al Obispo Juan Ruiz de Cabañas, 4 de julio de 1818, en BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2074, f. 4.

[35] Gómez Pedraza, "Oración encomiástica", 1999, p. 28, en Solares Robles, *La obra política*, 1999.

[36] Para un análisis de esta noción y su utilidad historiográfica, véase Miravet, "¿Cuán nueva", 2019, pp. 98-127.

para adelante sin pararse ni retroceder",[37] como la definió el político-militar Manuel Gómez Pedraza en 1842, conllevó una serie de factores, como la expansión angloamericana, la apertura al comercio atlántico, la revolución liberal y el republicanismo, que transformaron la visión del territorio de Texas e incentivaron el conflicto por su dominio. Desde las primeras visitas, enviadas por las nuevas elites hispanas que intentaron sustituir a los Borbones, puede notarse que el noreste y Texas comenzaron a tener una revolución territorial.

Un aspecto fundamental de dicho fenómeno fue el resquebrajamiento del dominio del imperio español en el Golfo de México y la llegada de Estados Unidos, Gran Bretaña, algunos franceses, piratas, filibusteros y lo que quedó del imperio en Cuba. No sólo se trató de una transición de una región con una potencia dominante a una con múltiples actores, sino de un sistema mercantilista que monopolizaba los puntos comerciales a uno más abierto y disputado, influido por los conceptos de economía política y libre comercio. Por lo tanto, nuevas regiones comenzaron a desarrollar sus puertos e interactuar con el mercado del Golfo, el Caribe y el Atlántico. Algunos de los puntos clave de esta transición gradual ya fueron mencionados: el Tratado de París de 1783, los tratados de San Ildefonso y la venta de la Luisiana a Estados Unidos en 1803, y la gradual ocupación estadunidense de Florida, consolidada con el tratado Adams-Onís de 1819. Cabe incluir la guerra anglo-española (1796-1808), porque mermó severamente a la armada hispana, acabó definitivamente con su hegemonía sobre los mares, y los estadunidenses recibieron un enorme impulso económico gracias al comercio de neutrales durante los bloqueos británicos y el derecho de navegar el Mississippi.

El punto culminante, además de las independencias, fue el Tratado Adams-Onís de 1819, negociado entre Luis de Onís,[38] representante de la corona española, y John Quincy Adams, entonces secretario de Esta-

[37] Gómez Pedraza, "Oración encomiástica", 1999, p. 38, en Solares Robles, *La obra política*, 1999.

[38] Luis de Onís (1762-1827), originario de Salamanca, fue hijo de un terrateniente asturiano de familia noble. Estudió en la Universidad de Salamanca. Inició su carrera diplomática muy joven, como parte de las legaciones españolas en Europa central. Siguió ascendiendo en el aparato burocrático de la España borbónica y para inicios del siglo XIX ya ocupaba cargos muy altos, concentrando su labor en las relaciones con Francia. Era parte de la comitiva del rey Fernando VII en 1808, y se vio forzado, contra sus deseos, a redactar los documentos de renuncia en Bayona. Fue designado ministro plenipotenciario en Estados Unidos en 1809, y en 1819 negoció el tratado que lleva su nombre. Rodríguez, "Algunas novedades", 2015, pp. 16 y ss.

do de James Monroe. El acuerdo buscaba arreglar todas las ambigüedades fronterizas y territoriales que se habían generado con los antecedentes mencionados. El tratado que España celebró con Estados Unidos en 1795, durante el reinado de Carlos IV y el ministro Manuel Godoy, buscó lo mismo, pero empeoró la situación, porque por ignorancia de la geografía americana, concedieron cerca de un grado de latitud al sur, en la línea imaginaria de este a oeste de los límites de Florida con Estados Unidos. Este incluía sitios estratégicos para proteger la Florida y la salida del Mississippi, como Natchez. Luego, el Tratado Adams-Onís cedió definitivamente Florida a Estados Unidos, incluyendo sus cabos, puntos de tránsito clave en las rutas de comercio del Golfo de México. España también renunció a cualquier derecho sobre Oregón, la Luisiana y la navegación del Mississippi. A cambio, Estados Unidos renunció a sus pretensiones sobre Texas, que reclamaba como parte de la compra de la Luisiana. Se acordó la frontera con Texas en el río Sabinas al oeste y el río Rojo al norte.[39] Este tratado es fundamental porque dio un pie más sólido a Estados Unidos en el Golfo de México, para consolidar su control sobre la salida del Mississippi, su "Nilo", como diría Manuel Salcedo. De esta manera, su marina mercante y naval siguió aumentando su presencia en la región.

En 1820, después del fracaso de otra expedición de filibusteros, en esta ocasión de angloestadunidenses liderados por James Long,[40] la tranquilidad parecía regresar a Texas. Hasta entonces, como apunta Nettie Lee Benson, la mayor parte de las noticias y el conocimiento que los habitantes del interior tenían de la provincia, y especialmente los de Coahuila, Nuevo León y Nuevo Santander, que solían ser reclutados para protegerla, buscaban conservar el territorio. Pero Jean Laffite siguió haciendo de las suyas en Galveston hasta que en 1821 fue expulsado por una cuadrilla naval estadunidense por atacar navíos mercantes. Ese mismo año, el 4 de octubre, unos días después de consumada la indepen-

[39] *Ibid.*, pp. 53-89.

[40] Esta expedición, posterior a las de Gutiérrez-Magee y Francisco Xavier Mina, fue organizada por habitantes de la Luisiana que se oponían a la frontera pactada por el tratado Adams-Onís. Con la promesa de tierras, alrededor de 300 hombres declararon la independencia de Texas. Intentó aliarse con Jean Laffite, que seguía ocupando Galveston en ese momento, Gutiérrez de Lara y los liberales mexicanos de Nueva Orleans. Pero fue derrotada por las tropas del coronel Ignacio Pérez. Harris G. Warren, "Long Expedition", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/long-expedition>. [Consulta: 16 de febrero de 2024.]

dencia, Texas volvió a la mira por la segunda expedición James Long. En esa ocasión, el aventurero no sobrevivió, fue capturado y fusilado en abril de 1822.

En suma, Texas era muy vulnerable, incluso frente a pequeños grupos de filibusteros, piratas, aventureros y contrabandistas, por dos factores interdependientes, derivados de la territorialidad que México heredó de la colonia: su lejanía y escasa población. En junio de 1821, las Cortes en España discutieron ese problema y los diputados novohispanos resaltaron la amenaza de que Estados Unidos arrebatara la "más fértil y rica de toda la tierra inmediatamente adyacente a Estados Unidos".[41]

Nettie Lee Benson, en su extensa revisión de las discusiones sobre Texas en comisiones, juntas, congresos constitucionales y debates de congresos, concluyó que entre 1820 y 1834 prevaleció la idea, cultivada desde el siglo XVIII, de la fertilidad, belleza y riquezas del territorio. Se le consideraba enorme y poco poblado, repleto de indígenas "buenos y malos", de forma muy similar a como la definió Bonilla décadas antes. Sólo que ahora, se sumaba la amenaza del filibusterismo estadunidense. La pregunta del porqué los españoles no se esforzaron más en poblar una tierra con tanto potencial comenzó a hacerse presente. De la mano con ello, se comenzó a temer el prospecto de tan grande pérdida y todas las acciones subsecuentes estuvieron pensadas para mantener la soberanía. Las noticias de las ambiciones de los estadunidenses sobre el territorio confirmaban el miedo. John Quincy Adams, el candidato que terminó ganando la presidencia en 1825, recibió muchos ataques en su campaña por haber cedido Texas en el tratado Adams-Onís. Las legaciones de México en Estados Unidos reportaron que los periódicos hablaban de las riquezas de Texas y lamentaban su cesión a España.[42]

Además de que la validez del tratado se podía cuestionar porque Fernando VII lo desconoció, hacía falta medir las geolocalizaciones para marcar con mayor exactitud la línea fronteriza imaginaria. En 1825, el general Manuel Mier y Terán fue comisionado para llevar a cabo la comisión de límites. El año siguiente, los hermanos Haden y Benjamin Edwards se rebelaron en Nacogdoches después de que les anularan sus concesiones por sus disputas con otro grupo de colonos que reclamaba

[41] Esto lo dijo el diputado Juan Bautista Valdés, que representaba a Nuevo León, Coahuila y Texas. *Diario de las Cortes*, III, 2, 435, citado por Benson, "Texas as viewed", 1987, p. 222.

[42] Benson, "Texas as viewed", 1987, pp. 222-255.

las mismas tierras. En un intento desesperado por conservar su inversión, intentaron separarse de México fundando la efímera república de Fredonia, que no recibió el apoyo esperado y pronto fracasó.[43] A pesar de esta rebelión, la salida de Mier y Terán se retrasó varios años porque la cuestión se atoró en el Congreso. Como anota Nettie Lee Benson, probablemente se debió a la creciente inestabilidad interna, que se incrementó conforme se acercaba el fin de la década: el plan de Montaño contra las sociedades y reuniones secretas, la conspiración del padre Arenas, el motín del Parián, la expulsión de españoles y la crisis de la deuda inglesa.[44]

El 10 de noviembre de 1827, la comisión de límites, sin generar mucho revuelo en la prensa, por fin partió a la primera gran expedición posindependencia a Texas.[45] Como los visitadores durante el siglo XVIII, su comitiva siguió la vertiente oriental de los derroteros virreinales. Pero ahora iban influidos por las ideas de las nuevas ciencias naturales, como la geología y la botánica, entre otras, que hoy en día se acreditan a Alexander von Humboldt (considerado el padre de algunas de ellas, como la geografía o la ecología), quien visitó Nueva España entre 1803 y 1804.[46]

[43] Archie P. McDonald, "Fredonian Rebellion", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/fredonian-rebellion>. [Consulta: 22 de febrero de 2024.]

[44] Benson, "Texas as viewed", 1987, pp. 255-262.

[45] Estuvo compuesta, además de carreteros y la escolta del general, por el teniente coronel José Batres, el teniente coronel de ingeniero Constantino Tarnava, el dibujante José María Sánchez, el mineralogista Rafael Chovel y el botánico y zoólogo Luis Berlandier. Los dos últimos fueron autores del *Diario del viaje*, 1850. Asimismo, el dibujante escribió el *Viaje a Texas*, 1939. *Ibid*., pp. 255-262.

[46] Virginia Wulf, en un libro muy premiado, representa la corriente según la cual Humboldt inventó la idea de que todos los fenómenos naturales estaban interconectados, cambiando la forma en que se concebía la naturaleza y abriendo el camino para ideas científicas modernas como los ecosistemas, la adaptación y la evolución de las especies de Darwin (Wulf, *The invention of nature*, 2015); sin embargo, otros historiadores, principalmente Jorge Cañizares Esguerra, han criticado lo que llaman la "invención" de Humboldt. De acuerdo con ellos, Humboldt no fue catalizador sino producto del conocimiento ya existente en los archivos y comunidades científicas del mundo hispano. Fue un sintetizador de esas ideas que, por ello y por el rechazo al pasado imperial español, se convirtió en la referencia principal de los pensadores hispanoamericanos del siglo XIX. Thurner y Cañizares-Esguerra, *The invention of Humboldt*, 2023. Ortiz de Ayala lo citaba con frecuencia. Explicaba, por ejemplo, la erosión: "la falta de vegetación, exponiendo el suelo a las insolaciones e influencia directa de los rayos del sol, evaporiza con velocidad la humedad que mantendrían los árboles, sus despojos, las malezas y retamas que amparan con su sombra y acelerándose por esta falta de evaporización, disminuyen las combinaciones de las leyes físicas que forman las nubes y constituyen las lluvias". Ortiz de Ayala, *México considerado*, 1832, p. 115.

De forma similar a lo que hizo Humboldt, los comisionados se pusieron a trepar montañas, hacer gran cantidad de mediciones y registros con todo tipo de instrumentos, muestreos e ilustraciones de botánica y fauna; exploraron cavernas para observar sus minerales. La expedición, además de dar cuenta de la cantidad y carácter de la población, longitudes, latitudes y actividades económicas, como hacían los visitadores, se preocupó también de registrar las temperaturas, hacer observaciones meteorológicas, de la altura, la fauna, la flora, los minerales, la presión atmosférica, etc.[47] Las minas siguieron teniendo gran importancia, Mier y Terán aprovechó para visitar varias. Encontró así que la Valenciana, que había sido por mucho la más rica, estaba inundada desde la independencia,[48] y que la plata de Real de Catorce, que se acuñaba en la ceca de San Luis Potosí, había disminuido mucho su producción.[49]

La comisión llegó a Saltillo el 27 de septiembre de 1828, donde "a no ser por los productos de su agricultura y por su feria anual, que es mentada en toda la República […] solo se conocería como punto de tránsito para ir del puerto de Matamoros a las ciudades de Durango y Zacatecas". Su población era de 10 000 habitantes, de acuerdo con Chovel y Berlandier, y de 7 000 según José María Sánchez.[50] Se producía maíz y trigo que se comercializaba en la costa y en el interior hasta Catorce. Había caballadas "mejores que las de la costa, pero inferiores a las de San Luis". El camino de ahí a Monterrey, que atravesaba el abra/garganta de la sierra de las Mitras, era "bastante molesto; así por lo pedregoso de todo él, como por los muchos ladrones que comúnmente sorprenden al

[47] Llevaban una carreta tan sólo para cargar sus instrumentos científicos, a pesar de lo inadecuado del camino que la averiaba constantemente. A partir de estas mediciones buscaban, por ejemplo, dar "algunas luces sobre el movimiento de los vientos" y con ello explicar las diferencias en las temperaturas y la atmósfera en distintas regiones. Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, pp. 46-47. Como a Humboldt, les fascinaban las montañas: "pasamos a reconocerlo [un cerro que les llamó la atención], y apenas nos acercábamos, cuando descubrimos en su parte superior porción de columnas basálticas verticales. Subimos a él: lo registramos por todas partes, y en todas sólo descubrimos las mismas columnas basálticas y todas articuladas", *ibid*., p. 51. Además, hay secciones dedicadas a la zoología, ornitología y a los reptiles. *Ibid.*

[48] "El mineral hoy está en su mayor parte anegado, y las máquinas con que pudiera desaguarse, quemadas. Esta desgracia, sucedida en la retirada de Mina (cuando atacó Guanajuato) se atribuye a Francisco Ortiz, oficial patriota […] dirigida hoy por la compañía anglo-mexicana, exige todavía inmensos trabajos […] aun cuando la veta no diese nada, los gastos erogados serían cubiertos con la destrucción de los pilares metalíferos que en tiempos de bonanza se dejaron, según lo exige la ordenanza de Minas". Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, p. 28.

[49] Pasó de 2 000 000-3 000 000 de pesos anuales a máximo 1 200 000. *Ibid.*, pp. 44-46.

[50] Sánchez, *Viaje a Texas*, 1939, p. 4.

viajero en los pasos más dificultosos". Una de las carretas se averió en ese punto, retrasando a una parte de la comitiva, mientras la otra se perdió en el camino.[51] En medio del valle estaba la hacienda de Santa María, próspera en esa época, y en la que se intentó cultivar algodón sin éxito.[52]

Cuando la comisión llegó por fin a Monterrey en 1828, encontraron un poblado que ya había crecido a villa, de 12 000 habitantes. La mayoría se dedicaba a la agricultura. Los comisionados mencionan que "los productos extranjeros le vienen del puerto de Matamoros; y el comercio de ellos lo han monopolizado, por una ley, unos cuantos particulares". Llevaban unos 50 años sin tener guerra con los indígenas. Ahí sí se daba el algodón y la caña de azúcar, con la que hacían piloncillo que se vendía en Matamoros, Saltillo, Durango y Zacatecas. Desde Monterrey, y hasta el río Bravo, estaba la villa de Aldama, con 2 310 habitantes. Allí había un hospicio del colegio de guadalupanos de Zacatecas, que servía de punto de descanso para los misioneros que iban y venían de Texas. En este momento, según José María Sánchez, no quedaban más que dos míseros religiosos en la última provincia.[53] Todo lo que les pertenecía "se vendió, en virtud de una ley del Congreso, a excepción de algunos cuartos".[54] Unas cuantas minas producían plomo, que se vendía en la feria de Saltillo. Junto había un pueblo de tlaxcaltecas con 1 984 personas, que "todavía recuerdan […] las prerrogativas que les concedía el Rey de España"[55] y se seguían considerando una "corporación".[56] El bolsón de Mapimí, al oeste, desde el periodo virreinal era desconocido e inhóspito (véanse mapas 1 y 2),[57] y se le consideraba repleto de "muchos

[51] *Ibid.*, pp. 4-10; Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, pp. 55-58. Durante la primera campaña de Texas el ejército tuvo muchas dificultades para atravesar este sitio. Muchos cañones se rezagaban formando cuellos de botella. Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 109-116.

[52] Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, p. 58.

[53] Sánchez, *Viaje a Texas*, 1939, p. 12. Sobre el colapso de las misiones, véase Weber, *The Mexican frontier*, 1982, pp. 43-68; Tjarks, "Comparative demographic", 1974, pp. 337 y ss.; Leyva, "Iglesia secular", 2022, pp. 292-297.

[54] Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, p. 121.

[55] *Ibid.*, p. 76.

[56] Sánchez, *Viaje a Texas*, 1939, p. 12. Este concepto es importante porque muestra que todavía tenían la idea territorial pluralista del viejo régimen de los "cuerpos del reino". Rojas, "Los privilegios como articulación", 2007, pp. 45-84.

[57] En el primer mapa dice la leyenda "lleno de sierras"; en el tercero "porción de terreno despoblado llamado el Bolsón de Mapimí donde se abrigan los indios enemigos y donde salen a hostilizar la nueva Vizcaya y Coahuila". De origen castellano, la palabra bolsón refiere a un "desierto semiárido en un valle plano o depresión, usualmente centrado en un salar o lago de agua

enemigos indígenas". Según noticias de segunda mano, "entre las hordas salvajes [hay] un pequeño lago de mercurio […] los comanches aseguran igualmente que en ella hay dos volcanes, uno de aire y otro de fuego".[58] El norte del bolsón, habitado por "tobosos, gavilanes, jicarillas y otros salvajes", y desde donde "esas hordas sin freno" incursionaban a las provincias aledañas, permaneció independiente desde el periodo virreinal.[59]

Con los pastos de los mezquitales entre Monterrey y el bajo río Bravo podía alimentarse a todo tipo de ganado. Algunas haciendas, como la de Carrizal, cerca del cerro del mismo nombre, se valían de características topográficas para formar corrales para el ganado, como los valles encerrados o las mesas escarpadas con pocos puntos de acceso.[60]

Más adelante del camino estaba Lampazos, un presidio sobre las lomas del extremo de la cordillera. Los comisionados se sorprendieron de no encontrar cabañas rodeadas por algún parapeto, sino "una gran villa que encierra 1 891 habitantes [200 familias,] la mayor parte de soldados y algunas de labradores". El sitio albergaba una compañía de dragones (caballería ligera), que llevaba la correspondencia hacia y desde Texas, y libraba la "guerra defensiva" contra los indígenas. Los habitantes no se preocupaban por poner ninguna barrera porque su propósito no era encerrarse como en un fuerte. Se trataba de casas de adobe de poca altura. Vivían de la agricultura, cultivaban melón e higuera de autoconsumo y tenían la cantidad considerable de alrededor de 80 000 cabezas de ganado.[61]

A partir de Lampazos el paisaje del rumbo solía abrumar a quienes llegaban a esos lares desde el altiplano. Después de flanquearla todos los días, la Sierra Madre Occidental seguía por el noroeste, y al noreste, por donde iba el camino, se veían "unos llanos sin fin, en los que el viajero solo descubre a lo lejos un horizonte visual, sin que nada lo interrumpa

---

salada y enteramente rodeado por colinas. El termino se suele aplicar a ciertas cuencas interiores en Norteamérica". Britannica, T. Editors of Encyclopaedia. "Bolson", *Encyclopedia Britannica*, 20 de julio de 1998, en <https://www.britannica.com/science/bolson>.

[58] Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, p. 77.

[59] Los nombres que los hispanos daban a los indígenas difieren con la forma en que se llamaban a sí mismos y coinciden muy inexactamente con sus identidades y comunidades políticas y etnias reales. Cramaussel, "El Bolsón de Mapimí", 2020, p. 168; Ortiz de Ayala, *México considerado*, 1832, pp. 421-433.

[60] Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, pp. 78 y 84.

[61] *Ibid*., p. 85, y Sánchez, *Viaje a Texas*, 1939, p. 15.

ni distraiga".[62] Y "al contemplar que para mí desaparecían los terrenos montuosos donde vi la luz primera, una feroz melancolía se apoderó de mi alma, y volví el rostro a México para dar un adiós".[63] Era "una llanura que parecía llena de fuego que se desplegaba a nuestra vista, y la desesperación creció cuando descubrimos […] las tranquilas aguas del río Bravo del Norte, que, despoblado de árboles en sus riberas, parecía un hilo de plata tendido en la llanura inmensa".[64]

Que aún no se hubiese desarrollado cabalmente un sentido moderno de nacionalismo en este periodo no significa que las personas no tuvieran algún sentido de pertenencia. A diferencia de Estados Unidos y su expansión al oeste, no hubo hordas de migrantes queriendo poblar el norte desde la república mexicana. Además de los factores demográficos y los obstáculos geográficos, que retomaré más adelante, de acuerdo con el imaginario de la población mexicana allí estaban los confines de la civilización. El septentrión era imaginado como un lugar inhóspito repleto de "indios bárbaros", que algunos incluso creían caníbales. Por eso, y considerando que gran parte de la población mexicana estaba concentrada en el altiplano central, aunque la mayoría no se asumiese como "mexicana", debía de ser aterrador llegar a un paisaje en el que no se alcanzaba a ver ninguna montaña.[65] De ahí quizá venga la prevalencia del término "desierto" para referirse a esta enorme extensión de terreno que, en realidad, contiene una gran diversidad medioambiental, así como el prejuicio negativo con el que se veía a sus habitantes.[66]

[62] Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, p. 86.

[63] Sánchez, *Viaje a Texas*, 1939, p. 15. Véase Campos, "El ejército de operaciones", 2020, p. 111.

[64] Sánchez, *Viaje a Texas*, 1939, p. 17.

[65] Según J. Nepomuceno Almonte, se decía que los indios de la región eran antropófagos, de acuerdo con fábulas populares. El ingeniero José María Sánchez cuenta que los miembros de la comitiva iban con miedo, pues se "figuraban que se les aparecían los indios y los asaban, o se los comían vivos". A los demás habitantes también se les consideraba menos civilizados y más toscos. Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 114-116. Algunos historiadores proponen que, para esta época, las montañas ya eran un geosímbolo importante para la identidad de la población, como puede observarse en el encabezado del periódico *El Siglo Diez y Nueve* (véase imagen 1). En parte por ello, el noreste mexicano y el resto del septentrión fueron excluidos de las representaciones sociales de la nación durante el siglo XIX. Siendo imaginados como un territorio desértico e indómito. Rajchenberg y Héau-Lambert, "La frontera en la comunidad", 2007, pp. 37-61.

[66] C. J. Álvarez, investigando la frontera norte desde la década de 1850, encontró que los exploradores llegaron con prejuicios culturales hacia los desiertos, a los que asociaban con tierras y poblaciones marginales, en lo que llama una especie de "racismo de frontera". En realidad, es una región con, por lo menos, seis ecosistemas: dos pastizales de clima mediterráneo, dos tierras bajas de desierto, dos tierras altas de desierto, con matorrales semiáridos (lo que los comi-



Imagen 1. Cabecera del periódico *El Siglo Diez y Nueve*, núm. 467, 6 de marzo de 1843.

Más allá del horizonte, las dificultades se multiplicaron conforme los comisionados se adaptaban al nuevo ecosistema y aprendían de las prácticas de sus habitantes. Las inclemencias eran varias. Sin el cobijo de montañas, estos parajes se volvían peligrosos porque las planicies eran grandes "avenidas" para las correrías de los comanches y lipanes. El agua era escasa y difícil de ubicar. Por eso, los enviados de los Borbones se preocuparon por situar las fuentes de agua en este trecho en muchos de sus mapas. No faltaban algunos ranchos, como el de las Norias, "en medio de algunas miserables cabañas [con] tres pozos de agua salobre", que vendían el preciado recurso a precios muy altos en temporada seca. Cobraban también al ganado, en riesgo siempre de morir de sed. Los presidiarios solían cargar reservas de agua en guajes y la racionaban. No había agua potable del río Salado hasta el río Bravo. El agua del último río era oscura, con apariencia de lodo, especialmente durante la primavera. Para beberla o utilizarla para lavar, el método más común de "los pobres" era asar un trozo de raqueta y echarlo caliente en el agua.[67]

Para los forasteros, los asentamientos de estas regiones solían ser dignos de describir porque les parecían inesperados y curiosos: "Cada hacienda tiene su iglesia, y las casas de los propietarios y los jacales de los sirvientes están dispuestas de manera que forman un vasto patio cuadrado, el que solo tiene una o dos entradas, susceptibles de ser interceptadas en caso de guerra. Las puertas de todas las casas caen hacia el gran patio del que hemos hablado […] cada individuo […] debe estar armado; y cuando son atacados, se defienden desde las azoteas."[68]

Cuando la comisión finalmente llegó a Laredo, que en ese momento contaba con 2 041 habitantes, Mier y Terán se reunió con Anastasio Bustamante, entonces comandante general de Coahuila y Texas. En ese punto, se bifurca el camino que tomó la comisión del que siempre siguieron los Borbones, que iban rumbo a Texas en lugar de seguir el río Bravo hacia la costa. En cambio, la comitiva, reflejando el cambio en el territorio y los tiempos, también recorrió el camino rumbo a Matamoros. Bordeando el río, este llegaba primero a Guerrero (antes Revilla),

---

sionados de 1829 llamaban mezquitales de raquetas y mimosas) y bosques ribereños. Álvarez, *Border land*, 2019, pp. 17-31.

[67] Sánchez, *Viaje a Texas*, 1939, p. 15; Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, pp. 92-95 y 238, y Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 109-116.

[68] Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, p. 77.

una "pequeña villa" de calles rectas sobre una colina de bancos de arenisca. Sus casas estaban hechas con ese material y en su periferia había jacales.[69] Se abastecían con las aguas del río Salado, "muy superiores a las de río Grande [Bravo]".[70]

El camino seguía por el rancho de Salinillas y luego llegaba a Mier, cuya población, en 1828, era de 2 821 personas, "industriosas y en casi todas las casas se ven constantemente ocupadas las mujeres, en tejer zarapes y colchas que gozan de una reputación justamente merecida". También estaba sobre arenisca, tenía tierra de temporal en las orillas del Bravo, aunque corría el riesgo de inundarse con las crecientes. En la población había indígenas conocidos como "garzas", que conservaban su lengua, pero también hablaban español. Ya se consideraban nativos de Mier, iban a cazar a los bosques y, según los comisionados, "andaban desnudos".[71]

Calcularon que Camargo se encontraba a ocho leguas (38-39 km). En estos lares, la Comisión notó que el número de pobladores y ranchos se incrementaba conforme se acercaban a la costa. El camino estaba repleto de cruces porque los rancheros acostumbraban enterrar a sus parientes, varias víctimas de comanches, al pie de algún árbol a la orilla del camino. La villa estaba habitada por poco más de 2 800 personas y se dedicaba a la agricultura y la arriería. Tenía una misión con tres franciscanos, que seguían sus labores evangelizadoras. En la margen izquierda, había un grupo de indígenas de los que llamaban "carrizos" y cuya territorialidad estaba cerca de lo que se consideraba "civilizado", pero no totalmente: sólo estaban medio "fijos" porque todavía acostumbraban a recorrer de cuando en cuando los desiertos.

Aproximadamente a quince leguas (72-73 km) había una comarca con muchos ranchos reunidos en pequeños pueblitos, como Morillos y Reynosa la antigua, además de Reynosa, zona de influencia de Matamoros, la cabecera del departamento del norte de Tamaulipas, y contaba

[69] Del náhuatl *xacalli*, "casa pequeña y humilde, generalmente de un solo cuarto, construida con adobe, carrizo u otros materiales semejantes y con techo de paja". *Diccionario del español de México*, en <https://dem.colmex.mx/ver/jacal>. [Consulta: 10 de mayo de 2023.]

[70] Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, pp. 135-150.

[71] *Ibid.* La desnudez, desde tiempos virreinales, no significaba lo mismo que hoy. Más que encontrarse completamente desnudo, connotaba "desabrigo, pobreza, falta de vestido". Era una forma de calificar a quienes iban vestidos como pobres o de forma poco civilizada, de acuerdo con los estándares de la época (desnudez, s. f., *Diccionario de Autoridades*, 1732, t. II).

con 3 000 habitantes. Alrededor del pueblo, los esteros se alimentaban con las inundaciones del río Bravo.[72]

Por último, Matamoros se hallaba aproximadamente a 100 kilómetros de Reynosa. De la noche a la mañana, se convirtió en un polo de atracción comercial cuando comenzó a participar en el comercio atlántico y a vincularse con los mercados del interior. Ya en 1828, aquella ciudad, que fue "fundada como un rancho por los vecinos de Camargo y Reynosa, a la fecha es un puerto que ha atraído numerosos habitantes, y cuya población es acaso mayor que la de todas las villas circunvecinas". Tenía calles anchas tiradas a cordel y casas de ladrillo. Había unas de extranjeros construidas "más o menos como las de Estados Unidos", otras de adobe y jacales. La población estaba compuesta, además por familias de las villas sobre el río Bravo y de Nuevo León, de "comerciantes franceses, americanos, ingleses o irlandeses, venidos la mayor parte de los Estados Unidos, y de vagabundos". Era una ciudad comercial y cosmopolita, muy diferente a los demás asentamientos. No tenía puerto como tal, pero el comercio se llevaba a cabo fondeando con barcos de poco calado en el brazo de Santiago, sobre el cual había unas casas de tabla, "como las de los americanos", en la bahía de Boca Chica. Lo que ahí se descargaba tenía que trasladarse, en "malos chalanes", a la otra orilla.[73]

Matamoros creció rápidamente. En 1825 abrió su aduana y en 1829 sustituyó a Camargo como cabecera del departamento norte de Tamaulipas, albergando el juzgado de distrito. En 1835 ya contaba con 15 000 habitantes.[74] Su surgimiento como punto de entrada y salida de bienes de la región del noreste, como describen los comisionados en 1829, confirma la hipótesis de la historiografía económica reciente, según la cual el proceso de independencia, más que destruir la economía, provocó una nueva articulación comercial del territorio, en la que se descentralizaron los flujos comerciales. La disrupción del viejo monopolio de Veracruz, ciudad de México y Acapulco, y la apertura gradual de nuevos puertos en los litorales, como Tampico y Matamoros en el Golfo de México, generaron nuevos circuitos, fomentados por la recuperación de la plata y las nuevas casas de moneda regionales, como la de San Luis Potosí. A partir de los datos de avería del Consulado de Guadalajara,

[72] Berlandier y Chovell, *Diario del viaje*, 1850, pp. 135-150.
[73] *Ibid.*, pp. 60-65 y 146-149.
[74] Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, pp. 1-14.

Antonio Ibarra encontró evidencia de la "desarticulación del mercado novohispano" tras 1810 e, incluso, de una "red viaria que unió el Atlántico con el Pacífico en Tampico, Guadalajara y San Blas".[75] El aumento de las conexiones comerciales transversales de varias regiones con los litorales fue un cambio fundamental en la territorialidad colonial de derroteros estrictamente "axiales" que mandaban el flujo hacia el centro y alejaban a las Provincias Internas.[76]

En el caso particular de Matamoros, sustentado por lo que dice la comisión de 1829, la población se articuló con la región comercial de Tampico, Monterrey, Saltillo y San Luis Potosí,[77] fenómeno de regionalización que fue importante porque generó un nuevo polo de influencia y recursos, antes inexistentes, en los asentamientos sobre el río Bravo al este de Laredo.

El viejo camino real (véanse mapas 1, 2 y 3) y el derrotero de los visitadores no pasaba por Matamoros, que ni siquiera aparece en los mapas. Se podía ir desde el interior a Béjar por dos rutas a partir de Saltillo. La del viejo camino real iba por Monclova y cruzaba el río Bravo por el presidio de Río Grande. La otra, iba hacia Monterrey y atravesaba el río por Laredo. Ambos caminos estaban en medio de un espeso bosque de mezquites, con mimosas y raquetas.

Sólo en el mapa de Constansó de 1779 figuran como pequeños pueblos Revilla y Mier. Pero casi en un abrir y cerrar de ojos surgió una región que tomó el nombre de "Las Villas del Norte", con Matamoros a la cabeza, con una elite local con sus propios intereses, que como el resto de los nuevos ayuntamientos que brotaron desde las diputaciones provinciales, defendió y persiguió a capa y espada su autonomía frente a Tamaulipas, la cabecera del estado, y la federación.[78] El nuevo territorio

[75] Ibarra, "El mercado interno", 2021, pp. 2-12.

[76] Bernardo García propuso el concepto de axialidad para entender el norte novohispano. Estos asentamientos no fueron pululando de forma azarosa, como lo haría un bosque, sino en función de derroteros trazados del centro hacia fuera, de forma lineal. Se distribuyeron por las tres ramas del Camino Real de Tierra Adentro: la occidental, central y oriental. Los caminos de ida y vuelta entre el Altiplano y el norte se establecieron de forma radial. Dicho de otro modo, había muy pocas conexiones transversales entre ellos, el flujo iba principalmente del centro –ciudad de México y Veracruz– a la periferia y de regreso. Mientras duró el sistema de flotas virreinal y el monopolio comercial de Veracruz, tampoco tuvo muchas conexiones con las costas. García, "El espacio del (des)encuentro", 2001, pp. 19-51.

[77] Ibarra, "El mercado interno", 2021, pp. 12-18.

[78] Alfredo Ávila propone tres líneas interpretativas que buscan explicar la fragmentación y regionalización política en Hispanoamérica, y Nueva España en particular, después de la separa-

también vinculó al noreste con intereses y conexiones internacionales y, algo no menos importante, los dirigentes de la guerra contra Texas apreciaron este nuevo flujo de recursos y muy pronto definieron a Matamoros como la base de operaciones más adecuada para el ejército. Irónicamente, al mismo tiempo que este crecimiento regional generó intereses locales que no siempre coincidían con el centro, especialmente en cuanto a la política comercial y las tarifas, aumentó la viabilidad de financiar un contingente del ejército federal en la región.

El camino que recorrió la comisión después de regresar a Laredo y seguir rumbo a San Antonio Béjar fue muy similar al que, por un siglo, tomaron los visitadores Borbones. Era un tramo que llevaba cruzar alrededor de dos semanas, donde el cordón umbilical con el altiplano se hacía más estrecho. Los expedicionarios lo llaman los "desiertos" de Texas y lo describen como una enorme y monótona planicie cubierta de algunos cactus y pequeños arbustos, gramíneas secas, que eran excelente alimento para las manadas de mesteños (caballos salvajes) que abundaban en la zona. Aunque de gran potencial ganadero, las rancherías que lograban asentarse eran muy vulnerables a las correrías de los comanches.

Béjar, sobre el río San Antonio, era la población mexicana más grande de Texas. Desde el sur, y de lejos, parecía una ciudad grande, pero acercándose se veían sus verdaderas proporciones de "pequeña villa". Poseía una tierra fértil y agradable a la mirada. Estaba rodeada por cinco misiones, siendo una la del Álamo, que se reducía "a una iglesia construida generalmente con gusto, cierto número de cabañas puestas sobre los lados de un gran cuadrado y este cerrado por una tapia de mediana altura cuando no eran bastantes las cabañas para hacerlo".[79] No hay datos definitivos sobre su población, pero en 1835 eran 2 400 personas, de acuerdo con las mejores estimaciones de Juan N. Almonte, y de

ción del imperio español. La primera apunta al viejo régimen y la cultura política de las corporaciones que imperaban en Nueva España frente a los esfuerzos modernizadores desde España (François-Xavier Guerra). La segunda, al autonomismo que surgió con las diputaciones provinciales y el proceso constitucional gaditano (Nettie Lee Benson/Jaime Rodríguez). Por último, a la disolución y desarticulación del imperio, aprovechada por ciudades, villas y pueblos para destruir las viejas jerarquías territoriales (Antonio Annino). Ávila, "Las revoluciones hispanoamericanas", 2008, pp. 10-39. Más que preferir una de ellas, lo importante es que todas observan la tendencia centrífuga del territorio en este periodo. Cabe señalar aquí que lo que se ha observado desde el punto de vista económico, con la regionalización de los circuitos comerciales, forma parte de la fragmentación política, como propongo en el caso de Matamoros y el Noreste.

[79] Berlandier y Chovell, *Diario del viaje*, 1850, p. 116.

1 998 (sin contar a los soldados del presidio, sus familias y la población dispersa en ranchos), según los archivos de Béjar revisados por Andrés Tijerina.[80]

Siguiendo el río San Antonio hacia la costa se llegaba a la bahía del mismo nombre. En la boca del río estaba Goliad, también llamada Bahía del Espíritu Santo. Existía un camino entre esa población y Matamoros, que se conocía como "atacosico" o "el de abajo", sobre el cual había un pueblo de irlandeses llamado San Patricio, que en 1835 tenía unos 600 habitantes. Victoria, con unas 300 personas, estaba en medio del camino de Béjar a San Felipe, donde se hallaba la colonia de Stephen Austin, sobre el río Brazos.

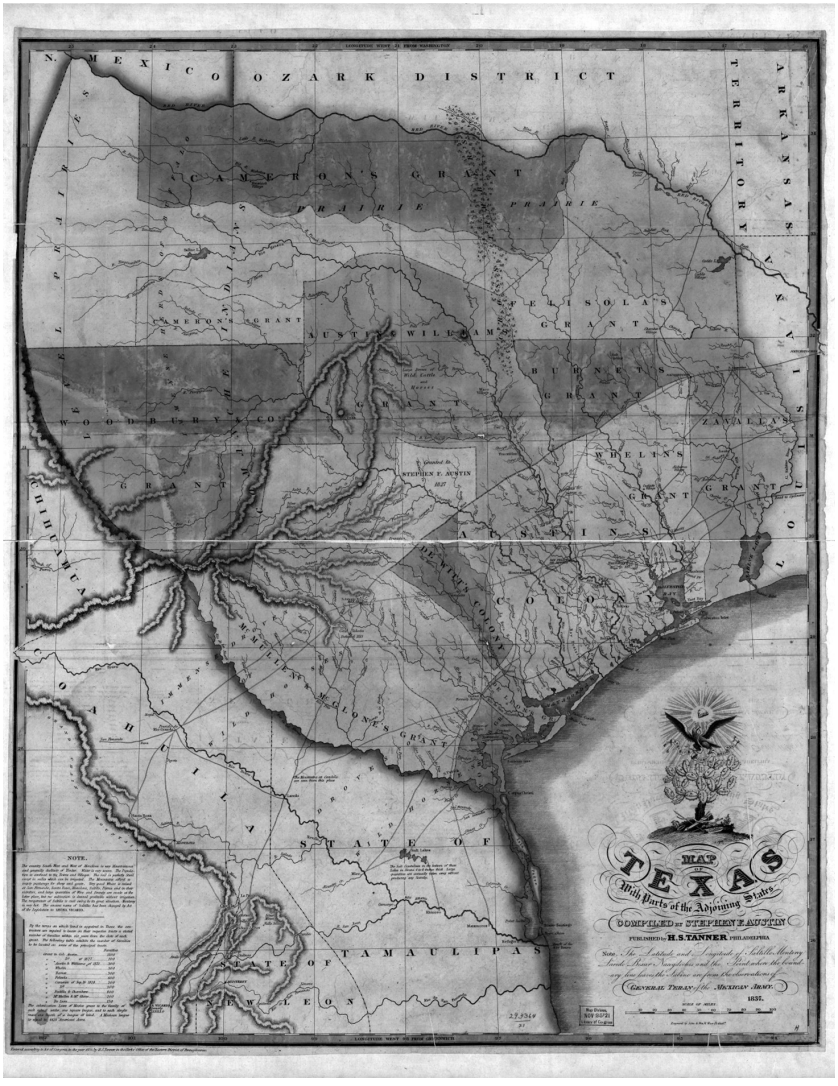
Los hispanohablantes y angloestadunidenses vivían por lo general separados, los primeros al sur del río Colorado y los segundos al norte. Más lejos, siguiendo el que se conocía como "camino de arriba", se llegaba hasta Nacogdoches, cerca de la frontera con Luisiana, con una población multicultural de entre 500 y 600 personas. Los de este sitio habían ocupado el pueblo de Los Adaes. El virrey Bucareli los mandó transmigrar a Béjar en la séptima década del siglo XVIII. Pero ellos ignoraron sus órdenes y fundaron Nacogdoches. Cerca de la Luisiana tenían acceso al flujo comercial de la región, en ese tiempo catalogado como contrabando, y las autoridades terminaron resignándose a su existencia.[81]

De los aproximadamente 7 000 000 de habitantes que se calculan, a partir de la limitada información disponible, en Nueva España una fracción minúscula habitaba Texas. Aunque no hay forma de saberlo con exactitud, lo más probable es que el crecimiento demográfico de todo el país se estancara un par de décadas después de la guerra de la independencia. En el caso de Texas, la poca información que hay, como censos y actas parroquiales, se encuentra dispersa en archivos de México, Madrid y Texas. Quizá el estudio demográfico más detallado sigue siendo el de Alicia Tjarks, el cual concluye, cruzando información de varias fuentes, como los registros de bautismos de las misiones y la parroquia de Béjar, reportes de los gobernadores y visitadores (incluyendo algunas de las

[80] Tijerina, *Tejanos and Texas*, 1994, pp. 12 y 20.

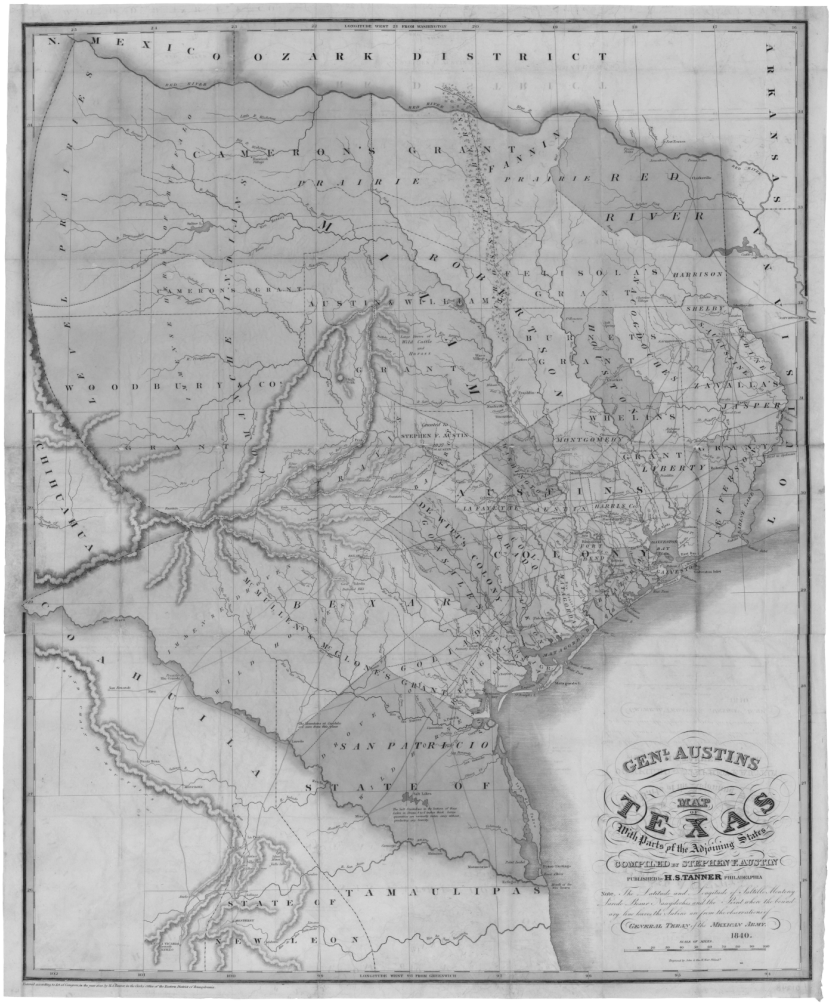
[81] Tjarks, "Comparative demographic", 1974, pp. 334-337. La autora usó la metodología del grupo de Berkeley, compuesto por Woodrow Borah y Sherbourn Cook, famosos por sus estimaciones de la población prehispánica en México y sus conclusiones sobre su cataclismo demográfico.

Mapa 4. Mapa de Texas con partes de los estados adyacentes (Austin Tanner), 1837



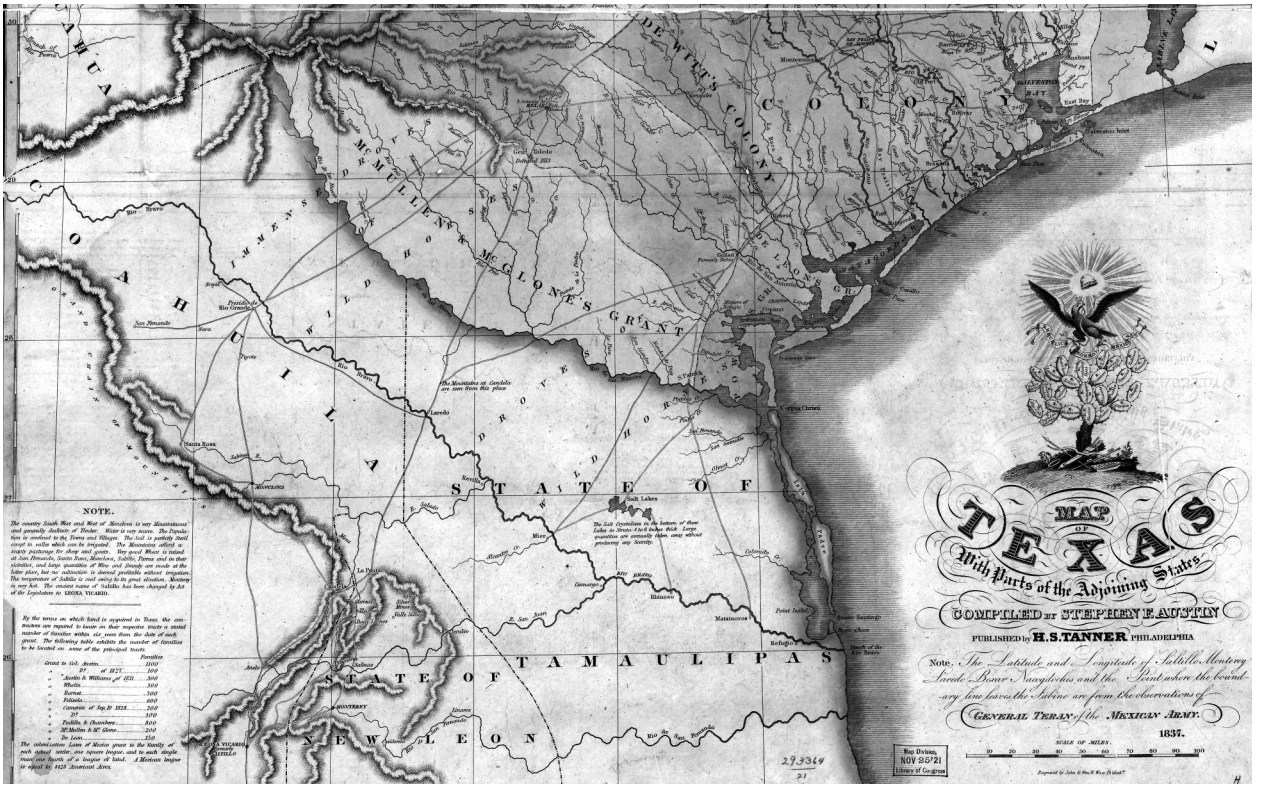
Fuente: Henry Schenck Tanner y Stephen F. Austin, *Map of Texas with parts of the adjoining states*, Philadelphia, H. S. Tanner, 1837, en Library of Congress, Geography and Map Division, en <https://www.loc.gov/item/2001622094/>.

Mapa 5. Mapa de Texas con partes de los estados adyacentes (Austin Tanner), 1840



Fuente: Stephen F. Austin, *Genl. Austins map of Texas with parts of the Adjoining States*, Philadelphia: H. S. Tanner, 1840, #93860, Holcomb Digital Map Collection, Archives and Records Program, Texas General Land Office, Austin.

Mapa 6. Mapa de Texas […], (Austin Tanner), 1837. Detalle



Fuente: Stephen F. Austin, *Genl. Austins map of Texas with parts of the Adjoining States*, Philadelphia: H. S. Tanner, 1840, #93860, Holcomb Digital Map Collection, Archives and Records Program, Texas General Land Office, Austin.

cifras ya citadas), que la población de Texas permaneció igual desde finales de siglo XVIII y durante las primeras décadas del XIX. Su principal factor de crecimiento en el periodo eran las inmigraciones internas, de las que sin duda se benefició, pero en menor medida que otros sitios por su lejanía, pobreza y precariedad. Por lo tanto, si la población en el país se estancó durante la primera mitad del siglo XIX, los excedentes que llegaban hasta Texas fueron menos. Mientras tanto, al norte Estados Unidos gozaba de excedentes poblacionales y de inmigración que, como Frederick Jackson Turner argumentó, contaban con todo el oeste como una válvula de escape.[82]

No hay, por tanto, forma de saber exactamente cuál era la población total de la Texas mexicana, excluyendo a las colonias de Austin. De acuerdo con las estimaciones de Tijerina y los comisionados, entre 1806 y 1829, eran poco más de 3 000 habitantes, la misma que solían reportar los visitadores Borbones a finales del siglo XVIII. Sin embargo, estas cifras muchas veces no contaron a los soldados de presidios y a la población dispersa en ranchos. Juan Nepomuceno Almonte da estimaciones más altas, de alrededor de 7 000 habitantes en 1834. Probablemente, el número real sea alguno entre las dos cifras. Pero aun tomando la más alta, sólo sería el 0.001% de la población total del país.[83]

Antes de su trágico suicidio en Padilla en 1832, Mier y Terán hizo numerosos esfuerzos como comisionado y luego como comandante militar de las Provincias Internas de Oriente para corregir la dirección en la que, temía, iba la colonización de Texas. La parte colonial de asentamientos hispanos no había crecido. Y además de que el vecino del norte se acercaba cada día más, la mayoría de las tierras repartidas en las primeras leyes de colonización había quedado en manos de angloestadunidenses, principalmente las colonias de Austin en el Brazos. El problema no sólo era que estos colonos tuvieran más nexos culturales con el veci-

[82] "A parte de aquellos campesinos pioneros impulsados solamente por amor a la aventura, el avance del campesino más estable es fácil de comprender. Evidentemente el inmigrante se sentía atraído por las tierras baratas de la frontera, e incluso el agricultor nativo sentía fuertemente su influencia. Año tras año los campesinos que vivían de un suelo cuyo rendimiento disminuía por no rotar los cultivos, veían cómo se les ofrecían, a precios nominales, tierras vírgenes de la frontera. Sus crecientes familias exigían más tierras, que eran caras". Turner, "El significado de la frontera", 1987, p. 198.

[83] Para más información sobre la Texas tejana, véase Weber, *The Mexican frontier*, 1982; Tijerina, *Tejanos and Texas*, 1994; Reséndez, *Changing national*, 2004, y Campos, "El ejército de operaciones", 2020, cap. II.

no del norte, sino que estaban vinculados económica y comercialmente con Nueva Orleans y Estados Unidos. Estas preocupaciones quedaron reflejadas en la Ley del 6 de abril de 1830, que entre otras cosas pretendió frenar la inmigración estadunidense, comenzar a cobrar aranceles y fomentar el comercio con el interior. Las tres bases militares que instaló en puntos estratégicos, sobre la salida del río Brazos, en la bahía de Galveston y sobre el río Sabinas, debían servir como músculos aduaneros y controles migratorios.

Otro concepto importante que impulsó Mier y Terán para dominar el territorio, tanto en sentido práctico como simbólico, fue la cartografía. Las coordenadas que tomó para Saltillo, Monterrey, Laredo, Béjar, Nacogdoches y el punto donde la línea límite deja el Sabina, junto con los arduos esfuerzos de recolección de datos que también llevó a cabo Stephen Austin en el resto del territorio, resultaron en el primer mapa moderno de Texas. Ya para reafirmar la soberanía mexicana del territorio, ya para mantener algún orden en las concesiones y así facilitar y promover la colonización dando a conocer la geografía de Texas. Stephen Austin entregó al gobierno de México, en 1829, una reproducción de este mapa, que Mier y Terán anotó. Aun años después de la muerte de ambos, en las distintas versiones que surgieron se siguieron usando como base con sus datos cartográficos y tuvieron mucho éxito comercial. Fueron por mucho tiempo la principal referencia para las reproducciones comerciales de mapas. En Texas, este tipo de mapa fue conocido como el *Map of Texas with parts of the adjoining states*, y de forma abreviada el Austin Tanner (por el apellido del editor).

Aunque de forma tosca, el mapa daba cuenta de las principales características topográficas. Los ríos, tan cruciales para todo el proyecto territorial, estaban representados de forma muy precisa para los criterios de la época. Los asentamientos y caminos humanos, así como las divisiones políticas y/o entre concesiones fueron modificándose y actualizándose con cada nueva reproducción. Además de los detalles por doquier de las características de cada terreno, las cartas solían ser acompañadas de un libro con "bocetos de su historia, geología, geografía, y estadísticas; con aclaraciones concisas de su suelo, clima, producciones, facilidades

de transporte, población del país y algunas anotaciones breves sobre el carácter y costumbres de sus habitantes".[84]

Por último, las diferencias entre el mapa de 1837 y 1840, dos versiones distintas que usan la base del Austin Tanner, ilustran el espacio que Octavio Herrera nombró "frontera indefinida",[85] entre el río Nueces y el río Bravo. El de 1837 establecía la frontera en el río Nueces y todavía tiene impreso el escudo de la república mexicana, lo cual demuestra cómo, en ese momento, la cuestión de la soberanía texana seguía en el aire, no sólo en México sino en Estados Unidos y, por otro lado, el problema de la frontera que derivaría en la guerra de 1846.[86]

EL SUEÑO TEXANO

El territorio no es únicamente lo tangible. No sólo se despliega de forma física, también se representa, imagina y conceptualiza. Aunque se quede en la dimensión de las ilusiones, los sueños alimentan las vidas de las personas. Dan forma a sus aspiraciones, esperanzas y miedos. En lo que los historiadores llaman la modernidad, el transcurso de la historia se imagina como una evolución constante hacia estados más avanzados de progreso, civilización o desarrollo. Texas comenzó a imaginarse no como lo que llevaba siendo por siglos, sino por lo que podía convertirse con su desarrollo.

[84] Este es el contenido del libro que acompañaba al mapa 4. Moore, *Map and description*, 1840.

[85] Véase Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, pp. 98 y ss.

[86] Como anota Craib, los mapas no son los planos en sí, sino un lenguaje compuesto por el conjunto de datos recabados por la "rutina cartográfica": exploración, agrimensura, etiquetamiento, etc. De ahí la importancia en aquella época de las expediciones para la recolección de información necesaria (Craib, *Cartographic Mexico*, 2004, pp. 5-10). Por ello, a lo largo del tiempo, se pueden reproducir muchos mapas con la misma base de datos cartográficos, que solían ir perfeccionándose y actualizándose con nuevos datos. Estos mapas de Texas pueden ser considerados "modernos" porque ya toman en cuenta la longitud. Esta coordenada, el ángulo que se forma desde el centro del planeta con punto de su superficie en relación con los meridianos, no se logró calcular de forma rutinaria, sino hasta la invención en 1780 del cronómetro, porque hay que tomar en cuenta la rotación de la tierra, el tiempo, para hacer el cálculo. Para un análisis del mapa entregado al gobierno en 1829, hoy albergado en la Mapoteca Manuel Orozco y Berra, véase Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 80-87. Sobre la cartografía de Austin, véase Reinhartz, "The maps of Stephen F. Austin", 2015. Agradezco al doctor Brian Staufer, de la Texas General Land Office, por su ayuda en este tema.

Para explicar las diferentes etapas de la modernización, Marshall Berman interpreta al *Fausto* de Goethe a partir de tres metamorfosis en su evolución como personaje. En la primera es un soñador: un pensador que ha consagrado dentro de su propio intelecto las ciencias y conocimientos más avanzados del momento. Sin embargo, se siente profundamente solo e infeliz porque la mayor parte de esa modernidad se encuentra en su cabeza, mientras vive en una sociedad todavía sumergida en el viejo régimen. Representa, pues, el sentimiento de las primeras vanguardias de intelectuales modernos.[87]

Tadeo Ortiz de Ayala (1788-1833) fue un soñador mexicano. Hijo de comerciantes criollos de Jalisco, según su carta de presentación a Ignacio López Rayón, "después de estudiar en México la lengua latina y parte de la filosofía, salí para Veracruz con destino de embarcarme para Europa. Mi objeto no era más que viajar", para "instruirme en las costumbres de los hombres" a las que se inclinaba su "naturaleza".[88] Su *timing* dio un giro a su vida: poco después de su llegada ocurrió la invasión napoleónica, la crisis en el mundo hispánico y las primeras insurgencias. En España pasó la mayor parte de su tiempo en el bastión español en Cádiz, donde se relacionó con José Álvarez de Toledo,[89] que en ese momento simpatizaba con la igualdad entre americanos y peninsulares en las Cortes, y con quien formó parte de una sociedad secreta con conexiones masónicas llamada "los caballeros racionales". En 1811, tras recibir noticias de la muerte de su padre, decidió regresar a Nueva España. Al negársele el pasaporte, se fue clandestinamente a Estados Unidos vía Portugal y las Provincias Internas, con ayuda de los caballeros racionales y acompañado por Álvarez Toledo. En Filadelfia, y luego en Nueva Or-

[87] Berman, *All that is solid*, 1988, pp. 37-86.

[88] "Averiguaciones sobre las cartas de don Tadeo Ortiz a los jefes independientes, interceptadas en Veracruz" en Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, citado por Torre, "Un Patriota Jalisciense", 2021, p. 535.

[89] José Álvarez de Toledo (1779-1858), hijo de un capitán de la Real Armada, siguió la carrera de su padre a partir de 1795. Después de varios años luchando las guerras contra los ingleses, formó parte de la resistencia contra los franceses a partir de 1808. Fue nombrado diputado suplente de las Cortes de Cádiz. Sin embargo, por su defensa de la causa americana de igualdad, tuvo que exiliarse en Estados Unidos, junto con Ortiz de Ayala. Ahí comenzó a apoyar a las insurgencias del nuevo mundo. Sin embargo, a partir de 1815, por algún motivo, dejó de creer en la causa y aceptó un indulto de España. A partir de entonces tuvo una carrera como diplomático hasta su muerte en 1858. Alfonso Bullón, "José Álvarez de Toledo y Dubois", Real Academia de la Historia, Diccionario Biográfico Electrónico, en <https://dbe.rah.es/biografias/33289/jose-alvarez-de-toledo-y-dubois>. [Consulta: 29 de febrero de 2024.]

leans, entró en contacto con los líderes insurgentes de la sociedad secreta de los Guadalupes mediante sus conexiones masónicas.[90]

Se convirtió en una suerte de espía para esta red de conspiradores, informándoles sobre las últimas noticias de Estados Unidos, Hispanoamérica y las maquinaciones españolas. En Nueva Orleans estuvo involucrado en la organización de la expedición de Gutiérrez de Lara y Augustus Magee de 1813, la cual fracasó contra Joaquín Arredondo. Luis de Onís, ministro plenipotenciario de España en Estados Unidos desde 1809, reportó su presencia en Nueva Orleans, ya entonces un reputado nido de conspiradores liberales. En 1813, el soñador partió a Hispanoamérica como enviado de Ignacio López Rayón y José María Morelos, aunque no hay forma de corroborar que sí entrara en contacto con ellos. Por lo mismo, en su paso por el Caribe y Nueva Granada, se le tomó como un fraude o espía español. A pesar de la muerte de Morelos en 1815, siguió recorriendo otros territorios hispanoamericanos. Luego, en 1819, viajó a Inglaterra, España, Holanda y Francia. Al final pudo terminar sus peregrinaciones en 1821 cuando se proclamó la independencia y regresó a México.[91]

Al mismo tiempo que Stephen Austin buscaba refrendar los acuerdos de su padre con el nuevo régimen, Ortiz de Ayala, asociado con Diego Barry y Felipe O'Reilly, fue de los primeros en solicitar un permiso de colonización de Texas al gobierno mexicano. El plan era colonizar 29 000 kilómetros cuadrados de tierras con población de Irlanda y las islas Canarias. Pero la propuesta generó un debate intenso en el Congreso y la discusión fue aplazada. Ortiz de Ayala desvió sus intereses y en los años subsecuentes gastó la mayor parte de sus energías en hacer viajes de exploración y la promoción de proyectos de colonización en el istmo de Tehuantepec, que terminaron fracasando. Vicente Guerrero, que recién había desplazado a Manuel Gómez Pedraza de la presidencia, lo nombró cónsul en Burdeos para atender directamente los proyectos

[90] Sobre este grupo, véase Torre, *Los Guadalupes y la independencia*, 1985, y Guedea, *En busca de un gobierno*, 2010.

[91] En 1821 y 1822 acompañó a Manuel Mier y Terán en el intento, infructuoso, de incorporar a Guatemala al imperio mexicano (Covarrubias, *Tadeo Ortiz de Ayala*, 1996, pp. 257-263). Sobre las andanzas de Ortiz de Ayala, véase Torre, "Un patriota jalisciense", 2021, pp. 532-592 y "La política americanista", 1980. También Timmons, "Tadeo Ortiz", 1968.

colonizadores franceses en el istmo. Allí fue testigo de la revolución burguesa de 1830.[92]

Para entonces, como muestra su obra, ya se había obsesionado con Texas. Convenció a Lucas Alamán, nuevo ministro del Interior en el gobierno de Anastasio Bustamante, quien recién había depuesto y ejecutado a Guerrero, de mandarlo como comisionado oficial para inspeccionar e informar sobre ese territorio. No es casualidad que, en lugar de ir por el viejo camino por tierra, fuese en barco. No obstante, el camino tampoco se le facilitó porque naufragó. Estuvo casi todo 1832 en Texas. En 1833, ahora con la administración de Santa Anna y Gómez Farías, fue nombrado director de la colonización de Texas, con la tarea de llevar familias europeas desde Nueva York. Sin embargo, su sueño se acabó a los 45 años, cuando fue una víctima más de la pandemia de cólera en aquellos años, durante su trayecto a Estados Unidos. A sus obras las caracteriza un "optimismo insólito, incomparable con el de cualquier otro hombre de Estado mexicano de su época y que fácilmente puede llevar a considerarlo un soñador".[93]

La modernidad es una cuestión de perspectiva. La de Ortiz de Ayala era amplia, al haber recorrido buena parte de lo que algunos historiadores llaman el "mundo atlántico", con la única excepción de África. Conoció muchos sitios y personajes diferentes, como a fray Servando Teresa de Mier y José Álvarez Toledo, a diputados de las cortes gaditanas y a otros liberales exiliados. Lo moderno siempre es relativo, se define a partir de la comparación. Él mismo fue, como propone David Bell, una "conexión por transmisión" en el contexto de las revoluciones atlánticas, sólo que en este caso no nos ocupan los conceptos y prácticas políticas, sino territoriales.[94] Con sus viajes, Ortiz de Ayala llenó sus páginas teorizando formas de trasladar la vanguardia moderna a México. Su referencia favorita para pensar en la "nueva ciencia de gobierno", la

[92] Suárez, "Tadeo Ortiz", 2016, pp. 6-9, y Timmons, "Tadeo Ortiz", 1968, pp. 379-394.

[93] Covarrubias, "Tadeo Ortiz", 1997, pp. 263-264.

[94] David Bell propone tres tipos de conexiones durante la "Era de las Revoluciones" del Atlántico (1775-1825), 1. Tensiones estructurales comunes, 2. Por transmisión de objetos, noticias, ideas, letras, o personas, 3. Por disrupciones provocadas por revolución y guerras. Bell, "The Atlantic revolutions", 2021, pp. 41-45. En este lugar no pienso inmiscuirme en las discusiones historiográficas sobre la pertinencia de la historia "atlántica" como unidad espacial discreta. Sin embargo, tomo prestado el segundo concepto de conexión por transferencia por su valor heurístico en el caso de Ortiz de Ayala.

economía política,[95] era Álvaro Flórez Estrada, un político y economista liberal, considerado radical durante las Cortes de Cádiz.[96]

Viendo la situación de Gran Bretaña frente a España, Ortiz de Ayala sostenía que, sin comercio exterior, se llegaba a la "desmoralización y barbarie". Era la clave de la riqueza de las naciones, como mostraban los ingleses, holandeses, alemanes y angloestadunidenses, que estaban "superando" con su poderío marítimo y mercantil a españoles, italianos o turcos, aunque sus territorios tuvieran menos recursos. Abogaba a favor de eliminar el diezmo, las tarifas y alcabalas y quería promover e introducir todo lo que contribuyera a "la ocupación de brazos, al aumento del cultivo, a la riqueza y comercio a que se brinda México".[97]

Ahí era donde el noreste ofrecía un espacio con un amplio potencial. En Texas y el río Bravo, el soñador sugería criar ovejas merinas y cabras del Tíbet; cultivos como viñas, olivos, lino, cáñamo, arroz, papas de Bogotá, plátanos, etc. Así "México abastecería al consumo de la marina de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, acelerando con su

[95] Fue la "ciencia de gobierno" por excelencia de la Ilustración, la cual explica la prosperidad y/o decadencia de las naciones. Se pasó de la *oeconomía*, en la que el pensamiento económico se limitaba a la administración doméstica familiar, a la economía, preocupada por el comercio entre las naciones y el Estado como su promotor. Con esta nueva ciencia, se buscaba emplear la razón, respaldada con herramientas como la estadística, para conseguir justicia (seguridad del pueblo, incluida su alimentación) y utilidad pública. Véase Zamora, "Trayectos constitucionales", 2012, pp. 81-99.

[96] En España, las obras de Adam Smith y David Hume, entre otros, comenzaron a circular entre ilustrados españoles como Campomanes y Jovellanos a fines del siglo XVIII. Este último, en su proyecto de ley agraria, la definía como "la indagación de las fuentes de la pública prosperidad y la de los medios para franquear y difundir sus beneficios raudales". Portillo, "Constitucionalismo antes de la Constitución", 2007, pp. 2-25. Primogénito de una familia noble de Asturias, Álvaro Flórez Estada (1766-1853) también estaba familiarizado con Smith y Hume. Además, fue traductor de ilustrados franceses, incluyendo obras censuradas en España a partir de 1789 por la revolución francesa. Se sabe que leyó a Rousseau, Locke, Bentham, Ricardo, Mably. Quería que España adoptara el libre comercio para salir del estancamiento económico. Participó en la Junta de Asturias tras la invasión napoleónica y luego propuso una constitución, considerada radical dentro del espectro liberal, en las Cortes de Cádiz. Pasaba sus exilios, en los periodos de persecución política a los liberales radicales, en Londres (1811, 1814-1820, 1824-30), cuando en la capital británica se organizaban los clubes de economía política de David Ricardo. Es posible que conociera a Ortiz de Ayala en su segunda estancia. También publicaba en los periódicos de exiliados españoles, como *El Español* de Blanco White. Manuel J. González, "Álvaro Flórez Estrada", Real Academia de la Historia, en <https://dbe.rah.es/biografias/9719/alvaro-florez-estrada>. [Consulta: 1 de agosto de 2023.] Ortiz de Ayala citaba muy frecuentemente dos de sus textos: *Examen imparcial de las disensiones de América* de 1811 y su obra más conocida y circulada en Europa, *Curso de economía política* de 1828. Ortiz de Ayala, *México considerado*, 1832, pp. 152, 300, 312, 334, 342, 347, 354, 273, 383 y 385.

[97] *Ibid.*, pp. 149-351.

beneficio la población y cultura de los ríos Bravo y todos los que bañan a Texas".[98]

Pero la situación de esta provincia estaba lejos de las promesas que ofrecía y las expectativas de Ortiz de Ayala eran poco realistas. La Comisión de Límites de 1829 también vislumbró el potencial, pero lamentó que "esta vasta extensión de terreno, que está limitada al oeste por el bolsón de Mapimí, y al Oriente por el golfo de México, puede, por su posición (sobre todo en la parte de Texas) llegar a ser el *jardín agrícola de la República.* Solamente la población le falta para serlo, lo mismo reducir las hordas de salvajes que lo infestan".[99] Para el general Mier y Terán, sus propuestas eran laudables, pero en parte imposibles por la escasez de agua en el sur de Texas y las depredaciones de los comanches. Pero en su correspondencia con Lucas Alamán, el general rescató una de ellas: la de organizar un proyecto de colonización bajo la autoridad directa del gobierno federal en Galveston, que llevara familias europeas. Según Ortiz de Ayala, por la sobrepoblación y las revoluciones en Europa, había muchas familias dispuestas para apuntarse. Pero aun si hubiese sobrevivido al cólera para aplicar el plan, era mucho más difícil transportarlas desde Europa que trasladarlas desde el Mississippi, como Stephen Austin observó en su correspondencia.[100]

Los objetivos de la Comisión de 1829 fueron un proyecto de geografía descriptiva, como los que hicieron famoso al barón de Humboldt. Era de vanguardia porque, como Ortiz de Ayala anota, "el estudio de la geografía descriptiva del país es desconocido en nuestras escuelas y muy común su ignorancia aun entre nuestros sabios y hombres de Estado". Para él, la cartografía y los depósitos hidrográficos[101] resultaban cruciales para gobernar y administrar –aplicar la economía política.

[98] *Ibid.*, pp. 287-303.

[99] Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, p. 117. Las cursivas son mías.

[100] "Tadeo Ortiz fue enviado por su gobierno a Estados Unidos en alguna misión misteriosa, pero no puedo precisar cuál. Algunos dicen que es para llevar polacos, alemanes o a alguien más a Texas para poner un dique a los norteamericanos. Pero esto sería lo mismo que intentar detener el Mississippi con una presa de paja". Austin a Williams, 28 de agosto de 1833, cit. por Timmons, "Tadeo Ortiz", 1968, p. 33.

[101] Un depósito hidrográfico era una institución que se dedicaba a la "construcción y corrección de las cartas marinas, derroteros, planos y demás obras pertenecientes a hidrografía. Constaba de un director, un oficial de detalle, varios pilotos delineadores, escribientes, etc.", *Diccionario marítimo*, 1831, p. 224.

Cuando Barradas invadió la costa de Tampico en 1829 y Mier y Terán y Santa Anna combatieron, Ortiz de Ayala participó en una comisión para reunir toda la cartografía e información que hubiese de los litorales y las gargantas para cruzar la Sierra Madre Oriental. Según el soñador, ni siquiera había una carta completa de la república en la que se trazaran sus límites. Y para él, que conocía los usos más modernos alrededor del globo, un elemento indispensable del Estado-nación era una carta general y una para cada estado y distrito dentro de su territorio. Propuso reunir cinco comisiones, compuestas de astrónomos, geómetras, naturistas, botánicos, dibujantes, médicos, escribanos y ayudantes, repartirlas por las regiones para producir un "diccionario geográfico".[102] Este sería:

> […] la prenda más estimable del hombre de Estado, porque sin conocer a palmos el país, sus montañas, eminencias, abras, encrucijadas, flancos o descubiertas en sus fronteras, ríos puertos y radas, y saber de memoria si es posible el número de sus pueblos, habitantes, y sus producciones y calidades, y hasta las necesidades, pasiones, inclinaciones y genio de sus vecinos, ¿cómo será posible administrar a los pueblos con acierto y rectitud? […Hay que saber] de las nociones del espíritu de la legislación e instituciones sociales, los conocimientos de la geografía práctica, estadística descriptiva y economía política […] geografía descriptiva, o sea la estadística aplicada a la economía política; su base es un plan general científico de que carecemos.[103]

Los esfuerzos de la Comisión de Límites iban en la dirección que señalaba Ortiz de Ayala, pero no tenían dimensiones nacionales.

Tanto los visitadores Borbones como los comisionados de 1829 sufrieron y se quejaron por la lejanía de Texas. Frente a esos desafíos surgieron nuevas tecnologías que podían reducir radicalmente las distancias. Para el soñador, los buenos caminos constituían la mejor manera de fomentar el comercio y la riqueza. Le obsesionaban la navegación y el

[102] De los que había pocos, entre otros, los de Antonio de Alcedo y Herrera, *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* de 1786-1789, José Antonio de Villaseñor y Sánchez, *Descripción general de los reinos, provincias y jurisdicciones de la nueva España* de 1746-1748 y Juan Lejarza, *Carta geográfica de Michoacán*. Ortiz de Ayala, *México considerado*, 1832, pp. 151 y 575-582.

[103] *Ibid.*, pp. 475-478.

aprovechamiento de los canales naturales y artificiales, que permitirían incrementar el comercio y vender al extranjero el "sobrante de la tierra y efectos de la industria". En Languedoc acababa de construirse el canal de Medio Día, que costó 10 000 000 de pesos. En Estados Unidos, el éxito del canal de Erie en Nueva York, que cuando se terminó en 1825 conectó el Atlántico con los Grandes Lagos, inició una manía de construcción de canales.[104] También sugería encontrar formas de hacer mejores caminos entre las abras de las cordilleras y conectar los litorales con el interior. Los carreteros eran, según su admirado Flórez Estrada, 60% más baratos para las mercancías que los de herradura, y los trajineros el 80%. Y es que los canales estaban en boga en el mundo occidental por el que viajó el soñador.[105]

Como Ortiz de Ayala estaba imbuido de las ideas de modernización territorial y economía política europea y estadunidense, de las doctrinas de la riqueza de las naciones y el libre comercio, en el primer imperio y la primera república mexicana vio el estancamiento. Como el Fausto soñador e inocente de Goethe, deseaba, basado en sus viajes y lecturas sobre la economía política, su progreso. Da como ejemplo de las virtudes del "tráfico directo y la actividad el comercio libre" que podría tener Texas, el "florecimiento de Tampico, Matamoros y Mazatlán, ahora siete años constituidos en guaridas de insectos y rebaños de ganados, ¿no son en el día poblaciones marítimas de interés?"[106] Para impulsar aún más el crecimiento de la región, quería que se conectaran las provincias del norte con San Luis Potosí y la costa oriental e iniciar la navegación con barcos de vapor en el río Bravo para "extraer sus productos".[107]

No eran ideas originales, pero sí muy inocentes e idealistas, sobre las promesas de la modernización. Muchos congresistas mexicanos de aquella época, especialmente los representantes de Coahuila y Texas, propusieron la apertura de un puerto de Galveston, uno de los mejores sitios para ello en todo el Golfo de México. Otros liberales, como es-

[104] El gobernador de Nueva York, DeWitt Clinton, encabezó el proyecto. La construcción se inició en 1817 y atravesó 363 millas (aprox. 580 km). Luego intentaron lo mismo en Pennsylvania, Ohio, Indiana, etc.; entre 1816 y 1840 se construyeron más de 3 000 millas (aprox. 4 800 km) de canales por alrededor de 125 000 000 de dólares. Ninguno tuvo el éxito del Erie y algunos cayeron en bancarrota, lo que detuvo la manía con la recesión de 1837. Watson, *Liberty and power*, 1990, p. 25.

[105] Ortiz de Ayala, *México considerado*, 1832, pp. 282-420.

[106] *Ibid.*, pp. 421-433.

[107] Ortiz de Ayala, *Resumen de la estadística*, 1991 [1822], pp. 96-103.

cribió Charles Hale, veían a Texas como una hoja en blanco donde se podía implantar el sistema político y económico liberal sin el lastre del "semifeudalismo". Particularmente, Lorenzo de Zavala pensaba que en México no era posible "progresar al liberalismo" con meras constituciones ideales. Se necesitaba toda una revolución de la sociedad indígena e hispánica, demasiado plagada por los vestigios del pasado.[108]

Además de estas promesas, la otra motivación importante detrás de Texas no desapareció. Siempre estuvo latente el miedo de perder un territorio limítrofe tan despoblado. El soñador lo explica en los siguientes términos: "La provincia de Texas es, sobre la costa, lo que el Nuevo México en el interior, la llave del Imperio." La consideraba en peligro, pues, "desde que el gobierno español hizo cesión del Mississippi [Tratado de París de 1783], los límites de México son muy vagos al norte".[109] El propósito principal de la expedición de 1829, como indica su nombre, eran los límites, y por eso se preocupó por medir la frontera en el Sabinas e imprimirla en un mapa. Pero el general Mier y Terán terminó con más preocupaciones que seguridades al ver que la situación se había complicado porque los colonos angloestadunidenses superaban a la población hispana y actuaban bajo sus propios términos e instituciones.

El miedo y sueño texanos alimentaron los proyectos de colonización y especulación con la tierra de Texas. La política de colonización de México, la especulación de tierras, el filibusterismo, los intereses financieros transnacionales y su relación con la secesión de la provincia han sido temas bastante debatidos. En este texto propongo entender esos factores como parte de una revolución territorial heterogénea, con múltiples y contradictorios sujetos históricos involucrados. En otras palabras, como la conjunción y disputa en el transcurso de pocos años de nuevas formas de pensar, crear y organizar el territorio, que inmiscuyó a una amplia gama de instituciones e individuos.

Los esfuerzos de las autoridades mexicanas para fomentar el poblamiento y mantener la soberanía de Texas no fueron la única fuerza detrás de la territorialización de Texas, pero sí establecieron un marco de acción

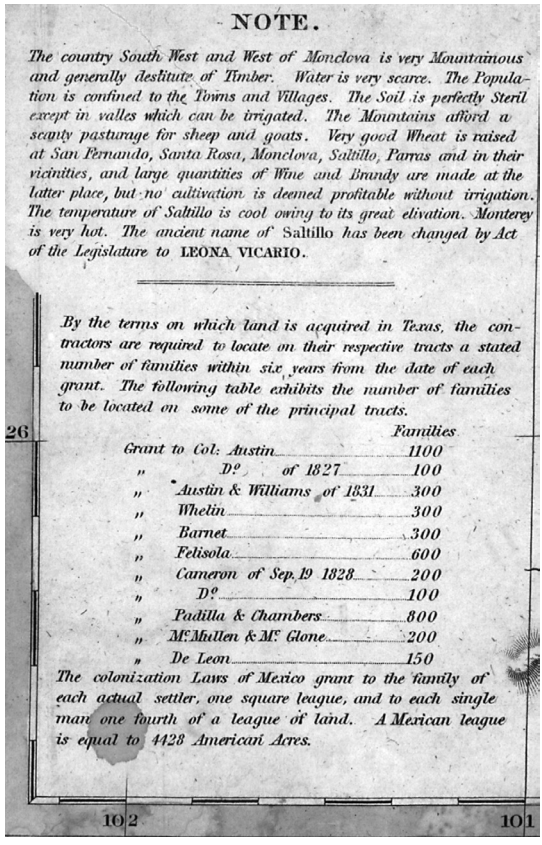
[108] Hale, *Mexican liberalism*, 1968, pp. 201-204; Weber, *The Mexican frontier*, 1982, p. 283, y Benson, "Texas as viewed", 1987, pp. 246 y ss.

[109] Ortiz de Ayala, *Resumen de la estadística*, 1991 [1822], pp. 96-103. Como parte del tratado que dio la independencia a Estados Unidos de América, España permitió a los estadunidenses transitar el Mississippi.

con el que todos los actores involucrados interactuaron de una u otra forma. Por lo tanto, vale la pena un breve bosquejo. Las leyes de colonización siguieron, a grandes rasgos, las mismas líneas desde que se formularon por primera vez poco antes de la independencia. Más que tener el control directo de ella, el gobierno aprobaría los proyectos de empresarios que, por sus propios medios, organizarían la de cada grupo de familias en determinado tracto de tierras a precios bajos. La mayoría de los contratos, con la importante excepción de los de Moses y Stephen Austin, fueron otorgados a partir de 1824 por el estado de Coahuila y Texas, que obtuvo la jurisdicción bajo el esquema federal de la primera república. Tenían varias restricciones. Primero, debía tratarse de familias católicas o por lo menos de buenas costumbres cristianas. Además, no podrían ocupar los territorios adyacentes a las fronteras y las costas sin la autorización del Congreso federal. Otra característica importante fue que, para conseguir más de once leguas de tierra, había que ser mexicano. Por último, los títulos de propiedad no serían dados directamente por los empresarios, sino por medio de comisionados del estado. El mapa Austin Tanner incluía información sobre esta política de colonización (véase mapa 4 e imagen 2).[110]

Estas leyes generaron un negocio transnacional que tomó su propia inercia. Quienes tenían suficiente influencia en Saltillo, la capital de Coahuila y Texas, comenzaron a actuar como prestanombres para espe-

[110] Eugene C. Barker fue la principal autoridad del tema durante la primera mitad del siglo XX. Además de sus investigaciones, recopiló una gran cantidad de fuentes para la historia de "la independencia" y "anexión" de Texas, que publicó en la *Southwestern Historical Quarterly*, de la que era editor. Su biografía de Stephen Austin, *The life of Stephen F. Austin*, 1925, sigue siendo muy utilizada. Aunque valioso, este trabajo todavía está algo sesgado por el patriotismo texano, además de que se basó principalmente en fuentes angloamericanas, como los diarios de Stephen Austin. Otro trabajo que trata el tema es el ya citado de Benson, "Texas as viewed", 1987. Miguel Soto ha investigado mucho sobre los negocios y especulaciones con la tierra de Texas, tomando en cuenta más el sur del río Bravo, como el conflicto entre Saltillo y Monclova y, en años recientes, la relación entre políticos y militares mexicanos con la especulación de tierras. Entre los mexicanos que compraron tierras y revendieron los títulos a asociaciones estadunidenses se ha encontrado al padre de Ignacio Zaragoza, Miguel, José Francisco Madero, Mariano Riva Palacio, Manuel Crescencio Rejón, los hermanos José María y Agustín Viesca (poderosa familia de Coahuila), entre otros. Soto, "La disputa entre Monclova", 1993 y "Politics and profits", 2015. Otra excelente investigación sobre el tema es la del alemán A. Reichstein, *Rise of the lone star*, 1989, que sostiene que fue la avaricia transnacional la que provocó el conflicto por quedarse con la gallina de los huevos de oro. Vicente Filisola fue segundo al mando durante la campaña de 1835-1836. Siguió involucrado en la guerra de Texas, algunas veces como general en jefe, y publicó dos volúmenes sobre ella. Para un balance historiográfico y referencias bibliográficas, véase Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 8-16.



NOTE.

The country South West and West of Monclova is very Mountainous and generally destitute of Timber. Water is very scarce. The Population is confined to the Towns and Villages. The Soil is perfectly Steril except in valles which can be irrigated. The Mountains afford a scanty pasturage for sheep and goats. Very good Wheat is raised at San Fernando, Santa Rosa, Monclova, Saltillo, Parras and in their vicinities, and large quantities of Wine and Brandy are made at the latter place, but no cultivation is deemed profitable without irrigation. The temperature of Saltillo is cool owing to its great elivation. Monterey is very hot. The ancient name of Saltillo has been changed by Act of the Legislature to LEONA VICARIO.

By the terms on which land is acquired in Texas, the contractors are required to locate on their respective tracts a stated number of families within six years from the date of each grant. The following table exhibits the number of families to be located on some of the principal tracts.

26

	Families
Grant to Col: Austin	1100
" Dº of 1827	100
" Austin & Williams of 1831	300
" Whelin	300
" Barnet	300
" Felisola	600
" Cameron of Sep. 19 1828	200
" Dº	100
" Padilla & Chambers	800
" Mcmullen & Mc Glone	200
" De Leon	150

The colonization Laws of Mexico grant to the family of each actual settler, one square league, and to each single man one fourth of a league of land. A Mexican league is equal to 4428 American Acres.

102 101

Imagen 2. Mapa de Texas […], (Austin Tanner), 1837. Detalle de notas.

Texto de cuadro: "El país al suroeste y oeste de Monclova es muy montañoso y generalmente desprovisto de madera. El agua es muy escasa. La población se limita a las ciudades y pueblos. El suelo es perfectamente estéril, excepto en los valles que pueden ser regados. Las montañas pueden sostener poco pastoreo de ovejas y cabras. Se cultiva muy buen trigo en San Fernando, Santa Rosa, Monclova, Saltillo, Parras y en sus vecindades, y en este último lugar se elaboran grandes cantidades de vino y aguardiente, pero ningún cultivo se considera rentable sin riego. La temperatura de Saltillo es fresca debido a su gran altura. En Monterrey hace mucho calor. El antiguo nombre de Saltillo ha sido cambiado por Ley de la Legislatura a Leona Vicario.

"Por los términos en los que la tierra se adquiere en Texas, los empresarios deben ubicar en sus respectivas zonas a un número determinado de familias dentro de los seis años a partir de la fecha de cada subvención. La siguiente tabla exhibe el número de familias que tendrán que colonizar en algunos de los principales contratos […]

"Las leyes de colonización de México garantizan a la familia de cada colono actual una legua cuadrada de tierra, y a cada hombre un cuarto de legua. Una legua mexicana es igual a 4 428 acres estadunidenses (aproximadamente 18 kilómetros cuadrados)".

Fuente: Henry Schenck Tanner y Stephen F. Austin, *Map of Texas with parts of the adjoining states*, Philadelphia, H. S. Tanner, 1837, en Library of Congress, Geography and Map Division. https://www.loc.gov/item/2001622094/

culadores de tierra, principalmente de Estados Unidos. Lo mismo ocurrió en el gobierno a escala federal en el caso de las tierras en las fronteras y costas. Además, Monclova se disputaba el estatus de capital con Saltillo y también llegó a emitir contratos sobrepuestos. Luego, muchos de los empresarios, como Lorenzo de Zavala, comenzaron a vender sus contratos a compañías como la Galveston Bay y Texas Land Company, con sedes en ciudades como Nueva York, Boston y Nueva Orleans. El general Vicente Filisola también recibió 2 000 dólares de un grupo especulativo de Nueva York que formó la Filisola Association. Aun si estas ventas caían en un vacío legal, pues no estaba claro si los contratos podían traspasarse; este tipo de negocios especulativos floreció. Como podría sospecharse, ello comenzó a generar conflictos de interés, concesiones sobrepuestas y estafas. Muchas de las asociaciones y compañías con títulos dudosos de tierras cotizaron en bolsas de valor estadunidenses, inflando una burbuja especulativa. Para complicar aún más la situación, había muchos inmigrantes angloestadunidenses, conocidos como paracaidistas, que simplemente llegaban por sus propios medios a asentarse donde pudieran.[111]

Gracias al beneficio de la retrospectiva sabemos que el proyecto que llegó a dar frutos se inspiró en las plantaciones del sur estadunidense.[112] Como apuntaban los tejanos en su instrucción de 1808, este no era un sueño, sino una realidad en el Mississippi. De ahí que Andrés Reséndez argumente que, cuando a partir de 1820 comenzaron a llegar los vecinos angloparlantes, una parte de los tejanos estuviese dispuesta a negociar su identidad nacional a cambio de las recompensas de ese proyecto territorial. Así, muchos tejanos, como la familia Seguín, consiguieron mucha influencia al volverse los principales intermediarios entre los empresarios angloestadunidenses y las elites de Coahuila. La mayoría de los comisionados de tierras eran tejanos, y no sólo los empresarios y especuladores dependían de ellos para obtener títulos y consolidar su

[111] Véase Benson, "Texas as viewed", 1987; Soto, "La disputa entre Monclova", 1993 y "Politics and profits", 2015; Reichstein, *Rise of the lone star*, 1989, y Haynes, *Unsettled land*, 2022, pp. 13-19.

[112] Una serie de tecnologías, como el barco de vapor, la despepitadora de algodón y la mecanización de los telares ayudaron al desarrollo de la revolución industrial de Gran Bretaña, basada en los textiles. El algodón, como materia prima, gozó de precios muy buenos en este periodo, en parte por el colapso de las plantaciones de Santo Domingo derivada de la revolución de Haití (1791-1804). En el sur de Estados Unidos, el *boom* del algodón propició la expansión de las plantaciones. Estas, a su vez, generaron una demanda enorme de caballos y mulas, que los comanches proveyeron con mayores incursiones a las rancherías del septentrión mexicano, y de los abundantes *mustangs* de Texas. Véase Torget, *Seeds of empire*, 2015.

fortuna, también las comunidades indígenas, angloamericanas y tejanas de a pie. La tierra estaba en el centro de todo. Articulaba a la heterogénea sociedad fronteriza en Texas entre sí y con actores estatales, federales y transnacionales. Para los intereses de las elites, una cuestión central y problemática desde el inicio fue que el lucrativo modelo de plantaciones de algodón requería de la certidumbre legal para implantar a sus instituciones principales: la esclavitud y el libre comercio. Las autoridades de Coahuila y del centro de México se negaron a dar a la alianza entre tejanos y empresarios angloestadunidenses la autonomía necesaria para asegurar esos aspectos cruciales para el proyecto que parecía más prometedor para su prosperidad.[113]

El contexto internacional se había vuelto cada vez más hostil para la esclavitud. Gran Bretaña, que por muchos años tuvo el control sobre el trasiego de personas, lo abolió en 1807. En México se ensayó la abolición por primera vez en 1810 por los insurgentes bajo el mando de Miguel Hidalgo y luego por Morelos en sus *Sentimientos de la nación* y la Constitución de Chilpancingo. Pero aquellos decretos se quedaron en letra muerta tras la derrota de los insurgentes. Al consumarse la independencia en 1821 con el Plan de Iguala, la comisión encargada del tema, que calculaba en 3 000 la cantidad de esclavos en México, pero que reconocía que había formas de trabajo forzado muy parecidas, propuso prohibir el tráfico y conceder la libertad de vientres, pero aquello tampoco se tradujo en alguna ley. Ese mismo año fue confirmada la concesión de Stephen Austin para colonizar Texas, parte de la cual otorgaba a los colonos entre 50 y 80 acres de tierra por esclavo. Durante la primera república federal el tema permaneció ambiguo; su constitución no mencionó el tema de la esclavitud. Pero en 1829, Vicente Guerrero, que era mulato, decretó la abolición, y esa es la fecha que se toma como definitiva. Sin embargo, la ley tuvo un efecto efímero y fue derogada poco después por la administración de Bustamante.[114] La Constitución del estado de Coahuila y Tejas, publicada en 1827, en su artículo 13, dio libertad de vientres y prohibió la introducción de esclavos, con un margen de seis meses de publicada para la entrada en vigor. Pero

[113] Entre estos tejanos con conexiones yorkinas, que consiguieron gran influencia como intermediarios, fueron Ramón Múzquiz, Erasmo y su hijo Juan Nepomuceno Seguín, José Casiano y José Ma. de Jesús Carbajal. Reséndez, *Changing national*, 2004, pp. 67-74, 99-101.

[114] La libertad de vientres se refiere a que los hijos de esclavos nacerían libres. Aquino, "Y todo lo que huela", 2009, pp. 6-15.

en la práctica hubo muchas formas de evadir aquella restricción, categorizándolos como *indentured servants* (sirvientes o siervos por contrato) en lugar de esclavo, lo que el mismo gobierno coahuiltejano aprobó.[115] Pero si bien para 1835 todavía no se había abolido claramente la esclavitud en México, la misma ambigüedad y la posibilidad de otro cambio de timón en el gobierno mexicano era suficiente incertidumbre y amenaza para los plantadores texanos. Más aún si en las regiones aledañas con México se podían fugar para conseguir su libertad.[116]

En cuanto a los aranceles, alrededor de la mitad del presupuesto del gobierno federal/central dependía de dicho gravamen y, por lo general, se siguió una política comercial proteccionista. Aunque los texanos estuvieron exentos, sólo fue de manera temporal. El resto del país sí los debía pagar, por lo que era un privilegio bastante generoso. En 1834-1835, los intereses divergieron aún más por el giro centralista que dio la república mexicana, que fue uno de los factores que contribuyó al estallido de la rebelión de Texas. De esta forma, se retiró la soberanía a los estados y la amplia gama de facultades que habían tenido para tener sus propias instituciones, para depositarla en el gobierno central.[117] En otras palabras, varios proyectos territoriales, alimentados por los sueños de riqueza y los miedos de perderlos, se enfrentaron.

LA HISTORIADORA DE LA FRONTERA

In nature's unawaken solitudes all sounds speak.[118]
Mary Austin Holley, 1835.

El modelo de plantación que se desarrolló en Texas fue exportado principalmente desde Nueva Orleans. En este periodo, la Texas del río Co-

[115] Estos contratos dieron velo legal a la introducción de esclavos. La mayoría fueron firmados en Nueva Orleans y muchos de los sirvientes quedaron atados de por vida (90 años). Por lo mismo, los censos no especificaban a la población esclavizada. Díaz, "Interrogando el archivo", 2019, pp. 74-80.

[116] Baumgartner, *South to freedom*, 2020, pp. 85 y ss.

[117] El argumento principal de Reséndez es que, tanto tejanos como texanos, utilizaban las identidades nacionales de Estados Unidos o México de acuerdo con los intereses de cada momento. Reséndez, *Changing national*, 2004, pp. 22 y 45-47.

[118] Entrada del 6 de mayo de 1835, mientras recorría el Brazos. Austin, *The Texas Diary*, 1965, p. 13. Todas las traducciones son mías.

lorado para arriba se convirtió en una especie de apéndice de la ciudad sobre la desembocadura del Mississippi. Todo el algodón era llevado ahí, desde donde venía también la mayoría de las importaciones. Como en el caso de la población, no existen las estadísticas definitivas para saber la cantidad exacta de algodón que se exportaba poco antes de la guerra de Texas. Según los datos que reunió Juan Nepomuceno Almonte en su informe secreto de 1834, las exportaciones totales fueron de 500 000 pesos anuales. En contraste, el comercio con el interior de la república mexicana, desde puertos como Brazoria, Matagorda y Copano, valió 270 000 pesos. Esto es, apenas alcanzaron un poco más de la mitad de las exportaciones. El flujo comercial de Texas estaba dirigido principalmente a la ciudad del Cuarto Creciente.[119]

Del total de las exportaciones, sólo 20 000, esto es, 4%, provenían de Béjar. Según Almonte, alrededor de la mitad eran pieles, con cuyas ganancias se importaban bienes de consumo de Nueva Orleans. Al norte del río Colorado, todo procedía del mismo lugar, a cambio de algodón, ganado y pieles. Nacogdoches exportó 205 000 (41%). La mayoría provenían de la colonia de Austin en el Brazos: 275 000 (55%), sobre todo algodón. La población angloamericana también resultaba imposible de conocer con exactitud por la inmigración ilegal. Según los cálculos de Almonte, en 1835 había 9 000 habitantes en las villas de las colonias del Brazos, principalmente las de Austin y Green DeWitt,[120] y 1 600 disper-

[119] Gutiérrez, *Transcripción del Informe*, 1987, p. 103, cit. por Campos, "El ejército de operaciones", 2020, p. 105, tabla II.2. Para un análisis de los puertos de Texas, véanse pp. 105-109; sobre Nueva Orleans y la expansión de las plantaciones de algodón, véanse Torget, *Seeds of Empire*, 2015, y Haynes, *Unsettled land*, 2022, pp. 37-43.

[120] Green DeWitt (1787-1835) era originario de Kentucky, su familia se mudó a Missouri cuando era joven y el territorio todavía pertenecía a España. Regresó a Kentucky para terminar sus estudios y participó en su milicia durante la guerra de 1812. Inspirado por Moses Austin, y con el apoyo de Stephen y el barón Bastrop, consiguió un contrato como empresario en Saltillo en 1825, cerca del río Guadalupe, adyacente al suroeste de las colonias de Austin. Los primeros años fueron muy complicados y DeWitt gastó la fortuna familiar de su esposa en la colonia. Para 1830, a pesar de disputas con las concesiones dadas al mexicano Martín de León, la colonia ya contaba con alrededor de 377 familias. De esta forma, cumplió con el contrato y pudieron medirse las propiedades y repartirse títulos de propiedad. Se formó en ella el pueblo de González. A pesar de que consiguió asentarse, DeWitt no gozó en vida de la riqueza prometida. En 1835 murió en Monclova, probablemente de cólera, mientras buscaba obtener más tierras. Zivley, "De Witt's colony", 1904, pp. 95-192, y Craig H. Roell, "DeWitt's colony", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/dewitts-colony>. [Consulta: 2 de marzo de 2024]; Edward A. Lukes, "DeWitt, Green", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/dewitt-green>. [Consulta: 2 de marzo de 2024.]

sos en ranchos, ya claramente mayor a la hispana al sur. La población indígena total la estimó en 15 300.[121]

Como señalé en otra parte, en los puertos de Texas ya había un flujo de recursos considerable. El gobierno mexicano, a partir de la ya mencionada ley de 1830, y Mier y Terán en particular, intentó establecer tarifas y un control migratorio. Pero tampoco hay que exagerar la dimensión del flujo texano. A modo de comparación, en 1829 las exportaciones totales desde México habían sido de 14 762 786 pesos. Las de Texas en 1835 representarían poco más de 3 por ciento.[122]

Es necesario aterrizar toda esta información para darse cuenta del punto en el que iba el proyecto texano. Aunque pareció fácil, casi sentido común para los soñadores y ambiciosos de la época, establecer en Texas una colonia con el modelo de las plantaciones implicaba muchas dificultades. En 1835 todo pendía de un hilo. Hay que acercarse a ras de suelo para tener una idea más tangible de lo que realmente conllevaba. Para ello, resulta muy revelador lo que la primera historiadora de Texas capturó en su diario.

Mary Austin Holley (1784-1846) nació en New Haven, Connecticut. Su padre era Elijah Austin, veterano de la guerra de independencia y dueño de una pequeña flota mercante que se dedicaba al comercio con China. Era hermano de Moses Austin, cuyo hijo, Stephen, logró realizar la primera y más exitosa compañía de colonización angloamericana. Elijah murió de fiebre amarilla en 1794 y Mary fue adoptada por su tío materno, Timothy Phelps, un banquero exitoso y corredor de seguros de New Haven. Ahí llevó una vida acomodada de clase alta lo que le permitió estudiar religión, filosofía e historia en la Universidad de Yale. Aquí conoció a Horace Holley, con quien se casó en 1805 a los 21 años. En el contexto del segundo gran despertar (1790-1840), su esposo se volvió ministro de la iglesia congregacionista de origen calvinista de 1805 a 1812, y llegó a dar sermones a grandes multitudes. Primero ofició en la iglesia de Greenfield Hill, en Fairfield, Connecticut, y luego en la de Hollis Street, en Boston. Tenía fama de buen orador y relaciones con miem-

[121] Gutiérrez, *Cómo México perdió Texas*, 1987, p. 20.

[122] B. Tenenbaum recopiló este dato de Miguel Lerdo de Tejada, que a su vez lo presentó como de exportaciones de Veracruz. Pero Tenenbaum concluyó que debía tratarse de las exportaciones totales porque eran muy cercanas a las cifras de los datos sobre exportaciones totales en otras fuentes del periodo. Lerdo de Tejada, *Comercio exterior*, cuadros 32-36, cit. en Tenenbaum, *México en la época*, 1985, p. 47.

bros de la alta sociedad como John Adams, John Quincy Adams, Henry Clay, Thomas Jefferson y James Monroe. En 1818, la familia se mudó a Lexington, Kentucky, sitio todavía considerado una tierra de frontera, porque Horace fue invitado a ser presidente de la Universidad de Transylvania. Renunció tras nueve años, después de ganarse la enemistad con el clero presbiteriano local por su visión liberal y apoyo a los federalistas. En lugar de regresar al este, la pareja se adentró aún más al sur. En 1827, Horace iba abrir una escuela en Nueva Orleans para los hijos de plantadores de la Luisiana. Pero la pareja enfermó de fiebre amarilla en un viaje que tomaron a Boston, irónicamente, para restaurar su salud. Mary apenas sobrevivió, pero su esposo, como su padre Elijah, murió de la temible enfermedad, dejándola viuda, sin propiedades ni fortuna. Se quedó a cargo de su hijo Horace Jr., quien tenía algún tipo de discapacidad mental. Su hija Harriette estaba casada y vivía en Lexington.[123]

Mary conoció a su primo Stephen en New Haven cuando ella tenía 19 años y él doce. Su hermano, Harry, se estableció en Bolívar, en la colonia de Stephen en el Brazos. Mary no tuvo residencia fija después de la muerte de su esposo. Vivía con Horace Jr. entre la casa de su hija en Lexington y como institutriz de la familia LeBranche de Nueva Orleans. Con ayuda de Harry, viajó por primera vez a Texas en 1831, donde se reencontró con Stephen. Los primos se volvieron cercanos, incluso "románticos". Mary tuvo reservado un terreno, conocido como Dickinson Bayou, en el que nunca pudo establecerse. Aunque no se le cumplió su sueño texano, tras su primera visita publicó *Texas: Observations, historical, geographical, and descriptive, in a series of letters written during a visit to Austin's colony, with a view to a permanent settlement in that country in the autumn of 1831*, en Baltimore en 1833. Luego escribió una de las primeras historias de *Texas*, que apareció en 1836. Llevaba un diario de sus visitas a este territorio en 1835, 1838, 1840 y 1843. Un descendiente suyo, J. Perry Bryan, que fue presidente de la Asociación de Historia de Texas, lo publicó en 1965.[124]

[123] J. P. Bryan, "Introduction" en Austin, *The Texas diary*, 1965, pp. 1-11; para una biografía véanse Lee, *Mary Austin*, 1962; Curtis B. Dall, "Holley, Mary Austin", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/holley-mary-austin>. [Consulta: 19 de mayo de 2023]; McAdams, "Introducción a Austin", *Texas*, 1990, pp. 12-21.

[124] J. P. Bryan, "Introduction" en Austin, *The Texas diary*, 1965, pp. 1-11, y Austin, *Texas*, 1990.

El diario es un vistazo más cotidiano e íntimo de sus impresiones durante sus peregrinaciones por las colonias angloamericanas en Texas. Le gustaba conversar con todo tipo de personas y escuchar de su vida personal, último chisme, y hasta tener discusiones serias de política y Estado. En sus recorridos en barcos no sólo hablaba con los pasajeros, sino también con cocineros y marineros. Era común que discutiera los "prospectos" de Texas con los colonos notables que encontraba y, naturalmente, con quienes iban y venían.[125]

El 31 de abril 1835, la goleta San Felipe zarpó de Nueva Orleans rumbo a Texas con Mary a bordo. Aquella nave tuvo un papel icónico: en septiembre del mismo año llevó de vuelta a Stephen Austin de su cautiverio en México y los siguientes años sería armada y participaría activamente en el escenario naval de la guerra de Texas. Ese día llevaba 60 pasajeros. Casi todos sufrieron de "mal del mar" durante los tres días que tardó en llegar a la boca del Brazos. Es importante anotar que la alimentación en su trayecto dependió principalmente de la pesca: de "redfish", y "Sheep's head" y "mullet", especies del Golfo de México. Al adentrarse al río, la dieta consistió en carne de tortuga, pescado, cangrejos y camarones de río. Mary iba en un camarote con seis personas que encontró agradables, "como las que se encuentran en barcos de vapor en todas partes".[126]

La parte sencilla del trayecto era llegar a las costas texanas. Aproximarse a las bahías y estuarios alargados, y adentrarse en los ríos como el Brazos, solía ser una incursión peligrosa que requería de experiencia navegando la zona. La costa estaba plagada de bancos de arena traicioneros y lo mismo ocurría con la barra de los ríos. Era común que los barcos encallaran y en ocasiones sufrieran daños catastróficos en su casco. Además, en toda ella no había un solo puerto natural que protegiese a

[125] "Me gusta la franqueza contundente de los marineros, y la inteligencia y el conocimiento del mundo que a menudo muestran; y puedo perdonar gran parte de la rudeza que a menudo se considera injustamente criminal". No sólo recibía noticias que nosotros consideraríamos importantes, sino también chismes. En ese momento, el chisme principal en Brazoria era que un Mr. Stephenson había matado en un duelo de diez pasos a Mr. Berryman, porque su esposa lo engañó con él. Se decía que la esposa le escribió a Mr. Stephenson que no regresaría con él si no mataba a Mr. Berryman. Para Mary, la mala de la historia era la esposa, "cuando las mujeres son malas, ¡qué malas!", aunque reconocía que no se sabía si la esposa no engañó a Mr. Stephenson "involuntariamente". Entrada del 6 de mayo de 1835, Austin, *The Texas diary*, 1965, pp. 13, 32 y *passim*.

[126] Austin, *The Texas diary*, 1965, pp. 12 y 24.

los barcos de las tormentas estacionales de verano y los nortes de invierno. Por ello, las embarcaciones que por lo común navegaban el golfo en aquella época eran goletas, *schooners* en inglés, diseñadas para ser pequeñas, ligeras, rápidas y maniobrables. Normalmente tenían dos mástiles, como la San Felipe, cuya versatilidad le permitía navegar en el mar abierto aún con el viento en contra. Aun así, la costa texana está repleta de restos de barcos naufragados durante la primera mitad del siglo XIX.[127]

En el viaje de Mary Austin, la goleta Elizabeth, que iba detrás de la San Felipe, encalló y rompió su timón. Sus pasajeros tuvieron que nadar hasta la orilla. Era, de acuerdo con lo que comentaron a nuestra viajera, la tercera nave perdida ese año en el lugar. Además de los peligrosos bancos de arena, el río tenía entre 137 y 274 metros de ancho, con algunas partes mucho más angostas. En 1835 sólo había un barco de vapor en Texas. Para subir por el río, cuando el viento no soplaba a favor, había que hacer "*warping*", aún en una goleta. Esto es, amarrar una cuerda en un objeto fijo de la orilla y jalar. Así se avanzaba, pero a paso de tortuga:

> Esta forma lenta de proceder hace que una se dé cuenta de todo el valor de los barcos de vapor. Nunca hubo un río mejor calculado para este tipo de navegación, como también lo es toda la costa de Nueva Orleans. Cuando llegamos, por ejemplo, el mar estaba tan tranquilo como es necesario para un barco de vapor y la costa está llena de puertos seguros en caso de peligro. No hay duda de que dentro de poco se utilizarán barcos de vapor en este giro. Hay uno en el Brazos y se ha utilizado para remolcar barcos. En estos momentos está llevando un cargamento a San Felipe, si no nos hubiésemos podido beneficiar de su ayuda. Otro que acaba de terminarse

[127] Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 36 y ss. Por definición, en el siglo XVIII la *schooner*, conocida como goleta en español, tenía las siguientes características: "Pequeña embarcación con dos mástiles, cuya vela mayor y trinquete están suspendidos de garfios que se extienden desde el mástil hacia la popa; y extendidos por debajo por botavaras, cuyos extremos delanteros están enganchados a un hierro, que sujeta el mástil para que gire sobre un eje, cuando los extremos traseros se balancean de un lado a otro de la embarcación." Con el paso del tiempo comenzaron a incorporarse más mástiles en algunos modelos. El bergantín es una goleta de diseño similar pero de mayor tamaño. El pailebote, a la inversa, es una goleta pequeña. Heinz, *The global schooner*, 2003, pp. 7 y ss. La mayor parte de los restos conocidos de naufragios en el Golfo de México son del siglo XIX. Los arqueólogos han descubierto un total de 21 embarcaciones. Las de inicios del siglo corresponden usualmente a goletas mercantes y/o corsarios con objetos provenientes de todo el mundo atlántico. Bureau of Ocean Energy Management, Office of Environment, *Wakes across the Gulf: historic sea lanes and shipwrecks in the Gulf of Mexico*, New Orleand, US Department of the Interior, 2021. Reporte técnico núm. 2021-057, pp. 40-46.

> en Louisville se espera todos los días en Nueva Orleans para el mismo propósito.[128]

Además del ya mencionado *boom* de los canales, es difícil sobreestimar el papel de los barcos de vapor para lo que algunos llaman la revolución del transporte entre 1815 y 1860. Sus ventajas para la navegación fluvial, que en aquellos años se desarrolló en los ríos Ohio, Mississippi y Missouri, convirtió a regiones del interior del continente americano, antes aisladas, en importantes zonas de producción agrícola. Con el paso del tiempo se aligeró y aumentó la anchura y longitud del casco, que como resultado tenía mucho menor calaje que una embarcación normal, haciéndolo menos vulnerable a los bancos y por ende el transporte más apto para la navegación fluvial.[129]

Algo que llamó mucho la atención de Mary fueron los cambios que halló en la primera parada del río, Velasco. En su primera visita, durante 1831, había en el sitio una base militar con unas "pocas y harapientas tropas mexicanas", que pedían pasaportes. Era la que había instalado Mier y Terán durante su tiempo en Texas para funcionar de aduana y control migratorio. Para 1835, en el lugar había dos casas de huéspedes, ya sin aspecto militar. Las bases en Anáhuac (río San Jacinto/Trinidad) y Velasco (río Brazos) habían sido desmanteladas en dos levantamientos, 1832 y 1835, conocidos como "los disturbios de Anáhuac", en contra del cobro de aranceles aduanales en 1832 y 1835.[130]

[128] Entrada del 10 de mayo de 1835, en Austin, *The Texas diary*, 1965, p. 12.

[129] Mak y Walton, "Steamboats and the great", 1972, pp. 619 y ss. y 628 y ss.

[130] Austin, *The Texas diary*, 1965, p. 15 y nota 28; Los "disturbios de Anáhuac", como son conocidos en la historiografía texana, refieren a los levantamientos de 1832 y 1835. El primero inició por los conflictos entre Juan D. Bradburn, encargado de aplicar la ley del 6 de abril de 1830, contra José F. Madero, y un grupo de federalistas que fundó un nuevo ayuntamiento llamado Libertad. En 1831, Mier y Terán, como comandante de las Provincias Internas de Oriente, ordenó que el Ayuntamiento regresara a Anáhuac, además de hacer una inspección general de títulos de propiedad de la tierra. Lo que derramó la gota del vaso fue su orden a George Fisher de empezar a cobrar aranceles en el río Brazos y Galveston. Tras algunas querellas entre Bradburn, que debía aplicar las medidas, y los colonos revoltosos que estaban formando milicias, hubo una serie de escaramuzas que terminaron con una batalla en la base militar de Velasco el 29 de junio de 1832. Domingo de Ugartechea, su comandante, se rindió, y la base quedó desmantelada. En 1835, el gobierno mexicano volvió a enviar tropas para el cobro de aranceles y un grupo de colonos plantadores y comerciantes, como Andrew Briscoe, DeWitt y Thomas F. Mckinney se opusieron. William Travis juntó voluntarios que volvieron a desmantelar al escuadrón mexicano. Margaret S. Henson, "Anahuac Disturbances", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/anahuac-disturbances>. [Consulta: 20 de julio de 2023]; Henson, *Anahuac in 1832*, 1982, y Henson, *Juan Davis Bradburn*, 1982. La rebelión de 1832 fue presentada

Sin embargo, para ella la peor amenaza no eran las autoridades mexicanas, sino las enfermedades que ya le habían arrebatado a su padre, marido y muchos otros familiares. Entre 1826 y 1837 ocurrió lo que los epidemiólogos llaman la segunda pandemia del cólera,[131] que devastó a América del Norte entre 1832 y 1833. En México acabó con aproximadamente 10% de la población. En La Habana, Cuba, se estima que mató a más de 8 000 personas. En Nueva Orleans murieron en promedio 500 personas diarias.[132] En 1833 llegó a Texas y mató a familias enteras. Aquel año, John Austin, amigo, pero no familiar de Stephen y Mary, y uno de los líderes del disturbio de 1832, falleció junto con sus dos hijos. Su viuda se volvió a casar con un sobreviviente, como muchas otras personas que tuvieron que hacer nuevas conexiones familiares. Durante su estancia de 1835, los periódicos difundieron la noticia de que la goleta Santiago, estacionada en Marion, fue quemada junto con el algodón que cargaba por un brote de viruela.[133]

Las enfermedades acechaban en Texas sin discriminar a nadie. En 1832, en Sugar Hill, un colono llamado William T. Henson, escribió a su hermano "death is abroad in this land". Escribía para darle la "dolorosa" noticia de que iban a enterrar a un conocido mutuo, que murió por "tifoideas de la peor que se puede ver". Aunque en el sitio había varios doctores, en su condado existían muchos casos.[134] Este sentimiento de impotencia frente a las enfermedades era parte de la atmósfera en Texas,

---

a los mexicanos como un pronunciamiento, bajo el "plan de villa de Austin", que se adhería al Plan de Veracruz encabezado por Santa Anna, poco después del suicidio de Mier y Terán. Fue el mismo José Antonio Mexía quien se reunió con Austin y otros colonos para ponerlos bajo el manto del Plan de Veracruz con las resoluciones conocidas como "Turtle Bayou". Plan de villa de Austin, en *The Pronunciamiento in Independent Mexico, 1821-1876* [consulta: 10 de julio de 2023], en <https://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/>.

[131] Aunque no hay datos estadísticos confiables según estándares científicos actuales, lo que los expertos llaman la primera pandemia del "cólera asiático" (aunque probablemente hubo alguna antes) se documentó por primera vez en 1817, aunque no llegó a Norteamérica. La segunda pandemia, considerada la más devastadora del siglo XIX, se originó en el río Ganges, India, en 1826. De ahí se movió, por medio de la guerra y el comercio, a Asia central, Medio Oriente y Europa, y luego, por medio de la migración, a América. Chan, Tuite y Fisman, "Historical epidemiology", 2013.

[132] Véanse datos y fuentes diversas en Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 36, 65, 82 y 107; para La Habana tomé los datos que están en Frierichs, "Asiatic Cholera Pandemic of 1826-37", Departamento de Epidemiología de la UCLA, en <https://www.ph.ucla.edu/epi/snow/pancholera2.html>. [Consulta: 18 de septiembre 2023.]

[133] 14 de febrero de 1835, *Texas Republican*, cit. por Bryan, *The Texas diary*, p. 89, nota 46.

[134] Carta de W. N. Henson a su hermano en 1832, Briscoe Center Digital Collections, Henson William M., family papers, caja 2.0E=239.

como escribe Mary Austin: "La Sra. Phelps estaba enferma de escarlatina, de la que varios miembros de su familia se habían recuperado recientemente. Esto llevó a varias especulaciones sobre la enfermedad epidémica. ¿Qué región escapa por completo? ¿Acaso es que necesitamos no olvidar nuestra propia mortalidad? En tal posición se siente una tan perfectamente resignada que se corre el peligro de estarlo."[135]

Las enfermedades, en especial la epidemia del cólera y la fiebre amarilla, fueron un fuerte obstáculo para quien intentara asentarse en Texas. De hecho, acabaron con más de un proyecto de colonización. Un ejemplo es el de una colonia de alemanes del barón Johan von Raiknitz, veterano de las guerras napoleónicas. Fue uno de esos europeos que Ortiz de Ayala señalaba como posibles colonizadores, que contrarrestarían a la gran cantidad de angloestadunidenses que llegaban del Norte. El barón obtuvo su primer contrato de empresario en 1833. Ese verano partió rumbo a Nueva Orleans desde Le Havre en la nave Bolívar con 203 colonos. Sin embargo, la expedición fue devastada por el cólera. Los que no desertaron antes de llegar a Texas, a un sitio cerca del río Colorado, donde debían asentarse, continuaron pereciendo por la enfermedad, al grado en que el barón Raiknitz tuvo que abortar la misión.[136]

La casa del doctor James Phelps, pariente del padre adoptivo de Mary Austin, estaba en la plantación Orazimbo, a unos 20 km del río Brazos, lejos de los temidos miasmas.[137] En esa época, se pensaba que "las ricas tierras de Texas, como en otros países cálidos, engendran miasmas", y que estos provocaban las epidemias. De ahí la consternación de Mary al ver que, aun a Orazimbo, llegaban las enfermedades que sufrió la familia del doctor Phelps. Sin embargo, Brazoria, que estaba muy cer-

[135] Entrada del 15 de mayo de 1835, en Austin, *The Texas diary*, 1965, p. 23.

[136] El barón no se rindió y consiguió otro contrato de empresario en 1835, en esta ocasión por parte del gobierno del estado de Tamaulipas, que estaba impulsando la colonización de las tierras entre el río Bravo y el Nueces, con un esquema muy similar al de Coahuila y Texas. Graf, "Colonizing projects", 1947, pp. 435-439.

[137] Mary Austin se hospedó con su hermano Harry en la casa del Dr. Phelps, uno de los primeros colonos que llegaron con S. Austin. Además de tratar a los enfermos de cólera durante la epidemia, Phelps se unió a los voluntarios y luchó en San Jacinto en 1836 como parte del equipo médico. Santa Anna estuvo preso en su plantación entre julio y noviembre de 1836. Se dice que evitó su suicidio y, a cambio, el caudillo perdonó a su hijo capturado en la expedición a Mier de 1842. Véase en esta obra, cap. III, "El sentimiento público vale un reino"; Entrada del 15 de mayo de 1835, en Austin, *The Texas diary*, 1965, p. 23; Merle Weirm revisado por Randolph B. Campbell, "Phelps, James Aeneas E.", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/phelps-james-aeneas-e;>. [Consulta: 15 de julio de 2023.]

ca del río, parecía comprobar la teoría porque fue uno de los lugares más afectados por la epidemia y adquirió fama de ser un sitio enfermizo. Muchas de sus casas fueron abandonadas.[138]

Es muy probable que, por este motivo, el condado de las colonias del Brazos se trasladara de Brazoria a Columbia. Además de las casas de justicia, en la nueva sede acababa de construirse el hotel de Bell. Aunque "es más central, tiene menos alojamientos y está muy lejos del río, tan importante para el transporte". Columbia se hallaba a unos 3 km del Brazos. Su puerto era un sitio llamado Belle's Landing o Marion, donde el río se volvía casi tan angosto como la goleta San Felipe.[139] Mary Austin, comparando la situación con su anterior visita, notaba que: "La manía ahora es hacer ayuntamientos. En el periodo de mi visita anterior, nadie pensaba más que en mejoras individuales, ahora todos están a favor de la especulación. Un cambio desfavorable –la fuente de muchas rivalidades innumerables que afectan la armonía de la sociedad."[140]

Hay mucho más detrás de esa frase de lo que parece a simple vista. Por una parte, el modelo de plantación mostraba signos de progreso. En Velasco, justo enfrente de lo que hubiera sido la aduana militar mexicana, estaba el almacén de Thomas F. McKinney, que Mary vio lleno de pacas de algodón (aproximadamente 226.8 kg cada una), con mucha actividad mercantil y negocios, y un bote en construcción. Más al interior, en Marion, se hallaba el almacén de Walter White, que también descubrió llenó de pacas de algodón, listas para ser transportadas en la goleta de su compañía comercializadora a Nueva Orleans. Había un nuevo almacén en construcción en el mismo punto. A Mary le llegó la noticia de que, por su último cargamento de algodón, Walter White había traído de vuelta 20 000 dólares en mercancía y 5 000 en efectivo. Además, en sus trayectos en la goleta, escuchó de un míster Neal, quien compró una plantación cerca de Bolívar por 42 000 dólares, que incluía 20 esclavos y 50 000 cabezas de ganados, con un valor de 4 000 dólares. También que otro sujeto llamado míster Sayne compró una plantación más pequeña por 500 dólares. Muchos de estos comerciantes, que obviamente no que-

[138] Almonte confirma lo enfermizo de Brazoria en su *Noticia estadística*, que tenía el propósito, como los textos que escribió Mary Austin, de fomentar la colonización de Texas, pp. 53-56 cit. por Campos, "El ejército de operaciones", 2020, p. 107.

[139] Austin, *The Texas diary*, 1965, p. 19.

[140] *Ibid.*, entrada del 12 de mayo, p. 22.

rían pagar impuestos, armaron sus barcos y apoyaron con provisiones a la causa de la república de Texas.[141]

McKinney, quizá el más importante en ese momento, tenía fama de ser agresivo en los negocios. Evadía descaradamente los aranceles mexicanos y también era un prominente especulador de títulos de tierra sin sustento legal. Amigo de Stephen Austin, sus desavenencias políticas los separaron. A Mary no le agradó su comportamiento cuando Stephen estuvo preso en México, pues no dejó de llevar sus negocios sin ninguna discreción ni respeto a las leyes mexicanas y aprovechó la ausencia de controles para introducir más esclavos. Se enteró también de que la balandra mexicana Moctezuma había capturado en Velasco a la goleta Columbia, que llevaba bandera mexicana, con contrabando. McKinney, el dueño, estaba a bordo y fue arrestado.[142] Al respecto, Mary reflexionó: "el pueblo de Texas es desagradecido con México, a quien le deben tanto. No satisfechos con leyes muy lenitivas evaden la ley, ¿cómo se les puede hacer respetarlas? El Sr. McKinney está acusado de contrabando."[143]

En 1835 se rompió un dique en la colonización texana, ¿qué valor iban a tener las concesiones de tierras de contratos cuya legitimidad residía en autoridades mexicanas, cuando se desobedecían todo el tiempo? El ecosistema que se había creado, con múltiples instancias públicas en Saltillo, Monclova y la ciudad de México, así como compañías y asociaciones privadas de Nueva York y Nueva Orleans, creó una gran incertidumbre acerca de la propiedad legítima de la codiciada tierra texana. Ello, sumado a la inmigración ilegal e irregular, engendró una gran cantidad de conflictos por quién tenía derecho sobre la tierra. Por lo tanto, una vez que se cuestionó la única fuente de derecho con algo de peso en la materia, esto es, las leyes mexicanas, se planeó formar nuevos cabildos con su propia fuente de legitimidad, los cuales ratificaran y repartieran los títulos de la tierra. Para alguien como McKinney, había sido legítimo especular con nuevos títulos, aun si se tratara de terrenos ya concesionados y/u ocupados, y respaldarlo con la jurisdicción de un ayuntamiento

[141] *Ibid*., pp. 13, 15, 19, 23, 32; J. P. Bryan, "Introducción" en *ibid*., pp. 78-79, nota 8, y Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 45-50.

[142] Entrada del 15 de mayo, en Austin, *The Texas diary*, 1965, pp. 23 y 29, y J. P. Bryan, "Introducción" en *ibid*., pp. 87-88, notas 38 y 39.

[143] Entrada del 15 de mayo, en Austin, *The Texas diary*, 1965, p. 23.

nuevo. Esto no era una novedad. La ya mencionada rebelión de los hermanos Edwards buscaba precisamente crear una nueva república para recuperar la concesión que les habían arrebatado. No es casualidad que una de las primeras instituciones que se formó tras la independencia fue la General Land Office, con el objetivo de regularizar las propiedades.[144]

El 7 de junio de 1835, semanas antes del segundo disturbio de Anáhuac, Mary decidió partir porque empezaron las lluvias de verano y quería evitar las enfermedades que se agudizaban en ese periodo. Una piragua la llevó a Velasco, donde abordó de nuevo la San Felipe, que recientemente había adquirido McKinney e iba atiborrada con 276 pacas de algodón. Fue la parte más amable del viaje. Mary se despidió de Texas con el siguiente paisaje:

> Era luna llena –alzándose sobre el mar– los pescadores en sus camisas rojas recogían sus últimas redes –todos los objetos resaltaban en el relieve– Velasco con sus muchas chozas –cabañas– pensiones y señalamientos –a la izquierda– la casa de McKinney –almacén– desmotadora de algodón y *campamento de africanos recién desembarcados.* Rebaños de ganado y caballos alimentándose hasta donde alcanza la mirada –personas riendo u ocupadas por todas partes. La extendida pradera, a través de la cual el río Brazos fluye tranquilamente. Con el mar de trasfondo, esquifes y veleros con las canoas ligeras gritando sobre la superficie en todas direcciones. Todos estos objetos, bellos a la distancia, formaban un conjunto pintoresco.[145]

Los "africanos" eran parte esencial dentro de todo el proyecto de plantaciones. Resulta interesante las pocas referencias a los esclavos en el diario, con excepción de las que se refieren a compraventas de plantaciones. No es casual que Mary Austin, que apoyaba este modelo de colonización, guardara silencio al respecto, a pesar de su papel central. Eran esos "africanos" quienes harían el trabajo duro en los campos y posibilitarían la producción del algodón, ayudados por su presunta resiliencia

[144] A pesar de su importancia, los fondos eran tan escasos que se asignó la tarea a una sola persona, John Borden, que intentó conciliar las propiedades sin presupuesto ni ayudantes. A finales de 1837 por fin se le unieron otros empleados, pero renunció en 1840 porque seguía trabajando con muy pocos recursos. Torget, *Seeds of empire*, 2015, pp. 184 y ss.

[145] Entrada de 10 de junio, en Austin, *The Texas diary*, 1965, p. 29. Las cursivas son mías.

en ecosistemas como Texas, donde abundaban enfermedades como la fiebre amarilla y el dengue.[146]

No obstante el buen inicio del viaje, el resto del regreso de Mary Austin a Nueva Orleans fue desastroso. La San Felipe iba en caravana junto con la goleta Julio César y el bergantín Durango. Asfixiados por las pacas de algodón, los pasajeros se quedaron varados en el mar durante varios días por falta de viento. Algunos marineros comenzaron a amotinarse hasta que por fin alcanzaron a ver las "Belize Lights", una serie de faros que marcaban la entrada del Mississippi. De ahí, a paso de tortuga, el barco de vapor Porpoise los remolcó, junto con otros tres barcos, hasta el puerto. Tardaron dos días en los que se filtró el agua de las lluvias y los devoraron los mosquitos.[147]

Más tarde, en septiembre de aquel 1835, y probablemente financiada con las pacas de algodón contrabandeadas en aquel trayecto, la San Felipe fue equipada para la guerra. Pronto capturó a la goleta mexicana Correo. Este gesto de venganza de McKinney, que poco antes había sido arrestado por contrabando en otro de sus barcos, prendió fuego a las tensiones que Mary había notado unos meses antes: se desataron los segundos "disturbios de Anáhuac". La información sobre estos acontecimientos pronto llegó a Tampico y Veracruz y, de este último puerto, en mensajería exprés a Manga de Clavo y la ciudad de México. Al mismo tiempo se envió a otros puertos de Norteamérica, como Nueva York. También viajó al otro lado del Atlántico y el 24 de noviembre apareció la noticia en varios periódicos británicos. Estos dieron cuenta del conflicto que llevaría a la guerra de Texas de forma detallada: el gobierno mexicano contaba con una fuerza de 1 500 infantes y 500 dragones en Monterrey al mando del general Martín Perfecto de Cos, cuñado de Santa Anna y comandante de las provincias internas de oriente; y con 300 infantes y 250 dragones en Béjar al mando del coronel Domingo de Ugar-

[146] Mary comienza a mencionar más sus interacciones con individuos esclavizados a partir de su visita en 1837. En esa época, se asumía que las poblaciones afrodescendientes eran naturalmente más resistentes a las enfermedades de los ecosistemas tropicales, donde mejor crecían las plantaciones comerciales, azúcar, algodón o café. Todavía no se sabía que el origen de la fiebre amarilla era un virus, hoy clasificado dentro de la familia de los flavivirus, transmitido por el mosquito *aedes aegypti*. Eso se descubrió hasta finales del siglo XIX. Hoy sabemos que algunas poblaciones de allí tenían en efecto resistencia a la fiebre amarilla, pero no por sus cualidades genéticas, sino porque era una enfermedad endémica por la presencia continua de los mosquitos. Campos, "El batallón de sudaneses", 2023, pp. 296-300, y McNeill, *Mosquito empire*, 2010.

[147] Entrada de 10 de junio, en Austin, *The Texas diary*, 1965, p. 29.

techea. Estas fuerzas fueron movilizadas para enfrentar los disturbios, junto con dos goletas desde Tampico. Además, el gobierno instruyó a Cos solicitar el apoyo de los "indios", con los que Mier y Terán ya había negociado y acordado en su visita de unos años antes.[148]

Cos desembarcó cerca de la boca del Brazos con 400 soldados, supuestamente proclamando que venía a "cobrar los aranceles, desarmar a los colonos y confiscar las propiedades de los insurrectos". Fue lo que Isaac Parker,[149] un colono originario de Georgia, difundió en Estados Unidos desde el 5 de octubre, junto con una carta de Sam Houston prometiendo "millones de acres de nuestras mejores tierras" a cada voluntario que llegara con un "buen rifle y cien cartuchos de munición".[150]

El *St. James's Chronicle*, un periódico de Londres, resumió la situación de 1835 con la siguiente editorial profética:

> Parece ser que muchos angloamericanos que emigraron de su propio país a Texas […] han estado trabajando por algún tiempo para separar esa parte del territorio mexicano del resto, con la mira de su anexión a Estados Unidos […] naturalmente su propiedad estaría asegurada por una conexión con su país nativo. Pero además de eso, hay algo muy cuestionable en los modos que han adoptado y sus motivaciones. Algunos periódicos de Nueva York, considerando la cuestión de la anexión en referencia a la del esclavismo, han denunciado el proyecto como uno que con seguridad incrementará el mercado de esclavos y en consecuencia incrementará las dificultades de su propio gobierno.[151]

[148] En Berlandier y Chovel, *Diario del viaje*, 1850, pp. 90-133, se describen estas negociaciones, que incluyeron ir a cazar en conjunto bisontes de las praderas.

[149] Isaac Parker (1793-1883) llegó a Texas en 1833. Después de su reclutamiento de voluntarios, sirvió como *ranger* durante la guerra. Tras ello, fue representante y senador en el Congreso texano. En 1845 formó parte de la convención en la que se discutió la anexión propuesta por Estados Unidos. Luego fue representante en el Congreso estatal. Fue quien identificó a Cynthia Ann Parker, caso famoso de una joven capturada y adoptada por los comanches, que más tarde se reintrodujo en la sociedad angloamericana en contra de su voluntad. Jack K. Selden, Jr., "Parker, Isaac", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/parker-isaac>. [Consulta: 1 de septiembre de 2023.]

[150] "Papeles americanos", *Morning Chronicle*, 24 de noviembre de 1835. Además, la noticia apareció con diferentes editoriales y fragmentos en el *St. James Chronicle* de Londres, *Morning Herald* de Londres, *English Chronicle and Whitehall Evening Post* de Londres, *Liverpool Standard and General Commercial Advertiser* de Lancashire, *Warder and Dublin Weekly Mail* de Dublín. Consultados en el British Newspaper Archive, en <www.britishnewspaperarchive.co.uk>.

[151] "Guerra entre México y Texas", *St. James's Chronicle*, Londres, 24 de noviembre de 1835.

Como muestra la nota, la institución del esclavismo estuvo en el centro de la discusión, en el contexto del movimiento abolicionista en Gran Bretaña y Estados Unidos. Benjamin Lundy fue la personificación de aquella corriente, particularmente respecto a Texas. El activista y escritor abolicionista ideó un proyecto para establecer una colonia de afrodescendientes en Texas. A partir de 1833 estuvo buscando un contrato con las autoridades de Coahuila y Texas, pero por la Ley del 6 de abril de 1830, irónicamente recibió respuestas negativas. Sin embargo, en noviembre de 1834 llegó a Matamoros, después de pasar por Monclova y el río Bravo. Ahí se encontró con un grupo de pobladores afrodescendientes que lo alentó a seguir con el plan. Además, tuvo mejor recepción de las autoridades de Tamaulipas. Tras escuchar que el barón Raiknitz intentaba colonizar la misma tierra, partió a Victoria, Texas, donde entró en contacto con Samuel Bangs. Ambos se asociaron y en marzo de 1835 consiguieron un contrato de colonización para 250 familias del gobierno de Tamaulipas. Este contrato, de tierras en el lado norte del río Bravo entre Camargo y Revilla, les daba un plazo de dos años para asentar por lo menos a tres cuartos de las familias. Así que Lundy se dedicó a buscar voluntarios por medio de la prensa. El principal obstáculo era el costo de emigrar, que muchos libertos no podían pagar por sí mismos. Sólo el pasaje de Nueva Orleans a Matamoros costaba entre 25 y 35 dólares. Además, debían llegar con provisiones, herramientas y rifles. A finales de 1835 iba a partir el primer grupo de colonos, pero la expedición fue abortada por el inicio de la guerra de Texas. A partir de entonces, Lundy gastó la mayor parte de su energía oponiéndose a la anexión a Estados Unidos, y murió poco después en 1839.[152] Según Juan Nepomuceno Almonte, en 1835 había aproximadamente 5 000 esclavos en Texas. A partir de entonces ese número creció exponencialmente.[153]

La revolución territorial no sólo se vislumbró y trasladó a Estados Unidos, también ocurrió del lado mexicano. Y no sólo se manifestó en los sueños de liberales, que encontraron un sitio de refugio y organización en Nueva Orleans, como Ortiz de Ayala o Lorenzo de Zavala. También en todo el noreste, con la apertura de puertos como Matamoros y Tampico, por los que pasaban nuevas rutas comerciales. Fue un

[152] Graf, "Colonizing projects", 1947, pp. 440-444.
[153] Gutiérrez, *Cómo México perdió Texas*, 1987, p. 103.

fenómeno que involucró a todo el mundo atlántico y al Golfo de México en específico. Por lo tanto, los términos de esta revolución territorial no eran simplemente la expansión de frontera estadunidense al oeste y al sur frente a la colonización mexicana al norte. Aunque resulta útil esquematizarlos de esa manera para sintetizar un fenómeno muy complejo, no hay que perder de vista toda la gama de actores que actuaban de forma independiente y entremezclada con los dos grandes proyectos de nación.

La revolución territorial que transformó al sur estadunidense, lo que Andrew Torget denominó el imperio del algodón, hizo lo mismo con el noreste mexicano.[154] Se montó sobre la territorialidad del imperio español después del colapso del sistema mercantilista comercial que había dominado al Golfo de México por siglos. Cuando este se rompió, llegaron al mismo tiempo nuevas tecnologías como los barcos de vapor, nacieron nuevas repúblicas, entraron otros imperios, se difundieron las ideas de economía política y generaron nuevas articulaciones territoriales con el comercio atlántico. Por eso hay que recalcar que las colonias de plantadores de algodón no eran la única alternativa de colonización, ni era inevitable su éxito. Sí era, sin embargo, quizá uno de los más compatibles, en términos de vulnerabilidades y resiliencia, a las características geográficas de Texas. El riesgo de que los fenómenos naturales provoquen inconvenientes o desastres de pequeña y gran magnitud no proviene sólo de las lluvias, sequías, huracanes o tornados *per se*, sino de las formas en que están construidos los territorios. Un mismo fenómeno natural puede ser una hecatombe o un recurso, dependiendo de cómo entre en relación con la forma en que la sociedad ocupa el espacio. En el caso de Texas, los ríos y el incremento estacional de sus caudales, al mismo tiempo que facilitan la navegación fluvial, complican las comunicaciones terrestres.[155]

[154] Torget, *Seeds of empire*, 2015.

[155] Son conceptos de los estudios ambientales. Por "vulnerabilidad" se entiende que cada forma particular de territorialidad implica distintos riesgos frente al medioambiente donde se encuentra. La "resiliencia" son las ventajas y resistencias que cada territorialidad implica en determinado medioambiente y sus fenómenos naturales. Por último, la "adaptación" se entiende como las estrategias y reacciones adaptativas a eventos climáticos adversos. Estos conceptos, por lo común utilizados para analizar los mal llamados "desastres naturales" y los efectos de los cambios en el clima en las sociedades, también resultan útiles en casos de frontera donde conviven varias territorialidades, que gozan de perspectivas y posibilidades de acción radicalmente diferentes en el mismo espacio. Las definiciones más comunes son versiones adaptadas o tomadas tal cual de las del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático.

No hay que olvidar a los colonos que emigraban por el interior del continente para llevar a cabo una vida de frontera más afín a la del oeste estadunidense, o a los del norte de Tamaulipas, impulsados por las Villas del Norte, ni a los proyectos alternativos de europeos y el de Benjamin Lundy. El resultado de esta revolución fue el desarrollo y mescolanza de asentamientos muy diversos de indígenas, hispanos, afrodescendientes, europeos y angloestadunidenses.[156] En 1835, en el momento en que estalló la guerra de Texas, ninguno estaba completamente afianzado. El más consolidado eran las colonias y plantaciones del Brazos, pero, como veremos en el siguiente capítulo, la guerra de Texas estuvo a punto de borrarlas de la faz de la tierra. Esta no puede entenderse sin contemplar esa fiebre de colonización. Los sueños y los miedos alrededor del territorio provocaron que se entremezclaran intereses regionales, nacionales y transnacionales. Los proyectos de colonización y la revolución territorial establecieron los términos espaciales sobre los cuales se libraría la disputa por el control de una tierra largamente olvidada, pero que súbitamente se situó en el centro de un gran torbellino geopolítico.

David Weber sostuvo –en su trabajo pionero sobre la frontera mexicana– que el "fracaso de establecer instituciones políticas viables en el norte hicieron que los *frontiersmen* dudaran de la habilidad del gobierno para atender las necesidades de su región". Las misiones colapsaron y la nueva Iglesia de México no pudo reemplazar a los franciscanos que las ocupaban. El sistema presidial cayó en decadencia cuando dejó de recibir los situados que lo mantenían. El gobierno "fracasó" en dar suficientes recursos para la colonización de mexicanos y en integrar Texas a la economía. Según Weber, "el desinterés" que los habitantes de la frontera percibían de México contrastaba con el interés de los angloestadunidenses. Además, tras la independencia, el país no tenía el dinamismo económico necesario para desarrollar la frontera como lo hacían los estadunidenses.[157] Este balance final del historiador es válido hasta cierto punto. Por un lado, es innegable que las tendencias demográficas y económicas fueron en cierta medida adversas en México, especialmente en

Degroot *et al*., "The history of climate", 2022, pp. 1-35; para el concepto de "vulnerabilidad" y "adaptación", véanse García Acosta, "Vulnerabilidad y desastres", 2018, pp. 212-239; Oliver-Smith, "Theorizing disasters", 2002, pp. 30-34; Winchester, *Power, choice*, 2014, pp. 40-44; para el de "resiliencia", en Degroot, *The frigid golden age*, 2019, pp. 1-25.

[156] Haynes, *Unsettled land*, 2022, pp. 1-20.

[157] Weber, *The Mexican frontier*, 1982, pp. 273-185.

comparación con Estados Unidos. También que las nuevas autoridades dejaron que las viejas instituciones coloniales de la frontera se desmoronaran poco a poco.

Sin embargo, las instituciones coloniales hispanas de territorialización siempre enfrentaron numerosas desventajas en Texas. La lejanía terrestre con el centro la hicieron más vulnerable y menos resiliente, más aún dentro del nuevo ecosistema comercial que surgió en el Golfo de México. Por eso, la provincia se había quedado en una situación de pobreza y marginalidad constante. Por lo tanto, el "fracaso", si se le quiere llamar así, consistió, no tanto en el descuido de las viejas instituciones, sino en no echar a andar las nuevas a tiempo. Una parte de ello se debe a la multitud de problemas e inestabilidad que enfrentó la joven nación mexicana. Sin embargo, como ha dejado muy claro Peter Guardino, Estados Unidos albergaba problemas de la misma magnitud. Sólo en el ramo de la economía y la demografía tenían una ventaja clara.[158] Quizá más que nada, el factor determinante fue el control del Mississippi y la cercanía de las partes más pobladas de Estados Unidos. La población mexicana, en cambio, estaba concentrada en el altiplano central. Los litorales, en particular el noreste, comenzaban a poblarse, pero no al ritmo del vecino del norte. El *timing* y la conveniencia geográfica fueron factores determinantes para que los angloestadunidenses estuviesen al frente en la carrera geopolítica por colonizar Texas.

[158] Guardino, *The dead march*, 2017, pp. 1-31.

II
ARMAS SOBRE TEXAS, 1836

> Lo que los políticos, con gran entusiasmo y agarrándose de él para medrar, llaman *progreso*, es una cosa que efectivamente existe y que empuja unas veces a la gloria y otras al precipicio; pero no importa, empuja siempre, y no hay medio de evitarlo.
>
> Manuel Payno[1]

> [N]o existe ninguna historia que no haya sido constituida mediante las experiencias y esperanzas de personas que actúan o sufren.
>
> Reinhardt Koselleck[2]

Lo que hoy en día llamamos militarización, a inicios del siglo XIX era entendido como un exceso de "espíritu militar". La utilización más vieja de la palabra militarización que he encontrado en México es de 1860, en el periódico *La Sociedad*, que pertenecía al espectro entre el liberalismo moderado y el conservadurismo. Aparece en un boletín, suscrito por el general y expresidente Ignacio Comonfort, que discute los objetivos de la revolución de Ayutla. En esencia, quitar los "fueros y privilegios" al clero y al ejército, acusando que en las décadas anteriores había ocurrido "la militarización completa de todo".[3] El término denota un

[1] Payno, *Los bandidos de Río Frío*, 1891, cap. XXXIX, párrafo 2. Las cursivas son mías.
[2] Koselleck, *Futuro pasado*, 1993, p. 335.
[3] "Derrocado el general Arista por la más injusta de las revoluciones, la sustituyó un régimen despótico y tiránico. Santa Anna reapareció en la escena política, desarrollando el mismo

proceso, un tránsito hacia un estado militar que, por ende, corrompería al Estado y la sociedad. En cambio, el espíritu militar, que es la palabra que usaron los integrantes de la generación que surgió de la independencia, como Lucas Alamán, José María Luis Mora o Carlos María de Bustamante, se entendía como "una conciencia definida de honor y los privilegios militares".[4] A diferencia de la militarización, era algo dado, un conjunto de valores, orgullo o identidad que emanaban no sólo de los militares, sino del contexto social que le daba sustento y sentido. En suma, el concepto de militarización, tal como lo entendemos en la actualidad, no corresponde con la forma en que se percibía lo militar a principios del siglo XIX.

Una editorial publicada en 1842 por *El Siglo Diez y Nueve*, que discutía los "arreglos" a la Constitución, aclara esta cuestión. Explica que "el ejército se ha elevado entre nosotros a una potencia social" y terminado "por formar una sociedad dentro de la misma sociedad, con la cual viven en continua guerra". A pesar de su naturaleza corrosiva, prestaba servicios necesarios: "¿quién [si no] haría la guerra de Tejas?... ¿quién nos libraría del exterminio y de la desolación que difunden los bárbaros en nuestras fronteras?"[5] El espíritu militar en sí no era considerado intrínsecamente malo; el problema radicaba en "contenerlo" dentro de límites apropiados y evitar que se desbordara en guerras civiles. Como ejemplo, se citaba a la antigua Roma, porque "terminó en la ignominia su gloriosa carrera cuando no fue defendida por sus ciudadanos, cuando sus guardias pretorianas intervinieron en sus querellas domésticas y se arrogaron el derecho de levantar a sus generales sobre su escudo".[6]

---

sistema que en todas épocas y en todas partes del mundo ha tenido el partido retrógrado para gobernar, obligando a los hombres a aceptar sus principios: espionaje, persecuciones, destierros, cadalso: la militarización completa de todo, el dominio absoluto del clero sobre la sociedad, y la nulificación del poder civil". "D. Ignacio Comonfort, presenta el Boletín del ejército liberal en Zapotlán reproducido por el *Progreso* de Veracruz", *La Sociedad*, 23 julio de 1860.

[4] Archer, *El ejército en el México*, 1983, pp. 10-22.

[5] "Congreso constituyente", *El Siglo Diez y Nueve*, 18 de septiembre de 1842.

[6] "En la nación en que abunde el espíritu militar, debe procurarse contenerlo, evitando que el ejecutivo levante tropas a su arbitrio, o con fútiles pretextos. Los ejércitos son necesarios para la defensa de los pueblos; pero cuando son más de los necesarios, les servirán de una carga insoportable, y si esta llega a ser muy gravosa, arruinará a los pueblos, y entonces el medio de su conservación se convertirá en el de su ruina. Uno de los objetos que tienen íntima relación con el indicado, es el de la subsistencia de las tropas. Aún las necesarias para una nación le serán insoportables si en su mantención se emplea mayor suma de caudales que la precisa; por lo que en las constituciones debe precaverse el mal que resultaría de este abuso, detallando en ellas el

El ejército que llegó al noreste para luchar la guerra de Texas y defender la frontera constituía un caleidoscopio social complejo. Su relación con el resto de la sociedad era muy diferente a la que observamos en la actualidad. México emergió de su independencia después de una larga guerra. No sólo las milicias de los pueblos vivían en contacto cotidiano con el resto de la sociedad. El ejército permanente también tenía sus cuarteles en medio de los centros urbanos. Los miembros de estas fuerzas armadas cubrían todo el espectro social y mantenían una interacción constante con la población. Constituían una sociedad dentro de una sociedad.

HIJOS DE LA GUERRA

Santiago Tapia vino al mundo el 25 de julio de 1820, mientras su padre "combatía a los realistas, casi a la vista" de su madre. Antonio Tapia fue parte de la insurgencia desde joven. La madre de Santiago era su segunda esposa. El bautismo del niño se retrasó cuatro meses por las campañas militares que precedieron a la consumación de la independencia en septiembre de 1821. El teniente coronel Antonio Tapia siguió activo en expediciones militares posteriores, acompañado por su esposa e hijo. En 1826 "falleció su cara compañera en Orizaba", mientras participaba en la campaña para expulsar a los españoles de San Juan de Ulúa. Después de este trágico suceso, Santiago acompañó a su padre "por todas partes", exponiéndose al fuego enemigo en las "desgraciadas guerras intestinas" que caracterizaron las primeras décadas de independencia de México. Permaneció a su lado incluso durante una "larga prisión […] por no carecer de su vista y compañía".[7]

Así es como Santiago Tapia explica su infancia en sus memorias, firmadas en Matamoros el 25 de julio de 1851, día de su cumpleaños número 31. Juzgando por el título, el contenido del texto parece muy técnico: "Del ingreso, permanencia y separaciones de la carrera de las

---

modo de cubrirse los gastos del ejército ordinario y del extraordinario en caso de que sea preciso levantarlo". "Constitución", *El Siglo Diez y Nueve*, 6 de septiembre de 1842.

[7] En su memoria, Santiago Tapia no da el nombre propio de su "Sra. Madre"; Benson Latin American Collection, Santiago Tapia Papers, subseries 1, Memoir, 1851, caja 1, fólder 1, pp. 1-3 (en adelante, Tapia, *Memorias*, 1851).

armas de Santiago Tapia; y otras circunstancias relativas a su vida puramente militar, escritas sin alteración de ninguna especie, para el uso de sus hijos".[8] La pluma era un recurso prolífico de los militares de este periodo, como se burló con sarcasmo Mariano Otero en 1847, frustrado después de la guerra contra Estados Unidos:

> Pero si bien han sido desgraciados nuestros militares en los hechos de armas, no han sido parcos en dar proclamas, manifiestos y exposiciones al público, pues en esta parte literaria seguramente que nuestro ejército no tiene igual en el mundo. Generales ha habido que han proclamado a sus tropas al encargarse del mando; las han proclamado al salir de cada una de las ciudades o pueblos de su tránsito, y aún al levantarse de la cama han dirigido también una proclama a sus valientes compañeros de armas.[9]

Pero, a diferencia de la mayoría de los escritos de militares de la época, el que revisamos no iba dirigido a la arena pública. Tampoco se imprimió ni difundió masivamente entre sus contemporáneos. Como lo indica su título, estaba destinado a los hijos del autor. Esto no debe sorprender, ya que ser familiar inmediato de un soldado, y más aún, de uno de aquellos que participaron en la lucha por la independencia, daba prestigio a la familia y potenciales privilegios. Tampoco eran raras las solicitudes de protección o fuero de parte de los parientes inmediatos a alguna autoridad castrense. Sin embargo, de forma indirecta, fue pensada para una audiencia más grande. Una memoria detallada de su historial, con referencias de sus campañas y compañeros en armas, junto con su hoja de servicios, podía ser un recurso fundamental para la familia al sustentar dicha ascendencia.[10]

[8] *Ibid*., p. 1.

[9] Otero, "Consideraciones sobre la situación", 1995, p. 118.

[10] Los papeles de Santiago Tapia que adquirió la Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson (BLAC, por sus siglas en inglés), venían con una hoja de servicios que da cuenta de ellos hasta 1839. BLAC, Santiago Tapia Papers, caja 1, fólder 4. Así que podemos asumir que Santiago usó esta hoja como referencia para sus memorias y también como otro documento para sus hijos. En el fondo Cancelados del Archivo de la Secretaría de Defensa hay otra hoja que coincide con la anterior, pero que abarca la totalidad de sus servicios. Archivo Histórico de la Secretaría de Defensa Nacional (en adelante AHSDN), Cancelados, XI/III/2-2-5. Ahora bien, aunque ser descendiente o cónyuge de un militar no significaba gozar de su fuero, de acuerdo con las leyes escritas, en la práctica podría resultar así. Por ejemplo, el 14 de enero de 1834, José María Guerra, de la comandancia militar de Matamoros, escribió al juez de paz de la ciudad que "Doña María Blanco de Aldrete me ha manifestado [que] resultó sentenciada por usted a hacer un pago

Hoy esta memoria se halla resguardada en la colección Nettie Lee Benson, de la Universidad de Texas en Austin, y sigue siendo poco conocida. Hasta donde sé, y a diferencia de otros documentos similares, no ha sido publicada. Además, no he encontrado referencias a ella como fuente en la historiografía, incluyendo los minuciosamente documentados trabajos de Milton Nance y Sam Haynes sobre el conflicto en la frontera Texas-México y el de otros especialistas en el conflicto como César Morado Macías.[11] En resumen, puede afirmarse que ha sido muy poco utilizada como fuente, a diferencia de otros textos escritos por militares de la época.

Además de su novedad, también nos invita a comprender el periodo desde nuevas perspectivas porque, comparada con otras fuentes, y a pesar de su título, es un relato íntimo. Se trata de una perspectiva individual, a ras de suelo, de una serie de fenómenos complejos como el ejército y la guerra de Texas, que se revelan de forma tangible, en experiencias. Eso se debe a que, como anuncia la primera nota al pie, su historial como militar fue su vida personal: "como sea esta mi historia puramente militar o pública; en la que he escrito independiente y más circunstanciada, se verán los pormenores de mis antepasados, los míos y los de mi esposa e hijos".[12] Santiago Tapia dejó ver su vida personal y familiar cuando escribió estas memorias. ¿Por qué no usó "incluir" como verbo en lugar de "se verán"? ¿No insinúa que la sustancia de toda historia militar es la vida íntima de las personas? En otras palabras, las "experiencias y esperanzas de personas que actúan o sufren".[13] Su nota al pie puede ser considerada como una metáfora de lo que, en última instancia, son la guerra y el ejército. No acontecimientos fríos, sino el espectro de las experiencias de quienes participan en ellos.

---

de poca consideración [aunque] disfruta del fuero militar como viuda de un oficial", pidiéndole que "prevenga al demandante ocurra al juzgado militar de mi cargo donde pertenece la demandada y se abstenga de insultarla y atropellarla". Archivo Histórico de Matamoros (en adelante AHM), general, caja 9, exp. 251, f. 7. El 13 de julio de 1834, la misma comandancia escribió al alcalde de la ciudad, Pedro García, que "Feliciano García, preso en la cárcel nacional, hoy reclamando el fuero militar que en efecto disfruta por ser hijo de un sargento". AHM, general, caja 9, exp. 274, f. 44. Como trataré enseguida, el mismo Santiago Tapia debió su temprano ascenso en los rangos militares a ser hijo de un oficial distinguido de la guerra de independencia.

[11] Nance, *After San Jacinto*, 1963; *Attack and Counterattack*, 1964; Haynes, *Unsettled land*, 2022; Morado Macías, "Aspectos militares", 2006, pp. 73-128.

[12] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 1.

[13] Koselleck, *Futuro pasado*, 1993, p. 335.

Los primeros años de actividad como militar de Santiago Tapia pueden leerse a partir de lo que Koselleck llama "espacio de experiencia".[14] La cuestión central es cómo entendía su experiencia en el ejército, la guerra y la carrera militar en general. Es importante tener en cuenta que este escrito no es un diario, sino una reflexión retrospectiva que su autor comenzó a escribir algún tiempo antes de 1851. Eso quiere decir que escribía desde el pasado presente.[15] Cuando relató su niñez y años formativos (1821-1835) ya había procesado también la guerra de Texas (1835-1844) y la de Estados Unidos (1846-1847). Más que los hechos en sí mismos que pueda contar y que, en efecto, muchos pueden corroborarse con referencias cruzadas, lo que importan son los conceptos que utiliza para rememorar y codificar su pasado.

¿Qué connotaban las palabras "guerra" y "ejército" cuando eran pronunciadas por un militar en 1851?, ¿de qué estaban cargados esos términos? Nuestras nociones contemporáneas pueden obstaculizar el estudio de este periodo porque nos hacen ver a un ejército que no había completado su proceso de profesionalización, sin recursos ni reglas, manejado por caudillos oportunistas y que abonaba a la percibida anarquía y fracaso del nuevo Estado-nación. Pero si la cosa estaba tan mal, ¿cómo entonces la institución sobrevivió todo ese periodo como uno de los pilares principales de ese Estado?, ¿y cómo pudo, bien o mal, hacer la guerra casi sin interrupción? Esto me lleva a considerar las ideas de Douglas North sobre las instituciones: "aunque las reglas formales cambien de la noche a la mañana como resultado de decisiones políticas o judiciales, las limitaciones informales encarnadas en costumbres, tradiciones y códigos de conducta" son certidumbres que les dan forma a ellas y al marco de acción de sus participantes. Además, "estas limitaciones culturales no sólo conectan el pasado con el presente y el futuro, sino que nos proporcionan una clave para explicar la trayectoria del cambio histórico".[16]

[14] "En la experiencia se fusionan tanto la elaboración racional como los modos inconscientes del comportamiento que no deben, o no debieran ya, estar presentes en el saber. Además, en la propia experiencia de cada uno, transmitida por generaciones o instituciones, siempre está contenida y conservada una experiencia ajena". *Ibid.*, p. 336.

[15] "Tiene sentido decir que la experiencia procedente del pasado es espacial, porque está reunida formando una totalidad en la que están simultáneamente presentes muchos estratos de tiempos anteriores, sin dar referencias de su antes ni de su después". *Ibid.*, p. 337.

[16] North propone entender a las instituciones como si fueran análogas a las reglas del juego de un deporte de equipo. Los códigos del juego, escritos y no escritos, y el grado en el que se hacen cumplir, influyen en los objetivos, estrategias y decisiones de los participantes. El propósito

Si damos forma al espacio de experiencia de Santiago Tapia, ¿no estaríamos también identificando las certezas compartidas por sus compañeros en relación con el ejército y la guerra? Después de todo, ¿dónde más que en el espacio de experiencia se arraigan las certidumbres, formales o informales, que impulsan las acciones de los individuos que operan dentro de una institución? A pesar de su inevitable subjetividad y parcialidad y, de modo independiente de su grado de representatividad, la experiencia de Tapia no sólo es un asunto personal, sino que abarca al menos una porción de las vivencias de su generación en el ejército y la guerra. Poniéndolo de otra forma, con su caso podemos conocer esos códigos informales que difícilmente se verbalizaban de forma explícita.

Desde esta perspectiva, hay un concepto específico que arroja mucha luz sobre la naturaleza de la guerra y el ejército de este periodo: el pronunciamiento. Aprovecho el corpus significativo de historiografía en la materia, especialmente los trabajos de Josefina Zoraida Vázquez y Will Fowler, para cotejar la memoria de Santiago Tapia con la forma en que se ha conceptualizado y entendido el pronunciamiento. En síntesis, la idea es que fue un mecanismo de negociación forzada y presión política. Conflictos sobre la forma de gobierno, leyes y políticas particulares, autoridades específicas y/o demandas locales se ventilaban y zanjaban a través de ellos. Los había alrededor de planes nacionales, que estipulaban una serie de artículos y/o peticiones, de adhesión a alguno –con reclamos locales incluidos– o contrapronunciamientos. Tenían como propósito investir de legitimidad a los opositores que, además, tomaban sitios estratégicos, sobre todo las aduanas, para forzar la mano del gobierno en funciones y, desde la perspectiva local, desahogar intereses específicos.[17] Eran una institución de la época.

La vida de Santiago Tapia fue severamente alterada por pronunciamientos. En 1832, año de la muerte de Mier y Terán, de la primera visita de Mary Austin Holley a Texas, del primer disturbio de Anáhuac

---

de las instituciones es "reducir las incertidumbres estableciendo una estructura estable (no necesariamente eficiente) de la interacción humana". North, *Institutions, institutional*, 1990, pp. 6 y 2-61.

[17] Vázquez, *Dos décadas de desilusiones*, 2009; Fowler, *Independent Mexico*, 2016. Resulta muy interesante que el pronunciamiento también fue común en la España del siglo XIX, en la que el ejército "se acaba convirtiendo en un ejército político que respalda y tutela las instituciones y la organización militar se habitúa a actuar como fuerza política". Estas prácticas surgieron, de forma equiparable a la mexicana, del colapso del imperio español y el surgimiento de un ejército al que se integraron guerrilleros, influidos por las ideas liberales, pero con poco respeto a la Constitución. Pérez-Serrano, "Cinco visiones", 2020, pp. 95-104.

y de la inspección de Ortiz de Ayala en Texas, el padre de Santiago Tapia fue fusilado en Tlaxcala "al proclamar la causa de la libertad, que mucho y de buena fe amaba y defendía […] entonces acaudillada por el general Santa Anna".[18] Se trataba de un acta de adhesión al ciclo de pronunciamientos que se iniciaron en 1832 contra el gobierno de Anastasio Bustamante. Aliado con Valentín Gómez Farías, que lideraba la milicia de Zacatecas, y varios políticos de corte federalista, Santa Anna se rebeló y apropió del dinero de la aduana de Veracruz, que era parte sustancial del presupuesto del gobierno federal. Ello resultó en la "guerra intestina" más sangrienta que hubo entre la independencia y la revolución de Ayutla (1810-1854). La querella duró casi todo el año. Aunque el caudillo perdió casi medio millar de hombres en la batalla de Tolomé del 3 de marzo, se resguardó en el puerto, donde sus tropas de jarochos eran inmunes a la fiebre amarilla, mientras que las de Bustamante fueron diezmadas por la enfermedad. El conflicto se exacerbó de nuevo a partir de septiembre, con una nueva ola de pronunciamientos, como el que encabezó Antonio Tapia.[19]

Santiago no explica los pormenores de la "red que tendieron [los] enemigos" de su padre. Según una nota del *Fénix de la Libertad*, el coronel Antonio Tapia se pronunció el 5 de septiembre en Tlaxcala con la milicia cívica, cuatro oficiales y "otros del pueblo". Un militar de la facción de Bustamante lo persuadió de rendirse a cambio de amnistía, pero cuando se entregó fue arrestado y fusilado sin juicio:

> El teniente coronel Ojeda, que pertenece a la secta de los Bustamantes y Picalugas, lo persuadió a que desistiese de su pronunciamiento. Logró su objeto empleando los medios de la persuasión, de la amistad y del bien de

[18] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 3.

[19] Recapitulando, Manuel Gómez Pedraza fue depuesto por Vicente Guerrero poco después de su elección en 1828. Luego, Anastasio Bustamante suplantó al último en 1829. El objetivo del Plan de Veracruz, del 2 de enero de 1832, era destituir al gabinete de escoceses, como Lucas Alamán y compañía, del gobierno de Bustamante, quien había dictado medidas centralistas y ejecutado, de forma muy polémica, a Guerrero el 14 de febrero de 1831. Aun cuando se cumplió lo solicitado en el plan, el conflicto siguió cuando los rebeldes aumentaron sus demandas, pidiendo el regreso de Gómez Pedraza como presidente legítimo y la destitución de Bustamante. Por ello, el enfrentamiento duró casi todo el año de 1832. Hubo cuatro batallas importantes: la de Tolomé del 3 de marzo, El Gallinero del 18 de septiembre, El Palmar del 19 de septiembre y el Rancho de Posadas del 6 de diciembre. *The Pronunciamiento in Independent Mexico*, 1821-1876, en <https://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/>, y Fowler, *Santa Anna of Mexico*, 2007, pp. 135-142.

> la patria. Después que estuvo todo acabado, seguro ya del buen éxito de sus medidas, prendió a Tapia, a un sargento y a un cabo, y sin más consejo de guerra ni más proceso que su sultánica voluntad, los mandó fusilar a las cuatro horas de haberlos arrestado. ¡Estados! Estos son los defensores Bustamantinos de la constitución y leyes.[20]

A pesar de su "estrecha edad", como él dice, con sólo doce años, a Santiago también lo apresaron y torturaron para que revelara los nombres de los cómplices del pronunciamiento. Según su historia, no cedió y fue liberado bajo amenaza a los tres días. Poco después, un "amigo íntimo" de su padre lo mandó con gente de su confianza a la ciudad de México porque los Bustamantes, que querían borrar la memoria de su padre, planeaban envenenarlo. En la capital fue recibido por Francisco Barros, otro amigo y excompañero de su papá.[21]

Ahora bien, lo más probable es que alguno de sus dos padres le enseñara a leer y escribir. Santiago recordaba que, de niño, tenía "aversión a la carrera de las armas", a pesar de que su papá quería mandarlo al Colegio Militar y le daba libros para estudiar. Seguramente reconocía la importancia de ello para que su hijo tuviese oportunidades en el futuro, porque para subir de rango a cabo era requisito saber escribir.[22]

El estilo de la pluma de Santiago Tapia es peculiar por su puntuación y forma de expresarse que, en conjunto, producen una suerte de elocuencia tosca. Seguía normas comunes en cuanto a la capitulación, con un breve índice de todo lo tratado al inicio de cada uno. En el primer capítulo rememora, recordemos que muchos años después de lo ocurrido, un momento crucial que lo hizo cambiar de parecer sobre el quehacer militar. Se trata de cuando se sintió "conmovido e inspirado de un ardiente deseo" de unirse con el "ilustre caudillo" Santa Anna, después de verlo el 6 de noviembre de 1832 en la batalla de Rancho de Posadas, al mando del "Ejército del pueblo, denominado libertador" –así se hacía llamar, literalmente– luchando contra la facción que ejecutó a su progenitor.[23] Fue la última batalla de la guerra civil de ese año. Tuvo un resultado inconcluso, pero obligó a Bustamante a negociar en la hacien-

[20] *El Fénix de la Libertad*, t. 1, núm. 88, sábado 8 de septiembre de 1832, p. 363.
[21] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 4.
[22] Payno, *Los bandidos de Río Frío*, 1891, cap. IX.
[23] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 3 y ss.

da de Zavaleta, donde se llegó al convenio del mismo nombre, que dio fin a la querella.[24]

Santa Anna fue informado por los excompañeros de Antonio, entonces bajo su mando, sobre la "conducta y hechos militares en favor de la Independencia y de la Libertad" y los sacrificios de la familia Tapia. De esta forma, consiguieron a Santiago audiencia con él. En su conversación, el caudillo se interesó por las circunstancias de la muerte de su padre. Según nuestro autor, cuando se lo contó, Santa Anna se conmovió y, pese a su corta edad, lo nombró subteniente del Batallón de Tres Villas. Además, le aseguró "que estaría pendiente de que [sus] ascensos no serían interrumpidos" y le ofreció su "paternal protección". El caudillo recomendó al joven subteniente con Pedro Lemus, otro hombre de su confianza y comandante general de Puebla, quien trató a Santiago "como hijo y aún con más consideraciones".[25] A pesar de incorporarse al ejército por encima de la tropa (soldados rasos, cabos y sargentos), como subteniente (oficial de bajo rango), sin más mérito que el de ser hijo de su padre, fue bien recibido en el batallón, por las "simpatías a

[24] La batalla se inició el 6 de noviembre y continuó entre ataques y contrataques en la región entre Puebla y la ciudad de México, el resto del mes y casi todo el siguiente. El 23 de diciembre se sentaron a negociar. Fowler, *Santa Anna of Mexico*, 2007, pp. 140 y ss. El periódico *El Fénix de la Libertad*, de corte federalista, formado por un grupo de yorkinos y escoceses moderados opuestos a Bustamante (Andrés Quintana Roo y Manuel Crescencio Rejón), publicó un comunicado del gobernador de Zacatecas, el 1 de febrero de 1833, que dice: "el estado de Puebla, desde el 4 de noviembre en que el general libertador tomó por asalto su capital, quedó absolutamente libre de enemigos en toda su extensión, hasta el 6 y 7 de diciembre, en que las fuerzas del general Bustamante fueron batidas en el Rancho de Posadas y en la misma capital". *El Fénix de la Libertad*, 1 de febrero de 1833, p. 2; sobre el origen del periódico, véase Heredia, *El poder judicial*, 2022, p. 50. Tiempo después, *La Verdad Desnuda* decía en su número 8 que: "la acción del rancho de Posadas fue ganada completamente por el ejército que mandaba el general Bustamante". *La Verdad Desnuda*, 3 de abril 1933, p. 1. Este era un periódico de corte centralista de publicación irregular que no tenía subscripción, "principalmente por miedo a los hombres libres", según su encabezado, que criticaba la "tontera" de Bustamante y Gómez Pedraza por dar el triunfo a la "facción inmoral, atrevida y aspirante" de los masones yorkinos y escoceses. *La Verdad Desnuda*, 20 de febrero, 1833, p. 1. *La Verdad Desnuda* despotricaba sobre todo contra el convenio de Zavaleta, el resultado de la negociación entre Santa Anna y Bustamante, desfavorable para la facción centralista del segundo.

[25] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 4-7; Fernando Díaz Díaz subrayó la habilidad de Santa Anna de tender las redes necesarias como caudillo para tener un buen número de seguidores, que le dieron capacidad de movilización nacional. Díaz, *Caudillos y caciques*, 1972, pp. 2 y ss. Su conducta hacia Santiago Tapia podría servir de ejemplo de cómo establecía relaciones paternalistas y se ganaba la lealtad de militares que le debían la carrera.

proporción que sabían los desgraciados acontecimientos de mi familia y circunstancias".[26]

El nombre del batallón hacía referencia a las tres villas de Orizaba, Córdoba y Xalapa. Fueron los primeros lugares donde se establecieron soldados novohispanos después de las reformas militares a finales del siglo XVIII para enfrentar la amenaza de invasiones inglesas. Por lo mismo, se construyó la fortaleza de San Carlos de Perote (1777), en el borde oriental de la Sierra Madre Occidental, a la vista del volcán Cofre de Perote, protegiendo la entrada al altiplano central. La región era un punto estratégico muy importante porque estaba en el camino de Veracruz a México y se podían acantonar tropas del altiplano sin riesgo a la fiebre amarilla de la costa.[27] Además, en el contexto de los pronunciamientos constituía también un sitio clave porque podía controlarse el flujo de dinero de la aduana de Veracruz.[28] En aquel fuerte estaba acuartelado el batallón Tres Villas que recibió a Santiago Tapia.

Aunque las investigaciones son recientes, está documentada la presencia de familias, niños e hijos de militares dentro de los ejércitos de la época, particularmente los insurgentes. Como las otras mujeres y niños, es probable que Santiago y su madre se ocupasen de muchas de las labores cotidianas para mantener los campamentos. También hay que anotar que, en aquella época, la infancia podía ser más breve. Según Eugenia Roldán, especialista del tema, la niñez duraba hasta los siete años y a los diez ya podían tenerse las obligaciones de un adulto (en el caso de las niñas, se las consideraba adultas cuando se casaban). Con excepción de quienes habitaban en las ciudades grandes, la mayoría de los infantes eran educados por sus padres. El caso de Santiago Tapia, nacido y criado dentro del ejército, es peculiar, pero no totalmente extraordinario en tiempos de guerra. La familia del militar era parte del ejército, en cuartel y campaña, y por eso se crio a muchos hijos de la guerra, algunos de los cuales ocuparon luego los escalafones más altos del ejército durante el siglo XIX. En particular, sobresale la generación de los "niños de la independencia, dirigentes de la nación", como los llama Guadalupe Jiménez. El caso más conocido es el de Juan Nepomuceno Almonte, el hijo de Morelos, quien después, aún niño, fue enviado a educarse a Estados

[26] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 7-9.
[27] Sánchez, "El comisario de guerra", 2021, pp. 27 y ss.
[28] Archer, "The army of New Spain", 1981, y Vázquez, *Dos décadas de desilusiones*, 2009.

Unidos, donde quizá coincidió con Ortiz de Ayala. Otros casos son los de Santa Anna, quien comenzó su carrera militar a los 16, y de Mariano Arista, a los once.[29] Los tres, por cierto, en algún momento fueron generales en los ejércitos que combatieron en la guerra de Texas. Santiago Tapia fue de la generación que les siguió. También alcanzó el grado de oficial a una corta edad, pero ascendió a general hasta la segunda mitad del siglo. En el periodo de la intervención francesa llegó a ser comandante militar y gobernador de Puebla en 1862 y luego de Tamaulipas, luchando por la república. Durante la guerra de Texas apenas había iniciado su carrera.

El convenio de Zavaleta entre Bustamante y Santa Anna dio amnistía a los bandos enfrentados, reconoció el término original de la presidencia de Gómez Pedraza, que terminaba convenientemente el 1 de abril de 1833. Se organizaron elecciones en las que Santa Anna fue electo presidente y Gómez Farías vicepresidente. En el Congreso ganó una mayoría liberal de corte radical. Santa Anna, como siempre hacía, dejó a otros a cargo del gobierno y se retiró a Manga de Clavo. Mientras la segunda pandemia de cólera diezmaba a la población en México y otras regiones del mundo, el Congreso de 1833-1834 llevó a cabo una serie de reformas contra los privilegios de la Iglesia y el ejército.[30]

Santiago Tapia fue a la capital para recibir instrucción en el Colegio Militar en la primera mitad de 1833, que entonces tenía sede en el edificio de la Inquisición. Regresó al batallón de Tres Villas y pronto tuvo sus primeras acciones de guerra, por la siguiente ola de pronunciamientos contra "las instituciones federales y en favor de la Insurrec-

[29] Roldán Vera, "Los niños de la independencia", *Seminario México Tenochtitlan*, 18 de agosto de 2021; Para los niños y la familia en el cuartel, véase Ceja, *La fragilidad de las armas*, 2022, pp. 49-70 y *passim*; Jiménez, "Niños de la independencia", 1998, pp. 143-156. Según las Ordenanzas de 1768, que eran el principal referente reglamentario del ejército, la edad mínima de un recluta en tiempos de paz era de 16 años y 18 años en tiempos de guerra, y la máxima de 40 años. *Ordenanzas de S. M. para el regimen, disciplina, subordinación de sus ejércitos*, título cuarto, artículo primero, párrafo 11, 1768, p. 22.

[30] Estas reformas buscaban establecer el dominio del Estado sobre la Iglesia, desamortizar las propiedades en "manos muertas", acabar con los fueros eclesiástico y del ejército, así como reducir este a favor de las milicias locales. Más que el vicepresidente Gómez Farías, que todavía era de postura moderada, fueron producto del Congreso. Generaron la oposición del alto clero y, eventualmente, de los santanistas, que creían en un ejército federal fuerte y en una reforma más paulatina y moderada, desde el trauma de los motines populares en el Parián y la expulsión de españoles. Fowler, *Santa Anna of Mexico*, 2007, pp. 142-150; "El pensamiento político", 1998, pp. 183-226.

ción que proclamaba Religión y Fueros". Según su memoria, apoyó al gobierno en funciones porque era "una causa que amaba y debi[ó] serle consecuente".[31] Si realmente amaba la causa liberal o no, la cual amenazaba con reducir y quitar privilegios al ejército, es imposible saberlo cuando Santiago lo escribía en 1851. En realidad, no tenía de otra, porque Tres Villas, como podrá notarse a lo largo del texto, siempre se mantuvo fiel a Santa Anna.

Eso no implicaba que no pudiese haber disensión interna acerca de qué pronunciamiento apoyar, porque no siempre estaba muy claro quién estaba detrás de cada uno. Esto lo aprendió Santiago Tapia después de un acontecer "sensible para [la] fraterna amistad y unión" del batallón de Tres Villas. Uno de sus capitanes, Lorenzo Calderón, se unió a la insurrección de religión y fueros la noche del 5 de septiembre de 1833, "engañando a casi toda la tropa [porque] hizo creer que todos los oficiales debían tomar parte en favor del general Santa Anna, a quien generalmente querían". Sin embargo, Santa Anna no estaba detrás, todavía, de aquel pronunciamiento. Calderón se llevó la bandera del batallón y se unió a los pronunciados con alrededor de 300 hombres.[32] Pero la mayoría eran reclutas, conocidos como "tropa bisoña". Un grupo de 80, incluyendo la mayoría de los oficiales, como Santiago, permaneció leal al gobierno, al mando del coronel del batallón, Gregorio Gómez Palomino. Los dos bandos se enfrentaron un día después, el 6, en un lugar conocido como Pajaritos, cerca de Xalapa. Calderón estaba sobre una loma boscosa, con una barranca protegiendo su frente. Estuvieron "batiéndose" por más de dos horas. Cuando las municiones comenzaban a agotarse, y después de que su capitán los abandonara, Santiago y otros dos subtenientes avanzaron de forma atrevida sobre el enemigo. Ganaron, a pesar de la aparente desventaja numérica, porque los reclutas bisoños se dispersaron y desordenaron con rapidez, como era común que hicieran –¿para qué sacrificarían su vida?–. Ahora en desventaja numérica, los oficiales y veteranos pronunciados escaparon antes de ser rodeados, abandonando parque y equipaje. Santiago cuenta que se le hizo entender que el triunfo se debía "únicamente" a él. Su hoja de servicios res-

[31] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 7-9.

[32] Cada batallón debía tener por lo menos una bandera. *Ordenanzas de S. M. para el regimen, disciplina, subordinación de sus ejércitos*, título primero, artículo primero, párrafo 4, 1768, p. 4. No hay que subestimar el simbolismo de la bandera para la reputación del batallón.

palda parte de esa afirmación, porque la distinción del gobierno quedó registrada.[33]

En noviembre de 1833, Tres Villas pasó unos días en Xalapa, "seguramente para conservar el orden". Luego marchó a Zacapoaxtla porque "se estaban reuniendo varias partidas pronunciadas", incluyendo la sublevada del mismo batallón el mes anterior. Bajo el mando del general Gabriel Valencia, sostuvieron una serie de tiroteos con guerrillas, hasta que los rebeldes del pueblo negociaron y se entregaron. El batallón de Tres Villas recuperó su bandera, pero, como castigo, los compañeros vencidos fueron enviados al cuerpo núm. 2 de infantería en Veracruz, como "agregados hasta nueva orden", en San Juan de Úlua. Al puerto se mandaba a los desertores reincidentes y criminales condenados a presidio. Se corría un gran riesgo de morir en el sitio por las enfermedades transmitidas por los mosquitos, como la fiebre amarilla. El resto del batallón fue a desarmar a la milicia cívica de Coatepec, para evitar otro pronunciamiento, y en enero de 1834 regresó a la fortaleza en Perote.[34]

En este contexto, el gobierno comenzó a llevar a cabo la reducción general de los efectivos del ejército regular. El inspector general decidió disminuir el número de compañías del batallón de Tres Villas, quedando Santiago y otros oficiales sin colocación. Según consta en sus hojas de servicios, fue mandado a su casa el 5 de enero, pero reincorporado el 3 de febrero siguiente. Sin familia ni terruño, es difícil saber a dónde habría ido a parar fuera del ejército. De acuerdo con la *Memoria*, su veloz reintegración se debió al comandante Pedro Lemus, quien persuadió al gobierno con el argumento de la corta edad de Santiago y el sacrificio de su padre. Así quedó colocado en la segunda compañía. Para entonces ya acumulaba dos años con 23 días desde que entró al ejército como subte-

[33] "Fue fiel al supremo gobierno federal la noche del 5 de septiembre de 1833 en la que el capitán Lorenzo Calderón se pronunció contra las instituciones federales, sublevando al batallón de 3 Villas en la ciudad de Xalapa. Contribuyó al escarmiento de los facciosos, por cuyo buen comportamiento se le declaró este servicio como distinguido, según orden del vicepresidente el 11 del citado septiembre". BLAC, Santiago Tapia Papers, caja 1, fólder 4. El fondo Cancelados dice lo mismo (AHSDN, Cancelados, XI/III/2-2-5); describe así la batalla: "por un ímpetu unánime y sin combinación alguna, avanzamos, yo para el frente en un pelotón de soldados, sobre mi derecha lo hizo casi rodeando al enemigo el subteniente D. Miguel Echegaray (que fue hecho prisionero y luego rescatado) y por mi izquierda el de igual clase D. Francisco María Valdez. Los tenientes Huerta y Terán, quedaron a retaguardia". Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 9-11.

[34] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 10 y ss.

niente el 13 de diciembre de 1832 y había cumplido trece años con seis meses de edad.[35]

De todas formas, en 1834, el gobierno del vicepresidente Gómez Farías y el Congreso radical se vinieron abajo. La ola de pronunciamientos que los derrocó se amalgamó en el Plan de Cuernavaca, respaldado y orquestado por los santanistas. El caudillo presidente se había retirado a Manga de Clavo desde noviembre de 1833, donde recibió las quejas de los opositores al gobierno y la reforma liberal, entre ellas la de muchos obispos. Ya fuese por su oportunismo político, porque percibió que la voluntad general había cambiado y era momento de revirar, por oponerse a la reducción del ejército permanente o por poner un "dique" moderado al desbordamiento de las pasiones partidistas, a finales de marzo de 1834 decidió rebelarse. Regresó a la capital en abril de 1834 y, con la legitimidad de la movilización popular a través de una ola de pronunciamientos, que se adhirieron al Plan de Cuernavaca del 25 de mayo, comenzó a purgar al gobierno de los promotores de las reformas, disolvió al Congreso y derogó las leyes liberales.[36]

En abril de 1834, el batallón de Tres Villas marchó para combatir un contrapronunciamiento del gobierno del estado de Puebla, que como San Luis Potosí y Jalisco, apoyaron al gobierno en funciones. Al frente de la división del general Manuel Rincón, Santiago Tapia y Tres Villas ocuparon la "vanguardia y puntos de más importancia" durante los cuatro meses que duró el sitio de Puebla. La capital poblana se rindió en agosto, cuando se agotaron sus víveres por el cerco.[37] Durante la segunda mitad de 1834 y la primera de 1835 los "hombres de bien" y los

[35] AHSDN, Cancelados, XI/III/2-2-5, y Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 12-13.

[36] Costeloe, *The Central Republic*, 1993, pp. 35 y ss. Fernando Díaz sigue la interpretación de muchos historiadores de finales del siglo XIX, como Niceto de Zamacois y Francisco Bulnes, de Santa Anna como un ambicioso con delirios de poder y ninguna ideología, que "marchaba a tono con el tiempo y de acuerdo con las circunstancias, para obtener así ventajas en su propio provecho". Díaz, *Caudillos y caciques*, 1972, p. 149. Will Fowler se opone a esa interpretación del caudillo "cambiachaquetas", que no tenía otra ideología más que el oportunismo y la sed de poder. Según él, esta visión surgió desde los textos de José María Luis Mora, Lorenzo de Zavala y Carlos Ma. Bustamante y los historiadores subsecuentes la siguieron repitiendo hasta que a partir de los estudios de Josefina Zoraida Vázquez se comenzó a complejizar el papel de la ideología. Era un periodo de muchos virajes ideológicos, no sólo de Santa Anna. Los santanistas, como muchos otros, se volvieron moderados después de 1829, especialmente por el motín de la Acordada. Esto es, creían que la reforma liberal tenía que hacerse de forma paulatina. Fowler, "El pensamiento político", 1998, pp. 210-216, y *Santa Anna of Mexico*, 2007, pp. 152-155.

[37] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 13-15.

liberales moderados que apoyaron al proyecto centralista comenzaron a acaparar los puestos de mando en el gobierno federal, la mayoría de los gobiernos estatales y el nuevo Congreso. A pesar de ello, todavía no estaba claro si se iba a romper el pacto federal porque Santa Anna seguía proclamándose a su favor. Pero los temores, justificados, comenzaban a circular entre los liberales.[38]

Mientras se llevaban a cabo aquellas conjuras palaciegas, Tres Villas pasó el invierno en Perote. En febrero de 1835, el batallón marchó a Xalapa y luego a Orizaba ante los rumores de revolución. En marzo fue a Veracruz porque sus excompañeros allí castigados se volvieron a sublevar. En efecto, habían liberado y armado a los presidiarios de San Juan de Ulúa, asaltaron dos bergantines y luego atacaron los cuarteles en Veracruz. Pero fueron repelidos y quedaron atrapados en Ulúa. Se rindieron unos días después, arrojando al mar el cuerpo sin vida de su líder, el sargento Blanco, después de haberle propinado crueles hachazos. Aún después de este acontecimiento, el malestar persistió dentro de Tres Villas, con nuevos rumores de que algunos oficiales pensaban rebelarse y acusaciones falsas que surgían por *vendettas* y odios personales. En medio de esa atmósfera regresaron a Perote.[39]

El ejército en el que se formó Santiago Tapia era un espejo de la sociedad mexicana. Tenía escalafones muy marcados. De forma resumida por Nicolás Bravo, había tres niveles en su pirámide social, "los jefes, oficiales y la tropa".[40] Como veremos más a fondo en el siguiente capítulo, se diferenciaban de muchas formas: por cómo se les dirigía, las dignidades que se les debía a cada uno o la ropa que usaban. Los jefes eran la combinación entre los oficiales "hijos de la independencia": líde-

[38] Aunque en Puebla hubo muchos pronunciamientos a favor de la "Religión y Fueros", en mayo, junio y julio de 1834, el gobierno del estado estaba a favor de las reformas y el sistema federal. El gobernador Cosme Furlong se enfrentó al obispo de Puebla y al seminario palafoxiano, aliándose con otros sectores de la Iglesia como los franciscanos, e intentó desamortizar propiedades de manos muertas. Se opuso al Plan de Cuernavaca del 25 de mayo, aunque muchos ayuntamientos del estado se adhirieron. Por ello, Santa Anna, que recibió las quejas del obispo, sitió la capital del estado. Fowler, "Protesta que hace la guarnición de Puebla", *The Pronunciamiento in Independent Mexico*, 1821-1876, en <https://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/dates.php?f=y&pid=999&m=5&y=1834>; Pérez, "La rebelión de los fieles", 2017, pp. 71-94, y Costeloe, *The Central Republic*, 1993, pp. 34-42.

[39] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 13-16.

[40] BLAC, W. B. Stephens Collection, Item WBS 2022, p. 11.

res insurgentes y remanentes del ejército realista. En palabras de Manuel Payno, en su estilo sarcástico y filoso:

> Cayó la cabeza del cura y cayeron otras muchas, pero parecía que de cada tumba nacía un héroe, que de cada corazón helado por la muerte, brotaba otro corazón lleno de ardor y entusiasmo por la causa de la libertad. Así es que, aunque plagado el país de uno a otro extremo de bandidos déspotas y de bandidos liberales, e inundado de la sangre de mexicanos y españoles, se veían aparecer y lucir cada vez más claros algunos genios que merecían la veneración, no sólo de sus paisanos, sino aún de sus mismos enemigos.[41]

Una forma de distinguirlos eran los prefijos que usa Santiago Tapia. En lo alto de la jerarquía, los caudillos eran S.E. ("Su Excelencia"), y dirigían los pronunciamientos a nivel nacional y regional. Los demás jefes, de coronel para arriba en los rangos, tenían suficiente pedigrí para pronunciar a sus batallones y eran comúnmente invocados como "Sr. General/Coronel Don" Zutano. Los "oficiales", capitanes, tenientes y subtenientes, los operadores, podían ser Don, Sr., o simplemente "el teniente" Mengano, dependiendo del grado de respeto que les tuviera Santiago. La tropa, salvo pequeños núcleos de veteranos, estaba formada por reclutas bisoños, levantados de leva, que servían como carne de cañón y no tenían nombre. Las familias, mujeres y niños que los acompañaban se quedaban siempre tras bambalinas en la mayoría de los relatos de militares. Pero sabemos que ahí estaban, por el mismo caso de Santiago Tapia, haciéndose cargo de muchas de las necesidades del ejército, como la alimentación, el campamento y la atención a los enfermos.[42]

Después de un tiempo, la serie de acciones en pro y contra de los pronunciamientos constituían la rutina de los militares. Iban de poblado en poblado con el propósito de "guardar" las ciudades, a saber, de mantenerlas bajo control. Cuando surgía alguno, especialmente si era en una región cercana, debían tomar la decisión de unirse o combatirlo. Esta elección podía impulsar sus carreras y llevarlos a conseguir ascensos estratosféricos, pero también los exponía a caer en desgracia. Eran un foco

[41] Payno, *Bosquejo biográfico*, 1843, pp. 20 y ss.
[42] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 1-10 y *passim.*

de discordia que los ponía en constante tensión emocional, situación que incluía a las familias. Como Manuel Payno en el epígrafe, esta inercia constante los empujaba, sin medio de evitarlo, a veces a la gloria y otras al precipicio.

Una acción de guerra era un enfrentamiento en el sentido literal de la palabra. Significaba "batirse de frente" contra el enemigo, no con miras a aniquilarlo, sino a doblegarlo: que diera la espalda y se desbandara o se rindiera. No había una persecución y exterminio posterior de quienes huían o de los prisioneros. La victoria no significaba arrasar con el contrario, menos aun cuando buena parte de las tropas no actuaban bajo voluntad propia y los oficiales eran compañeros de las armas, muchas veces conocidos. A la inversa, batir a un enemigo que daba la espalda, que ya había sido vencido en "arrojamiento y valentía", constituía una deshonra. Sin duda, un aspecto de estas ideas debía tener su origen en las nociones caballerescas de la guerra, que todavía pervivían en el siglo XIX. Pero el hecho de que la mayor parte fueran enfrentamientos "fratricidas" me parece también crucial, como muestra el caso de Tres Villas. Asimismo, que el grueso de la tropa de aquellos ejércitos estuviera compuesto por "reclutas bisoños", que tuvieron la mala suerte de ser levantados, también daba forma a las batallas. La fuerza, tanto de las convicciones como de las batallas, estaba en los oficiales y soldados veteranos. Un grupo pequeño, pero decidido y entrenado podía desbandar fácilmente a una masa de reclutas mucho más grande en cuestión de minutos. De esta forma, el frente se entendía como una lucha entre voluntades. De ahí que para los contemporáneos las convicciones ideológicas sí desempeñaban un papel significativo en los enfrentamientos. Las guerras y los pronunciamientos ponían a prueba los ideales y virtudes de los militares, su "espíritu militar". No sólo creían en ellos, sino se consideraban como un factor más en el éxito o fracaso de las armas.

INMERSIÓN EN EL NORESTE: BAGAJE, ALOJAMIENTO Y LEVA

En 1835 se inició lo que se conoce como primera república centralista o también como el régimen de las Siete Leyes. El principal cambio fue que se arrebató la soberanía a los estados, que ahora pasaron a ser departamentos, para depositarla completamente en el gobierno central. Después

de la fallida rebelión de Zacatecas en defensa del federalismo, en los últimos meses de 1835, cuando Santiago Tapia tenía quince años, llegó la noticia de que "el ejército debía marchar a las órdenes del general Presidente Santa Anna a abrir la campaña en el Departamento de Texas, expedición desde muchos años antes meditada, contra los ingratos colonos sustraídos a la obediencia de México".[43] El giro centralista sirvió para justificar la rebelión de Texas, pero como tratamos en el primer capítulo, surgió de un proceso más complejo.[44]

A pesar de la inestabilidad, de los pronunciamientos a diestra y siniestra y de la insolvencia del erario federal desde 1829, un ejército de aproximadamente 6 000 individuos, incluyendo algunas familias, se reunió en Saltillo. Esto fue posible por la leva, el forrajeo indiscriminado de los recursos de la población y el apoyo forzado de los ayuntamientos, pueblos y ranchos en el camino. Esta forma de explotar a la población no era, necesariamente, una práctica informal porque había términos legales: el "bagaje" y "alojamiento". Originados en el derecho hispano, se referían a la facultad del ejército de recibir de los vecinos mulas, alojamiento y provisiones, ya remuneradas o por incautación, durante su tránsito en las campañas.[45] Como el pronunciamiento, eran instituciones.

[43] *Ibid*., p. 16.

[44] Miguel Barragán quedó como presidente interino. Era un potosino de la generación de oficiales criollos del ejército realista, al mando de Calleja, que ascendieron a prominencia nacional al unirse al pronunciamiento de Iturbide. Además, había ganado reputación por haber rendido a los españoles en San Juan de Úlua en 1825. Se ha escrito muy poco de él, pero Anthony Butler, el controvertido ministro estadunidense, lo describió como amable y generoso, pero indeciso y poco inteligente. Costeloe, *The Central Republic*, 1993, pp. 55, 67 y 78. Para los tejanos, la cuestión del federalismo frente al centralismo fue un factor importante para que se movilizaran en 1835. Sin embargo, aunque algunos de sus líderes angloestadunidenses estaban interesados, la mayoría de los colonos ni siquiera estaban enterados del asunto. Reséndez, *Changing national*, 2004, pp. 159 y ss. La causa de fondo debe verse desde la larga duración y a partir de la revolución territorial que comenzó a gestarse desde finales del siglo XVIII (véase en esta obra, cap. 1).

[45] De acuerdo con el diccionario Covarrubias, en 1611 el bagaje era un "vocablo castrense, significa todo aquello que es necesario para el servicio del ejército, así de ropa como de armas excusadas, y máquinas". Covarrubias, *Tesoro de la lengua*, 1611, pp. 114-114. Con el tiempo pasó a significar una "prestación remunerada que, por carros, carruajes y caballerías, debían los vecinos al ejército. Hoy la requisa y la preferencia por automóviles y camiones han arrinconado aquella contribución, tantas veces gratuitas en definitiva". Ossorio, *Diccionario de Ciencias*, 1981. El alojamiento se define en las Ordenanzas de 1768 como "la obligación de proveer una cama, para cada dos soldados, compuesta de jergón, o colchón, cabezal, manta y dos sabanas, y para los sargentos con colchón precisamente, luz, sal, aceite, vinagre, y leña, o lugar a la lumbre para guisar". Primero debían escogerse casas del "Estado llano", es decir, del Tercer Estado; si no eran suficientes tocaban las de "Hidalgos" y, por último, de eclesiásticos. Un día antes de la llegada del cuerpo, debía adelantarse "un oficial con dos soldados por compañía, al lugar donde hubiere

En 1808, durante los primeros meses de la crisis de la monarquía española por las abdicaciones de Bayona y poco después del golpe de Estado del 15 de septiembre contra José de Iturrigaray,[46] el nuevo y anciano virrey Pedro de Garibay emitió el siguiente bando sobre bagajes:

> Siendo en grave perjuicio para los oficiales y tropa, y para los demás dependientes de la jurisdicción militar, el pagar bagajes que ocupan en las marchas que hacen para asuntos del real servicio, con el aumento establecido en pocos años a esta parte, he resuelto que de aquí en adelante se observe el *inmemorial* establecimiento de que se pague por los mayores un real y medio, por los menores en los viajes desde esta capital a Veracruz, y demás puntos de esta cordillera; entendiéndose lo mismo la de Acapulco; y medio por cada uno en los que se empleen para tierra adentro, bien sean mayores o menores.[47]

En el derecho pluralista del antiguo régimen, una práctica "inmemorial" era una fuente de derecho válida. Por eso, el derecho del bagaje podía ser invocado en ciertas situaciones, como el incremento de las campañas militares. No era único ni original del mundo hispano. Por ejemplo, la corona británica contaba con las *Quartering Acts* (Leyes de alojamiento) para que los vecinos de las Trece Colonias apoyaran con comida y alojamiento a las tropas reales.[48] En España y el resto del mundo hispanoamericano era una práctica común y, en casos de necesidad

---

de hacer tránsito, llevando el itinerario, u orden que tuviere, y un estado de los oficiales, y tropa del regimiento, para prevenir el Alojamiento, y lo demás que fuere necesario" con las autoridades de la jurisdicción. "Regla que ha de seguirse en el Alojamiento", en *Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación de sus ejércitos*, tratado CV, título XIV, 1768, pp. 157-160.

[46] En 1808, poco después de iniciada la crisis, y en el contexto de las tensiones entre criollos y peninsulares por las reformas borbónicas, el Ayuntamiento de la ciudad de México comenzó a organizar una junta, como las que se estaban llevando a cabo en España, con el apoyo del virrey Iturrigaray. La Audiencia y los grupos de interés imperiales, mayoritariamente peninsulares, se oponían por temor a su posible oposición. De ahí que encarcelaran a Iturrigaray y a su familia la noche del 15 al 16 de septiembre y pusieron de virrey al mariscal de campo Pedro Garibay, de 78 años. Guedea, "El golpe de Estado", 1991, pp. 21-24.

[47] "Número 67. Bando del 12 de octubre de 1808, sobre los bagajes", en Dublán y Lozano, *Legislación mexicana*, 1876, t. 1, p. 318. El subrayado es mío.

[48] El alojamiento también era una práctica antigua desde la perspectiva británica. Hasta el siglo XVII surgió la idea de que las "casas privadas" podían estar fuera de límites para los soldados. Por eso se convirtió en un tema controvertido a partir de la guerra de los Siete Años y luego durante la independencia de las trece colonias. En otras palabras, las nuevas ideas de privacidad doméstica y propiedad individual chocaban con la vieja práctica del alojamiento de tropas que, de por sí, eran una invasión molesta. La historiografía tradicional estadunidense las toma como parte

y/o emergencia, resultaba frecuente que se exentara completamente del pago correspondiente por bagaje y alojamiento.[49] Lo siguió siendo aún después de 1824 porque las primeras constituciones mexicanas y, en general, las hispanas, no derogaron todas las ordenanzas, reglamentos, usos y costumbres, como sí lo hizo la francesa. Más que ello, pretendían codificarlas y armonizarlas en la nueva carta magna. No fueron un borrón y cuenta nueva, sino que intentaron ser un destilado del derecho natural, una de las doctrinas más populares entre los juristas de la época. Por eso, las *Ordenanzas* de Carlos III de 1768, que establecía el régimen y organización de los ejércitos, siguieron vigentes.[50]

El problema con esta institución era que podía prestarse al abuso y arbitrariedad de los militares y, por ende, generar roces con la sociedad. Además de la obligación de proveerlas y de la incomodidad de tener tropas en el espacio íntimo, muchas veces no se recibía ningún pago a cambio. Fue un problema recurrente en México, desde que estalló la guerra de Independencia. En 1810, Ignacio López Rayón y Miguel Hidalgo habían recibido tantas quejas que emitieron un bando, "consternados" por el abuso de sus tropas al "tomar cabalgaduras por los lugares de su tránsito, no sólo en las fincas de europeos, sino en las de mis amados americanos". En el bando pedían que ninguno de sus comisionados o tropas tomara "cabalgaduras, efectos ni forrajes" sin el permiso de los jueces de sus jurisdicciones.[51]

Durante la primera república mexicana, se emitieron varias leyes, bandos y circulares aclaratorias sobre los bagajes. Los ejércitos se movían a lomo de mula porque había pocos caminos carreteros. De los 27 325 km de caminos que aproximadamente existían, sólo en 7 605 km, es de-

---

de las "leyes intolerables". Para un análisis exhaustivo del tema y su papel en la independencia estadunidense, véase McCurdy, *Quarters; The Accommodation*, 2019.

[49] Aunque el bagaje fuese obligatorio, los militares también tenían el deber de dar un pago a cambio, a menos de que este se exentara y entonces los vecinos no veían ningún pago a cambio de sus bienes. Para el caso de España, véase Rodríguez, "Exenciones al servicio", 2019, pp. 199-219.

[50] Los reglamentos militares durante las primeras repúblicas tomaban la mayor parte de su texto de las ordenanzas de Carlos III de 1768. Aún hoy en día se han empleado en tribunales militares como fuente de derecho. Sodi y Becerril, *Ordenanzas de Carlos III*, 2022, y Garriga, "¿Qué era la Constitución", 2014, pp. 153-173.

[51] "Número 79. Bando sobre bagajes, 1 de diciembre de 1810", en Dublán y Lozano, *Legislación mexicana*, 1876, t. 1, p. 339.

cir, 28%, pasaban carros.[52] Por eso, las mulas eran indispensables para cargar el depósito y el equipaje, esto es, todas las provisiones, fusiles, pólvora, municiones, etc. Pero más que el contenido regulatorio de la documentación oficial, lo interesante es la evidencia de que raras veces se seguía. Por ejemplo, el 29 de diciembre de 1833, José María Tornel, entonces gobernador del Distrito Federal, pedía en un bando a los ayuntamientos que nombraran un regidor comisionado de los bagajes, uno que tuviese "buen trato y consideración" para evitar el recurrente problema de "las extorsiones que ocasiona la misma urgencia". También para castigar a los dueños de mulas que recurrían al soborno a fin de quedar exentos.[53]

Durante la primera campaña en Texas hubo muchos abusos y extorsiones. De otra forma, Santa Anna –ya con el ejército reunido en Saltillo, donde seguramente le empezaron a llover reclamaciones– no hubiese emitido el siguiente decreto, el 22 de enero de 1836, circulado en el departamento de Tamaulipas:

> Teniendo todas las tropas que forman el Ejército de operaciones sus respectivos haberes, no hay un motivo para que puedan quedar debiendo en los parajes de su tránsito ningún efecto de los que se les suministren, y antes bien deben satisfacerlos con puntualidad según sus justos precios […] pues así como todos los ciudadanos deben prestar los auxilios necesarios a las tropas de la Nación en sus marchas, no hay razón para que se les prive de la paga que merezcan las provisiones que franqueen a dichas tropas, ni yo podré permitir que tal cosa se cometa [debía enseñarse la circular a los individuos del ejército] y si no obstante ella insistiere en que se le facilite, poniendo en acción la fuerza armada, se le manden franquear, exigiéndole la constancia necesaria y dando en seguida parte a este gobierno para ponerlo en conocimiento de quien corresponda.[54]

[52] Ortiz Hernán, "Caminos y transportes", 1973, pp. 1247-1251; "Los de Europa se valen de carruajes para facilitar los transportes, y este método se halla en consonancia con sus caminos; mas no siendo los nuestros de igual comodidad, ha sido necesario valerse del más usual que es cargar a lomo de mula". Art. 1 del "Reglamento sobre bagajes", 8 de mayo de 1827, en Dublán y Lozano, *Legislación mexicana*, 1876, t. 2, p. 9.

[53] Número 1328, "Prevenciones para impedir abusos en órden a bagajes", 23 de diciembre de 1833, en Dublán y Lozano, *Legislación mexicana*, 1876, t. 2, p. 657.

[54] AHM, General, 1313, caja 8, exp. 233, f. 4.

Una idea de cómo hacía el ejército para hacerse de recursos sobre la campaña y cómo lo hizo en 1835 puede encontrarse en un pasaje de la novela *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno, escrita con el propósito de ilustrar las costumbres que el autor observó y experimentó durante su vida. Junto con su amigo y también escritor Guillermo Prieto, Payno fue empleado en la aduana de Matamoros, y vivió entre 1837 y 1844 en aquella ciudad. Después fue secretario particular de Mariano Arista en 1840, en calidad de teniente coronel, cuando este fue general en jefe del Ejército del Norte. No sólo era un testigo, sino una autoridad más que calificaba en el tema del ejército y el noreste.[55]

Mientras sus personajes estaban por almorzar en un pequeño rancho, escucharon los pitos y tambores de un batallón de infantería, seguido por una cuerda de 200 reclutas custodiados por caballería. Al último, una recua cargada con parque, vestuario y el depósito de la tropa. Primero entró un sargento que, bruscamente, demandó "Alojamiento y raciones de carne y maíz para mi capitán, su tropa y oficiales, doscientos reclutas, los arrieros y su recua." Eran demasiadas personas para el rancho y quedarían en la ruina alimentándolas. Pero cuando entró el comandante, les dijo: "no hay remedio; como se pueda tienen que darnos alojamiento […] ya tengo mucha experiencia; en los pueblos nada se encuentra y tiene uno que andar a vueltas con los alcaldes, mientras en los ranchos nunca falta". Las mulas de los arrieros procedieron a invadir la milpa, los reclutas fueron encerrados en el corral, los oficiales almorzaron en la mesa principal, los soldados degollaron a una vaca, borregos y chivos para comérselos, y así, "en un abrir y cerrar de ojos la tropa se había apoderado enteramente del rancho, sin pedir permiso y sin miramiento de ninguna clase". En la recámara principal, metieron "el baúl, la montura, las armas del capitán y oficiales".[56]

Cuando la dueña reclamó al comandante por los abusos, este procedió a reírse y tomar a su hijo y dos de sus amigos como reclutas. Así reparamos en el segundo aspecto imprescindible para la movilización militar. Como anota Manuel Payno, conforme a la ordenanza, a los reclutas se les rapaba, uniformaba y eran pasados "por la caja" (se anotaban en

[55] Sobre el Noreste, Payno escribió una serie de columnas para *El Siglo Diez y Nueve*. Véase Guerrero, "El noreste mexicano", 2007, p. 14.

[56] Payno, *Los bandidos de Río Frío*, 1891, cap. IX.

la lista de los haberes del batallón).[57] Los jóvenes fueron atados codo a codo, de dos en dos, atados "a la cuerda", como se decía en esa época, con el resto de los reclutas.[58] Cuando un licenciado que representaba al rancho en sus negocios fue a reclamar al mismísimo ministro de Guerra, este le contestó: "la tropa es así ¿qué quiere usted?" Por lo menos consiguió que mandara pagar 50 pesos a los dueños por gastos extraordinarios. Pero en cuanto a los muchachos "cogidos de leva […] si están pasados por las cajas, no hay remedio".[59]

Como en el caso del bagaje y el alojamiento, el reclutamiento seguía las pautas de los usos y costumbres. Era una institución parcialmente reglamentada durante el reformismo y modernización borbónicas. Para el ordinario, el llamado contingente de sangre se reclutaba primero a todo el espectro social que se consideraba vago u ocioso, según los criterios de la época. Los transeúntes eran los siguientes en ser conscriptos. Quienes tuviesen familia y ocupación útil en teoría quedarían exentos. Esta forma de reclutar, además, obedecía a los intereses de los ayuntamientos, que eran los que, junto a un militar adjunto, llevaban a cabo la labor.[60] Sin embargo, en los casos extraordinarios cuando los sectores sociales más vulnerables no bastaban, la leva se hacía de forma arbitraria.[61]

El batallón de Tres Villas estaba reducido a 200 plazas cuando partió a Texas y no era el único en esas condiciones. De acuerdo con la

[57] Era el último paso para inscribir a un recluta al ejército: "Conforme se repartan en las compañías las reclutas, se recogerá de cada capitán, firmado de su mano, e intervenido del sargento mayor, el recibo de las que para la de su cargo le hayan dado, cuyos documentos han de depositarse en la caja del batallón a que correspondan, especificándose en cada uno el nombre del recluta, con su medio filiación, y día de su aplicación a aquella compañía". Título cuarto, artículo primero, párrafo 20, *Ordenanzas de S. M. para el régimen*, 1768, p. 22.

[58] Carlos Gagem, un prusiano que llegó a asesorar al ejército mexicano después de la guerra contra Estados Unidos, decía que la leva mexicana consistía en hacer redadas sorpresa a poblaciones, especialmente en los días de mercado o en las misas del domingo, para capturar reclutas, a los que se llevaban esposados o atados con una cuerda de dos en dos, de alojamiento en alojamiento. Sólo eran desatados para recibir la instrucción mínima para usar un rifle. Thompson, "Los indios y el servicio", 1993, pp. 212-220.

[59] Payno, *Los bandidos de Río Frío*, 1891, cap. IX.

[60] Los reglamentos durante las primeras repúblicas tomaban la mayor parte de su texto de las Ordenanzas de Carlos III de 1768. Como nunca fueron derogadas, seguían siendo vigentes. Aún hoy en día, se han empleado en tribunales militares como fuente de derecho. Sodi y Becerril, *Ordenanzas de Carlos III*, 2022; sobre el tema, véase Serrano, *El contingente de sangre*, 1993.

[61] Para la primera campaña de Texas se levantó, por ejemplo, a empleados de la Casa de Moneda de San Luis Potosí, que seguramente tenían grados de especialización difíciles de suplir. Su director tuvo que reclamar y mandar una lista con sus nombres para que los regresaran. Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 151-158.

ordenanza, cada batallón de infantería tenía aproximadamente 750 plazas.[62] Estos cuerpos eran engrosados con reclutas levantados a lo largo del camino, rapados, uniformados –si había uniformes–, pasados por la caja y llevados a la cuerda de sitio en sitio. Por lo menos, la mitad de la tropa reunida en Saltillo fue alzada de esta forma, la mayoría del estado de San Luis Potosí.[63] Santiago Tapia no habla de la leva y su batallón siguió teniendo 200 efectivos durante la campaña, por lo que quizá ellos no la llevaron a cabo. Pero José Enrique de la Peña, que era teniente, tuvo peor suerte. Da a entender en sus memorias que la experiencia más desagradable de su trabajo durante la campaña fue barrer la retaguardia para acarrear la cuerda de los reclutas y aprehender a los desertores.[64] Lo que sí menciona Santiago Tapia es que "seguramente para evitar defecciones en nuestros soldados el carácter de nuestra marcha fue de ir a dar la guarnición a Querétaro; después, que a San Luis Potosí; y por último al Saltillo".[65] En palabras de José Juan Sánchez Navarro, un militar de una familia de Coahuila, sobre quien abundaremos más tarde,[66] "esas masas de hombres que se llaman ejército" no tenían "ni idea de lo que es la guerra de Texas y todos creen que sólo van a hacer un paseo militar".[67]

Después de reunirse en Saltillo, había que elegir el rumbo hacia Texas. A pesar de la revolución territorial ocurriendo en esos momentos y de la opinión de muchos,[68] Santa Anna decidió marchar con el grueso

[62] Según las ordenanzas, en el ramo de Infantería cada regimiento debía contar con dos o tres batallones, y cada batallón con nueve compañías que no superasen 80 plazas. Título cuarto, artículo primero, párrafos 3-4, *Ordenanzas de S. M. para el regimen*, 1768, pp. 1 y ss.

[63] Como muestra el archivo del gobierno del estado, el ejército extrajo muchos recursos y gente de San Luis Potosí. Además, como he apuntado en otra parte, para disparar un fusil de avancarga de la época y seguir las formaciones había que recibir entrenamiento. No debe sorprender que muchos reclutas no supiesen hacerlo. Véase Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 155-158 y 166-173.

[64] Peña, *La rebelión de Texas*, 1955, p. 18.

[65] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 17.

[66] Véase en esta obra, cap. IV, "La guerra jurisdiccional, 1836-1840".

[67] Briscoe Center for American History (en adelante BCAH), José Juan Sánchez-Navarro Papers, 1831-1839, cuadernos militares, caja 2G146, vol. 1, p. 3.

[68] En sus memorias *a posteriori*, el general de división José Urrea y el segundo al mando, Vicente Filisola, dicen que Santa Anna no quiso escuchar la voz de muchos que le recomendaron ir por Matamoros y tomar la ruta que bordeaba la costa. Aunque San Antonio Béjar era la capital y allí residía la mayor parte de la población hispana, lo importante era controlar las entradas marítimas. La propuesta de campaña que mandó el jefe del escuadrón de seguridad del Distrito Federal, José Ignacio Gutiérrez, es un ejemplo de la estrategia ideal: llevar a la infantería por barco a bloquear las entradas marítimas, especialmente la saliente del río Brazos y la bahía de Galveston, y a la caballería por tierra para dominar la rebelión. Aunque requería una gran suma de dinero, que tendría que pedirse prestada, como Texas ya figuraba como la gallina de

del ejército sobre el viejo camino real de tierra adentro, vía Monclova, y luego, a la villa de Río Grande, y enviar un destacamento más pequeño, al mando del general José Urrea, por el camino de abajo (llamado "atacosico"), vía Matamoros. Además, esta división recibió en aquel puerto a un pequeño contingente de 300 infantes yucatecos que llegó por barco. Con esa excepción y algunas provisiones que recibió en este punto y en Matagorda, llevadas en barco, al ejército le tomó el mismo tiempo recorrer esta ruta terrestre al que había tomado ya por más de un siglo. Quizá la territorialidad borbónica había sobrevivido en los líderes militares como Santa Anna, que se formaron en el ejército novohispano al mando de Félix María Calleja y Agustín de Iturbide. Hay que recordar que, en 1813, cuando apenas era un teniente de 19 años, acompañó al general José Joaquín de Arredondo a combatir en Texas a la expedición Gutiérrez-Magee. Quizá simplemente no había recursos suficientes para la operación anfibia que varios propusieron. Además del maltrecho estado de la marina, ello implicaba juntar suficientes provisiones para el viaje. Por tierra, podían explotarse las de los pueblos por los que pasaron.[69]

El ejército de 6 013 efectivos partió con 800 mulas contratadas y 1 000 embargadas, 1 833 carros de cuatro ruedas, 200 carretas de dos, tiradas por 233 bueyes. Eso sin contar "otro número muy grande de mulas y carretas que marchaban de cuenta de los especuladores,[70] con víveres, licores y otros efectos". En cuanto a los víveres, cada brigada llevaba un mes de raciones que tuvieron que economizar tanto que "se llegó hasta el grado de dar sólo ocho onzas [1/4 de kilo aprox.] diarias de galleta o totopo de maíz a cada soldado que con su mochila, armamento y municiones tenía que atravesar, aquellos treinta días de desiertos para llegar luego a una población como Béjar, casi insignificante".[71]

---

los huevos de oro, no había que escatimar en gastos. AHSDN, XI/481.3, exp. 1106, transcrito en Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 199-201.

[69] Aunque no para enviar tropas, el escenario marítimo de la guerra, poco conocido, estuvo tan agitado como el terrestre. El control de la costa era indispensable para la independencia de Texas y, por ende, un objetivo estratégico clave. Véase en esta obra, caps. III y IV.

[70] Se refiere a los vivanderos que siguieron al ejército. El más importante era Antonio Tafallé. Su negocio consistía en llevar y recolectar provisiones para aprovechar la escasez y desesperación de la tropa y vendérselas a precios altos. Véase Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 164-166.

[71] De acuerdo con la "revista del ejército de operaciones sobre Texas", en AHSDN, XI/481.4/14627.

Poco después de año nuevo, en 1836, el ejército marchó, en medio del invierno, por el viejo camino a Texas. Salió de Saltillo, brigada por brigada, en intervalos de uno o dos días. Tres Villas partió el 28 de enero y llegó a Monclova el 8 de febrero. Dos días después, cerca de una hacienda llamada Dos Hermanos, cayó una fuerte nevada. Numerosas mulas sucumbieron, algunos contingentes se perdieron, muchos enfermaron y perecieron. Si de por sí llevaban pocos suministros, acababan de perder buena parte y todavía faltaban unos días de marcha para llegar hasta el río Bravo. En lo que restaba del camino experimentaron "hambre, sed, excesivo calor y frío; y constantemente peligraban las vidas de los que se separaban de las filas por los indios bárbaros que nos circundaban sin verlos".[72]

La flora de este medioambiente era dominada por especies como la mimosa o raqueta, que tienen unos frutillos rojos, una especie de tuna, con efecto purgativo. Los locales, en su mayoría pastores de ganado, los tostaban, molían y bebían como café, o se los comían asados. Cuando pasó por ahí, alguien en el batallón de Tapia reparó en las frutillas, que parecían "una perla esférica y transparente, su sabor y frescura no podía ser más agradable". Muchos saciaron su sed y hambre saliendo de la formación para comerlas sobre la marcha. Pero pronto comenzaron a caer enfermos.[73] A la comisión de límites de 1829 le había pasado lo mismo, encontrando que quienes las consumían en unas horas tenían "una fiebre violenta […] precedida por violentos dolores de cabeza, una postración general, y algunas veces un repentino delirio las siguen". Esta frutilla generaba esos efectos si no se estaba acostumbrado a ella y se comía en exceso y sin tostar o asar.[74] Aunque no ocasionaba la muerte por sí sola, podía provocarla por deshidratación, como les ocurrió a algunos en la brigada de Santiago Tapia. Más allá de su aspecto anecdótico, esta situación es una alegoría de cómo el tránsito a un medioambiente radicalmente diferente produjo vulnerabilidades insospechadas en el ejército cuando se introdujo a Texas como un organismo exógeno.

Por eso conceptualizaban a esta región como un "desierto". La entendían así porque no estaban adaptados a su ecosistema. Pero no era un

[72] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 18-19.
[73] *Ibid.*
[74] Chovel y Berlandier, *Diario del viaje*, 1850, pp. 133-137, 148 y 281-293; Sánchez, *Viaje a Texas*, 1939, p. 9.

sitio desprovisto de vida. Había grandes manadas de cíbolos, vacas salvajes, guajolotes en las márgenes de los ríos (que había que apresurarse a cazar antes de que los gatos monteses se los robaran), y venados. Los comanches y los soldados que habían sido sus cautivos también solían comer potrillos de las grandes manadas de caballos salvajes. En los ríos no faltaba pescado, había mucho bagre, en el que basaban su alimentación quienes iban y venían de Nueva Orleans a Texas.[75] Pero para aprovechar lo anterior se requería de cierto conocimiento del espacio que sólo podía obtenerse sobreviviendo un periodo prolongado en él.

SENTIMIENTOS Y (DES)HONOR: GUERRA INHUMANA ENTRE DAVID Y GOLIAD

Cuando el batallón de Santiago Tapia llegó al fin a la villa de Río Grande, se abasteció de maíz y carne. La gran cantidad de ganado en la región fue un recurso indispensable para alimentar al ejército. Como perdieron parte de la recua en el camino, tuvieron que dejar algunos depósitos y equipaje cuando partieron rumbo a San Antonio. La brigada de Santiago estaba a varios días de llegar al sitio cuando terminó la batalla del Álamo con el asalto del 6 de marzo de 1836. Fue, a su juicio y el de gran parte de los testimonios militares con excepción del de Santa Anna, un saldo de muertes muy grande e innecesario. En el asalto, por los rifles y cañones de los texanos, se perdieron alrededor de 400 vidas mexicanas. La mayoría de los heridos, entre 200 y 300, tampoco sobrevivieron porque no había más que un cirujano que pudiera extraer las balas y hacer amputaciones.[76]

Además de las 600 muertes aproximadas del lado mexicano, todos los rebeldes que no lograron escapar, entre 150 y 200, fueron ejecutados. Durante el asalto, Santa Anna dio toque a degüello con la banda del ejército, lo que indicaba que no tomarían prisioneros y sería una batalla sin cuartel. Estaba siguiendo la postura que el gobierno había fijado unos meses antes. José María Tornel, el secretario de Guerra, había expedido la siguiente circular del 30 de diciembre de 1835:

[75] Véase en esta obra, cap. I, "Los visitadores posborbones" y "La historiadora de la frontera".

[76] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 20, y Campos, "El ejército de operaciones", 2020, p. 171.

> Art. 1. los extranjeros que desembarcaren en algún puerto de la República, o penetraren por ella, armados y con objeto de atacar nuestro territorio, serán tratados y castigados como piratas, en consideración que no pertenecen a nación con la que esta en guerra la República, y a que no militan bajo bandera conocida.[77]

Es posible que Santa Anna estuviese siguiendo el ejemplo de las medidas draconianas y poco misericordiosas de Joaquín Arredondo, el general a quien acompañó a combatir las revueltas en Texas durante las guerras de independencia.[78] El propósito era disuadir a los "aventureros" estadunidenses, porque el gobierno sabía de las "juntas públicas" para armar expediciones que tenían lugar en ciudades como Nueva Orleans. De hecho, primero fue una reacción frente a la "expedición de Tampico", organizada por el político y militar liberal José Antonio Mexía. Con el apoyo de Gómez Farías, que se exilió en la ciudad del Cuarto Creciente, y de George Fisher, la expedición buscaba iniciar una rebelión contra el régimen centralista. El 6 de noviembre de 1835, casi dos meses antes de la circular expedida por Tornel, Mexía abordó la goleta Mary Jane con 160 voluntarios, la mayoría estadunidenses, para atacar Tampico, donde esperaba el apoyo de una parte de la guarnición. La acometida fracasó porque la Mary Jane encalló en la barra de Tampico y Mexía llegó muy tarde al levantamiento pactado con sus partidarios en puerto. Escapó en otra goleta estadunidense, la Halcyon, y el 3 de diciembre se refugió en la colonia del Brazos de su amigo Stephen Austin.[79] El general Gregorio

[77] Número 1673, en Dublán y Lozano, *Legislación mexicana*, 1876, t. 3, p. 115.

[78] Fue el comandante realista de las Provincias Internas de Oriente, quien combatió la expedición de Gutiérrez de Lara en 1813 y luego la de Xavier Mina en 1817. Como resultado de la primera se formó una república efímera, que terminó al mando de José Álvarez Toledo (véase en esta obra, cap. I), y cuyas fuerzas, de unos 1 400 hombres, se enfrentaron a los 1 800 soldados de Arredondo en la batalla de Medina del 18 de agosto de 1813. Después de vencer, el comandante realista ejecutó sumariamente a los que cayeron prisioneros y torturó a sus jefes para obtener información. Posteriormente, en San Antonio, mató a las familias de los rebeldes y a quienes habían apoyado a la república. También destruyó sus ranchos y casas. Colgó los cuerpos mutilados de sus víctimas en árboles y las cabezas de los rebeldes en picas, como ejemplo. Así pacificó a la región, pero le dejó una mella de violencia muy fuerte, equiparable a la de la guerra de 1836. Herrera, "Con el septentrión en un puño", 2011, pp. 109-174.

[79] Véase "Tampico expedition", *Handbook of Texas Online*, consultado el 11 de octubre de 2023, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/tampico-expedition>; Barker, "The Tampico expedition", 1903, y Hutchinson, "General José Antonio Mexía", 1978. Gómez Farías aprobaba la revuelta como "vicepresidente legítimo" y le prometió que la nación le sufragaría los costos si era exitosa. Desde su exilio, se dedicó a escribir a generales con afinidad federalista

Gómez, que lo derrotó entonces, trató "como a piratas a los extranjeros que se introdujeron por Tampico con don José Antonio Mexía". Esto es, hizo fusilar a los 28 prisioneros del grupo.[80]

Esta política de mano dura del gobierno central, basada en la interpretación de los "aventureros" en Texas como piratas, provocó una serie de acontecimientos con fuertes reverberaciones hasta el día de hoy. Partiendo de la más conocida, "remember the Álamo", se creó un ciclo vicioso de violencia, alimentado por el odio y la venganza, que dio forma a la experiencia y memoria de la guerra de Texas. Las lágrimas, vergüenza, traumas y demás gama de sentimientos que generó quedaron impresas por todas partes en las fuentes históricas.[81]

Detrás de la masacre del Álamo, las ejecuciones de Goliad y el desastre de San Jacinto hay un efecto de bola de nieve emocional, con diferentes comunidades emocionales[82] sobrepuestas y mezcladas. Quienes estuvieron involucrados no vivieron la violencia como los hechos fríos que pueden leerse en monografías históricas, sino a todo color, con el cúmulo completo de experiencias, sensaciones, emociones y sentimientos que involucran las experiencias extremas que genera una guerra sin cuartel. Pero, además, esta secuencia es parte crucial para entender el desenlace de la primera campaña y sus consecuencias en el resto de la guerra. Fue una serie de reacciones, "sentimientos", como se les decía,

---

para incitar levantamientos y fue parte de las sociedades secretas en Nueva Orleans. Costeloe, *The central Republic*, 1993, pp. 112 y 114.

[80] En la declaración de José Nicolás de la Portilla, en una averiguación que trataré más adelante, menciona ese antecedente cuando le cuestionaron "bajo orden de quién ejecutó a los prisioneros en Goliad". Expresó que por la circular del 30 de diciembre, la orden de Santa Anna, y "el primer ejemplar mandado al general Gregorio Gómez" en Tampico. AHSDN, XI/481.4/14627, f. 741. Véase en esta obra, pp. 127-131.

[81] Siguiendo a Javier Moscoso, en las fuentes se "articulan históricamente la experiencia del sufrimiento humano, es decir, cómo ha sido posible la transformación de un viaje a través de la senda del dolor en un álbum material del daño". Los testimonios fueron en su momento las "herramientas socialmente mediadas que permiten expresar y modular la experiencia". Moscoso, *Historia cultural*, 2011, pp. 16-18.

[82] Las comunidades emocionales son "grupos que tienen sus propios valores, modos de sentir y formas de expresar esos sentimientos". Pueden ser comunes o marginales y no están estrictamente delimitadas. Van de lo más general, como una nación, a lo más micro, como una familia. Entre más particular, tienen contornos mejor definidos. En este caso, los militares, el ejército en campaña, cada una de sus brigadas y batallones pueden verse como comunidades emocionales. Rosenwein, *Generations of feeling*, 2015, pp. 10-32.

concatenadas que influyeron de forma muy significativa en el desenlace de los acontecimientos. Fueron un proceso histórico.[83]

Aunque Santiago Tapia estuvo ausente en el Álamo, el 16 de marzo de 1836 fue enviado desde San Antonio a reforzar a la división del general Urrea, que iba operando sobre la costa del golfo. Siguiendo el cauce del río San Antonio, su batallón llegó a Goliad (o Bahía del Espíritu Santo). La guarnición texana se había retirado del sitio y fue capturada en el llano del Perdido por la caballería de Urrea. Se encomendó su custodia a Tres Villas, lo mismo que los demás prisioneros hechos hasta entonces. Como explica Urrea en sus memorias, publicadas en 1838, este grupo de voluntarios mandado por James W. Fannin[84] levantó la bandera blanca cuando se encontró rodeado. Urrea les dijo, "en presencia de los Sres. Morales, Salas, Holzinger y otros […] 'Si ustedes quieren rendirse a discreción, la cosa es concluida, de lo contrario, volveré a mi campo y continuará el ataque'", pero les prometió interceder en su favor con Santa Anna, para que no se aplicara el castigo que se había decretado.[85]

Sobre el tema, Santiago Tapia dice que para Urrea su palabra y "el honor de México y la gloria de las armas" estaban de por medio porque "a nombre del general presidente y de la Nación Mexicana les había ofrecido serían perdonados; que de otra manera no se habrían rendido aquellos hombres, que peleaban desesperadamente". El honor, según la moral y régimen emocional militar,[86] llamaba a que por la "acreditada

[83] "Secuencias emocionales" es un concepto de la historia de las emociones que hace referencia a las emociones que conectan dos o más acontecimientos. Es el *script* emocional que los concatena. En otras palabras, son la serie de reacciones que se sobreponen y mezclan por una acción o acontecimiento. Rosenwein, "Problems and methods", 2010, pp. 1-32.

[84] James W. Fannin (1804-1836), originario de Georgia, creció en una plantación de aquel estado. Fue cadete en la academia militar de West Point a partir de 1819, pero se dio de baja dos años después. Regresó a su estado natal, donde se casó y tuvo dos hijas. Emigró a Texas junto con su familia en 1834. Se estableció en Velasco, donde pasaba por plantador, aunque su correspondencia muestra que se dedicaba al tráfico de esclavos. Apoyó la rebelión contra México desde el inicio y, por su experiencia en West Point, se convirtió en comandante de un grupo de voluntarios. Pero su entrenamiento de militar profesional no le fue muy útil como líder de voluntarios poco disciplinados y sus titubeos e indecisión provocaron que Urrea lo pudiera rodear en un claro, en la que se conoce como batalla de Coleto. Clinton P. Hartmann, "Fannin, James Walker, Jr.", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/fannin-james-walker-jr>. [Consulta: 10 de abril de 2024.]

[85] Urrea, *Diario de las operaciones*, 1838, p. 17.

[86] El régimen emocional es "el conjunto de normativas, rituales y prácticas oficiales que controlan la manera en que las emociones deben ser inculcadas y expresadas". En otras palabras, busca normar las emociones que son legítimas e ilegítimas, y las normas morales que las determinan. Reddy, *The navigation of feeling*, 2001.

bondad nacional" de la que se habían fiado quienes se rindieron, fuesen perdonados. Todo "mi batallón", escribió Santiago, "se interesaba por la vida de aquellos infelices, que hambrientos, llenos de harapos y faltos de los recursos más indispensables para aliviar su situación, conmovían a cuantos tuviesen la pena de mirarlos".[87] Urrea escribió que "Fannin era un hombre recomendable, un hombre de valor, cualidad que a los soldados hace estimarlos mutuamente en la guerra, sus modales captaron mi aprecio". [88] Las ideas de virilidad y masculinidad que los militares proyectan constantemente en sus textos, como puede observarse en la experiencia de Santiago y su batallón, no llamaba a la aniquilación sin piedad del enemigo. El "honor", término que encapsulaba aquellas nociones, era una brújula moral, política y social clave tanto para los individuos como para las naciones en el siglo XIX.[89]

Era deshonroso e incivilizado ejecutar a quienes ya habían sido vencidos con virilidad en el campo de batalla. Para el régimen emocional del militar resultaba indigno matar a alguien si no era un enfrentamiento de frente, con armas en la mano. Un comunicado oficial impreso por la prensa en México lo pone en términos explícitos, usando el ejemplo de los cabecillas rebeldes: "el jefe de ellos, llamado Travis, murió como valiente con la carabina en la mano, en la espalda de un cañón, pero el perverso y fanfarrón Santiago [*sic*] Bowie, murió como una mujer, escondido casi bajo de un colchón".[90] Aunque los soldados en ocasiones eran empleados para aplicar penas capitales, perseguir y castigar delincuentes, se veían como deberes "indecorosos" debajo de su dignidad y se prohibieron.[91] Además, aun si los voluntarios de Texas constituían parte de una insurrección y no pertenecían a nación extranjera reconocida, los soldados mexicanos no los vieron como viles criminales. Todo el

[87] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 20.

[88] Urrea, *Diario de las operaciones*, 1838, p. 17.

[89] Patrick Truester ha recalcado recientemente cómo el honor, el género y la familia contribuyeron a la formación de las naciones en México y Estados Unidos, así como los conflictos fronterizos entre ambos durante la guerra de 1846. Truesler, "Bad Fathers", 2022.

[90] *El Mosquito Mexicano*, Ciudad de México, 5 de abril de 1836, p. 1.

[91] Por ejemplo, como resultado de una reunión de la junta consultiva de la Secretaría de Guerra, José María Tornel expidió el 19 de noviembre de 1835 una circular a los gobernadores y comandantes generales de los departamentos para que "por necesidad de mantener el decoro y consideración debida al ejército" la "tropa no habrá de servir [para ejecutar las penas capitales de la justicia ordinaria] en ningún caso". Además, también se mandó que todos los departamentos se proveyesen con verdugos y un piquete de cinco a diez hombres para aplicar las penas capitales. Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Justicia, vol. 132, exps. 5-6.

batallón de Tres Villas sintió empatía y lástima frente a la suerte de sus prisioneros, aunque según el gobierno debieran ser catalogados y tratados como piratas. Entre ellos nombraron a un representante, el capitán de presidiales Manuel Sabariego –las tropas de presidio eran las que mejor sabían recorrer aquellas tierras y sirvieron como mensajeros y guías– para que, en su representación, solicitara el indulto que les "interesaba y a la humanidad".[92]

Pero en lugar de traerles buenas noticias, el capitán Sabariego llegó seguido por el coronel Manuel Fernández Castrillón, miembro del Estado Mayor de Santa Anna,[93] con la orden de realizar la ejecución. El 27 de marzo de 1836, el "domingo de ramos" (enfáticamente subrayado en el manuscrito de Tapia), los prisioneros fueron fusilados. En el momento, se excluyeron a 80 prisioneros de otro grupo de voluntarios que había sido capturado en el puerto del Copano, porque no iban armados. A los oficiales como Santiago se les permitió "separar aquellos que por el trato diario nos habían simpatizado y a los más íntimos amigos de estos o parientes más cercanos que de antemano les conocíamos". De tal modo, lograron salvar a otros 40. Aun así, la ejecución los consternó: "El hecho nos dejó profundas sensaciones de horror y tristeza. Mejor vale hallarse en cuatro batallas campales, reñidas y desfavorables, que presenciar solamente un acto tan sensible." Además, de acuerdo con varios testigos y partícipes como Tapia, se llevó a cabo de la peor forma, "por la violencia y poca fuerza que se hizo", dejando a algunos prisioneros agonizando más de lo debido, mientras otros lograron escapar.[94]

Esta ejecución generó tanto odio y repudio como la de El Álamo. Tanto, que un año después, en 1837, por instrucción directa de una carta de Santa Anna, para "vindicar su reputación mancillada por la muerte de

[92] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 21.

[93] El Estado Mayor del ejército de operaciones sobre Texas estaba formado de infantería: general coronel Manuel Fernández Castrillón, teniente coronel Juan Díaz, teniente M. Bachiller, teniente Anastasio Cobos, primer ayudante Eugenio Flores, el cazador Juan Álvarez, cabo 1ero Valentín Gil. Y caballería: teniente coronel José Batres, teniente coronel, Juan María Bringas, teniente coronel Manuel de la Portilla, teniente coronel Esteban de la Mora, teniente coronel Pedro Francisco Delgado, capitán Marcial Aguirre, capitán Manuel Badillo y el dragón Justo García. AHSDN, XI/481.3/1103, f. 2, citado por Campos, "El ejército de operaciones", 2020, p. 140. Fernández Castrillón se convirtió en el chivo expiatorio de Santa Anna por la derrota de San Jacinto. Era a quien dejó a cargo del campamento mientas tomaba su siesta, pero, según el caudillo, no atendió sus tareas y por eso los sorprendieron. Murió junto a otros 50 soldados intentando organizar una línea de defensa frente al repentino ataque.

[94] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 21-23.

Fannin y la de los prisioneros hechos a resultado de la acción de guerra del Perdido", el ministro de Guerra inició una averiguación.[95] Primero, sobre si hubo un convenio con los prisioneros. Segundo, y más importante, si la ejecución se hizo "de un modo cruel e inhumano dirigiendo tiros sin orden ni concierto en término que algunos escaparon y formaron muchos días parte de la guardia que me custodiaba [Santa Anna]", haciendo responsable al teniente coronel José Nicolás de la Portilla, a cargo de la ejecución.[96] El coronel Lucas Condelle actuó como juez fiscal y el capitán Ramón María Valenzuela como su secretario. Mandaron un interrogatorio a los involucrados –el general José Urrea, los coroneles Juan Morales y Mariano Salas, y los tenientes coronel Juan José Holzinger y de la Portilla– preguntando si existió algún convenio con Fannin, si Santa Anna estaba enterado y dónde, cuántos y cómo fusilaron a los prisioneros.[97]

Juan Morales y Mariano Salas fueron interrogados en persona por comisionados de la comandancia de San Luis Potosí y Matamoros, respectivamente. Contaron la misma historia que el diario de Urrea: rodearon y atacaron a Fannin, este sacó la bandera blanca y aceptó rendirse a discreción, sin ningún compromiso previo. Luego, el general ordenó a Morales llevar a los prisioneros a Goliad y entregarlos a su comandante, Nicolás de la Portilla, dejando al batallón de Tres Villas en el sitio, y luego partieron a Victoria. Santa Anna dio la orden de tratarlos como piratas en varias ocasiones y, después de titubear, de la Portilla las cumplió. Morales y Salas no pudieron dar muchos detalles porque no estuvieron presentes, pero sí supieron que la tropa que los fusiló fue la del batallón de Tres Villas y el activo de Yucatán. Ambos escucharon que la ejecución se hizo fuera de Goliad, escapándose varios por el desorden, algunos echándose al río. Morales no sabía cuántos, creía que cerca de 400, y agregó que los prisioneros que quedaron en la división de Urrea

[95] AHSDN, XI/481.4/14627, f. 696.

[96] AHSDN, XI/481.4/14627, fs. 697-698. Sobre el cautiverio del caudillo y los demás prisioneros, véase en esta obra, cap. III.

[97] En ese momento, el general José Urrea estaba en Sinaloa. El coronel Morales en San Luis Potosí y Salas en Matamoros. Fueron la mano derecha e izquierda de Urrea durante la campaña de 1836, y quienes dialogaron con Fannin en el Perdido. Se convocó a Holzinger, que se hallaba en Veracruz, porque fue el intérprete, pero no pude hallar su declaración, si es que se le tomó. El teniente coronel Portilla estaba en Yucatán. AHSDN, XI/481.4/14627, fs. 699-702.

no fueron fusilados. Según la respuesta de Urrea, eran 445, que incluían los 234 prisioneros de la batalla de Coleto contra Fannin.[98]

Por su parte, Nicolás de la Portilla declaró que el 24 de marzo recibió a los prisioneros y los puso a trabajar en las reparaciones de Goliad. Comió carne y tomó vino tinto con Fannin, quien brindó por el general Urrea. Luego arribaron los 80 prisioneros del Copano, que se salvaron porque no los atraparon armados. El 26 llegaron otros 80 desde Victoria. Ese día, a las 7 de la noche recibió la orden de Santa Anna de ejecutarlos y una hora después la de Urrea de que los tratara con consideración. Por "órdenes tan contrarias", pasó "toda la noche en inquietud". A la mañana siguiente, el domingo de ramos, decidió llevarla a cabo, considerando que se lo mandaba su superior y una circular del gobierno. Hizo levantar a los alrededor de 445 prisioneros y los dividió en tres grupos, con sus respectivas escoltas de aproximadamente 80 soldados cada una, para fusilarlos en la "llanura de Goliad". Se encargarían el batallón de Tres Villas, al mando de Agustín Alcérreca, el activo de Yucatán, al mando del capitán Luis Balderas, y el regimiento de Tampico, al mando del capitán Antonio Ramírez. De la Portilla les ordenó marchar en direcciones dispersas con un "papelito" que tenía escrita la disposición de que, una vez estando "a una distancia regular del campo, les hiciesen saber la orden suprema que los condenaba a morir y que la ejecutasen".[99]

Hay una gran diferencia entre ejecutar a un solo individuo y a una masa de personas, sobre todo cuando su número supera a quienes deben hacerlo. Si por cada soldado en los grupos de fusilamiento había alrededor de 1.8 prisioneros, la ejecución debía llevarse a cabo con algún método que la hiciese eficiente para no generar un caos y alargar el suplicio de los "desgraciados". Ninguno de los testimonios revisados da detalles de cómo ocurrió, pero el silencio dice muchas cosas. Además, sabemos que no todos los soldados mexicanos, especialmente los reclutas, habían perfeccionado el uso del fusil.[100]

[98] *Ibid.*, fs. 706-708 y 728-731. Urrea dio su testimonio por medio de una carta. En ella dice que Fannin le pidió ser tratados como prisioneros de guerra y él lo rechazó. Pero el cabecilla rebelde se tuvo que rendir a discreción porque estaba rodeado. Urrea citó las tres cartas que Santa Anna le mandó para ordenarle, como a Portilla, que llevara a cabo las ejecuciones. *Ibid.*, fs. 713-716.

[99] *Ibid.*, fs. 717-723 y 740-743.

[100] Filisola, por ejemplo, alegaba que los reclutas que fueron a Texas "ni en los ejercicios doctrinales habían disparado sus fusiles". BLAC, W. B. Stephens Collection, Item WBS 2040, p. 1. Sobre el fusil de avancarga, ánima lisa y acción de chispa, que requería de un proceso compli-

Nicolás de la Portilla tampoco fue testigo directo. Ordenó ejecutar a Fannin y sus oficiales desde su casa de campaña y ahí prefirió quedarse, "ya que su posición de mandar aquel punto se lo proporcionaba". Escribió a Urrea para quejarse de "haberme tocado esta escena tan triste". El acto, en sus palabras, generó un "¡gran contraste de sentimiento en toda la tropa y oficiales! Mucho silencio". Cuando mandó contar los cadáveres le dijeron que había 443 –la cifra real probablemente fue menor, según los otros testimonios–. La "quemazón de cadáveres" fue un suplicio, el desagradable proceso tardó varios días en concluirse.[101]

De ahí el cuidado con el que Urrea lo relató en el diario que publicó en 1838, cuando tocó el escabroso tema. Para Tapia, parte de la culpa era suya, por haber rendido a los texanos y hecho promesas cuando "los desgraciados merecían la pena de muerte por hacer la guerra contra la justicia y a los que más hospitalidad les diere". Después de todo, "*ellos*" habían cometido excesos en las personas y bienes de mexicanos cuando incendiaron la villa de Goliad antes de retirarse, "cual horda de salvajes". Pero, aunque los "aventureros" fuesen unos "genios del mal", el gobierno debió mostrar la otra mejilla, mostrar su "franqueza y bondad" con un perdón. Porque el "incidente" se volvió una "¡página de oprobio en la Historia de México!" Lo civilizado habría sido el perdón.[102]

El caso se encontraba en un punto gris en el derecho de gentes de la época. Como escribió Santa Anna en las últimas líneas de una de las cartas que mandó a Urrea, dándole órdenes de marcha y recordándole la circular de Tornel:

> A nadie cedo, amigo mío, en compasivo, pues yo no sé aborrecer a hombre alguno, y a mi, mis agravios personales jamás he procurado vengarlos. Pero ¿quién me da facultades para sobreponerme a lo que el gobierno de la nación tiene terminantemente mandado, indultando a unos delincuentes de la magnitud de estos extranjeros? ¿Bajo qué pabellón hacen la guerra a la república entera, asesinando traidoramente nuestros destacamentos, incendiando nuestros pueblos, atacando las propiedades de los pacíficos ciudadanos, e intentando robarse gran parte de su territorio?

---

cado de carga, y en general las armas, véase Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 51 y 166-173.

[101] AHSDN, XI/481.4/14627, fs. 717-723 y 740-743.

[102] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 23-24. Cursivas del original.

> ¿Usted pretende que recaiga sobre mi la indignación nacional como sucedería si se entendiese que protegía semejantes forajidos? *Bien distinguirá usted que esta no es una guerra de humanos, como las que desgraciadamente hemos tenido entre nosotros. Tampoco lo es de nación a nación en la que según el derecho de gentes y de guerra, debe haber cuartel, respetándose los prisioneros hasta ser canjeados por otros.*[103]

La guerra de Texas fue una circunstancia geopolítica compleja que podía interpretarse de varias formas. Al inicio, en México no se le vio como un pronunciamiento federalista más. Y fue así porque no todos los rebeldes eran colonos ni todos los colonos se rebelaron. El adversario tenía un componente importante de lo que las autoridades mexicanas llamaron "aventureros" y las texanas "voluntarios", gente que llegaba, desde el país del norte, como invasores armados. Como veremos con mayor detalle más adelante, la mayor parte de los soldados dirigidos por Samuel Houston eran "voluntarios", azuzados por gente como Isaac Parker con promesas de tierra a cambio de sus servicios.

La cuestión queda planteada con claridad en una carta que Stephen Austin mandó a Mary Austin Holley a finales de 1835, cuando recién regresaba de su cautiverio en México. El líder colono le argumentaba que era el momento de que Texas "efectiva y completamente se americanice. Esto es, que sea colonizada por una población que armonice con sus vecinos en lenguaje, principios políticos, origen, simpatía y hasta intereses". En otras palabras, planteaba que el objetivo a seguir era "americanizar a Texas", con "una gran ola migratoria este otoño e invierno desde Kentucky, Tennessee, todas partes, con o sin pasaportes, como sea" y "cada hombre con su rifle o mosquete". Esto, según él, sería el factor decisivo para que Texas se uniera a Estados Unidos y México tuviera que ceder.[104]

Y en efecto, muchos individuos interesados en la causa de Texas se dedicaron llevar a cabo la visión de Stephen Austin. Su prima no sólo colaboró con la producción de libros, mapas y guías de viaje y colonización, fomento en sí muy importante para la migración. A finales de

[103] AHSDN, XI/481.4/14627, f. 718. Las cursivas son mías.

[104] Stephen F. Austin a Mary Austin Holley, 21 de agosto de 1835, Digital Austin Papers (en adelante DAP), University of Northern Texas, en <http://digitalaustinpapers.org/index DAP>. [Consulta: 24 de enero de 2024.]

1835, ayudó con provisiones a los "Kentucky Emigrants", nombre de un grupo armado que llegó de aquel estado, además de ofrecer en los periódicos suministros para los que se aventurasen a Texas.[105] El gobierno mexicano, por los reportes de sus legaciones, estaba enterado de estas actividades, particularmente sobre la circulación en la prensa de notas que convocaban voluntarios y pedían donaciones. El cuerpo diplomático reclamó al departamento de Estado estadunidense que hasta el periódico oficial de su gobierno estuviera recopilando y reproduciendo esa propaganda.[106]

La llegada no menor de extranjeros, mayoritariamente estadunidenses, con las armas en la mano, sin la aquiescencia formal de su nación o alguna "bandera reconocida", daba argumentos al gobierno mexicano para tratar a los "aventureros" como piratas. Pero, a pesar de ello y de los muchos antecedentes de filibusteros haciendo de las suyas en Texas, casi todos los testimonios de militares mexicanos vieron el degüello y las ejecuciones como lamentables y deshonrosas. Además, en Estados Unidos y Texas, la guerra sin cuartel derivó en un relato de buenos y malos, que aún tiene mucha fuerza en su mitología histórica. Pero más allá de la construcción de los mitos que todavía dominan la narrativa de esta serie de acontecimientos, en su momento, las ejecuciones fueron vistas como una sentencia "bárbara" por casi todos los involucrados.[107]

Tras el Álamo y las victorias de Urrea, el ejército mexicano barrió el terreno hasta San Felipe, el que encontraron abandonado. En palabras de Santiago Tapia, los colonos y enemigos "no hacían otra cosa que escapar por todas partes sin presentar acción ninguna". Según el diario del teniente José Enrique de la Peña, en ese momento muchos de los altos mandos ya estaban confiados en la victoria. Otras fuentes confirman el éxodo que se produjo ante el avance del ejército mexicano. En la desesperación y el caos, las tropas rebeldes incendiaron las poblaciones de las que iba huyendo, como Goliad. También exhortaban violentamente a los colonos a retirarse. Otras familias se escondieron en los bosques. Los rumores de las brutalidades del ejército mexicano, en parte fundamenta-

[105] Austin Holley, *The Texas diary*, 1965, pp. 33-35.

[106] Carta de Joaquín Ma. de Castillo y Lanzas, *chargé d'affaires* mexicano, a John Forsyth, recopilada en "Mr. Castillo to Mr. Forsyth, Philadelphia, October 28, 1835", *House Documents*, 1880, vol. 12, pp. 716 y ss.

[107] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 23.

das por el degüello, también tuvieron un papel en este pánico generalizado. El caso es que buena parte de la población salió huyendo en pánico, en lo que se conoce como el "runaway scrape". La mayoría se acumuló en Galveston, esperando pasaje para escapar.[108]

EL EFECTO PÉNDULO

Desde que Texas declaró su independencia el 7 noviembre de 1835, se organizó una comisión formada por Stephen Austin, Branch T. Archer y William H. Wharton. El objetivo era buscar financiamiento para el nuevo gobierno, así como el reconocimiento de Estados Unidos. Por el mal clima y enfermedades que sufrieron algunos comisionados, la comitiva se retrasó en su camino de Nueva Orleans a Washington. Pero en su recorrido por los estados del sur, Austin y compañía aprovecharon para promover la causa de Texas en juntas públicas, alentando a los grupos de "voluntarios" que partieron a Texas con las armas en la mano. Además, la comisión negoció un préstamo en Nueva Orleans por 200 000 dólares y otro por 50 000 dólares, respaldado por títulos de tierras públicas, de los cuales sólo recibieron el pago inicial de 60 000 porque nunca fue aprobado por el gobierno texano. Aparte de eso, los rebeldes recolectaron donaciones desde Estados Unidos y Texas y recibieron mercancía entregada a crédito de comerciantes como McKinney y su socio Samuel M. Williams. Según E. C. Barker, la revolución costó 1 250 000 dólares y la mayor parte se pagó, como a los voluntarios, con tierras públicas.[109]

[108] Los testimonios de mexicanos y visitantes posteriores coinciden en señalar este éxodo masivo, debido en parte por miedo a las tropas de Santa Anna, a las órdenes de Sam Houston y a los rebeldes, que obligaron a las familias a evacuar e hicieron cundir el miedo. Peña, *La rebelión de Texas*, 1955, p. 153; Urrea, *Diario de las operaciones*, 1838, p. 26; Muir, *Texas in 1837*, 1958, p. 21; Barker, "President Jackson", 1907, p. 808. Según Carolyn Callaway, quien hizo su tesis de maestría sobre el tema, el éxodo comenzó en las poblaciones sobre el río San Antonio con la llegada de Santa Anna al río Bravo en enero. Tras el Álamo, Houston ordenó la retirada de toda la población al norte del río Colorado, circulando las noticias de la derrota del Álamo y del degüello. Para abril, las colonias del río Brazos ya habían sido evacuadas, con la mayoría de los pobladores yendo a Luisiana por medio de la frontera terrestre o vía Galveston-Nueva Orleans. Fue un éxodo súbito en el que muchos no tuvieron tiempo de prepararse para el camino, sufriendo enfermedades y hambre. Texas fue casi abandonada por los angloestadunidenses hasta que llegó la noticia del resultado de San Jacinto. Carolyn Callaway Covington, "Runaway Scrape", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/runaway-scrape>. [Consulta: 24 de enero de 2024.]

[109] Barker, "The finances of the Texas", 1904, pp. 612-635.

La comisión de Austin, Archer y Wharton se encontraba cabildeando en Washington, Nueva York y otras ciudades grandes del noreste estadunidense mientras la guerra de Texas se desarrollaba de forma adversa para su causa. Tuvieron éxito en recaudar algunos fondos, levantar entusiasmo para su causa, organizar juntas públicas de "los amigos de Texas" y mandar memoriales en pos del apoyo del Congreso estadunidense. Por ejemplo, el 21 de abril, el mismo día de la batalla de San Jacinto, Mary Austin Holley contó a su primo sobre una junta exitosa que se organizó en Lexington, en la que habló un coronel texano llamado Lewis. Resultó en un clamor a favor de Texas y un memorial para el Congreso. Así como Lewis, había muchos oficiales texanos que, de una u otra forma, consiguieron credenciales y se fueron a reclutar voluntarios y pedir apoyo alrededor de Estados Unidos, especialmente en el sur. A cambio de tierra y fortuna, los voluntarios juntaban fondos y partían por barco o tierra. En la misma carta, Mary dice estar ansiosa por recibir noticias positivas de Texas, que tardaban dos días en llegar. En marzo e inicios de abril todas las que le llegaron fueron sombrías.[110]

Los comisionados estaban exasperados y avergonzados con su gobierno, en ese entonces inmerso en el caos del "runaway scrape", porque no se habían comunicado con ellos, ni siquiera para ratificar sus credenciales y darles la credibilidad necesaria para cumplir con su comisión.[111] Estaban en una situación desesperada. Tanto que, en abril, Stephen Austin escribió una carta directamente a Andrew Jackson y su gabinete, implorándoles apoyo para Texas. Argumentó que se trataba de "una guerra de barbarie contra civilización, despotismo contra libertad, de mexicanos contra estadounidenses". Les pidió que les prestaran dinero con los excedentes presupuestarios de ese año y que la guerra de Texas se volviese una "guerra nacional", porque ya lo era "*sub rosa*" (en secreto).[112] El gabinete respondió con una fría negativa. La historiadora texana Ethel

[110] Mary Austin Holley a Stephen F. Austin, 21 de abril de 1836, en DAP. [Consulta: 24 de enero de 2024.]

[111] "Con pesar nos vemos obligados a decir que el estado de las cosas en casa, ha puesto en aprietos la labor de los agentes del gobierno en este país. Los abajo firmantes no han recibido ni una palabra del gobierno desde la reunión de la convención en marzo, y el público ha sido informado a través de los periódicos de que hemos sido reemplazados, que no tenemos poderes como agentes, etc.". Stephen F. Austin a David G Burnett, 3 de abril de 1836, en DAP. [Consulta: 24 de enero de 2024.]

[112] Stephen F. Austin a Andrew Jackson, 15 de abril de 1836, en DAP. [Consulta: 24 de enero de 2024.]

Zivley, que estudió de manera exhaustiva los esfuerzos texanos de reconocimiento, encontró la nota que Andrew Jackson escribió al reverso de la carta Stephen Austin. En ella, el presidente estadunidense registró que este último no tomaba en cuenta el tratado de neutralidad en vigor con México y que los "texanos, antes de dar el paso de declararse Independientes, que ha despertado y unido a todo México en su contra, debieron haber reflexionado bien. Fue un acto precipitado y prematuro, nuestra neutralidad debe mantenerse fielmente."[113]

Después del fatídico domingo de ramos en el que se llevaron a cabo las ejecuciones de Goliad, el batallón de Santiago Tapia salió rumbo a Victoria a reagruparse con Urrea. Iba lleno de "confusión y vergüenza, como si cada uno de los integrantes de Tres Villas tuviere algo que reprenderse. De manera que, por dos o tres días, cada cual se abstenía de hablar de cualquier asunto extraño al servicio militar, temiendo avivar unos recuerdos que desgarraban el corazón."[114] Llegaron a Victoria el 29 de marzo de 1836. Siguieron junto a la división de Urrea, que mandó a los dragones a reconocer el camino y juntar provisiones de las inmediaciones, muchas de casas abandonadas.

El 5 de abril se reagruparon en el paso del Carey, sobre el río Colorado, uno de los más profundos, anchos y caudalosos de Texas. Habían comenzado las lluvias y crecidas, así que costó mucho trabajo cruzarlo. Tuvieron que construir balsas, con ayuda del zapador (ingeniero) militar de origen alemán que iba con ellos, Juan José Holzinger.[115] Tardaron seis días en llegar al margen derecho, a donde estaba el puerto de Matagorda, también abandonado. Una balandra con ocho personas alcanzó a escapar en el último momento al verlos llegar. Todo indicaba que la gente había huido precipitadamente, porque dejó cinco barcos fondeados en la bahía y varios almacenes llenos, del mismo estilo de los que Mary Austin Holley vio sobre el río Brazos, con "muchos efectos de algodón, abun-

[113] Zivley, "Recognition of the Republic", 1910, pp. 155-256.
[114] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 24.
[115] Santa Anna incorporó al ejército a varios extranjeros con el propósito de emplearlos en los cuerpos que requerían de conocimientos técnicos, como los de artillería e ingenieros. Holzinger llegó a México como empleado de la compañía minera británica Real del Monte, y de 1828 hasta 1836 estuvo en el ejército mexicano al mando de Santa Anna. Vázquez, "Soldados alemanes", 1988, pp. 422-429.

dante mercería, loza fina y cristal de igual calidad, infinidad de pacas de algodón, tabaco, y abundantísimos víveres de todas clases".[116]

Urrea había convencido a algunos colonos de unirse a la causa mexicana. Probablemente, viendo cómo iba la situación, buscaron quedar bien con el general mexicano. Como resultado, obtuvo la siguiente información:

> Teniendo una idea horrible de nosotros, a consecuencia de la *guerra a muerte* que se hacía, veían como una gracia muy particular que se les acordara lo que se les debía de justicia, y en prueba de su gratitud me comunicaron noticias de importancia para las operaciones de la guerra, y se ofrecieron por su parte a contribuir a la conclusión de ella, atrayendo al orden por medio de la persuasión a los colonos que habían tomado las armas, pues tenían confianza en que estos las dejaran tan luego como tuvieran seguridad de que se respetarían sus *vidas y propiedades*. Me ofrecieron entre otras cosas poner a mi disposición la isla de Galveston, pidiéndome antes garantías para las muchas familias que se habían refugiado en ella y en el fuerte de Velasco. Yo los tranquilicé en esta parte y les ofrecí concederles cuanto pendiera de mi arbitrio, porque estaba íntimamente convencido que la política y una conducta filantrópica y humana, harían tanto o más que las armas para la pronta conclusión de la campaña. Una muy triste experiencia lo ha acreditado así, y la ciega fatalidad que persigue nuestros destinos cegó entonces a nuestro gobierno.[117]

Le informaron que Sam Houston debía tener entre 700 y 800 soldados, más otros 300 o 400 "con armas en la mano" (detalle crucial porque era el criterio para el degüello), unos en Velasco y otros dispersos. Le dijeron que, en las presentes circunstancias, el objetivo del jefe texano era meterse a Galveston y defender lo necesario para que "las familias, negros e intereses que se habían reunido en aquel punto" pudieran embarcarse y escapar. Pero, según Urrea, cuando se vio obligado a presentar batalla contra la avanzada al mando de Santa Anna, "la fortuna le fue propicia en S. Jacinto, y se nos presentó como vencedor y como héroe

[116] Entrada del 13 de abril de 1836, en Urrea, *Diario de las operaciones*, 1838, p. 25.
[117] Entrada del 22 de abril de 1836, en *ibid*., p. 27. Las cursivas son mías.

el que, sin el concurso de circunstancias desgraciadas, habría sido nulo como soldado y tal vez desaparecido de la escena".[118]

El pánico, el miedo y la sed de venganza fueron factores fundamentales en el desenlace de esta campaña, como sugiere el diario de Urrea. Santiago Tapia ofrece una explicación bastante convincente de cómo la secuencia emocional, surgida de la "guerra a muerte" que optó por llevar a cabo el ejército mexicano, derivó en la debacle:

> El descalabro de San Jacinto sólo consistió en que la corta brigada que el Sr. Santa Anna quiso mandar en persona avanzase tanto hasta precipitar los pocos aventureros y familias colonizadoras que pasaban el Brazos. Y como no tuviesen modo de hacerlo, por la falta de embarcaciones, a la vez que en la mañana del 21 de abril de 1836 habían sido rechazados dos veces por aquella brigada. *Que no contaban con garantía de salvar sus vidas si se rendían, por los asesinatos de San Patricio, parecidos a los de la Bahía* [Goliad], *y porque consideraban que no les quedaba más recurso, que vencer o morir*, supieron aprovecharse de la imprudencia con que obró el Sr. Santa Anna, de mandar formar pabellones a su tropa (la más bisoña) y de acostarse a dormir en el mayor desorden. Y sin embargo de ser el medio día, el enemigo, avisado por sus espías o exploradores, avanzó rápidamente encubierto por los crecidos sacatonales y bosques y sorprendió a nuestras fuerzas, de las que muy pocos soldados opusieron una regular resistencia. Cortada su retirada, en un terreno abierto, desierto y desconocido, fueron hechos prisioneros todos los que se habían salvado, incluso el Sr. Santa Anna.[119]

Tapia coincide con el conocido refrán de Sun Tzu, que recomienda nunca dejar a un ejército enemigo sin salida. Siempre hay que dejarle una y luego atacarlo desprevenido, porque "un animal salvaje lucha hasta la muerte cuando se siente acorralado".[120]

Antes de recibir la noticia del "descalabro", que tardó unos días en llegar a todo el ejército mexicano repartido en Texas, el batallón de Tres Villas y los infantes yucatecos estaban en el puerto de Matagorda fortificando el sitio, bajo las instrucciones de Holzinger. Ahí inventariaron los víveres que habían encontrado, según Tapia, los que se habían salvado

[118] *Ibid.*
[119] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 29-30.
[120] Sun Tzu, *El arte de la guerra*, 2001, cap. VII: "Sobre el enfrentamiento directo e indirecto".

del "destrozo" que hizo la tropa de Urrea por una "codicia repugnante". Armaron un "hermoso" chalán y reunieron todos los que encontraron en los solares de la laguna. Además, construyeron un reducto para una guarnición de 200 soldados en el muelle.[121]

De la derrota, primero se escucharon rumores y susurros. Agustín Alcérreca, el comandante del batallón, no había recibido ninguna noticia del ejército en varios días, por lo que mandó al oficial Garay a pedir instrucciones de Urrea. El 3 de mayo volvió con la mala noticia del "descalabro" del 21 de abril y de la captura de Santa Anna. Entonces hubo un "suceso extraño en la persona de nuestro comandante Alcérreca". La noticia derramó la gota del vaso de su estado emocional:

> Este Sr. había quedado bastante afectado desde la ejecución de la Bahía [Goliad]. Al mandarse de Matagorda dos compañías para asegurar el paso del río, dicho Sr. marchó con ellas, y según algunas manifestaciones suyas, después se calculó que su cerebro se extraviaba. Al siguiente día llegó al paso del Colorado la fuerza que había quedado en Matagorda, y el Sr. Alcérreca, que en ese instante se hallaba merendando de mala gana, sumamente triste y en silencio, oye sonar nuestras cornetas y se levanta de improviso y obliga a su asistente que ensille y lo siga, indicando que huía de los mismos desgraciados fusilados, a quienes veía en su imaginación e hincado les pedía perdón.[122]

Según los abundantes testimonios sobre la acción de San Jacinto que se produjeron con el tiempo, incluyendo algunos de los que escaparon de las ejecuciones, los rebeldes vengaron a sus compañeros. Ya con el ejército desbandado, siguieron disparando a la masa de soldados mexicanos que se quedó atascada en un bayuco del río San Jacinto, a pesar de las amonestaciones de algunos oficiales como Houston y John Wharton (el hermano de William).[123] De acuerdo con uno de los solda-

[121] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 26.

[122] *Ibid.*, p. 28.

[123] James Washington fue un testigo cuya declaración fue tomada mucho tiempo después de los acontecimientos, 1901, por la asociación de historia *Daughters of the Republic* –que incluía entre sus filas a Adina Zavala, hija de Lorenzo, y a la familia Briscoe–. Aprovechando que estaba ayudando a identificar el lugar de la batalla, lo entrevistaron. En su testimonio dice que "habían ocurrido tantas divisiones y diferencias que Houston prefería las opiniones de los hombres, sintiendo que antes de arriesgar batalla debía averiguar si tenían la voluntad de entrar al enfrentamiento". Agregó: "El general Wharton intentó que pararamos [la masacre], tomó a un mexicano

dos texanos, cuyas cartas fueron publicadas poco después de los acontecimientos en un periódico de Nueva York, atacaron bajo el grito de "the Álamo and la Bahía [Goliad]". La batalla duró muy poco, entre 15 y 20 minutos. El resto fue una masacre vengativa:

> Los pobres mexicanos levantaban las manos, se persignaban y gritaban "me no Álamo", pero nada podía salvarlos, la sangre de nuestros compatriotas estaba tan fresca en la memoria de nuestro pueblo como para no ser olvidada o para dejar escapar a un solo mexicano, hasta que agotados por la persecución y la derrota comenzaron a hacer prisioneros. Nadie se atrevió a intentar detener el torrente.[124]

El saldo fue de unos 600 muertos. Juan Nepomuceno Almonte levantó una bandera blanca, rindiéndose con alrededor de 400 soldados. Santa Anna y otros oficiales alcanzaron a escapar y esconderse en los pantanos, pero muchos fueron capturados al siguiente día.[125]

Los periódicos eran los aparatos de resonancia de la información por excelencia en este periodo. Cumplían la función que hoy en día tienen las redes sociales. Un ejemplo excelente es *El Correo Atlántico*, uno de los que siguió, reprodujo y significó más de cerca los acontecimientos de la guerra de Texas. Su dueño y editor era Orazio de Attellis Santangelo (1774-1859), el último descendiente de una familia noble italiana que se volvió jacobino y luchó en los ejércitos de Napoleón durante sus campañas en Italia. En 1824 renunció a su título y se exilió en Estados Unidos. Un año después llegó a México por primera vez por un breve periodo. Después de residir en Nueva York se mudó a la ciudad de México en 1833. Ahí, a partir de 1835, publicó los primeros 16 números del perió-

---

y lo resguardó detrás de su caballo, diciendo que era su mexicano, pero Jim Curtis le disparó. La infantería mexicana cerca del bayuco saltaba al agua para escapar de nuestros disparos, pero el minuto en que salían sus cabezas nuestros hombres los remataban". Washington, "An account of the battle", 1902, pp. 142-143.

[124] Algunas cartas de los combatientes fueron publicadas poco después de los acontecimientos en periódicos estadunidenses. La citada, de autor desconocido, apareció en el *New York Journal of Commerce* el 9 de junio de 1836. Fueron reimpresas en "The battle of San Jacinto", *Annual Publication of the Historical Society of Southern California*, vol. 7, núms. 2/3, 1907-1908, pp. 194-197. Otro ejemplo es *El Correo Atlántico*, que publicó muchas cartas de W. Barret Travis, Sam Houston y otros.

[125] Para el detalle de esta batalla y, en general, de las operaciones del ejército mexicano en la primera campaña, véase Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 173-184.

dico, hasta que fue expulsado por su apoyo a los colonos texanos y al federalismo. El periódico, que incluye notas en inglés, español y francés, y se autodenominó "polígloto, comercial, político y literario", se trasladó a Nueva Orleans, donde imprimió los números 17 al 41. Fue financiado por otros federalistas y liberales radicales, exiliados junto a él en la capital de Luisiana, pero después de que comenzó a apoyar la secesión e independencia de Texas, lo apoyaron George Fisher y Thomas Toby hasta el 15 de agosto de 1836, cuando se publicó el último número.[126]

Uno de los temas que pronto recogió este periódico fue el de la rendición de Fannin y la ejecución de sus hombres cerca de Goliad. La postura era clara: "Aun en el caso de haberse Fannin rendido a discreción, el derecho del vencedor nunca se extiende a privar de una vida al rendido prisionero; pues ¿quién no pelearía hasta el último suspiro si su rendición no hubiese de salvarle de la muerte?"[127] El 4 de junio, el general Thomas Rusk reconoció el llano donde ocurrió el fusilamiento y lo encontró "sembrado con huesos y esqueletos", a pesar de haber sido quemados los cadáveres. Allí procedió a enterrarlos "con todos los honores de la guerra", como "tributo de respeto a la memoria de aquellas gloriosas víctimas de la traición y mala fe de un enemigo salvaje y brutal". En la ceremonia, el general pronunció un discurso que ya enunciaba lo que se convertiría en la historia de bronce de Texas: la lucha contra "las huestes del tirano Santa Anna", sin ningún interés más que conseguir la libertad de este país. Según *El Correo Atlántico*, todos los presentes rompieron en llanto.[128] Otro discurso, que dio un año más tarde Mirabeau Lamar, uno de los "héroes" de la batalla de San Jacinto, y sucesor de Sam Houston a la presidencia, es un buen ejemplo de cómo la narrativa creada a partir de la violencia muy pronto se transformó en un catecismo: [129]

[126] El experto del tema es Luciano G. Rusich, "El Correo Atlantico", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/el-correo-atlantico>. [Consulta: 10 de noviembre de 2023]; "Santangelo, Orazio de Attellis", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/santangelo-orazio-de-attellis>. [Consulta: 10 de noviembre de 2023]. El italoamericano publicó en Nueva York en 1844, *The Texas question. Reviewed by an adopted citizen*. Sobre Thomas Toby, véase en esta obra, cap. III.

[127] "Refutación de la carta del Sr. Santa Anna al presidente Burnet", *El Correo Atlántico*, Nueva Orleans, 27 de junio de 1836, p. 136.

[128] "Republic of Texas", *El Correo Atlántico*, Nueva Orleans, 4 de julio de 1836, p. 138.

[129] "No. 566. Address: Texas and Liberty. Mirabeau Lamar, Columbus, 4 de julio de 1837", *The Papers of Mirabeau Bonaparte*, vol. V, p. 142.

> La perfidia y el asesinato usurparon el lugar de la guerra honorable y civilizada. El tímido y traicionero mexicano, acuciado por un vergonzoso desconcierto, resolvió recuperar mediante el disimulo y el engaño lo que había perdido por cobardía. Los triunfos de su villanía y crueldad son conocidos por todos ustedes. No necesito contarles la historia de El Álamo. Veo por la nube en su frente que la historia está escrita en el corazón. Por el bien de la humanidad, me gustaría que la horrible tragedia quedara olvidada, pero por el bien de la venganza, debo recordarla todavía. Debo recordar también la traición en Coleto [La rendición de Fannin].[130]

No hay que subestimar el poder de este relato para legitimar las aspiraciones independentistas de Texas, las ambiciones de los voluntarios y aventureros que llegaron en busca de fortuna y las aspiraciones de su primera camada de políticos. Por más evidentes que sean sus contradicciones, su importancia en la definición de la identidad colectiva texana fue tan fuerte que sigue perviviendo con vitalidad hasta la fecha. Estos discursos convirtieron a la violencia en una mitología histórica, cuya lección es la justicia divina que se ganan los supuestos mártires de la libertad.

Mientras tanto, la sección 7 de las provisiones generales de la nueva constitución texana, adoptada el 17 de marzo de 1836, cumplía con lo que Stephen Austin anunciaba meses antes a Mary:

> Todas las personas de color que eran esclavos de por vida antes de su emigración a Texas, y que ahora son mantenidos en servidumbre, permanecerán en el mismo estado de servidumbre, siempre y cuando dicho esclavo sea propiedad de buena fe de la persona que lo mantiene como se mencionó anteriormente. El Congreso no aprobará leyes que prohíban a los emigrantes de los Estados Unidos de América traer consigo a sus esclavos a la República y mantenerlos bajo la misma tenencia que tenían en los Estados Unidos; ni el Congreso tendrá poder para emancipar esclavos; ni se permitirá a ningún tenedor de esclavos emancipar a su esclavo o esclavos sin el consentimiento del Congreso, a menos que envíe a su esclavo o esclavos fuera de los límites de la República. No se permitirá a ninguna persona libre de ascendencia africana, en todo o en parte, residir

[130] *Ibid.*

> permanentemente en la República, sin el consentimiento del Congreso, y se prohíbe para siempre, y se declara piratería, la importación o admisión de africanos o negros en esta República, con excepción de los Estados Unidos de América.[131]

No se sabe a ciencia cierta cuántos afrodescendientes esclavizados habían llegado a Texas para 1836. La cifra que dan la mayoría de los historiadores va de 3 500 a 5 000.[132] Para muchos de aquellos, el caos generado por la primera campaña de Texas fue una oportunidad de conseguir su libertad. A Urrea, por ejemplo, se le presentaron "catorce negros esclavos con sus familias, que despaché en libertad a Victoria".[133] Filisola también recibió "algunos esclavos que sucesivamente fueron dirigiéndose sobre Guadalupe, pues ninguno quería permanecer más allá del Colorado; tal era el terror que les inspiraba el temor de volver a caer en poder de sus amos". Pero lo cierto es que la liberación de esclavos no fue un tema prioritario para los militares mexicanos que invadieron Texas. La cuestión de la esclavitud generaba mucha más polémica y atención en Estados Unidos y Gran Bretaña que en México. Para Filisola, este encuentro no fue más que una molestia, porque, en sus palabras, "esta clase de personas no nos prestó ningún servicio".[134]

Más que una "causa" de la independencia de Texas, la esclavitud fue una consecuencia con muchas implicaciones en la guerra que continuó con México y en el escenario geopolítico que enfrentó la nueva república. Como explicó Stephen Austin a su prima Mary en una carta, Texas debía convertirse en un estado esclavista por ser vecino de Luisiana y una población de "abolicionistas fanáticos tendría una influencia muy perniciosa y peligrosa en la desmesurada población esclava de ese

[131] "Constitution of Republic of Texas", *Laws of the Republic of Texas*, 1838, vol. 1, p. 19.

[132] Randolph B. "Mike" Campbell, "Slavery", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/slavery> [Consulta: 5 de abril de 2024], y Torget, *Seeds of empire*, 2015, p. 178.

[133] Entrada del 3 de abril de 1836, en Urrea, *Diario de las operaciones*, 1838, p. 24.

[134] Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1, p. 170. En las órdenes que dio Santa Anna al llegar a Béjar, previno que: "Prohibiendo las leyes de la república la esclavitud, dará protección á todos aquellos infelices esclavos que gimen bajo la férula de algunos colonos, que con infracción de dichas leyes, los tienen en el país en su servicio, aunque con la clase disimulada de contratados por 50, 80, 99 años, pues nadie debe sobreponerse a las leyes, y nuestro deber es hacerlas respetar en todas partes". *Ibid.*, t. 1, p. 21.

estado".[135] De hecho, ello ya había generado muchos problemas al cónsul mexicano en Nueva Orleans, que en los años que precedieron a la independencia recibió constantes denuncias de esclavistas por casos de fugas a México.[136] Pero, a pesar de que subsanaría este último problema, la decisión de mantener la esclavitud terminó complicando la anexión de Texas a la unión americana porque rompía con el endeble equilibrio entre los estados del norte y el sur. Como propone Andrew Torget, la Republica de Texas surgió como un esfuerzo por establecer un refugio para los plantadores de algodón angloestadunidenses en un contexto internacional que se volvía cada vez más hostil a la "peculiar institución". Sin embargo, las dificultades diplomáticas que implicó, sumado a que todo dependía del éxito del modelo de negocio de las plantaciones, no resultó ser una buena fórmula para consolidar un Estado.[137]

RETIRADA

Después de la cruenta secuencia que llevó a la masacre de San Jacinto, surgió la segunda gran controversia de la primera campaña de Texas: la retirada. El mando recayó repentinamente en Filisola, quien terminó replegando al ejército hasta Matamoros tras una serie de reuniones con los distintos comandantes. Esa disposición fue muy cuestionada en México porque, como muchos contemporáneos observaron, a pesar de la derrota en San Jacinto, el ejército mexicano seguía teniendo el control de gran parte de la Texas colonizada y gozaba de superioridad numérica. Fue tanta la polémica que Filisola enfrentó un juicio por la decisión. Para su defensa pidió a sus contactos cartas de certificación. Por ejemplo, Ramón López Rayón, el hermano de Ignacio, escribió una elogiando su trato cuando fue su prisionero durante las guerras insurgentes y además defendiendo su carácter y pedigrí patriótico, alegando que se unió "en menos de 24 horas" al pronunciamiento de Iturbide a favor de la independencia.[138] Aunque fue absuelto, su imagen quedó mancillada para

[135] Stephen F. Austin a Mary Austin Holley, 21 de agosto de 1835, en DAP. [Consulta: 24 de enero de 2024.]

[136] González, "Racism and Mestizaje", 1997, p. 46.

[137] Torget, *Seeds of empire*, 2015, pp. 175 y ss.

[138] "Certificacion de Don Ramón Rayón acerca del general, 21 de enero de 1837", en BLAC, W. B. Stephens Collection, Item WBS 2072.

siempre a pesar de sus comunicados públicos y los dos volúmenes sobre la guerra de Texas que mandó imprimir en 1850.[139]

No es casualidad que Santiago Tapia no dedique más de una página a la retirada hacia Matamoros, mientras que Filisola ocupa varios capítulos. En efecto, en una carta a Joaquín Ramírez y Sesma, uno de los generales de brigada de la campaña, Filisola argumenta que fue "preciso que nos retirásemos". La razón principal que daba eran las condiciones climáticas adversas. Como entre el 26 de abril y el 9 de mayo diluvió, los ríos estaban intransitables. Para atacar a Houston, "era preciso pasar el río Brazos, dejar nuestros equipajes, los de los cuerpos que habían perecido, las mujeres, los enfermos, el inmenso cumulo de municiones, estorbos". Además, el agua inutilizó mucha pólvora. Por otra parte, los rebeldes contaban con tres vapores con los que podían atacarlos por la retaguardia. Al final, esa movilidad prevaleció contra las marchas de los mexicanos en el ecosistema texano.[140]

Ese no fue el único factor que quitó el control de las manos a Filisola. La incertidumbre de tener al presidente y a un buen número de soldados mexicanos cautivos y el estado anímico del ejército también fueron determinantes. La cuestión no es si tomó aquella decisión por cobarde, traidor, si tenía razón en que no había otra alternativa por la situación logística y las provisiones, o si simplemente le quedó muy grande el momento. Lo importante es reconocer que la situación lo superó completamente.

La reacción del batallón de Tres Villas ante la derrota muestra cómo la cadena de mando del ejército se desmoronó. La noticia del descalabro de San Jacinto llegó el 3 de mayo, casi dos semanas después de la ocurrencia. Al día siguiente, según la versión de Filisola, "Alcérreca ha-

[139] En 1836 publicó, en la imprenta de Ignacio Cumplido, su *Representación dirigida al Supremo Gobierno por el General Vicente Filisola en defensa de su honor y aclaración de sus operaciones como general en jefe del Ejército sobre Tejas*; en 1838, una contestación al diario de Urrea, que lo tacha de cobarde y traidor, y el *Análisis del diario militar del general José Urrea durante la primera campaña de Tejas*, bajo la editorial del Mercurio, que también imprimía el periódico del mismo nombre en Matamoros. Finalmente, en 1849, mientras era presidente del Supremo Tribunal de la Guerra y Marina, publicó, de nuevo en la imprenta de Cumplido, dos tomos voluminosos de *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*. Los capítulos I al V, pp. 1-90, son de la primera campaña; el capítulo VI, pp. 90-116, de San Jacinto y los prisioneros mexicanos; el capítulo VII sobre la decisión de retirarse; el VIII de reflexiones sobre la conducta de Santa Anna; del IX al XII, pp. 133-156, tratan sobre cómo se "debió" hacer la campaña; el capítulo XIV es sobre las operaciones de Urrea; del XV al XVIII hablan de nuevo sobre la retirada.

[140] "Carta de Vicente Filisola a Joaquín R. Sesma, 12 de junio de 1836", en BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2040.

bía perdido el juicio […] y había hecho su retirada en desorden".[141] Tapia explica que, sin un comandante en condiciones de mandar, se "convocó una reunión particular de jefes y oficiales" y cada uno dio "libremente su opinión fundada". Sumaban alrededor de 200 soldados, ya casi sin parque, en un sitio que no era "regularmente militar" y que sería difícil defender. Los últimos días habían caído muchos aguaceros, el río Colorado se hallaba fuera de su cauce, "inundando mucho terreno de una y otra margen" y bloqueando un camino de retirada en caso de ser necesario. Lo "fangoso del camino impedía que un hombre pie a tierra marchase recto y sobre macizo". Tenían la retaguardia descubierta porque Urrea y el resto del ejército ya había cruzado al sur del Colorado. Además, descubrieron un par de goletas en la laguna observándolos, quizá con tropas del enemigo. Conforme a las circunstancias y sin necesidad de recibir una instrucción de sus superiores, decidieron arrojar sus armas al agua y emprender la retirada. Cruzaron el Colorado en el paso del Carey y ahí recibieron la orden de reagruparse en Victoria con Urrea.[142]

Después de San Jacinto, aumentó el número de voluntarios que llegaron de Estados Unidos, dispuestos a reforzar el maltrecho ejército de la República de Texas. El comandante general de Tamaulipas, Vital Fernández, avisó al ejército que, en Nueva Orleans y otros puntos, se "excitaba públicamente a la juventud, que marchasen a Texas de voluntarios, a vengar la sangre de sus compatriotas".[143] La prensa solía informar de su llegada. Por ejemplo, el 21 de junio arribó a Galveston el bergantín Good Hope con un grupo de 60, incluyendo al hijo de Zavala. El 24, otros 200 procedentes de Louisville llegaron a Nueva Orleans, para ir a Texas a borde del vapor Tuskina, "y otros tantos por tierra".[144] Mientras la república de la estrella solitaria se recuperaba del golpe de la primera campaña, se inició una especie de carrera por ocupar Matamoros entre los comandantes mexicanos en Texas. Se decía que había la suma nada desdeñable de 123 000 pesos reservados exclusivamente para el ejército de operaciones en la comisaría de esa ciudad.[145] Además, tenía los recursos de la aduana y ahí podrían recibirse más provisiones.[146]

[141] Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1, p. 256.
[142] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 25-27.
[143] Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1, p. 267.
[144] Primera nota en *El Correo Atlántico*, Nueva Orleans, 27 de junio de 1836, p. 133.
[145] Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1, pp. 268, 294, 369 y 379.
[146] Véase en esta obra, cap. I.

El fin de la primera campaña no equivalió al final de la guerra. A diferencia de lo que dice la periodización convencional, en realidad esta se extendió por varios años más, sólo que de una manera diferente. Los volúmenes de Filisola, por ejemplo, hablan de "la segunda campaña de Texas" y llegan hasta 1837. No sería sino hasta 1841 y 1842 que se volverían a multiplicar y recrudecer los enfrentamientos en la frontera. El escenario naval se mantuvo activo todos esos años, pero, lamentablemente, ha pasado inadvertido a pesar de su relevancia en el juego geopolítico. En resumen, el estado de guerra y todo lo que implicaba nunca cesaron. Y es que tanto Texas como las villas sobre el río Bravo se militarizaron: los ejércitos llegaron para quedarse y tener un papel importante los siguientes diez años.[147] En los próximos capítulos, se verá cómo se constituyeron en "una sociedad dentro de la sociedad".

Un ingrediente crucial del resto del conflicto, como ejemplifican el caso de Filisola con la retirada, y de Houston con la masacre de San Jacinto, fue que los jefes de ambos lados no sujetaron las riendas de la situación. Por lo menos en este caso, la vieja interpretación de los caudillos y caciques cambiachaquetas no es errónea sólo porque simplifique el sistema político y las ideologías del momento. Más que eso, el problema es que les asigna un control de los acontecimientos que no tenían. Usando una metáfora, podríamos imaginarlos como jinetes de rodeo, que se montaban sobre una bestia impasible, impredecible y violenta. Podían controlarla por momentos, pero tarde o temprano acabarían en el suelo. Esa bestia no sólo estaba constituida por fenómenos naturales adversos, sino por el cúmulo de incertidumbres y emociones sociales que se desbordaban a cada momento.

[147] Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, p. 28.

III
INCERTIDUMBRES Y SENTIMIENTOS, 1836-1838

> Después de la causa liberal y magnánima que nuestro gobierno ha seguido hacia el Gral. Santa Anna, ¿no cesarán los mexicanos su oposición a nosotros y comenzarán un tratado de comercio, amistad y alianza reconociendo nuestra Independencia? Tengo la esperanza de que estén dispuestos a hacerlo, porque estoy bien convencido, y creo que todas las mentes imparciales y reflexivas estarán de acuerdo, de que se trata de una contienda de perjuicio mutuo en la que México no puede esperar tener éxito.
>
> Rhoads Fisher, 1837.[1]

> La contestación dada por usted [Francisco Vital Férnandez, comandante de Tamaulipas y Nuevo León] al Sr. Gral. Filisola merece la entera aprobación del supremo gobierno, el que está resuelto a sepultarse primero entre los escombros de la república, que transigir en lo más pequeño que pueda menoscabar sus derechos o manchar su gloria. Enorgullézcase usted de tener una alma pura y mexicana, y de cuando la nación entienda la conducta que ha observado, le dispensará la justicia que merece.
>
> José María Tornel, 1836.[2]

[1] Rhoads Fisher a Francisco Pizarro Martínez, 23 de enero de 1837, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, f. 13.

[2] "Contestación dada por el Exmo. Sr. ministro de la guerra, al Sr. General D. Francisco V. Fernández", *El Mosquito Mexicano*, 1 de julio de 1836, t. II, núm. 25, p. 1.

El torbellino geopolítico del conflicto por Texas no cesó después de la captura de Santa Anna, como deseaba Samuel Rhoads Fisher, el segundo secretario de Marina de Texas. En su correspondencia con Pizarro Martínez, cónsul mexicano en Nueva Orleans y más tarde enviado extraordinario, le argumentaba que seguir la guerra sería perjudicial para ambas partes y, si resultaba imposible que México tuviese éxito, lo más benéfico para sus intereses era el reconocimiento de la independencia texana. Entonces, ¿por qué México no aceptó su derrota después del tremendo descalabro de San Jacinto y la captura del caudillo presidente Santa Anna? Fisher no fue el único ni el último que pensó que lo más razonable para todos hubiese sido cortar las pérdidas y ahorrarse la tensión, desgaste y demás efectos secundarios inherentes a la guerra. Lorenzo de Zavala, apenas un mes después de San Jacinto, ya estaba totalmente convencido de que la separación de México estaba consumada. En su correspondencia con José Antonio Mexía escribió que ya "había cumplido con [su] misión, y mi profecía sobre Texas ya está cumplida".[3]

Sin embargo, el resultado de la victoria texana durante la primera campaña fueron una serie de incertidumbres. Generó un *impasse* cuando a la negativa de México de aceptar la derrota, se sumó el conflicto interno que la cuestión del reconocimiento y luego de la anexión generaron dentro de Estados Unidos.[4] Como escribió Eugene Barker, este *deadlock* provocó que dicha cuestión adquiriera relevancia en todo el mundo por una década. Gran Bretaña, la gran potencia de la época, estaba promoviendo la abolición de la esclavitud y al mismo tiempo tenía interés en el comercio del algodón texano y en frenar la expansión estadunidense. La posibilidad de que Texas cayera en las manos de Gran Bretaña se agregó a la amenaza de la reconquista mexicana. A cambio de capital, esta podría obligar a la república de la estrella solitaria a abolir la esclavitud y, además, frenaría la expansión al sur de los estados esclavistas. Mientras tanto, los estados al norte de la línea de Missouri podrían seguir creciendo hacia el oeste, haciéndose del control del Senado y aboliendo la "pe-

[3] "Zavala, Lorenzo de, carta a J. A. Mexía. Velasco, 26 de mayo, 1836", Benson Latin American Collection (en adelante BLAC), W. B. Stephens Collection, item WBS 2098.

[4] Parafraseando a Milton Nance, que resume certeramente la situación, la debilidad económica y política de México, junto con el trauma que dejó San Jacinto en los militares, ayudaron a Texas a mantener la independencia. Pero, aunque en los primeros años Texas estuvo en relativa paz, sus problemas económicos la incapacitaron para zanjar el conflicto con México. Nance, *After San Jacinto*, 1963, p. 546.

culiar institución". Entonces las plantaciones británicas en las Indias occidentales y orientales podrían competir con el sur de Estados Unidos.[5]

Además de abrir el espectro de posibilidades que había sobre el horizonte durante la guerra de Texas, queda otro ingrediente indispensable para interpretar el fenómeno. La necedad patriótica mexicana, representada por el epígrafe de José María Tornel, y la rápida efervescencia nacionalista de Texas, coadyuvaron a que estas circunstancias no pudiesen entenderse sólo desde la razón. En efecto, una lectura internacionalista de realismo clásico, y cualquier otro análisis que parta de la razón de Estado o la racionalidad de los actores, se queda corta.[6] Nos hace ver a la sucesión de caudillos y políticos mexicanos que se aferraron a Texas como actores totalmente absurdos, necios o cínicos. Un aspecto fundamental para entender por qué nadie se atrevió a dar a Texas por perdida, aunque en privado pensasen que las posibilidades de retenerla fueron muy pocas, son las emociones y sentimientos con las que estuvo cargado el conflicto. En particular, lo que Adam Zamoyski llama la "locura santa"

[5] Barker, "The Annexation of Texas", 1946, pp. 49-74. Duff Green, encargado estadunidense de los negocios en Texas a partir de 1841, es quien manifestó esas sospechas en su correspondencia con el senador y futuro secretario de Estado John C. Calhoun. Schoultz, *Beneath the United States*, 1998, p. 23, nota 20. Texas también usó la amenazada de reconquista de México como herramienta de presión diplomática contra Estados Unidos. Suárez, "Los temores de Texas", 1987, pp. 177-185.

[6] La corriente de pensamiento realista de las Relaciones Internacionales parte de la anarquía en el sistema internacional. Como no hay un leviatán, un Estado mundial con el monopolio legítimo de la violencia y la capacidad de imponer leyes, la fuerza de cada Estado, el poder político, como diría Hans Morgenthau, es lo que determina los resultados. Por lo tanto, cada Estado está sumergido en una competencia por su supervivencia que lo estimula a incrementar su fuerza comparada con los demás, lo que se mide principalmente con la población y la riqueza o estableciendo alianzas. Uno de sus preceptos es que los Estados tomarán la decisión racional que conduzca al mejor resultado para su seguridad. Aunque los historiadores no apliquen al pie de la letra estas teorías, sí impregnan nuestra forma de entender los conflictos entre naciones. Morgenthau, *Politics among nations*, 1963. Por ejemplo, en su balance final sobre los factores determinantes en la guerra México-Estados Unidos, Peter Guardino señala la importancia determinante de la diferencia entre población y riqueza. Guardino, *The dead march*, 2017, pp. 18-22. En el caso de Texas-México, el segundo superaba mucho en población y riqueza a la primera, y ambos tenían un gobierno poco efectivo. Pero el carácter peculiar de guerra *proxy*, esto es, el apoyo y subsidio indirecto de Estados Unidos mediante la llegada de donaciones, provisiones y voluntarios, equilibró la balanza de poder entre ambas hasta el punto del *impasse*. El realismo, sin embargo, no ofrece explicaciones del porqué México continuó la guerra aun sin poder incrementar su fuerza o encontrar algún aliado, hasta el punto de poner en riesgo su supervivencia en la guerra contra Estados Unidos.

del nacionalismo romántico e ilustrado con el que las elites mexicanas y la historia de bronce texana interpretaron todo el fenómeno de Texas.[7]

Este fue un ingrediente crucial de lo que Andrés Reséndez describe como la invocación de la nación con el fin de crearla, llevada a cabo mediante una variedad de rituales y simbolismos, como las banderas, los himnos, actos públicos, medallas o conmemoraciones. Estos eran el medio principal para transmitir un ideario nacional.[8] En términos de la historia de las emociones, eran la forma de desarrollar un régimen emocional nacional.[9] La bola de nieve de pasiones, emociones y delirios patrióticos que comenzó a precipitarse desde el Álamo no sólo derivó en la conocida mitología histórica de Texas. En México, la cuestión se interpretó como una afrenta al honor nacional y al mismo tiempo se utilizó para galvanizarlo. La multitud de leyes, decretos, circulares, comunicados y actos públicos, y demás papeles del gobierno mexicano posteriores a San Jacinto pueden leerse, desde el punto de vista cínico, como discursos exagerados y superfluos de propaganda y exageraciones patrióticas de la elite gobernante, más aún si asumimos que Texas ya estaba perdida.

Primero, en lugar de verlos sólo como palabras vacías, hay que considerar que esta guerra se convirtió en un medio para transmitir los idearios sociales y políticos que se querían desarrollar, en torno, por ejemplo, a la nación, la patria, la libertad o el honor. Segundo, que estos se entendían y expresaban tanto en términos de emociones y sentimientos cuanto de la "razón". Que hubiese motivaciones e intereses raciona-

[7] Adam Zamoyski explora los aspectos rituales, religiosos, románticos y pasionales del nacionalismo para entender las motivaciones de quienes lucharon en las causas revolucionarias y patrióticas durante el siglo XIX, por más imposibles que algunas parecieran. Aunque no tiene una teoría u argumento sobre el nacionalismo *per se*, se guía con la heurística de que "el instinto nacionalista es uno natural dónde los sistemas de creencia religiosos comienzan a fallar […] hereda de estos el fanatismo crudo, y un toque de divinidad, y a final de cuentas, una especie de misión divina". Como materiales de análisis usa odas al nacionalismo y sus héroes en la literatura, pintura y otras fuentes escritas. Zamoyski, *Holy madness*, 2000, pp. 450 y *passim*.

[8] El concepto que usa es "performing the nation", pero no tiene una traducción literal al español. Es la idea de que el lenguaje puede usarse no sólo para transmitir hechos, sino para realizarlos. Se ha traducido como "performatividad", pero aquí opté por el verbo invocar. Reséndez, *Changing national*, 2004, pp. 83-92.

[9] Este es "el conjunto de normativas, rituales y prácticas oficiales que controlan la manera en que las emociones deben ser inculcadas y expresadas" en una comunidad, organización o grupo de personas, en este caso la nación. Véase Reddy, *The navigation of feeling*, 2011. Los ciudadanos deben sentirse parte de la nación, festejar sus logros, como la independencia, y deplorar sus tragedias, como la pérdida de territorio soberano.

les, como poder, riqueza y estatus –y al final de cuentas, la creación de la nación– no descarta que los sentimientos, tal como lo expresaban en el papel, no guiaran también a sus acciones. Ambos factores no son mutuamente excluyentes, sino todo lo contrario, se complementan. Las odas y discursos patrióticos de la independencia y defensa de la nación no sólo buscaban manipular y educar a las masas, también eran el lenguaje de legitimidad y ascenso. Por ello, aquella "locura santa" del nacionalismo se desarrolló más pasional y ferviente en las elites mexicanas y texanas, la burocracia, alguna parte del sector urbano y, en especial, en los militares; es decir, en todos aquellos que produjeron y consumieron la mayor parte de los papeles que hoy se encuentran resguardados en los archivos y son nuestra principal evidencia de lo sucedido.

UN JUICIO EN NUEVA ORLEANS

Las tensiones geopolíticas en el Golfo de México comenzaron a brotar en cuanto el gobierno mexicano intentó cobrar impuestos aduaneros en Anáhuac, Brazoria y Galveston en 1835. Además de las desnutridas guarniciones del ejército en esos puntos, la goleta de guerra Moctezuma comenzó a patrullar las costas para combatir el contrabando. A inicios del mes de junio de 1835, el navío mexicano capturó por esas actividades a la Martha, propiedad de comerciantes texanos. La llevó a Matamoros, donde apresó a su tripulación. En el puerto también descansaba la Ingman, *schooner* último modelo, parte del servicio armado de vigilancia aduanera de Estados Unidos. La tripulación de la Martha convenció al capitán del *schooner* de rescatarlos, argumentando que debía hacerlo pues su barco estaba registrado en Estados Unidos y llevaba su bandera. El 12 de junio, la Ingham atacó en la costa de Matamoros a la Moctezuma, que apenas escapó con daños severos. La Ingham y la Martha regresaron juntas y campantes a Nueva Orleans. No sería la primera vez que el uso de banderas estadunidenses fuera una ventaja estratégica para los contrabandistas y corsarios texanos. El mismo día del incidente, Antonio Tenorio, el capitán de Anáhuac, arrestó a Andrew Briscoe y un gru-

po comandado por William Travis se amotinó y desmanteló la aduana, desatando lo que se conoce como el segundo "disturbio de Anáhuac".[10]

Como resultado, el guarda mayor y encargado del despacho de la aduana marítima de Galveston, Antonio Gil Hernández, y su subordinado Ramón Murga, fueron expulsados de su oficina. Los empleados llegaron a Nueva Orleans con el archivo de su despacho y se presentaron con quien llevaba siendo varios años cónsul en la ciudad, Francisco Pizarro Martínez. El diplomático mexicano, en el ojo del huracán durante toda la guerra de Texas, les facilitó crédito. Gil tomó 222 pesos prestados para comprar ropa y un reloj. Era común que lo primero que procuraban conseguir quienes llegaban como refugiados fuese ropa, un símbolo de estatus muy importante que había que cuidar para estar presentable en sociedad.[11]

Poco después, el 5 de julio, mientras los empleados de la aduana aguardaban en Nueva Orleans, la goleta de guerra Correo de México salió con mil pesos de la comisaría de Tamaulipas para reforzar Anáhuac. Al mando estaba Thomas M. Thompson, un veterano de la marina real británica que fue reclutado en Nueva Orleans. Como con el caso de los alemanes y franceses que Santa Anna solía incorporar al ejército como zapadores del ejército (Adrián Woll y Juan José Holzinger), en aquellos años la marina mexicana alistó a muchos oficiales de marina ingleses y estadunidenses que obtuvieron ascensos rápidos.[12] La Correo de México llegó muy tarde y tuvo que regresar a Matamoros de su misión fallida en Galveston. Entonces comenzó a combatir al contrabando "escandaloso" de esas costas. El resto del mes estuvo patrullando los alrededores de Galveston y el Brazos y pronto se ganó el odio de los comerciantes angloestadunidenses. El 1 de agosto capturó al navío mercante Tremont cerca de la entrada del último, por no llevar papeles. Al presenciarlo, un

[10] Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 29-35, y Dienst, "The Navy of the Republic", 1909, pp. 165-168.

[11] "Carta de Antonio Hernández encargado de la aduana marítima Galveston al Consul del Gobierno Mexicano, Don Francisco Pizarro Martínez y ministro plenipotenciario sobre abusos a los Tejanos, 24 de agosto, 1836", en BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2043.

[12] Vázquez, "Soldados alemanes", 1988, pp. 422-429. Mucha historiografía texana coincide, desde las primeras historias escritas, de Edwards, Kennedy y Yoakum, en que Thompson era un ambicioso que buscaba enriquecerse rápido con la rapiña. Poco después, en 1838, se cambió de bando a Texas cuando la nueva república creó su segunda flotilla al mando del comodoro Moore. Dienst, "The Navy of the Republic", 1909, pp. 165-168, y Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 34-44.

grupo de voluntarios texanos, que a la sazón llevaba tiempo planeando acabar con la Correo, abordó el vapor Laura y salió en su persecución. La balanza se reclinó de su lado cuando, súbitamente, se apareció la San Felipe, al mando del capitán William A. Hurd. Acababa de ser equipada para la guerra en Nueva Orleans y llevaba a Stephen Austin y Lorenzo Zavala a bordo. Tras dejarlos en Velasco, se unió a la escaramuza. Después de una hora de tiroteos, la Correo emprendió la retirada a Matamoros. Pero el Laura, que se llevó remolcando a la San Felipe, los alcanzó cuando el viento comenzó a soplar en contra. Por su inferioridad numérica, con el buque dañado y parte de la tripulación herida, la Correo tuvo que capitular.[13]

La consecuencia, fue que Thomas "mexicano" Thompson, como le apodaron burlonamente los angloestadunidenses, y su segundo al mando, el teniente Carlos Ocampo, junto con la tripulación de la Correo, fueron encadenados y llevados a Nueva Orleans. En el puerto se los sometió a un proceso judicial por el cargo de piratería en la corte federal del distrito este, bajo el caso "Estados Unidos vs. Thompson". Tan pronto tuvo noticia en septiembre de 1835, el cónsul Pizarro Martínez escribió al fiscal del distrito correspondiente, Henry Carleton, demandando la liberación inmediata del buque y los tripulantes. La cuestión resultaba clara para él. Thompson no podía ser un pirata porque era un oficial comisionado del gobierno mexicano y estaba combatiendo con todo derecho al contrabando en las aguas de la república cuando fue aprendido por la San Felipe y "los insurgentes de Texas". Para él, se trataba de una violación de las leyes entre las naciones y un "ultraje cometido contra la bandera mexicana por parte de un ciudadano estadounidense".[14] Como quedó expuesto en el capítulo anterior, desde la perspectiva del gobierno mexicano, los tripulantes de la San Felipe y la Laura eran los piratas, porque para entonces ya había declarado que daría esa categoría a quienes llegasen armados a Texas.

Aunque los tripulantes de la Correo fueron liberados en virtud de las leyes de *habeas corpus*, que interpuso a su favor Pizarro Martínez, a las dos horas fueron arrestados de nuevo. Entonces, la legación mexicana, a

[13] "Translation of the principal part of the declaration of Lieutenant Carlos Ocampo, Philadelphia, October 16, 1835", *House Documents*, 1880, vol. 12, p. 712 (en adelante *House Documents*).

[14] "Mexican consul at New Orleans to Mr. Carleton, New Orleans, September 16, 1835", *House Documents*, pp. 708 y ss.

cargo del *chargé d'affaires* Joaquín Ma. de Castillo y Lanzas, escribió una nota de reclamación al secretario de Estado del presidente Andrew Jackson, John Forsyth.[15] En ella hizo énfasis en la injusticia contra el teniente Carlos Ocampo, a quien no sólo quitaron mil pesos destinados al ejército mexicano, documentos oficiales y personales, y todas sus pertenencias, sino que lo encadenaron con el resto de la tripulación, aun cuando, al llegar a Nueva Orleans, le dijeron que no había ningún cargo en su contra. Forsyth respondió a la comunicación asegurando a Castillo que remitiría la declaración y su comunicado al juzgado de distrito y pediría un reporte del caso. Un mes más tarde, el entonces ministro de relaciones exteriores, José María Ortiz Monasterio, volvió a invocar el tema con Forsyth, repitiendo los argumentos del cónsul Pizarro Martínez, porque Ocampo fue vinculado a proceso. El 9 de diciembre, el secretario de estado respondió que, según los reportes del juzgado de distrito, el capitán de la Correo no entregó documento alguno que respaldara su comisión y que, de acuerdo con las leyes estadunidenses, el navío estaba acusado de saqueo y despojo. Según su lógica, por lo tanto, el juicio tendría que seguir su curso. Añadió que el teniente Ocampo había demandado al capitán de la San Felipe por los daños causados por su confinamiento ilegal. Les pidió "confianza en la imparcialidad e integridad" de las cortes estadunidenses. La respuesta de Castillo fue la de insistir en que la San Felipe estaba contrabandeando armas y municiones para los "aventureros", que la demanda de Ocampo era un tema por separado y el caso debía ser transferido a las cortes mexicanas. Forsyth, una vez más, contestó que ello debía ser determinado en el juicio y que quedaba fuera de la jurisdicción de su dependencia.[16]

[15] John Forsyth (1780-1841) fue secretario de Estado de los presidentes Andrew Jackson y Martin Van Buren, entre el verano de 1834 y marzo de 1841. Originario de Virginia, estudió leyes y ejerció como abogado en Georgia. En 1808 fue elegido como *attorney general* (fiscal general) de aquel estado. Luego fue representante en el Congreso entre 1813 y 1818, y senador entre 1818 y 1819. El presidente James Monroe lo nombró embajador en España, cargo que ocupó hasta 1823. Tras ello, regresó a la Cámara de Representantes hasta 1827. Luego fue gobernador de Georgia por dos años y más tarde regresó al senado. Durante su carrera política fue uno de los principales promotores de la política de desconocimiento de los tratados con los nativos americanos, lo cual derivó en la autorización de su remoción en 1830 por el gobierno de Jackson, provocando el llamado *trail of tears*. Fue nombrado secretario de Estado como recompensa. Oficina del historiador, biografías de los secretarios de Estado, en <https://history.state.gov/departmenthistory/people/forsyth-john>. [Consulta: 12 de marzo de 2024.]

[16] Mucha de la correspondencia entre México y Estados Unidos puede consultarse en un volumen de documentos de la Cámara de Representantes del Congreso estadunidense. El 21

El juicio se llevó a cabo entre el 14 y 18 de enero de 1836 y generó gran revuelo en la prensa de la ciudad del Cuarto Creciente. Para ese entonces, el ejército mexicano ya se encontraba cruzando los "desiertos" de Texas. El litigio se acaloró tanto que se tuvo que suspender unas horas porque los abogados de ambas partes comenzaron a aventarse frascos de tinta, libros y lo que tenían a la mano. Además, durante el mismo, el juez respondió solemnemente a una carta firmada por líderes texanos y declaró apoyar su causa: la "defensa de la libertad". Sin embargo, no tuvo más remedio que liberar a Thompson y Ocampo, por la amplia evidencia, en parte emanada de la correspondencia citada, de que eran oficiales comisionados del gobierno mexicano.[17]

Eventualmente, Thompson y Ocampo regresaron a la marina mexicana, como tripulantes de la goleta Bravo. Uno de los primeros actos del nuevo gobierno texano, que se comenzó a dar durante los últimos meses de 1835, fue ofrecer patentes de corso a mercantes como la San Felipe, para que pudieran armarse y salvaguardar las costas de incursiones mexicanas y depredar contra el comercio mexicano. Por lo tanto, los principales artífices de la improvisada armada texana fueron prominentes comerciantes en el negocio del algodón y la esclavitud, como Thomas McKinney. Durante 1836, la flotilla estuvo compuesta por las goletas San Felipe, Invincible, William Robbins/Liberty, Independence, Coyuga y Brutus.[18] México también comenzó a expedir patentes de corso para que los barcos mercantes pudiesen defenderse de los "piratas texanos" y organizó la "escuadra del mar del norte", que consiguió man-

---

de abril de 1838, dicho cuerpo de legisladores votó a favor de una resolución para que el poder ejecutivo compartiera información relativa a las relaciones con México. El secretario de Estado, John Forsyth, acató parcialmente la orden, entregando la referida correspondencia, con excepción de algunas comunicaciones con Anthony Butler, segundo ministro en México. "Reply of district Attorney to the Mexican consul, New Orleans, September 17, 1835", "Mr. Castillo to Mr Dickins, Philadelphia, October 17, 1835", "Mr. Forsyth to Mr. Castillo, Washington, October 27, 1835", "Mr. Ortiz Monasterio to Mr. Forsyth, Mexico, November 19, 1835", "Mr. Forsyth to Mr. Castillo, Washington, December 8, 1835", "Mr. Castillo to Mr. Forsyth, Philadelphia, December 11, 1835", "Mr. Forsyth to Mr. Castillo, Washington, December 17, 1835", *House Documents*, pp. 710-724.

[17] Dienst, "The Navy of the Republic", 1909, pp. 169173, y Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 42 y ss.

[18] La primera se perdió en un banco de arena en Matagorda durante un enfrentamiento y la tercera fue vendida en el verano de 1836. La William Robbins fue renombrada Liberty tras ser armada. Dienst, "The Navy of the Republic", 1909, pp. 169-173, y Meed, *Fighting Texas*, 2001, p. 81. Como apunta Pascale Villegas, poco se ha investigado sobre la parte marítima del conflicto a pesar de su importancia estratégica. Villegas, "Las costas de Yucatán", 2016, pp. 189 y ss.

tener entre uno y tres barcos de guerra en la región, como la Moctezuma, Correo de México, Bravo y Veracruzana.[19]

Desde la segunda mitad de 1835, los enfrentamientos entre ambos mandos se volvieron recurrentes en las costas. Más aun cuando, en febrero de 1836, el gobierno mexicano ordenó el cierre a todo comercio en la costa de Texas y, por ende, trató a cualquier movimiento de buques en la región como contrabando. El cónsul Pizarro Martínez reportó numerosos incidentes. Los corsarios texanos, que también comenzaron a trasladar armas y voluntarios, ondeaban banderas estadunidenses para confundir a los mexicanos y seguir reclamando la protección de la flota de esa nación y calificando de piratas a los barcos de marina mexicanos.[20] De esta forma, libraron una especie de guerra *proxy* para mantener el control de la costa y los puertos, que les era vital. Entre febrero y abril, mientras que en el continente el ejército mexicano ganaba terreno en Texas, los corsarios texanos habían logrado mantener su dominio de la bahía Galveston, el mejor puerto natural de la región. Los hermanos Jeremiah y William Brown eran capitanes de la Invincible y la Liberty, respectivamente. Tenían experiencia como contrabandistas y se dedica-

[19] AGN, Justicia, vol. 184, exp. 17. La ley del 3 de febrero de 1836 permitió al gobierno dar patentes de corso. Para tramitarlas, había que acudir con un capitán de puerto y dar una fianza de 3 000 pesos, para luego obtener la autorización oficial. En teoría, los corsarios sólo podían defenderse contra ataques de piratas o naciones enemigas, como los texanos. Cruz Barney, *El régimen jurídico*, 1997, pp. 281 y ss. Se dio a conocer alrededor del país en periódicos e impresos. Centro de Estudios de Historia de México (en adelante CEHM), fondo Impresos de Roberto Valles Martínez, XLIX-2.1-1.50. Como México no reconocía Texas, tampoco aprobó los patentes de corso de los texanos. Como a los voluntarios, los clasificó como piratas. Villegas, "Las costas de Yucatán", 2016, p. 190.

[20] La goleta mexicana Tampico abrió fuego contra el bergantín estadunidense Paragon, generando una controversia internacional y la Bravo arrestó a la goleta Elizabeth por contrabando. La Liberty, al mando del hermano de Jeremiah, William Brown, capturó a la goleta Pelícano y al bergantín Durango, que llevaba provisiones a Texas para el ejército mexicano. La guerra de Texas y la guerra México-Estados Unidos, The University of Texas-Rio Grande Valley, consultado en <https://scholarworks.utrgv.edu/guerra/>, Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, L-E-1078 y L-E-1077 (en adelante UTRGV, AHSRE). Hay muchas fuentes que hablan de estos acontecimientos. Sin embargo, sólo los historiadores texanos, con fuertes sesgos, Alex Dienst y Douglas Meed, y los mexicanos Pascale Villegas y Lorena Careaga, los han estudiado. Para un análisis de la formación y composición de la armada texana y sus capitanes, véase Dienst, "The navy of the Republic", 1909. Meed hizo un relato cronológico de sus actividades en *Fighting Texas*, 2001. Acerca de las depredaciones texanas en Yucatán antes de 1839, véase Villegas, "Las costas de Yucatán", 2016. Sobre su alianza con la península entre 1840 y 1843, véase Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000. Los trabajos de la historia regional texana son los más extensos y centrados en el tema, pero, aunque están bien documentados, suelen dar una interpretación favorable a los texanos y estar poco interesados por el lado mexicano.

ron a la depredación y bloqueo del comercio mexicano en los alrededores de Matamoros durante toda la primera mitad de 1836, motivados por la muerte de su padre en el Álamo.[21]

A finales de marzo, la Invincible, tripulada por alrededor de 60 hombres, encontró a la Bravo varada en las costas de Matamoros. El navío mexicano había roto su timón cuando salía de la barra de Santiago y tuvo que echar anclas. Jeremiah Brown aprovechó la oportunidad para usar de nueva cuenta la estratagema preferida de los corsarios texanos. Elevó una bandera de Estados Unidos y uniformó a uno de sus hombres como marinero de este país. Lo mandó abordar la Bravo para protestar por el hostigamiento a barcos mercantes estadunidenses. Thompson, que fungió como intérprete, y el teniente Carlos Ocampo, acudieron a la Invincible para negociar. Cuando J. Brown reconoció al inglés puso grilletes a ambos tripulantes y abrió fuego contra el navío mexicano.[22]

Sin embargo, momentos después, apareció en el horizonte una presa más atractiva, el bergantín comercial Pocket, y Brown se fue tras ella. El Pocket, que llevaba bandera estadunidense, había partido unos días antes de Nueva Orleans, el 28 de marzo. Era financiado por la casa comercial de los hermanos Lizardi,[23] con lo que el cónsul Pizarro Martínez realizaba negocios frecuentes. A bordo iban Antonio Gil Hernández y Ramón Murga, los empleados expulsados de Galveston. El primero se sentía viejo y enfermo. Planeaba entregar en Matamoros el archivo de la aduana que estaba a su cargo y retirarse con su familia. Pero cuando estaban acercándose al brazo de Santiago, se encontraron con el tiroteo entre la Invincible y Bravo. Como J. Brown sabía que los mexicanos

[21] Dienst, "The navy of the Republic", 1909, pp. 201, y Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 8, 15, 57, 70 y ss.

[22] "Carta de Antonio Hernández encargado de la aduana marítima Galveston al cónsul del gobierno mexicano, Don Francisco Pizarro Martínez y ministro plenipotenciario sobre abusos de los tejanos, 24 de agosto, 1836", en BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2043, f. 5 y ss.

[23] Esta casa comercial, con sede en Londres, pertenecía a una familia prominente de comerciantes de Veracruz que migraron a Nueva Orleans durante las guerras de independencia y la expulsión de españoles en 1829. Sus dueños fueron de los agiotistas más importantes del gobierno durante las primeras dos repúblicas y se enriquecieron con la distribución de plata desde México y Cuba a Europa, usando a la Ciudad del Cuarto Creciente como plataforma. Por ende, tenían mucha influencia y relaciones con las elites mexicanas, con personajes como Santa Anna, José María Luis Mora y otros. Además, su compañía se benefició de la escasez de metales preciosos en Estados Unidos y las frecuentes crisis monetarias en este país por la falta de un banco central y la emisión caótica de papel moneda. Era muy importante a nivel internacional, con una presencia muy significativa en el comercio entre Nueva Orleans, Veracruz, Cuba y Londres. Salvucci y Salvucci, "The Lizardi brothers", 2016, pp. 759-788.

estaban mandando provisiones a Matamoros por medio de barcos mercantes estadunidenses, decidió cambiar su presa. La Pocket, comandada por Elijah Howes, iba desarmada, y no tuvo más remedio que dejarse requisar. En efecto, se encontró correspondencia secreta dirigida a Santa Anna, que en ese momento ocupaba Texas con su ejército, junto con información de los movimientos de las tropas texanas, descripción de sus corsarios disfrazados de barcos estadunidenses y cartografía de toda la costa. Mientras tanto, los tripulantes de la Bravo aprovecharon la oportunidad para regresar a Matamoros en balsas, llevándose consigo al texano disfrazado de marinero estadunidense y ejecutándolo por pirata al día siguiente.[24]

La Invincible se llevó a la Pocket como presa de guerra a Galveston. En la bahía del puerto la entregó a la Brutus, al mando de William Hurd. El capitán, que ya había protagonizado el polémico acontecimiento de la captura de la Correo cuando capitaneaba la San Felipe, ha sido descrito, incluso en las fuentes texanas, como un sujeto violento.[25] Según testificó Antonio Gil, les quitaron todas sus pertenencias y equipaje, los dejaron casi desnudos y les "echaron grillos, esposas y una cadena gruesa […] nos prendían de los grillos por la noche para atarnos a un poste con tanta crueldad que dormíamos medio colgados". Entre los prisioneros se encontraba, de nueva cuenta, el desafortunado teniente Carlos Ocampo. Al tercer día, lo subieron a cubierta, lo amarraron a uno de los cañones, y "dos hombres robustos" le dieron "cien azotes muy fuertes". Hicieron lo mismo con un irlandés llamado Hogan, que venía en la Pocket con una comisión de oficial de la marina mexicana. Después de los latigazos, que los dejaron moribundos, fueron encadenados de nueva cuenta con el resto de los prisioneros. El maltrato no acabó en ese punto. En un acto cruel, el capitán Hurd subió a cubierta a todos los prisioneros y les anunció que serían ahorcados. Sus hombres sacaron entonces varias cuerdas, con las que hicieron nudos corredizos. Cuando todos tenían una soga en el cuello, les gritó que se prepararan para morir, pero, en el último momento, soltó una carcajada y los mandó encadenar de nuevo.[26]

[24] Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 71 y ss.
[25] *Ibid.*, p. 73.
[26] Además de Hogan, había otros dos angloestadunidenses con comisiones de oficial que también fueron apresados. En BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2043, fs. 6-11, y Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 72 y ss.

Alrededor del 5 de abril de 1836, los prisioneros fueron transferidos a la Pocket. Los extranjeros, irlandeses, estadunidenses e ingleses, que traían comisiones de la marina mexicana, fueron condenados por separado a trabajos forzados en el puerto por seis meses. Los mexicanos siguieron cautivos en el buque capturado. Su guardia les recordó en cada oportunidad que el entonces secretario de marina Robert Potter quería darles un castigo ejemplar "para escarmiento de los mexicanos". Al segundo día de estar presos un coronel texano inspeccionó el barco y encontró el baúl de Antonio Gil, con los papeles de su oficina. Obligó al funcionario a entregarle todas las fianzas de Hacienda que tenían los comerciantes, cuyo valor rondaba los 3 000 pesos. Además, se quedaron con unos 20 pliegos de papel sellado, muy valiosos por su escasez en la región. El 21 de abril, dos semanas después, ocurrió la batalla de San Jacinto. Según el empleado, ese evento disminuyó las amenazas que se proferían contra ellos. Luego fueron reunidos en la isla de Galveston con los prisioneros hechos en aquella batalla. En mayo, después de un mes presos, los dos empleados de la aduana fueron liberados junto con el capellán del ejército. El teniente Carlos Ocampo siguió detenido.[27] *El Mosquito Mexicano*, de la ciudad de México, compartió las noticias el 13 de septiembre de la siguiente forma: "al pobre Ocampo le han vuelto a dar los texanos una entrada de azotes, porque lo cogieron de pasajero en el bergantín Pocket [Bravo según otras fuentes], sin tener más delito que ser mexicano".[28] Hasta ahí he logrado rastrear la huella del desafortunado teniente.

¿Acaso la calidad de "mexicanos", como sugiere el periódico, es lo que explica el maltrato y tortura que sufrieron los prisioneros en la Brutus? Como apuntan quienes la han revisado detalladamente, en la correspondencia angloamericana es muy notorio el tono despectivo con el que se refieren a ellos. Los mismos diplomáticos, desde el inicio de la relación, notaron que los estadunidenses los veían como una raza infe-

[27] BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2043, fs. 6-11, y Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 72 y ss.

[28] "De una carta particular copiamos el siguiente párrafo", *El Mosquito Mexicano*, 13 de septiembre de 1836, p. 4. Según los demás testimonios y la versión expuesta, Ocampo no fue capturado en la Pocket, sino antes de la Bravo, por lo que sospecho que se trató de un teléfono descompuesto.

rior.[29] Además de ese aspecto, también hay que considerar el factor emocional, retomando la propuesta del capítulo anterior. Después de todo, el irlandés y los otros angloestadunidenses del Pocket fueron sometidos a un trato similar. Sin duda, el maltrato innecesario a estos prisioneros también fue influido por el círculo vicioso de odio que se generó durante la guerra por la política de degüello de los líderes mexicanos y la sed de venganza de los texanos.

Antonio Gil denunció los eventos por medio de una carta que dirigió al cónsul Pizarro Martínez. Fue muy insistente en que no podía justificarse la tortura que recibieron por "agravio que hacen conservar los americanos por haber mandado Santa Anna a fusilar a sangre fría, como ellos dicen, a unos americanos rendidos". Y aún con eso, "nosotros no teníamos culpa alguna […] y estoy cierto en que casi toda la nación mexicana está resentida de este crimen que cometió Santa Anna". Otro argumento de Gil fue que, en la fecha en que fueron trasladados al Brutus, el 5 de abril, era imposible que sus captores supieran la noticia. Ambos puntos son dudosos. El Álamo cayó el 6 de marzo y la ejecución de Fannin y sus hombres en el llano del Perdido, la "masacre de Goliad", como la llamaron los texanos, fue el 27 del mismo mes. Es plausible que la segunda noticia todavía no se difundiera hasta los tripulantes de la Brutus. Pero ya había pasado casi un mes del primer evento. Es difícil imaginar que no se hubiesen enterado. La principal fuente de información de estos marineros, además de la difusión de voz en voz, era la prensa de Nueva Orleans. La primera mención que encontré es de *El Correo Atlántico*. El 4 de abril de 1836 publicó una carta de Sam Houston sobre los acontecimientos en el Álamo,[30] un día antes de que los prisioneros cayesen en las manos del capitán Hurd. En México, la primera noticia que he encontrado es del día siguiente, el mismo del traslado, por medio de un comu-

[29] Suárez, "Los temores de Texas", 1987, pp. 177, 180-182, y Bosch, "Dos diplomacias", 1952, p. 47.

[30] La carta decía lo siguiente: "las fuerzas del coronel Travis llegaban a 187 hombres, aunque los combatientes efectivos no pasaban de 150. Después del asalto no habían quedado más que 7 texanos en el fuerte, los que se rindieron y pidieron cuartel a Santa Anna, pero que este general los sacrificó a todos, incluso el coronel Bowie […] Los cuerpos de los americanos fueron quemados después de la carnicería. El teniente Dickinson que tenía su mujer y su hijo en el fuerte, después de haberse batido como un desesperado, se ató a su hijo a las espaldas y se precipitó con él de un segundo piso, ambos murieron de la caída". "Estados-Unidos Mejicanos. Tejas", *El Correo Atlántico*, 4 de abril de 1836, p. 2.

nicado oficial impreso en *El Mosquito Mexicano*.[31] Así que la noticia estaba en el filo de la prensa y eso sin contar la transmisión oral. A mi parecer, los dos factores, los prejuicios contra los mexicanos y la sed de venganza y odio, combinados con la crueldad del capitán Hurd, jugaron parte en la terrible experiencia de estos prisioneros.

Antonio Gil escribió su carta de denuncia el 24 de agosto de 1836. Decía que muchos otros buques que iban de paso habían sido testigos de los "crímenes". Quería que, con intermediación de Pizarro Martínez, el gobierno mexicano hiciese las protestas respectivas para que el capitán Hurd, que se hallaba en esas fechas recorriendo impunemente el Mississippi, recibiese algún castigo. Sin embargo, no he encontrado evidencia alguna de que se procediera contra Hurd. A la inversa, como anotó Carlos Bosch, este tipo de acontecimientos sirvieron como argumento del gobierno estadunidense para cuestionar la soberanía mexicana. Que no pudieran proteger a los barcos que se acercaran a las costas texanas, probaba que habían perdido su potestad.[32] Tras levantar la denuncia, el rastro de Antonio Gil se pierde. Probablemente regresó con su familia a México.[33]

Por su parte, Ramón Murga, uno de sus subordinados, continuaba en Nueva Orleans a inicios de 1837, porque los corsarios texanos seguían haciendo de las suyas y tenía miedo de que le tocara la suerte de Ocampo. El 23 de enero escribió una carta al cónsul, apelando a su "humanidad que le es característica", porque había escuchado que la costa se había despejado. Decía estar en un estado deplorable, no pudiendo permanecer ahí más tiempo "sin tener que cometer un crimen para subsistir". Una vez más, el tema de la vestimenta sobresale. Le suplicó costear su pasaje y el envío de una libranza para socorrerlo "con alguna cosa por última vez para comprar un baúl, un sombrero, un par de zapatos, para pagar otro que debo, y la lavandera". De ahí que no hubiera hecho cita alguna porque hallándose sin un "trapo soy incapaz de presentarme de-

[31] La fuente es una comunicación oficial desde Saltillo, que después de describir el asalto decía: "ya después, una lastimosa, pero merecida carnicería en los ingratos colonos, que arrojando las armas, pensaban hallar seguridad en la fuga o escondrijos ¡Miserables! Ya no existen: murieron todos, todos, y hasta ahora he visto quemas (para librarnos de putrefacción) 257 cadáveres". *El Mosquito Mexicano*, 5 de abril de 1836, p. 1.

[32] Bosch, "Dos diplomacias", 1952, p. 48.

[33] BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2043, fs. 6-11, y Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 72 y ss.

lante de gente de alguna educación". Según Murga, el cónsul podría recuperar el monto a cuenta de la comisaría general de Matamoros, donde debía recibir su sueldo. Además de la libranza, le pidió una carta de recomendación para recuperar una camisa que tenía en la lavandería y un certificado de su detención en esa ciudad. Por último, quería otra carta de recomendación para el general Nicolás Bravo, que se encontraba en Matamoros como general en jefe del Ejército del Norte, con la esperanza de conseguir algún empleo.[34]

Sin embargo, sólo dos días después, el 30 de enero de 1837, Murga volvió a escribir al cónsul con un ánimo muy diferente. Le dijo que se reencontró con un amigo que había conocido en Matamoros. Después de contarle sus vaivenes, el individuo prometió darle colocación y, entre tanto, lo albergó en su casa, en el *faubourg* (barrio) "americano". Así que pidió al cónsul que cancelara el pasaje que le había conseguido para México. Le prometió pagárselo junto con los demás socorros "en pequeñas cantidades de mes en mes, según mi sueldo".[35] Como traté en el primer capítulo, desde la vuelta de siglo se desarrollaron nuevos flujos comerciales en el Golfo, especialmente de plata, interconectando a poblaciones como Tampico, Matamoros y Nueva Orleans con el comercio del Caribe y el Atlántico. Como resultado, en la ciudad del Cuarto Creciente existía, desde muy temprano, una comunidad mexicana robusta compuesta por redes sociales de comerciantes, políticos, agiotistas y masones y exiliados de Cádiz, de la expulsión de españoles y demás revoluciones, que valdría la pena estudiar más a fondo.

EL SENTIMIENTO PÚBLICO VALE UN REINO

El 22 de abril de 1836, Sam Houston, general en jefe de las 800 tropas de voluntarios que quedaban en el territorio, esperaba ansiosamente la captura de Santa Anna con una fractura abierta en su tobillo derecho. Si el presidente mexicano lograba reunirse con el resto del ejército aún contaría con superioridad numérica. Houston debió de sentir un peso menos cuando lo vio llegar, vestido como un ciudadano común y corriente. Ha-

[34] AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, f. 18.
[35] *Ibid.*, f. 19.

bía logrado escapar en caballo el día anterior, pero como otros soldados en fuga, tuvo que dejarlo para atravesar el río, que le llegaba a la altura del pecho. Luego mudó parte de su ropa mojada con la que encontró en una cabaña abandonada. A pesar de su disfraz, lo delataron los zapatos puntiagudos y la camisa de lino fino con botones de diamante que conservó, además de que los prisioneros mexicanos lo reconocieron y comenzaron a gritar "¡El presidente!" Con ello, Houston pudo capturar a una presa muy valiosa, lo cual cambiaría el curso de la guerra.[36] Un ingrediente importante de los vaivenes de la guerra entre 1836 y la primera parte 1837, marcados por una profunda incertidumbre, fue el cautiverio del veracruzano, de su plana mayor y de las tropas mexicanas que se salvaron de la masacre de San Jacinto.

Ramón Martínez Caro, el secretario personal de Santa Anna, logró obtener su libertad el 13 de septiembre de 1836, unas semanas después de que liberaran al capellán, a los arrieros, los empleados de aduana y "otros individuos hechos prisioneros en las presas de algunos buques mercantes mexicanos".[37] Entre los últimos, se encontraban Antonio Gil Hernández y Ramón Murga, los cautivos de la Brutus que terminaron prisioneros en Galveston.[38] Todos llegaron primero como refugiados a Nueva Orleans, donde se presentaron con el cónsul Pizarro Martínez. El funcionario era el punto clave de comunicación y transporte entre Texas y México. Ya llevaba varios años en el puesto del puerto nodular, donde daba pasaportes a la mayoría de quienes iban y venían a Texas. Cuando estalló el conflicto, que él mismo reportó a las autoridades mexicanas, recibió a muchos de los refugiados. Estos, en palabras de una carta publicada en *El Mosquito Mexicano*, se hallaban "desesperados, porque ni tienen que comer ni pueden sufrir el barullo en que están. Todos quieren empleos, y se roban unos a otros los víveres para comer."[39] Además de darles salvoconductos, el cónsul les ayudaba con las urgencias y necesidades inmediatas que pudieran padecer, especialmente la ropa.[40]

[36] Para un recuento de los hechos a partir de los testimonios de varios testigos, véase Dittman, "Santa Anna's Battle", 1984, pp. 189-197.

[37] Martínez, *Verdadera idea*, 1837, p. 68.

[38] BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2043.

[39] *El Mosquito Mexicano*, 13 de septiembre de 1836, p. 4.

[40] Por ejemplo, a Antonio Gil Hernández, le ayudó con una nota de crédito para que comprara ropa y un reloj por 222 pesos en total, en BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2043.

El otro aspecto en común de Ramón Martínez Caro con los tres prisioneros de la Brutus es que el secretario también fue involucrado en un litigio legal del juzgado de distrito de Nueva Orleans. El camino y los motivos son muy diferentes, pero ambos casos entrecruzan muchas de las complejidades, matices, emociones e incertidumbres del conflicto por Texas, después de San Jacinto.

Poco después de la captura de Santa Anna, Martínez Caro fue a buscar su escribanía en el sitio de la batalla de San Jacinto por orden de Houston. Ahí observó que sólo había unos 50 cadáveres en la línea de batalla y más tarde recibió la terrible impresión de ver la pila de muertos acribillados en el bayuco. De vuelta con Houston, lo pusieron a escribir una serie de órdenes para Filisola, firmadas por Santa Anna (él podía reproducir perfectamente su firma). Se le pedía el cese al fuego, la retirada del ejército al sur del Bravo y la liberación de los prisioneros. Mientras tanto, las patrullas texanas siguieron buscando y capturando a los dispersos, como a Martín Perfecto de Cos, a quien atraparon el 24 de abril. Iban también en pos de los esclavos fugitivos. Por su parte, Filisola comenzó a replegarse y mandó a parlamentarios a negociar el armisticio.[41]

Santa Anna, Juan Nepomuceno Almonte, el coronel y ayudante de campo Gabriel Núñez y Martínez Caro pasaron los primeros días de cautiverio en una tienda de campaña. El 25 los visitó Lorenzo de Zavala y un par de días después llegó el resto del gabinete texano. El vicepresidente de la nueva república les advirtió del riesgo que corrían Santa Anna y Almonte por el resentimiento que habían desarrollado los texanos. Le preguntó "muy secretamente" a Martínez Caro si eran ciertas las noticias sobre las ejecuciones de Fannin y los demás prisioneros. Otro secretario del ejército le había confesado que el caudillo-general-presidente ordenó la ejecución al comandante de Goliad, José Nicolás de la Portilla. Martínez Caro, que había escrito con su puño y letra todas esas órdenes, lo negó, temiendo por su seguridad y la de su jefe. Era un hecho, como vimos en el capítulo anterior, que la matanza despertaba mucho encono, "ira y efervescencia" entre los texanos, muchos de los cuales querían castigar de la misma forma a los prisioneros, especialmente al caudillo.[42]

[41] Martínez, *Verdadera idea*, 1837, pp. 42-50. Para estos momentos desde la perspectiva del ejército de operaciones, véase en esta obra, cap. II, "Retirada".

[42] *Ibid*., pp. 48-51. La cantidad de odio que Santa Anna recibió entre la "plebe" texana quedó muy registrada en su memoria. Tanto que cuando regresó a México, inmediatamente ordenó

Según el presidente prisionero, el general adjunto John Wharton, hermano de William (miembro de la comisión texana en Estados Unidos), se ofreció para ir a negociar un armisticio con Filisola, pero los demás jefes se opusieron.[43] Unos días después, se presentó la comisión del ejército mexicano, compuesta por Adrien Woll y el subteniente Ambrosio Martínez, porque podían hablar inglés "medianamente", con un salvoconducto firmado por Houston para negociar el armisticio. Llegaron al campamento texano el 30 de abril. Houston, todavía convaleciente de su maltrecho tobillo, informó a Woll que ya estaban pactando con Santa Anna y poco después salió para Nueva Orleans para atender su herida, dejando como interino a Thomas J. Rusk. El nuevo jefe mandó al coronel Herny W. Karnes y al capitán Henry Teal a tratar con el ejército mexicano que ya se encontraban en Matamoros.[44]

Por su parte, Woll visitó en su tienda al caudillo y a los otros tres prisioneros, acompañado por Zavala. Según el militar de origen francés, al "ver la situación en que se hallaba [Santa Anna] se conmovió todo mi ser, y al recibir el abrazo del E. S. presidente las lágrimas que me salieron de los ojos y la opresión de mi corazón me impidieron el poder proferir una palabra". Según su parte, el caudillo se sentó a su lado y le dio ánimos. Le dijo que al siguiente día debía regresar con el resto del ejército con los artículos de la tregua, y avisó sobre esto a Filisola en una carta que mandó con un soldado presidial que los había acompañado. Los texanos revisaron la carta antes de permitirle partir.[45]

Aunque Woll no hace ninguna mención de ello, según el parte de Santa Anna, el caudillo le pasó un pedazo de papel con su firma, que decía que "se le diera crédito a cuanto dijera […] instruido por mí de lo que debía exponerle al general Filisola para que, sin embarazarse por mis anteriores comunicaciones, obrase conforme a sus deberes".[46] Después de visitar al resto de los prisioneros, Woll intentó regresar al campamento mexicano. Sin embargo, a pesar de sus protestas, fue retenido involunta-

---

que se llevara a cabo una averiguación sobre estos sucesos. Véase en esta obra, cap. II, "Sentimientos y (des)honor: guerra inhumana entre David y Goliad".

[43] "Parte original de Santa Anna sobre la campaña de Texas llevada a cabo los primeros meses del año de 1836, así como su prisión en poder de los texanos". Archivo Histórico de la Secretaría de Defensa Nacional (en adelante AHSDN), XI/481.4/1146, fs. 5-26.

[44] AHSDN, XI/481.4/14627, fs. 2 y ss, y Nance, *After San Jacinto*, 1963, pp. 5-15.

[45] AHSDN, XI/481.4/14627, fs. 2 y ss., y Ávila, "Adrien Woll", 2023, pp. 66 y ss.

[46] AHSDN, XI/481.4/1146, fs. 15 y ss.

riamente, con el pretexto de que sería mejor que llevara los papeles completos que se seguían negociando con el caudillo. Esto tuvo el efecto de dejar a ciegas al resto del ejército mexicano y al gobierno.[47]

Santa Anna, a quien mantuvieron firmando una gran cantidad de cartas y papeles, y perjurando que apoyaría la independencia de Texas en México, argumentaba que nada podría llevarse a cabo si no lo hacía en persona en su país. Al mismo tiempo, tal era el encono que le tenían algunos voluntarios, que estaban al borde de amotinarse para lincharlo. Entonces, según Martínez Caro, para alejarlos del "poder militar y de esta chusma", y porque en "público no convenía", Zavala condujo el 3 de mayo a todos los oficiales y jefes mexicanos al *steamboat* Oceana, para negociar en privado.[48] Un par de semanas después, el mismo Zavala escribió a José Antonio Mexía para contarle las nuevas. Le confesó que estuvo en una posición difícil, "combatido por deberes y *sentimientos* opuestos". Pero al fin, como logró evitar que se derramara sangre con los prisioneros, había "cumplido con mis *sagradas* obligaciones a mi nueva Patria y mis sentimientos de simpatía natural hacia los mexicanos", no como los viles y "semi-bárbaros españoles y sus imitadores" (léase la facción que se encontraba en el poder en México).[49]

Algunos detalles de esta situación comenzaron a llegar a más oídos. El 5 de junio de 1836, Manuel E. de Gorostiza,[50] entonces ministro plenipotenciario de México en Washington, recibió información de un colono texano. El autor no escribió su nombre en la carta, sólo firmó con las

[47] AHSDN, XI/481.4/14627, f. 3; AHSDN, XI/481.4/1146, f. 15, y Ávila, "Adrien Woll", 2023, pp. 67 y ss.

[48] Martínez, *Verdadera idea*, 1837, pp. 48-51. La cantidad de odio que Santa Anna recibió entre la "plebe" texana quedó muy registrada en su memoria. Tanto que cuando regresó a México inmediatamente ordenó que se llevara a cabo una averiguación sobre estos sucesos.

[49] "Zavala, Lorenzo de, Carta a J. A. Mexía. Velasco, 26 de mayo, 1836", en BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2098.

[50] Manuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851) fue un diplomático, político, dramaturgo y literato liberal. Tras la muerte de su padre, un funcionario de alto nivel en Nueva España, volvió a España con su familia. Durante la guerra de Independencia contra Napoleón sufrió un bayonetazo que lo dejó con la espalda encorbada. Cuando los liberales, como Valentín Gómez Farías, Andrés Quintana Roo, José María Luis Mora, tomaron el poder en México en 1833, regresó junto con su familia. Se le conocía como un patrón de la cultura y las artes, siendo su casa "punto de reunión de la flor y la nata del mundo artístico". Fue el director del Teatro de México, en donde promovió la ópera italiana que estaba en boga en ese momento. En 1836 fue nombrado ministro plenipotenciario en Estados Unidos para intentar frenar el apoyo de esa nación a Texas, pero al año siguiente partió sin haber tenido mucho éxito. Prieto, *Vida cotidiana*, 2018, pp. 54-57, y Juan López Tabar, *Real Academia de la Historia*, s. v. "Manuel Eduardo de Gorostiza y Cepeda", en <https://dbe.rah.es/biografias/83598/manuel-eduardo-de-gorostiza-y-cepeda>. [Consulta: 30 de enero de 2024.]

iniciales GF. Probablemente se trataba de George Fisher[51] o algún socio/amigo de Lorenzo Zavala, de los círculos liberales yorkinos. Explicó a Gorostiza que el gobierno texano estaba discutiendo los tratados públicos y secretos con el cautivo. La idea era mandar a Santa Anna, Almonte y los aproximadamente 500 prisioneros a Veracruz, con la condición de asegurar la elección del primero como presidente o dictador, reconocer la independencia de Texas, que sus límites llegasen hasta el río Bravo y, por último, que todas las tropas mexicanas evacuaran Texas. Pero las negociaciones se complicaron porque varios miembros del gabinete texano, especialmente los militares, querían sumar compensaciones de guerra, a lo que Santa Anna se negó. Al mismo tiempo, la república de Texas había mandado una segunda ola de comisionados a Estados Unidos para obtener el reconocimiento. Según el informante, que se declaraba abiertamente a favor de la independencia de Texas, la prioridad del gobierno era ganar tiempo, evitar la guerra con México y la anarquía y consecuencias que conllevaría. Por ello, se oponía al plan de mandar a Santa Anna a Veracruz, prefiriendo mantenerlo como rehén.[52]

Además de que el gabinete texano estaba dividido, tampoco tenía mucho poder o autoridad sobre los voluntarios y aventureros que componían la mayor parte del ejército. Aunque ya había un gobierno erigido en el papel, no lo existía en la práctica. Al presidente interino David G. Burnet lo ignoraban constantemente los militares. Ni siquiera Sam Houston tenía una autoridad incuestionable sobre sus propios hombres. En Texas aún no existía una estructura de poder y autoridad. No había ni siquiera tesorería que diera salarios a sus autoridades o militares.[53]

[51] Su nombre original era Djordje Ribar (1795-1873) y era de origen húngaro. Emigró a Estados Unidos como siervo por contrato (*indentured servitude*) después de participar en la revolución serbia contra el imperio otomano (1804-1817). Escapó y fue al Mississippi. En 1825 estuvo en México, donde formó parte de la logia masónica del rito de York. En 1829 se naturalizó mexicano para obtener un contrato de empresario. Tuvo varios cargos relacionados con los puertos y aduanas de Texas, hasta que durante los primeros disturbios de Anáhuac de 1831, se retiró a Matamoros. Ahí, de 1832 a 1835 publicó el *Mercurio del Puerto de Matamoros* de corte liberal. En 1835 estuvo en Nueva Orleans para organizar, junto con José Antonio Mexía, la fallida expedición de Tampico. En 1837 regresó a Houston, Texas, donde ejerció la profesión de abogado. Claudia Hazlewood, "Fisher, George", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/fisher-george>. [Consulta: 28 de febrero de 2024.]

[52] AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, fs. 1 y ss.

[53] Como comentaba un colono, este gobierno provisional de Texas "quizás el cuerpo más imbécil que jamás haya juzgado el destino de una nación" y nadie le hacía caso alguno. L. A. McHebry to Jon Hardi McHenry, june 17, 1836, citado por Torget, *Seeds of Empire*, 2015, p. 177.

Como el informante confesó a Gorostiza, dentro del gabinete, Burnet y Zavala, que eran socios en la especulación de tierras, estaban trabajando en el plan de los tratados, pero Thomas J. Rusk, comandante texano, Rhoads Fisher, y buena parte de los voluntarios querían fusilar a Santa Anna o como mínimo mantenerlo como rehén. No eran los únicos. En el *Correo Atlántico* de Nueva Orleans podía leerse: "Santa Anna debe ser tratado como prisionero de guerra, y ahorcado como asesino".[54]

Las "negociaciones" con Santa Anna en el *steamboat* Oceana no llegaron a nada y, si acaso, molestaron a algunos miembros del gabinete texano como Rusk. El grupo de oficiales prisioneros fue trasladado a la goleta Independencia y, después de tres días, abordaron otro vapor que los llevó a Velasco. Los albergaron en una casa, rodeados por centinelas, donde pasaron unos días hasta que regresó una parte del gabinete a negociar. Estuvieron conferenciando alrededor de una semana, hasta que al fin suscribieron los famosos convenios de Velasco, compuestos de un acuerdo público y otro secreto, según Santa Anna, "por ocultarse del conocimiento del populacho y soldadesca".[55] El caudillo logró excluir las reparaciones de guerra, pero se incluyó la devolución de esclavos. Martínez Caro selló y cerró estos papeles con sus manos.[56]

Sin embargo, la tropa que los custodiaba y los voluntarios que seguían llegando armados a Texas no estaban de acuerdo con liberar a Santa Anna. Según Adrien Woll, el 16 de mayo hubo un motín tan intenso alrededor de la casa donde lo tenían que "temblaron" por su vida.[57] El gabinete texano se vio obligado a demorar algunos días la liberación, "entretanto se podían calmar los ánimos". Lorenzo de Zavala, cuya propiedad estaba cerca, los estuvo visitando de manera regular. Incluso planeaba acompañar al grupo a México como comisionado de la república de Texas. El 1 de junio todo estaba listo para su partida en la goleta Invincible, al mando de Jeremiah Brown. Pero según Martínez Caro, "ese día, varios díscolos de la tropa que allí se hallaba, indispusieron a mucha parte de ella ya conforme". El gabinete y los que estaban a favor del plan, Burnet y Zavala principalmente, intentaron persuadirlos

[54] *El Correo Atlántico*, 6 de mayo, 1836, p. 4, y AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, fs. 1 y ss.
[55] AHSDN, XI/481.4/1146, f. 16.
[56] Martínez Caro, *Verdadera idea*, 1837, pp. 53-60.
[57] AHSDN, XI/481.4/14627, fs. 3 y ss.

"por medio de discursos análogos".[58] A las cuatro de la tarde de aquel día abordaron por fin la goleta. Al siguiente día debían subir Zavala y Bailey Hardeman,[59] que irían como comisionados. Pero el mal tiempo retrasó la partida y, finalmente, nunca abordaron. En lugar de ello, el Oceana regresó desde Nueva Orleans al mando de Thomas Jefferson Green,[60] con 130 nuevos voluntarios. Junto a las tropas que ya estaban en el puerto, forzaron al gabinete para que Santa Anna y los oficiales regresaran a tierra firme. El caudillo veracruzano afirmó después que eso rompió cualquier pacto negociado.[61]

A Adrien Woll y Ambrosio Martínez no los dejaron regresar al campo mexicano sino hasta el 21 de mayo. Desde antes de llegar con Santa Anna sostuvieron varias riñas. Martínez fue "atropellado por una banda de voluntarios que le tiraron varios sablazos, haciéndole pedazos sus vestidos y tomándole algunos pesos que tenía", hasta que, por fortu-

[58] Martínez Caro, *Verdadera idea*, 1837, pp. 55 y ss.

[59] Los dos murieron pocos meses después. Lorenzo de Zavala, cuyo testimonio hubiese sido muy valioso, tuvo un accidente en Buffalo Bayou y murió de neumonía en noviembre. El segundo, Bailey Hardeman (1795-1836), lo hizo de fiebre en septiembre. El angloestadunidense era de una familia destacada de *frontiersmen* cerca de Nashville. Participó en la guerra de 1812 al mando de Andrew Jackson, amigo de su padre. Se dedicó al comercio, en especial de pieles, en Santa Fe, hasta que en 1835, junto con algunos de sus hermanos, fue parte de la gran inmigración de ese año y el siguiente a Texas, uniéndose al movimiento rebelde. Participó en las convenciones que resultaron en la declaración de independencia y luego en las de la constitución aprobada en marzo de 1836. Fue parte del gabinete como secretario del Tesoro y participó en las negociaciones con Santa Anna. Nicholas P. Hardeman, "Hardeman, Bailey", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/hardeman-bailey>. [Consulta: 31 de enero de 2024.].

[60] Thomas J. Green (1802-1863), originario de Carolina del Norte, estudió en la academia militar de West Point y se volvió un plantador en Florida. Se casó con Sarah, prima de William Wharton, quien murió en 1835. Green fundó la Texas Land Company y se mudó a las colonias en 1836, pero abandonó el proyecto por la guerra. Por su experiencia militar fue nombrado brigadier general, y regresó a Estados Unidos para traer voluntarios y pertrechos militares. Fue entonces que se encontró con la goleta Invincible y los prisioneros mexicanos a bordo. Más tarde seguiría participando en los conflictos con México. Durante la expedición a Mier en 1842 fue rendido y capturado por el general mexicano Pedro Ampudia, quien lo mandó a la prisión en Perote. Logró escapar y regresar a Texas. En 1849 se mudó a California durante la fiebre del oro. Luego tuvo una plantación en Carolina del Norte, donde murió durante la guerra civil, en 1863, triste por las derrotas de la Confederación. Robert Bruce Blake, "Green, Thomas Jefferson", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/green-thomas-jefferson>. [Consulta: 31 de enero de 2024]. Sobre la expedición de Mier, véase en esta obra, cap. V, "Epopeyas paralelas en la franja del Nueces".

[61] Martínez, *Verdadera idea*, 1837, pp. 50-56; Dittman, "Santa Anna's Battle", 1984, pp. 189-97, y AHSDN, XI/481.4/1146, f. 18.

na, lo salvó el capitán William Fisher.[62] En su marcha de regreso a Matamoros, se extraviaron y pasaron nueve días deambulando, con hambre, sed y cansancio, y teniendo además que cruzar ríos y arroyos que, en aquella época del año, eran bastante caudalosos. El 5 de junio llegaron a Victoria, sobre el río Guadalupe, donde se les acercaron unos *rangers* que tenían orden de Rusk de escoltarlos a aquella población. Según el comandante texano, tenía noticias de que un grupo de voluntarios planeaba asesinarlos en el paso del río y les ordenaba aguardar en Victoria. La comitiva fue recluida en contra de su voluntad en una casa con una escolta de quince soldados.[63] Por su lado, y como represalia por la detención de Woll, el ejército mexicano que ya se había replegado a Matamoros apresó a los enviados de Texas, Karnes y Teal. Pero el mismo 5 de junio, estos lograron mandar una carta a Rusk y a Nueva Orleans, en la que informaban sobre los planes de invasión de José Urrea, la cual terminó publicándose en el periódico *New Orleans Picayune*,[64] alimentando el pánico y la excitación de los voluntarios.[65]

Dos días después, la guardia, que vigilaba a Woll y su comitiva, los hizo salir junto con dos tejanos prisioneros y, a dos leguas de Goliad, los detuvieron en un llano por tres días. Según Woll, uno de ellos le disparó, fallando por unas pulgadas su cabeza. Pero entonces llegó Rusk y regresó al grupo a Victoria, aún sin liberarlos, alegando que no podía garantizar su seguridad. Por fin, los dejó partir unos días después, con una mula con provisiones y una escolta que los obligó a hacer un rodeo largo para no pasar por Goliad. Ya sobre el camino a San Patricio, los dejaron, llevándose todas las mulas y caballos. El grupo tuvo que caminar a pie hasta Matamoros, a donde llegó poco antes del 14 de junio de 1836.[66]

[62] El parte de Adrien Woll solamente dice "capitán" y "Sr." Fisher, por lo que podría tratarse del húngaro George Fisher, Rhoades Fisher, o William Fisher. Según Daniel Ávila, que consultó una nota del periódico *La Lima de Vulcano*, se trató de William Fisher. Ávila, "Adrien Woll", 2023, pp. 66 y ss. Más tarde, Fisher encabezaría la expedición de Mier, que terminó en su captura junto a Thomas Green, quien era el segundo al mando. Véase en esta obra, cap. V, "Epopeyas paralelas en la franja del Nueces".

[63] AHSDN, XI/481.4/14627, f. 646, y Ávila, "Adrien Woll", 2023, pp. 67 y ss.

[64] El *Picayune* fue fundado por George Wilkins Kendall, que había aprendido el oficio en Nueva York y Detroit. Tenía aquel nombre porque su precio era de un "picayon", como decían a la moneda de menor denominación, que valía medio real. Reséndez, *Changing National*, 2004, p. 201.

[65] Nance, *After San Jacinto*, 1963, pp. 10-13.

[66] AHSDN, XI/481.4/14627, f. 646, y Ávila, "Adrien Woll", 2023, pp. 67 y ss.

El presidente provisional de Texas, David Burnet, explicó a Santa Anna el meollo de la situación de Woll. Su gobierno no podía garantizar la seguridad de ningún mexicano, debido a la "efervescencia producida por las crueldades ejecutadas sobre nuestros paisanos que cayeron en poder de los mexicanos". Entre sus filas estaban los "desenfrenados e irracionales que se encuentran en todos los ejércitos, especialmente compuestos en parte por voluntarios".[67] Y es que, para ese momento, la mayor parte del ejército texano estaba compuesto por voluntarios llegados de Nueva Orleans e incluso de desertores del ejército estadunidense al mando del general Edmund Gaines, que con ese propósito marchó hasta Nacogdoches a inicios de 1836, con la excusa de combatir a tribus de indígenas hostiles. De tal manera, en la revista del verano de 1836, el ejército texano sumaba 53 compañías con un total de 2 503 soldados. Sólo 627, una cuarta parte, eran de origen texano, los otros tres cuartos, 1 813, llegaron después de la batalla de San Jacinto.[68] Ese factor, junto con "algunas manifestaciones apasionadas alegadas por parte del mismo general Woll", provocaron los ataques a su persona.[69] Según el propio testimonio del militar de origen francés, después de ser agredido, miró con desprecio a los voluntarios y al que le disparó le dijo que no lo podía matar "pues es demasiado cobarde para no temblar al tirar sobre un hombre de honor".[70]

La combinación entre la anarquía de los voluntarios, alimentada por los sentimientos y emociones en la atmósfera, junto con la ventaja estratégica de tener al gobierno mexicano pasmado y a ciegas, explica en buena medida el largo cautiverio de los prisioneros mexicanos. Santa Anna describió la situación de forma similar a la de Burnet. Según su parte, el motivo del aborto de su primera liberación fue porque "la efervescencia fue exaltándose contra mi hasta el grado de creerse cada voluntario autorizado para quitarme la vida".[71] Luego de ello fue recluido en el segundo piso de una fonda de Velasco, junto con Almonte, Núñez y Martínez Caro. Esta vez fueron custodiados por el capitán William Patton. Cuatro de sus soldados habían escapado de las ejecuciones de Go-

[67] AHSDN, XI/481.4/14627, f. 642.
[68] Nance, *After San Jacinto*, 1963, p. 18. Cabe anotar que el hermano y primo Gaines eran parte de los rebeldes. Haynes, *Unsettled land*, 2022, p. 202.
[69] AHSDN, XI/481.4/14627, f. 642.
[70] *Ibid*., f. 646.
[71] AHSDN, XI/481.4/1146, f. 18.

liad en el llano del Perdido. Según Caro, iban "decididos, según decían, a asesinar a S.E.". Como resultado, los prisioneros fueron constantemente insultados y acosados por su nueva guardia, que luego los trasladó a un lugar más remoto, cerca de Columbia. El 27 de junio llegó un "americano ebrio" buscando a Santa Anna. Se asomó por la ventana de su cuarto y soltó un tiro que pasó entre los hombros de Juan Nepomuceno Almonte y del coronel Núñez. Finalmente, el 30 de junio, Rusk dio la orden de llevarlos a Goliad y fusilarlos en el mismo llano donde ejecutaron a Fannin y sus hombres.[72]

Por esas fechas ocurrió otro suceso que alteró el curso de la historia o, por lo menos, la suerte de Santa Anna. En efecto, después de haber pasado varios meses recorriendo el país vecino del norte, haciendo *lobby* para conseguir la intervención de su gobierno en Texas, alimentando la ola migratoria y el flujo de apoyos, Stephen Austin desembarcó en Velasco ese mismo 27 de junio. Todavía mareado del viaje, se comunicó con Mirabeau B. Lamar que, dos días antes, fue nombrado secretario de guerra del presidente Burnet. Lamar había llegado a Texas acompañando a James Fannin en 1835. Cuando escuchó sobre el Álamo y la ejecución de su amigo en Goliad, se unió al ejército rebelde y en la batalla de San Jacinto estuvo al mando de la caballería.[73] Austin le escribía para reclamar, de nuevo, la falta de comunicaciones del gobierno con los agentes de Texas en Washington. Estaba molesto de que no llegara ningún panfleto o testimonios oficiales de la batalla de San Jacinto, ni de la situación general resultante, o siquiera alguna señal de vida del efímero gobierno. Las únicas noticias que tuvo fueron unas notas de periódico que reportaban las negociaciones con Santa Anna y que lastimaron "la causa de Texas más allá de lo que puedan concebir […] a nombre de Dios, no más armisticios o tratados con prisioneros". Austin estaba preocupado de que esas noticias disuadieran a los voluntarios y demás apoyos que llegaban de Estados Unidos. Además, mientras iba por el Mississippi en su camino de regreso, recibió noticias alarmistas de un barco que procedía de Matamoros. Le dijeron que era el preludio de una horda de entre 10 000

[72] Martínez Caro y Santa Anna coinciden en su descripción del episodio del voluntario ebrio. Martínez Caro, *Verdadera idea*, 1837, pp. 50-56, y AHSDN, XI/481.4/1146, f. 18.

[73] Herbert P. Gambrell, "Lamar, Mirabeau Buonaparte", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/lamar-mirabeau-buonaparte>. [Consulta: 7 de febrero de 2024.]

y 12 000 mexicanos, así como una expedición naval. Pero lo más urgente que dijo a Lamar fue que no mataran ni maltratasen a Santa Anna, "si el temperamento" y la excitación lo permitían.[74]

Austin no perdió el tiempo para intentar encausar la situación. El 1 de julio ya estaba entrevistando al caudillo. Después de la reunión, su parecer cambió notablemente. Al siguiente día, detalló sus planes en una carta a David Burnet. Había quedado satisfecho de que Santa Anna "deseaba terminar la guerra y el avance del ejército mexicano". Según lo que dijo a Austin, había entrado en cuenta, después de observar y experimentar la situación geográfica y geopolítica de Texas, de que para México ya no sería posible recuperarla y lo más razonable era negociar la paz. El líder de los colonos, como explicó a Andrew Jackson, tenía la idea de que, si el gobierno estadunidense se comprometía a mediar y servir como garante de las promesas de Santa Anna, este tendría que llevar a cabo lo que ofreció en calidad de prisionero. Creía que la popularidad de Jackson entre los aventureros y voluntarios aplacaría su oposición a que fuera liberado. Esperaba que, poniendo en marcha este plan, podría generarse algún tipo de acuerdo entre los dos gobiernos. Con el previo reconocimiento de México, se facilitaría el camino de Texas para anexarse a Estados Unidos.[75]

Santa Anna le siguió la corriente y escribió una carta pública al presidente Andrew Jackson solicitando su mediación para terminar la guerra, ofreciendo reconocer la independencia texana. La carta relató el acuerdo frustrado que tenía con el gabinete texano, argumentando que había provocado confusión y una nueva ofensiva del ejército mexicano, ahora al mando de José Urrea. Después, y probablemente por iniciativa de Austin, lo trasladaron con Almonte, Núñez y Caro a un sitio más apartado y adentrado en Texas. El grupo pasó el resto de su cautiverio

[74] Stephen F. Austin a Mirabeau B. Lamar, 27 de junio, 1836, en Digital Austin Paper (en adelante DAP) [consulta: 6 de febrero de 2024]. También escribió a Henry Austin, hermano de Mary Austin, para que se asegurara de que él y todos los adultos de la familia Austin se quedasen en Texas (Stephen F. Austin a Henry Austin, 27 de junio, 1836, en DAP). [Consulta: 27 de febrero de 2024.] Como señalan Ana Rosa Suárez y Milton Nance, hasta el momento de la anexión había constante pánico en Texas ante los rumores de invasiones mexicanas. Suárez, "Los temores de Texas", 1987, y Nance, *After San Jacinto*, 1963.

[75] Stephen F. Austin al Gral. Gaines, 27 de julio de 1836, en DAP [consulta: 27 de febrero de 2024], y Stephen F. Austin a Mirabeau B. Lamar, 8 de julio de 1836, en DAP. [Consulta: 27 de febrero de 2024.]

en Orazimbo, aquella plantación del Dr. Phelps donde se había hospedado Mary Austin Holley. Ahí dejaron de ser constantemente insultados.[76]

Pero ni siquiera Stephen Austin consiguió finiquitar la situación. Su plan de involucrar a Estados Unidos, como había intentado durante su estancia en aquel país, no prosperó. El gobierno de Jackson siguió llevando el asunto con prudencia. A pesar de que hasta Sam Houston, a quien conocía personalmente, le escribió para pedir el reconocimiento y la anexión, su agente secreto en Texas le recomendó no hacerlo porque el gobierno de la nueva república seguía sumido en el caos y no se podía descartar que los mexicanos reconquistaran el territorio, como amenazaban una y otra vez.[77] El 20 de mayo de 1836, el Congreso mexicano expidió una ley, declarando que "el gobierno excitará el patriotismo de los mexicanos y desplegará todos los recursos de su resorte para continuar vigorosamente la guerra sobre Texas, hasta dejar bien puesto el honor nacional". Además de autorizarlo para levantar más reclutas, rechazó cualquier acuerdo o negociación que el presidente prisionero hubiera pactado o firmado.[78] Manuel E. de Gorostiza mandó una notificación y copia traducida de aquella ley a Forsyth, asegurándose de recibir su acuse de recibo oficial.[79] El presidente interino, José Justo Corro, también mandó imprimir un decreto para retomar la guerra de Texas:

> El ejército arde de deseos de rescatar y vengar a su jefe ilustre; en breve será reforzado y, al tomar la iniciativa en la campaña, lo hará de una manera tan enérgica, que dejará memoria perdurable. La Nación deberá hacer sacrificios; la Nación los hará porque es llegado el momento de que no se puede transigir, *porque lo que se interesa es el honor* […] Una voz sola va a escucharse, esta es la de vengar a la Patria, salvar su decoro."[80]

[76] Stephen F. Austin a David G. Burnet, 7 de julio de 1836, en DAP [consulta: 27 de febrero de 2024]; "Felizmente en aquella circunstancia llegó de los Estados Unidos el Sr. Estevan Austin, y el 1 de julio fue a hacerle una visita a S.E. Con este motivo, y después de varias conferencias, se acordó dirigir una carta a Andrew Jackson". Martínez, *Verdadera idea*, 1837, pp. 59-61; Antonio Lopez de Santa Anna a Andrew Jackson, 4 de julio, 1836. Manuscript/Mixed Material, en <https://www.loc.gov/item/maj015091/>.

[77] Sumado a ello, estaba el gran obstáculo de la esclavitud, que enfrentó William Wharton, el enviado texano, en la atmósfera política estadunidense. Torget, *Seeds of empire*, 2015, pp. 178-181.

[78] "Número 1736", Dublán y Lozano, *Legislación mexicana*, 1876, t. 3, p. 162.

[79] UTRGV, AHSRE, L-E-1078, p. 115.

[80] CEHM, fondo Impresos de Roberto Valles Martínez, XLIX-2.1-1.56. Las cursivas son mías.

Muchos personajes escribieron a Stephen Austin durante esas semanas, como George Fischer y Samuel Swartwout,[81] recomendándole que evitara la liberación de Santa Anna, porque iría en contra del "sentimiento" público no sólo en Texas, sino en el país vecino del norte. Además del odio que se había granjeado, era iluso confiar en su palabra y capacidad para cumplirla, a pesar de los arreglos de Velasco y su carta pública a Andrew Jackson. Además, mantenerlo como rehén era una ventaja estratégica.[82] Una carta anónima, de alguien que se hallaba en Lexington con los hermanos Henry y Mary Austin, resume la situación de la siguiente forma:

> *El sentimiento público vale un reino*. La insensatez de Santa Anna y sus órdenes asesinas ha destruido su fama y ha creado para Texas un *sentimiento* demasiado fuerte para que el poder de México pueda conquistarla. La política de liberar a Santa Anna es ciertamente inadecuada en el presente. Mientras sea prisionero, todos los planes de sus amigos y sus enemigos en casa permanecen vacilantes. Si lo liberan o lo matan, de inmediato serían libres de adoptar algún plan regular contra usted. Todos estarán satisfechos mientras no se tomen medidas de liberación o asesinato.[83]

Ninguno de los viejos o nuevos líderes de la república de Texas tenía el control cabal de la situación. Habían de navegar en medio de la atmósfera emocional, de los "sentimientos públicos", que eran un ingrediente crucial del lenguaje, la cultura política y la forma de entender las dinámicas sociales. Como muestran esta carta y muchos otros papeles y

[81] Samuel Swartwout (1783-1856) fue un especulador de tierras de Texas que, en esos momentos, se dedicaba a reunir recursos para los rebeldes de Texas. Era originario de Nueva York y sirvió en la guerra de 1812 como capitán de infantería. Junto a James Morgan fundó la Asociación de New Washington para comprar y desarrollar tierra texana. Era el tipo de empresa que acumulaba títulos de tierra, sin importar su procedencia y validez, y buscaba que la nueva autoridad surgida de la rebelión la reconociese. Como aliado de Andrew Jackson, trabajaba en la aduana de Nueva York, desde donde apoyó la independencia de Texas, inclusive pagando las reparaciones de algunos barcos de la marina de Texas. B. R. Brunson, "Swartwout, Samuel", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/swartwout-samuel>. [Consulta: 28 de febrero de 2024.]

[82] Samuel Swartwout a Stephen F. Austin, 9 de julio de 1836, en DAP [Consulta: 27 de febrero de 2024], y George Fisher a Stephen F. Austin, 7 de julio de 1836, en DAP. [Consulta: 27 de febrero de 2024.]

[83] Desconocido a Stephen F. Austin, 3 de julio de 1836, en DAP. [Consulta: 27 de febrero de 2024.] Las cursivas son mías.

rituales citados, los "sentimientos" se consideraban importantes factores del comportamiento social e individual. Al mismo tiempo eran un lenguaje que no sólo describía, sino catalizaba, la energía de sujetos, colectivos y revoluciones. Por eso, la razón de Estado debía conciliarse con las emociones.

Tanto en México como en Texas, no leer y/o manipular correctamente "sentimientos públicos", materializados comúnmente en reuniones públicas, pronunciamientos, prensa y panfletos, era un suicidio político. Para los mexicanos era una cuestión de honor nacional, que además podía usarse como forma de galvanizar a la patria. Era quizá el único punto de acuerdo unánime entre toda la elite política que buscaba consolidar y crear a la Nación y por eso sólo se podía hablar de la posible derrota en privado. Como decía J. J. Corro: "no temo que nos amenace la guerra civil en tan triste coyuntura: las querellas domésticas se dejan para cuando desaparece el enemigo común".[84]

En el caso de Stephen Austin, su asociación con los planes de liberar a Santa Anna y negociar con México, junto con el escándalo por especulación de tierras de uno de sus socios, Samuel Williams, dañaron su reputación. Además, la ola migratoria, que él mismo alentó, atrajo a muchos arribistas y nuevas caras que no le tenían la misma lealtad que los viejos colonos. A pesar de ser el candidato principal a la presidencia en agosto de 1836, perdió la contienda frente a Sam Houston, que le ganó por un amplio margen. El general, recuperado de su lesión, entró a la elección de último momento, sólo dos semanas antes de los comicios, en parte por miedo a que los voluntarios desataran la anarquía. Una de sus principales medidas de gobierno fue licenciar a la mayor parte del ejército de voluntarios, a cambio de tierras en Texas, o un pasaje de regreso. Austin aceptó el cargo de secretario de Estado, con la misión de buscar el reconocimiento y anexión a Estados Unidos. Pero en diciembre murió de neumonía, un mes después de que Lorenzo Zavala muriera de la misma manera.[85]

Es difícil determinar en qué momento la relación entre Santa Anna y Martínez Caro comenzó a deteriorarse, pero durante 1837 protagoni-

[84] CEHM, fondo Impresos de Roberto Valles Martínez, XLIX-2.1-1.56.

[85] Houston, enarbolado como el "héroe de San Jacinto", obtuvo 5 119 votos, frente a 587 de Austin, que quedó en tercer lugar. Torget, *Seeds of Empire*, 2015, pp. 177 y ss., y Swanlund, "Presidential politics", 2019, pp. 65-68.

zaron un escándalo público, intercambiando una serie de acusaciones polémicas por medio de la imprenta. El secretario obtuvo su libertad en septiembre por su calidad de civil. Además, se le facilitó el trámite por delatar a Bartolomé Pagés, un joven español que se les había acercado unas semanas antes cuando la guardia estaba descuidada y les había prometido conseguir una goleta en Nueva Orleans. Su plan era pedir dinero prestado al cónsul Pizarro Martínez y a los agiotistas de esa ciudad, la casa de Lizardi, para rescatarlos a cambio de una comisión. Pagés fue descubierto y encarcelado con ayuda de Martínez Caro, que a cambio recibió una recomendación a favor de su libertad. Como castigo, Santa Anna y Almonte fueron encadenados con una barra de grillos por "52 días", según el primero.[86]

Es posible que lo último fuese una exageración del caudillo, porque aparte de esa afirmación, todo indica que en Orazimbo recibió el mejor trato. Según el folclor texano, basado en las historias de Almira Phelps, nieta del doctor James Phelps, nunca lo encadenaron, sino que había dormido en cama de plumas. Según la anécdota familiar, intentó escapar en varias ocasiones y, finalmente, asumiendo que lo iban a fusilar como prisionero de guerra, sobornó a un sirviente mexicano de la familia para que le diera veneno. Entonces, el doctor Phelps lo habría salvado con un lavado de estómago debajo de un roble de su residencia. Contaba que, años más tarde, Santa Anna perdonó y liberó a su hijo Orlando, que era el padre de Almira, como agradecimiento, cuando cayó prisionero tras la expedición de Mier de 1842.[87] No he podido corroborar estos detalles con evidencia documental, pero parte de ellos son plausibles.

Martínez Caro partió a Nueva Orleans en la goleta llamada, valga la ironía, Fannin. Llegó, como muchos, en harapos y sin un quinto.[88] El motivo de su discordia con Santa Anna fue uno de los famosos botones de diamante. Según el secretario, después de recuperar su baúl en el campo de San Jacinto, prestó unas prendas a Santa Anna. Entonces, el caudi-

[86] AHSDN, XI/481.4/1146, f. 18.

[87] Davison, "Santa Anna's Suicide", 1940, trabajo final como estudiante de periodismo en la Universidad de Texas, compilado en Abernethy *et al.*, *The family saga*, 2003, pp. 202-219, libro de folcloristas con el objetivo de mostrar las "sagas" familiares como una forma de folclor. Almira Phelps, a quien Davison entrevistó, tenía 78 años en 1940. Decía que Santa Anna fue un factor muy importante en su vida, porque su abuelo le salvó la vida, y luego Santa Anna le salvó la vida a su padre. Sobre la expedición de Mier, véase en esta obra, cap. V, "Epopeyas paralelas en la franja del Nueces".

[88] Martínez, *Verdadera idea*, 1837, pp. 50-56.

llo entró en cuenta de que le faltaba uno de los botones del pecho de su camisa y comenzó a sospechar irracionalmente de él.[89]

En la versión de Santa Anna, se enteró del robo cuando el capitán Patton le comentó que vio al secretario con el diamante antes de embarcarse a Nueva Orleans. De manera que la última semana de septiembre, consiguió permiso para que su ayudante de campo, el coronel Núñez, partiera a recuperar su propiedad. Aprovechó para hacerle llegar su testamento y una carta a su esposa, por si sus "huesos quedaren en estos desiertos" y otra carta para el cónsul Pizarro Martínez, firmadas el 25 de septiembre de 1836. Afirmaba que el botón no valía menos de 500 pesos. Su base era negra con bordes de oro, tenía un diamante blanco y grande incrustado en el centro y otros ocho más pequeños alrededor. Según él, Martínez Caro se lo había robado y cometido "otras maldades". Además, lo acusó de querer hacerle fraude con los banqueros y agiotistas porque sabía falsificar su firma.[90]

El 13 noviembre, Santa Anna remitió una libranza de 2 000 pesos a Núñez para financiar su encargo. Consiguió el préstamo por medio de un intermediario llamado John Carlos, en contra de la casa de Cayetano Rubio, sede de Matamoros.[91] En la ciudad del Cuarto Creciente, Núñez recibió la ayuda, curiosamente, de José Antonio Mexía, y del cónsul mexicano. Pronto encontraron evidencia incriminatoria contra Martínez Caro. Consiguieron el recibo que obtuvo por empeñar el botón en la casa Toby and Brother,[92] con un agente llamado J. Brent Clark. Este lo valuó en 100 pesos y entregó 60 pesos por su empeño, que debían regresarse en un plazo menor de 20 días para recuperar la prenda, que Martí-

[89] *Ibid.*, p. 47.

[90] Martínez Caro era de La Habana, Cuba. Un conocido mutuo lo recomendó con Santa Anna y por eso lo llevó como secretario. BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2081; AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, f. 6; Santa Anna vs. Brent Clark papers of the First Judicial District Court of Louisiana, *New Orleans Public Library*, citado pot Dittman, "Santa Anna's Battle", 1984, p. 191.

[91] BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2083.

[92] Formada por los hermanos Thomas y Samuel Toby, se convirtió en un agente financiero de la república de Texas a partir del 24 de mayo de 1836. Sus actividades consistieron en juntar dinero a partir de ventas de tierras del Estado para dar recursos al gobierno. Su comisión terminó a finales de 1837, habiendo vendido 940 761 acres y financiado transporte y provisiones para los voluntarios. La deuda que Texas tenía con la firma no fue pagada sino hasta 1881 a los descendientes de la familia. Entrada general, "Toby and Brother Company", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/toby-and-brother-company>. [Consulta: 10 de marzo de 2024.]

nez Caro probablemente encontró cuando lo mandaron a buscar su cajón a San Jacinto. La casa de empeño se negó a regresar el brillante a los agentes de Santa Anna, aun a cambio de los 60 pesos, porque se había vencido el plazo. Entonces, Pizarro Martínez contrató a un abogado estadunidense, apellidado Buchanan, que interpuso una demanda el 11 de enero de 1837 frente a la corte de distrito de la ciudad, nombrada "Antonio Lopez de Santa Anna vs. J. Brent Clark". Ese mismo día se tomó la declaración de Núñez, que después de eso regresó a México. Al hacerse públicas las acusaciones en su contra, Martínez Caro, que se encontraba en México desde noviembre de 1836, mandó una carta al *Cosmopolita* de la ciudad de México para defenderse y en 1837 publicó la *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y los sucesos ocurridos después de la acción de San Jacinto*. El juicio se llevó a cabo a partir del 24 de julio de 1837. José Antonio Mexía declaró unos días después y el 28 de agosto fue el turno de la defensa. El juez emitió su sentencia el 20 de diciembre de 1837. Mandó a la casa de empeño devolver el botón a Santa Anna y darle 300 dólares en daños y costos de la demanda.[93]

LOS DEMÁS PRISIONEROS

Francisco Pizarro Martínez había llegado a la ciudad del Cuarto Creciente varios años antes de 1830 como agente secreto del gobierno mexicano. Pero el quehacer del espía no se le daba naturalmente, y a inicios de la década le pidió a Lucas Alamán que lo nombrara cónsul. Como una de las recomendaciones del general Mier y Terán después de su comisión de límites de 1829 fue poner un cónsul en ese puerto, Alamán accedió a la petición. La oficina de Pizarro estaba en las afueras del *faubourg* francés. Por la huella significativa de papeles que dejó, da la impresión, como anota Alice Baumgartner, de que era adicto al trabajo. También de ser un poco miedoso y precavido y, valga la expresión, *by the book*.[94] En casi toda su correspondencia, repartida en varios archivos, siempre

[93] Dittman, "Santa Anna's Battle", 1984, pp. 189-197.

[94] Algunas de sus actividades fueron comisionar un motor de vapor en Filadelfia, conseguir a un ingeniero estadunidense para una fábrica de papel en Veracruz, enviar cajas con plantones (esquejes) del naranjo de Luisiana y proponer, como Ortiz de Ayala, importar una manada de ovejas merinas de Francia. Baumgartner, *South to freedom*, 2020, pp. 83 y ss.

buscó quedar bien con su contraparte, más allá de las filiaciones, lo que da una idea de su carácter. Por ejemplo, durante las negociaciones para canjear prisioneros en febrero de 1837, le hizo el favor a Rhoades Fisher, entonces secretario de Marina de Texas, de mandarle una copia de las leyes de colonización de Tamaulipas, cuando aquel estado y Texas competían por poblar las tierras entre los ríos Nueces y Bravo.[95]

Uno de los principales temas que ocuparon su tiempo durante los primeros años de la década fueron las reclamaciones de esclavistas por el "rapto de negros" o de fugitivos que escapaban a México. El cónsul se sintió en la obligación de atender las quejas, aunque le parecían personalmente "escandalosas", porque temía que Estados Unidos las usase como excusa para ocupar territorio mexicano. Por ese motivo, y porque los consideraba "inmorales y flojos", a partir de 1833 comenzó a negarse a dar pasaportes a cualquier afrodescendiente. Y es que, si bien para las elites mexicanas la cuestión de la esclavitud en Texas era un problema, eso no significaba que la mayoría creyese en la igualdad entre razas.[96]

Si Pizarro Martínez ya era un personaje importante antes de que estallara el conflicto, que él mismo reportó a las autoridades mexicanas, con la ruptura de relaciones se volvió una de las únicas, sino es que la única forma de moverse y sostener correspondencia de Texas a México y viceversa. De una forma u otra ofreció asistencia a prisioneros y refugiados, por lo menos facilitándoles crédito con los agiotistas de la ciudad, a veces fiando de su propia bolsa, para cubrir su vestido, pasaje y las otras necesidades básicas. Durante todo este periodo también recibió las súplicas y peticiones de familiares de prisioneros de guerra de ambos lados para amparar a los suyos. También reenvió la correspondencia de los cautivos, que antes de llegar a sus manos era abierta y examinada por los texanos.[97]

El 20 de agosto de 1836 recibió una carta desde México de doña María Angustias Pérez Valiente, que "sin ningún mérito ni recomendación" le pedía el favor de reenviar una carta adjunta a su hermano preso

[95] AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, fs. 9 y 13.
[96] González, "Racism and mestizaje", 1997, p. 46.
[97] En la declaración tomada a Brent Clark, dijo que "sabía y entendió que las cartas escritas por Santa Anna y otros prisioneros mexicanos en Texas a personas en Nueva Orleans eran abiertas y examinadas antes de su entrega". Dittman, "Santa Anna's Battle", 1984, p. 196.

en Galveston.[98] La carta mostraba la desesperación de la firmante, quien, sin embargo, confiaba en las "virtudes" del cónsul, "como generalmente se oye en esta ciudad, y auxilios que presta a sus paisanos en la presente guerra". La reputación del diplomático parece haber sido la de una persona bondadosa. La carta sugiere era el último recurso de la familia de doña Pérez Valiente. Suplicaba que viese la forma de que a su hermano le llegara su salario a Texas, donde se encontraba sin recursos. También que pusiera todo su empeño en conseguir su libertad porque en México había dejado "una madre anciana y enferma y dos hijos tiernos sin más apoyo que sus santos".[99] El caso de María Angustias es otro ejemplo de las problemáticas que los núcleos familiares podían tener para sobrevivir si uno de sus miembros partía a la guerra. Como Guardino argumentó, ello, junto con el hecho de no contar con ningún sistema para que los salarios de la tropa llegasen a sus familias, explica por qué muchas mujeres y niños preferían seguir a los soldados a la campaña.[100] La pista de la familia Pérez se pierde ahí. Es plausible y hasta probable que el hermano de María Angustias nunca regresara a casa.

Santa Anna y Almonte fueron liberados antes que el resto de los prisioneros y partieron a Estados Unidos el 16 de noviembre de 1836. Después de un largo viaje llegaron a Washington el 17 de enero de 1837. Se reunieron varias veces con Jackson y el vicepresidente y presidente electo Martín Van Buren. Según Santa Anna, fue bien recibido en la capital estadunidense. Jackson le ofreció un banquete en la Casa Blanca, los notables lo invitaron a sus hogares y le rindieron honores públicos. Después de una semana, el bergantín de guerra estadunidense Pioneer los llevó a Veracruz.[101] Su llegada al puerto generó revuelo, especialmente entre los militares y políticos.

[98] Las cartas de recomendación eran un recurso crucial en aquella época para poder entrar en contacto para cualquier tipo de negocios con la gente indicada. Además de otros ejemplos a lo largo del texto, José Antonio Mexía, poco después de San Jacinto, consiguió una recomendación de Lorenzo Zavala para ofrecer sus servicios con el gabinete texano. BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2098.

[99] AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, fs. 5 y ss.

[100] Guardino, *The dead march*, 2017, pp. 39-44.

[101] Eso contó a un periodista estadunidense que lo entrevistó en 1856, durante su último exilio en Turbaco, cerca de Cartagena, Colombia. Aunque respetaba a Andrew Jackson y otros estadunidenses que conoció, dijo haber desarrollado desde entonces un fuerte desprecio y resentimiento hacia el vecino del norte. Opinaba que Estados Unidos era la nueva Roma y, como Aníbal Barca, el cartaginés, siempre siempre lucharía contra ellos. Suárez, "Santa Anna en Turbaco", 2006, pp. 147-157.

José María Tornel, uno de sus aliados cercanos y su propagandista de cabecera, quien el 20 de mayo del año anterior mandó poner un listón negro y dejar a media asta las banderas para "manifestar el justo sentimiento de la nación y el ejército",[102] mandó una circular el 11 de enero informando sobre el "fausto acontecimiento" del próximo retorno del caudillo, y disponiendo se "celebren las demostraciones de regocijo consiguientes" y se quitara "el lazo negro a las banderas y estandartes y restituyendo el pabellón al lugar que debe ocupar".[103] Este es un ejemplo más, junto con los mensajes de J. J. Corro, de los rituales que se llevaron a cabo en México alrededor de la guerra de Texas, con el objetivo de "excitar" los sentimientos y consolidar un régimen emocional nacionalista. En otras palabras, la rebelión de los "ingratos colonos" debía crear indignación y deseos de venganza en la población mexicana, y sus héroes, como Santa Anna, despertar admiración y regocijo.

Pero otros estaban preocupados por las posibles alteraciones a la "tranquilidad pública" que podía acarrear su llegada. El comandante general de Veracruz, Antonio Castro, recibió noticias "fidedignas" de tres mexicanos de Nueva Orleans, que le informaban que el caudillo había pactado un tratado para vender Texas por 6 000 000 de pesos menos reparaciones. Cuando el ayuntamiento del puerto le consultó sobre cuáles eran "los honores que deben hacerse" al caudillo, les pidió que lo dejaran en sus manos. Quería ser precavido porque había "fundados temores que asisten a las autoridades y personas respetables de esta ciudad de que a la llegada del general tenga lugar a una asonada que perturbe la paz y tranquilidad que hoy disfrutamos". Lo que temían, en pocas palabras, era que los opositores del nuevo régimen centralista lo pusieran al frente de un pronunciamiento, aprovechando su amplia red clientelar en el ejército. Así que Castro ordenó que, a su llegada, se acuartelaran todos los soldados de la comandancia de Veracruz, "con sus respectivos jefes a la cabeza", y se condujese a Santa Anna inmediatamente a la capital, sin detenerse ahí o en su hacienda.[104] Pero en lugar de ello, el caudillo regresó a su amada Manga de Clavo, para "restablecer su salud", como

[102] CEHM, fondo Impresos de Roberto Valles Martínez, XLIX-2.1-1.62. Sobre José María Tornel, su ascenso político como propagandista y relación con el santanismo, véase Vázquez, *La palabra del poder*, 2008.

[103] "Número 1737, Circular, demostraciones de sentimiento de la nación y del ejército por la captura del general presidente", en Dublán y Lozano, *Legislación mexicana*, 1876, t. 3, pp. 162 y ss.

[104] AHSDN, XI/481.4/14627, f. 627.

siempre alegaba. Ya en su terruño escribió, el 11 de marzo de 1837, su parte al gobierno. Insistió que no había realizado ningún pacto válido y, por supuesto, justificó su derrota y captura. Otra de las cosas que escribió desde la comodidad de su hacienda fue que, si su suerte hubiese sido otra, "*los demás prisioneros* no estarían, como están, tan abandonados a su propia suerte".[105]

Y en efecto, ¿qué fue de los demás prisioneros en Texas, como el hermano de María Angustias? En abril de 1837, un año después de San Jacinto, la mayoría aún no conseguía su libertad. A fines de ese mes, Pizarro Martínez se comunicó con algún individuo de importancia para acusarle de recibido por 100 pesos que le mandó por medio del capitán Bredall de la goleta Comanche para su "desgraciado hijo prisionero en Texas". El dinero también venía acompañado de una carta, que el funcionario prometió entregar al familiar.[106] Pero la realidad era que los prisioneros mexicanos habían quedado desamparados en Texas, a su propia suerte y lo poco que podía hacer él.

Contados individuos tuvieron la suerte de obtener su libertad. Fue el caso de Juan y Toribio Reyes, soldados del batallón de Matamoros, de Bernardino de Santa Cruz, del activo de México y de José María Sánchez, corneta del batallón de Toluca. Llegaron a Nueva Orleans, según dijeron, gracias a la protección y ayuda de un coronel de Texas. El cónsul los socorrió con 37 pesos para que "se equiparan de lo más preciso", que una vez más, se trató principalmente de prendas: cuatro chaquetas, pantalones, camisas y pares de zapatos por 25 pesos en total. Los doce pesos restantes se los entregó en efectivo. El dinero debía devolverse, según las instrucciones de Tornel, con cargo a sus respectivos cuerpos. El pasaje de los cuatro a Tampico, en la goleta estadunidense Luisiana, costó otros 60 pesos, que fueron pagados por el comisario de la ciudad a su llegada.[107]

Para el resto, hubo una diferencia muy marcada entre los de camisa de lino fino y los "desnudos" y haraposos que componían la mayoría de la tropa. El silencio en cuanto a los segundos, los hacía casi invisibles. Como escribió Manuel Payno, debajo de la delgada capa de hombres de frac, levita y uniformes militares pomposos, que encabezaban la es-

[105] AHSDN, XI/481.4/1146, f. 18.
[106] AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, f. 27.
[107] UTRGV, AHSRE, L-E-1078, pp. 106-112.

tructura patriarcal de la sociedad mexicana, se encontraban "esas pobres gentes, que los modernos publicistas han bautizado con el nombre de *masas*, [que] sufren con paciencia cuantas extorsiones les infieren desde el primer magistrado hasta el grotesco alcabalero", pero arrojan maldiciones y desprecio venenoso contra los que mandan.[108] La única lista que he encontrado con los nombres de los prisioneros sólo contó a los "jefes y oficiales". Se trata de la que hizo Woll en su fallida misión al campo texano. Escrita en orden jerárquico, contaba a 50 individuos, ocho de ellos heridos. Son sólo alrededor de la décima parte de todos los prisioneros:

> El presidente, al general Martín Cos; los coroneles J. N. Almonte, Bringas, Portilla, Céspedes, Romero (José Ma.); tenientes coroneles Castillo, Delgado, Núñez, Urrizar (herido); primeros ayudantes Romero (herido); capitanes Téllez, Vanenely, Campos, Enciso, Lisaola, Valente, Múgica, Villaseñor, Ávila, Bachiller, Villafaña, Estrada, González Vega, Arias, Arenal, Sánchez (herido), Valente, Calatay (herido), Carreón, Vega, Ortega, Carranza, Nieto, Castro, Peraza (herido), Cosio (herido), Portas (herido), Díaz, Alcantud, Cáceres, Espino, Briones, Castillo (herido), Reyes; cadete Aguirre; capellán; coronel Eulogio Gonzales; Sr. Caro (secretario del presidente).[109]

Si Santa Anna y Martínez Caro se quejaron de las escaseces que sufrieron durante su cautiverio, cabe imaginar cómo le fue al resto. Si el efímero gobierno texano no tenía para pagarles a sus propios voluntarios, resulta difícil imaginar que tuvieran intención o capacidad de dedicar recursos a los prisioneros mexicanos. Debieron sobrevivir (o no) de alguna manera.

Una alternativa eran los agiotistas. Pero para ello, había que tener los contactos y el estatus social necesario. El 14 de marzo de 1837, por conducto de Pizarro Martínez, se arregló un crédito de 3 000 pesos para ellos con la casa de John A. Merle and Co. Los agentes que se encargarían de llevar el dinero a Texas serían Walter White, el comerciante de algodón, y Juan José Holzinger, que se había quedado en la región para servir de mediador y estaba en contacto con el cuerpo diplomático

[108] Payno, *Bosquejo biográfico*, 1843, p. 34.
[109] AHSDN, XI/481.4/14627, folios 635 y ss.

mexicano. Ese dinero fue recibido por Martín Perfecto de Cos, según quien era "el primer socorro que nuestro gobierno remite para cuenta de nuestros haberes respectivos". Él se daría a la tarea de distribuirlo y, de ser posible, White entregaría todos los meses subsecuentes la misma cantidad. El detalle era que muchos prisioneros "estaban repartidos en diferentes puntos", por lo que Cos propuso quedarse con la mitad y el resto ser distribuido por White a los diseminados.[110]

Es muy revelador que ni si quiera los oficiales de más alto rango conocieran la localización de la mayor parte de la tropa. También lo es el presupuesto tentativo que mandaron al cónsul para su sustento de dos meses. Una vez más, buena proporción del dinero estuvo destinado al vestido:

Cantidad total, cantidad por mes, costo de c/u	pesos
12. Seis camisas finas, a 5 pesos	60
12. Seis pantalones de lienzo, a 3.5 pesos	42
12. Seis pares de medias de hilo (fino)	15
12. Seis pañuelos de faltriquera a 3 pesos	36
3. Dos pares sabana de lienzo	18
4. Dos fardas de almohada de lienzo	5
2. Dos pares chinelas según la medida adjunta	2.50
1. Una levita paño azul	30
1. Un pabellón mosquitero	5
Una docena cubiertos de plata con sus cuchillos	120
Cien cajillas cigarros y una caja de puros	32
Total	365.50[111]

Los víveres, que uno creería como lo más indispensable para la sobrevivencia, fueron listados después. Iban a salir más baratos, en 163 pesos en total, y consistían en "una cuñeta de manteca de puerco, arroz, lentejas, frijol, garbanzo, fideos, galleta fina, queso, mantequilla, salsa, azúcar, café molido, salchicha de Boloña, lenguas de cíbolo, seis cajas de vino tapa larga, un garrafón de Brandy, encurtidos, chile y especias, papas, una caja de dulces, pasas y almendras.[112] Y eso que esta lista de

[110] AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, f. 15.
[111] *Ibid.*, f. 23.
[112] *Ibid.*

comida y bebida iba más allá de artículos de la canasta básica. Incluía artículos de consumo exclusivos de las clases privilegiadas, como el vino. Aun así seguían siendo más baratos que la ropa. Cos incluso se atrevió a solicitar "un negrito cocinero comprado, pero que no sea borracho […] deberá traer una batería de cocina", lo cual confirma los prejuicios que había entre las elites mexicanas hacia las comunidades afrodescendientes. La suma total, sin contar el costo del cocinero, era de 564 pesos. Cos sumó otros 262 para el "Sr. W", probablemente Walter White, y 100 pesos para "gastos extraordinarios de la comisión". Después incluyó otros 500 pesos para el viaje de dos personas, tentativamente White y Holzinger.[113]

Al final, al grupo de Cos sólo le llegaron 500 pesos, del tal John o Juan Carlos. No he conseguido averiguar más sobre ese fiador, pero su nombre vuelve a aparecer en otros documentos y sospecho que se trataba de un agente que actuaba como intermediario de la casa de los Lizardi y/o Cayetano Rubio. Santa Anna, que tenía relaciones estrechas con esos agiotistas, además de los 2 000 pesos para Núñez, pidió a Pizarro Martínez, a finales de 1836, que se pagara "puntualmente" otro préstamo de 1 000 pesos a John Carlos, que había pedido para subsistir en Texas.[114] El agente se presentó en la oficina del cónsul con la nota, que indicaba que debía cubrirse la cantidad "tres días después de la primera vista" del documento.[115] El 4 de marzo del siguiente año, la compañía de los Lizardi le entregó 1 000 pesos a Pizarro Martínez, que Santa Anna debía al cónsul, muy probablemente del último pago que tuvo que desembolsar. Se estaba quedando sin dinero por andar de fiador.[116]

Hay pocas pistas en la documentación burocrática mexicana sobre la suerte y condiciones de supervivencia del resto de los prisioneros mexicanos durante el largo cautiverio en Texas. Pero sí las hay en otro tipo de fuentes. *The Hesperian*, una revista mensual de Columbus, Ohio, publicó un testimonio que habló con bastante detalle de ellos. La idea de la publicación era recoger testimonios contemporáneos para la posteri-

[113] *Ibid.*, fs. 23 y ss.

[114] Carta de Santa Anna a Pizarro Martínez, Orazimbo, 13 de noviembre de 1836, en AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, f. 6.

[115] BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2082.

[116] AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, f. 25.

dad.[117] El artículo, titulado "Notes on Texas", salió en varias secciones, a partir del quinto número del primer volumen, desde septiembre de 1838 hasta abril de 1839. El autor es anónimo, sólo dejó la inicial "R", pero de acuerdo con lo que pudo averiguar Andrew F. Muir, que editó y republicó el testimonio en 1958, lo más probable es que fuese originario de Cincinnati, Ohio, y viviese en Tennessee cuando visitó Texas. Seguía a un orador y misionero bautista de ese estado llamado Zachariah N. Morell (1803-1883), que llegó a Texas en 1836 y estuvo involucrado en la fundación de las primeras iglesias de esa religión. Asimismo, es muy probable que fuese abogado, por los temas y conocimientos del derecho que se translucen en el texto.[118]

"R" llegó de Nueva Orleans a Galveston en la goleta El Dorado el 22 de marzo de 1837, después de dos semanas de un viaje acosado por el mal tiempo. Lo primero que llamó la atención de los pasajeros al desembarcar fue la "apariencia" de los mexicanos prisioneros. Los encontraron parados en un círculo alrededor de uno de ellos, que parecía el jefe, quizá Cos, repartiéndoles una porción pequeña de carne a cada uno. Según la descripción, no eran más de 100, acantonados en unos jacales de adobe. No pocos habían quedado lisiados. "R" se interesó tanto que charló con ellos e incluso entró a sus jacales. Lo que más le impactó, según su relato, fue su raza:

> Sus complexiones difieren del africano y de los indios norteamericanos color cobre. Su vasta inferioridad física frente al anglosajón era muy sorprendente y tal era su apariencia afeminada, escuálida y tan poco soldadesca, que dio a un amigo la ocasión de comentar que sería buena política del gobierno mantener a esta porción de las legiones vencidas de México en la isla para beneficio de los emigrantes que, a partir de estos especíme-

[117] "Recoger de testigos aún vivos, y preservar para el analista futuro, los importantes registros de un pasado romántico y lleno de vida. Captar las brillantes visiones de la canción y las bellas imágenes de la historia cuando aún están cálidas y brillantes e inscribir en la página que doran la penumbra y aligeran las penas del siempre fugaz presente. Escudriñar toda la historia con ojo firme, sondear toda la filosofía con mano cuidadosa, interrogar toda la experiencia con lengua intrépida y, de ahí, extraer lecciones que nos preparen para el sombrío pero desconocido Futuro, y luz que nos guíe a través de él". *The Hesperian*, Ohio, J. D. Nichols, vol. 1, 1838.

[118] Muir, "Introduction" en *Texas in 1837*, 1958, y Steve Sadler, "Morrell, Z. N.", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/morrell-z-n>. [Consulta: 25 de marzo de 2024.]

> nes, no podrían mantener otro sentimiento más que el de menosprecio por los enemigos de Texas.[119]

En la visión del mundo de este testimonio hay una clara división de los grupos humanos a partir de categorías raciales. Y estos estereotipos físicos de cada uno suponen cierta superioridad o inferioridad moral, intelectual y hasta emocional de quien observaba. Tenían "manos y piernas pequeñas" y les faltaba la virilidad propia de los soldados. Pero para el blanco sureño lo peor era su inferioridad moral, que tenía como síntoma principal el que no parecieran sentir vergüenza frente a su situación desesperada o la derrota de su país. Se veían resignados en su "condición de desnudos", pobres, en harapos y vulnerables a los cambios de temperatura.[120] Así como las elites mexicanas consideraban inferiores a los afrodescendientes y a los "indios", muchos angloestadunidenses sentían el mismo desprecio por el grueso de los mexicanos.

El 5 de abril de 1837, el capitán de la compañía presidial de Laredo interrogó a dos de sus soldados porque antes estuvieron presos por los tejanos al mando de Juan Seguín. Una de las preguntas fue la de si habían visto algún prisionero de San Jacinto. Sólo se toparon con tres, que andaban de sirvientes y cocineros, y escucharon que los demás se "encontraban sirviendo en las habitaciones y otros permanecían en Galveston".[121] Quedaban menos de 100 en el último sitio porque el gobierno texano permitió a los ciudadanos llevárselos como sirvientes a cambio de un depósito, para desahogar el problema de sostenerlos. Por eso, la mayoría terminaron esparcidos por Texas como trabajadores domésticos o cocineros de las familias angloestadunidenses. Los de peor suerte acabaron en los cultivos de algodón, casos en los que la línea entre la servidumbre y esclavitud se desdibujaba, como apunta Andrew Torget. Así es como el resto de los prisioneros, entre 300 y 400, considerando a los que murieron por heridas, enfermedad y/o hambre, terminaron dispersos por el territorio y en ese estatus por mucho tiempo.[122]

[119] "Notes on Texas", *The Hesperian*, 1838, vol. 1, pp. 350 y ss.

[120] *Ibid.*, p. 351.

[121] Francisco de Castañeda a José Juan Sánchez Navarro, Laredo, 5 de abril de 1837, en Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 2, p. 20.

[122] "Notes on Texas", *The Hesperian*, 1838, vol. 1, p. 351. Como muestra Andrew Torget, hay una abundancia de referencias a "sirvientes mexicanos" que confirman que la mayoría de los prisioneros terminaron como sirvientes/esclavos alrededor de Texas. *Seeds of empire*, 2015, pp. 176 y ss.

Por ejemplo, Reuben M. Potter (1802-1890), quien en su juventud trabajó como agente comercial en Matamoros y luego en la aduana de Velasco que instauró el gobierno texano en 1837, escribió muchas odas y ensayos contemporáneos y posteriores sobre la historia de la "Revolución de Texas", siendo considerado una autoridad sobre la batalla del Álamo. Uno de sus textos sobre el tema, publicado en junio de 1878 en la *Magazine of American History*, es el testimonio de un sirviente que tuvo por muchos años y era "uno de los soldados mexicanos capturados en San Jacinto". Se trataba del "sargento Becero [*sic*] del batallón Matamoros", que estuvo presente en el sitio del Álamo.[123]

Por su parte, el gobierno mexicano gastaría todas las energías, tinta y papeles que tuvo a su alcance para reafirmar su soberanía sobre Texas, rechazar cualquier reconocimiento y anunciar nuevas medidas para emprender la "venganza" nacional. En ninguno de los decretos, comunicados y circulares que mandó imprimir y difundir apareció mención alguna sobre esos prisioneros. Pero sí hubo algunos intentos por negociar un canje y existía la posibilidad de que así fuera porque los mexicanos también tenían rebeldes prisioneros en Matamoros. El continuo fracaso de las negociaciones de armisticio no facilitó el arreglo.

El 30 de noviembre de 1836, unas semanas antes de su muerte, Stephen Austin se puso en contacto con el cónsul Pizarro Martínez para gestionar la liberación mutua de los prisioneros de guerra de ambos bandos. Propuso términos convencionales: los intercambiarían cabeza por cabeza y de acuerdo con su rango, y un agente de ambos lados los recogería en Galveston y Matamoros, respectivamente. Le indicó además que se había dado la autoridad completa a Thomas Toby, de la compañía Toby and Brother, la misma que tuvo empeñado el botón de Santa Anna, para que fuera el mediador del acuerdo en caso de que los mexicanos aceptaran.[124] Pizarro Martínez le respondió con su usual diligencia y el 27 de diciembre se puso en contacto con José Ma. Ortiz Monasterio, entonces secretario de Relaciones Exteriores. A este le llegó la nota dos semanas

[123] Austin Public Library, Austin History Center, "The fall of the Alamo", *Magazine of American History*, vol. II, núm. 1, 1878; Bowen, "Potter, Reuben Marmaduke", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/potter-reuben-marmaduke>. [Consulta: 20 de marzo de 2024.]

[124] "Transcript of letter from Francisco Pizarro Martinez to Stephen F. Austin, December 29, 1836", 29 de diciembre de 1836, Digital Public Library of America, en <https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metapth217055/>. [Consula: 25 de marzo de 2024.]

después, y el 12 de enero se la pasó a Tornel, todavía secretario de Guerra, y a José Justo Corro, el presidente interino.[125] El 14 de enero comisionaron a Nicolás Bravo, entonces general en jefe del Ejército del Norte, para llevar a cabo el canje. La orden le llegó dos semanas después, pero ya estaba enterado del asunto porque Pizarro Martínez también le había escrito para ponerlo al tanto.[126]

El general Bravo se comunicó directamente con Pizarro Martínez el 2 de febrero para explicarle su proceder. Después de mucho meditarlo, pensó que el canje propuesto y cualquier pacto con los "sublevados" sería demasiado deshonroso e indigno para "los sentimientos nacionales". Más cuando en ese momento sólo tenía en su poder a trece prisioneros "sin graduación ni importancia alguna" y el enemigo traicionero tenía a jefes, oficiales y "como setecientos soldados" (tampoco tenía idea de cuántos ni quiénes eran). Así que prefirió liberar a los pocos que no se habían logrado fugar como gesto generoso. Les dio un sermón e hizo jurar que no volverían a tomar las armas contra México y no se irían a Texas. Mandó una lista con sus nombres y pidió a Pizarro Martínez que con ese acto, persuadiera a Thomas Toby y los jefes de los sediciosos para liberar al mayor número de prisioneros mexicanos posible.[127]

Los oficiales comenzaron a ser liberados dos meses después. Llegaron a Nueva Orleans en tandas. Primero, el 30 de abril de 1837, se presentaron en la oficina de Pizarro Martínez dos capitanes, Francisco Peraza e Isidoro Campos. Después llegó el coronel Bringas. El general Cos le escribió al cónsul semanas antes, el 17 de abril, que pronto esperaba darle un abrazo y que Houston los estaba poniendo a todos en libertad. Además de comunicar las buenas noticias a algunos de los familiares que estaban al pendiente, Pizarro intentó obtener apoyo de los agiotistas y sus superiores porque ya estaba "exhausto de fiador", para poder seguir asistiendo a quienes siguieran presentándose en su consulado.[128]

[125] AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, f. 20, y BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2022, pp. 1-3.

[126] BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2022, pp. 7-17, y Costeloe, *The central Republic*, 1993, pp. 54 y ss.

[127] Se trató de L. N. Kell, George Copeland, Henry R Craig, Nelson Jones, W. Langenheim, William Hall, John W. Bryan, S. S. Curtis, K. W. Pittman, George Smith, P. J. Maham, W. B. Benson y Sebastian Francis, en BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2022, pp. 11-17.

[128] AGN, Relaciones Exteriores, caja 51, exp. 15, fs. 20-28.

Martín Perfecto de Cos llegó a la ciudad del Cuarto Creciente el 22 de mayo de 1837. Después de una semana y media arregló el pasaje de la siguiente tanda de oficiales y partió de vuelta a México. Para ello tuvo que firmar pagarés, porque "aquellos olvidados e indigentes militares" no tenían un peso. Pidió a Vicente Filisola que el gobierno les hiciese justicia, compartiéndole que a Pizarro Martínez no le quedaba ni un real y ya se le habían agotado los fiadores. Él también había quedado arruinado después de meses sin paga y por el prospecto de pagar las fianzas que firmó a los comerciantes de Nueva Orleans.[129]

Aun si el gobierno texano dejase en total libertad a los prisioneros, como muestra la evidencia citada, iba a ser muy difícil regresar para quienes no tenían recursos propios. Hay que considerar que el costo del pasaje de regreso a México era significativo, no menos de 25 pesos, algo que la mayoría de la tropa no podía financiar. El otro modo de volver era cruzando de nueva cuenta la enorme distancia, atravesada por los llamados "desiertos de Texas", hasta llegar al altiplano mexicano. Era por ello fácil quedar atrapado en Texas y el noreste en general. Habría sido necesario que el gobierno financiara el retorno del "resto de la tropa", las masas, como las llamaba Manuel Payno, y no hay ninguna evidencia de que lo hubiesen intentado, sino todo lo contrario. Los yucatecos, por ejemplo, se quejaban de que muchos de sus reclutas enviados a Texas se quedaron en esa situación.[130]

Es imposible saber qué porcentaje de ese resto trató de hacer la dura marcha de vuelta, pero por el testimonio anónimo del *Hesperian* puede asegurarse que algunos lo hicieron. El testigo dijo haber encontrado, en su paso por San Antonio, a unos 40 que se estaban preparando para la travesía.[131] Sin embargo, la gran mayoría, en especial los que fueron comprados como sirvientes, se quedaron en Texas. El 31 de enero de 1838, Mary Austin Holley encontró a tres de ellos sirviendo a la familia Westall. Los describió como una "gente fiel y callada, con un semblante melancólico, excesivamente amarillentos y con cabello negro". Uno

[129] Martín Perfecto de Cos a Vicente Filisola, Nueva Orleans, 19 de mayo de 1837, en Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 2, pp. 154 y ss.
[130] Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 33 y ss.
[131] "Notes on Texas", *The Hesperian*, 1838, vol. 2, p. 191.

de ellos había sido sastre y estaba tejiendo con delicadeza, "como una mujer".[132]

LOS AGENTES BRITÁNICOS LLEGAN A TEXAS

Aunque ninguna de las invasiones y tentativas mexicanas o texanas se concretó cabalmente, la guerra no quedó petrificada. A la inversa, después de San Jacinto entró en un lapso de incertidumbre y ebullición emocional. Durante esta efervescencia inicial, la nueva república se mantuvo bajo presión, teniendo que desarrollar las instituciones mínimas para su supervivencia y un proceso similar ocurrió en México. Uno de sus aspectos menos conocidos, pero que fue crucial, en especial para el destino geopolítico de Texas, fueron los choques en el Golfo de México. Aunque la guerra afectó su comercio con Nueva Orleans, los corsarios texanos lograron mantener el control de los puertos al norte de la bahía de Copano. En la mayor parte de las reyertas ya mencionadas los rebeldes salieron campantes.

Los comerciantes texanos no sólo continuaron con sus actividades en la ciudad del Cuarto Creciente, también tuvieron éxito interceptando muchos de los apoyos que México envió por mar en la primera mitad de 1836. Por ejemplo, el 5 de julio el cónsul Pizarro Martínez recibió la noticia de que las goletas estadunidenses Comanche y Fany Butler, que llevaban víveres con valor de 16 000 pesos para el ejército mexicano, cayeron presas de los "revoltosos", cerca del Copano. Aunque los buques fueron devueltos, el cargamento quedó confiscado. No se trató de un evento extraordinario, el cónsul era tan consciente del riesgo que los barcos estaban asegurados contra "apresamientos por fuerzas texanas". Poco después, la Water Witch corrió la misma suerte.[133]

Además de intentar bloquear el comercio de Matamoros, a partir de marzo de 1836 los texanos comenzaron a aventurarse allende las aguas del golfo, en particular, en la península de Yucatán. Después del largo y complicado proceso de conquista, esta provincia nunca gozó de mucha riqueza, a diferencia de los centros mineros del altiplano mexica-

[132] Austin Holley, *The Texas diary*, 1965, p. 55.
[133] UTRGV, AHSRE, L-E-1078, p. 113.

no. A inicios del siglo XIX era una sociedad rural en la que había prevalecido el sistema tributario de las encomiendas y estaba profundamente dividida entre la población maya y una minoría blanca. Por su aislamiento geográfico, desde tiempos prehispánicos sus principales comunicaciones y relaciones con el exterior se llevaban a cabo por el Golfo de México. Tras la independencia, que le pasó de noche, se integró a la república mexicana, por cálculo político y bajo la condición de mantener su excepcionalidad y margen de autonomía.[134]

Las elites de los dos ayuntamientos más importantes de Yucatán, Campeche y Mérida tenían una férrea rivalidad por la primacía en la península. La relación mercantil más significativa de la primera era con Tampico y Veracruz, gran parte de la cual era contrabando de productos ingleses. Además, tenía el comercio de palo de tinte, del que abundaré más adelante. En cambio, Mérida, por medio de Sisal, su puerto, comerciaba más con Cuba y Estados Unidos. Ambas preferían el sistema federalista, pero la primera solía ser más moderada que la segunda, que tendía más a la independencia total. Cuando se instauró el régimen centralista de las Siete Leyes en 1835, el general Francisco de Paula y Toro quedó como gobernador en Campeche.[135]

A pesar de sus diferencias, ambos grupos se unieron en la lucha contra el centralismo. El meollo del conflicto fue el cobro de derechos aduanales y el reclutamiento del contingente de sangre para la guerra de Texas. Por ejemplo, aportaron una compañía de milicia activa (reservas regionales del ejército permanente) de 300 "infantes" o "piquetes" para la primera campaña. Estos sirvieron en la división de José Urrea y fueron parte de quienes llevaron a cabo las ejecuciones de los hombres de Fannin.[136] Sin embargo, a pesar del rechazo generalizado al centralismo, en los primeros años de la guerra de Texas la península siguió siendo parte de la república mexicana. Los pronunciamientos federalistas tomaron fuerza a partir de 1838, ayudados por el bloqueo francés de Veracruz. Como veremos en el siguiente capítulo, expulsaron a los centralis-

[134] Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 28-30, 63; Flores, "Repúblicas centrales", 2021, y Campos, "Yucatán: entre el privilegio", 2003, pp. 1-18.

[135] Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 29-37, y Flores, "Repúblicas centrales", 2021.

[136] Véase en esta obra, cap. II, "Sentimientos y (des)honor: guerra inhumana entre David y Goliad". Sobre el resto de su participación en la primera campaña, véase Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 94, 105 y ss., 137 y 172.

tas de Campeche y no declararon su independencia sino hasta febrero de 1840. Tras ello se aliaron con los texanos.[137]

Antes de aquel pacto, los yucatecos fueron víctimas de los corsarios texanos. El 5 de marzo de 1836, la Liberty, al mando de William Brown, hizo su primera víctima a la goleta mexicana Pelícano, que estaba estacionada en el puerto de Sisal, mientras los dueños de esta eran juzgados por contrabando por el juez local. Después de una trifulca sangrienta entre los texanos y los custodios de la goleta, los primeros llevaron la ventaja y se quedaron con la Pelícano como presa de guerra. Poco después encalló cerca de Matagorda, pero pudieron salvar su carga, principalmente harina y pólvora. Ese sólo fue el primer aviso.[138]

El 29 de julio, el comandante de fragata y de marina de aquel departamento, Manuel de Lara Bonifaz, interrogó a William Dunn, capitán de la balandra Racer de la Marina Real Británica,[139] para recabar información sobre el problema. Este le contó que un pailebote armado, cuyo nombre no declaró, pero pudo haber sido la Liberty, Independent o Invincible, lo detuvo cerca de la costa de Campeche y le exigió que enviase una representación. Por su potencia de fuego, el capitán inglés estuvo en posición de negarse y exigir que fueran ellos quienes se trasladaran a la Racer. Pudo hacerlo porque frente a sus 16 cañones, los corsarios texanos solían ir equipados con tan sólo uno o dos. Les tuvo que enviar su propio bote pues el suyo estaba asaltando a otros navíos cercanos para tomar botín. Cuatro individuos armados con sable y pistola quisieron abordar. El capitán sólo se lo permitió al oficial de mayor rango, que era el segundo al mando. Este se atrevió a demandarle sus cartas de navegación. Dunn sólo le entregó su carta de sanidad de Tampico, un documento que expedían los puertos en aquella época después de las

[137] Véase en esta obra, cap. v, "Las repúblicas independientes del Golfo de México"; Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 29-37, y Flores, "Repúblicas centrales", 2021.

[138] Nance, *After San Jacinto*, 1963, p. 13; Villegas, "Las costas de Yucatán", 2016, pp. 188 y 191, y Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 57 y ss. Los texanos se retiraron de Yucatán después de que México y Texas firmaran un armisticio el 14 de junio de 1843. Sam Houston destituyó al comandante de la armada texana, el comodoro Moore, quien, como veremos más adelante, había causado estragos en Yucatán con poco control del gobierno de Texas y grandes costos. Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 110-113, y véase en esta obra, cap. v, "Las repúblicas independientes del Golfo de México".

[139] Era un *brig-sloop* (balandra de guerra), navío de la clase también llamada *Racer* de la Marina Real Británica. Tenía 16 cañones y medía 30.48 metros de largo. Entró en servicio en 1833 y salió en 1852. Estuvo comisionada principalmente en el Golfo de México hasta 1842, cuando se fue a Sudamérica a combatir el tráfico de esclavos. Lyon y Winfield, *The sail & steam*, 2004, p. 126.

inspecciones sanitarias. El oficial le dijo que el pailebote era un barco de guerra de la república independiente de Texas, que su intención era perjudicar al comercio de la región y que sospechaban que la Racer estaba despachando tropas mexicanas. Le presumió, además, que ya habían conseguido pillar cinco buques mexicanos y otros cuatro de guerra. Según William Dunn, el pailebote, como se conocía a los navíos con velas triangulares,[140] llevaba una bandera como la estadunidense, pero "con sólo una estrella grande blanca".[141]

Como bien observó Pascale Villegas, el *modus operandi* de los corsarios texanos era enviar una canoa de entre cuatro a seis individuos armados para abordar y capturar a sus presas, llevarlas a Galveston y vender sus efectos en un mercado público. Ahí, se destinaba el 20% de las ganancias a los esfuerzos de guerra y el resto se lo quedaban ellos.[142] El pescador Pablo Flores y sus dos ayudantes fueron tomados prisioneros por el corsario texano, después de que pasara por encima y destrozara la Favorita, su canoa. Los piratas llevaban a un prisionero de la batalla de San Jacinto: el sargento Morales del batallón activo de Tamaulipas, quien le comentó al pescador que los texanos recién habían capturado una goleta. Poco después la barca yucateca Matilde fue atacada. De acuerdo con su dueño, Julián Osorio, seis texanos armados se le acercaron en un bote, lo apresaron y llevaron a bordo de su nave. Revisaron los documentos de la carga que conducía a Campeche y lo despojaron de 20 cajones de tabaco, una pequeña fortuna, que era lo que cabía en el corsario texano. Luego despacharon a la Matilde a Galveston con tres texanos y dos mozos mexicanos a bordo, junto con correspondencia oficial. Después de pasar una noche prisionero en la nave corsaria, liberaron a Osorio junto con los otros cautivos, botándolos en una canoa pescadora.[143]

Estas depredaciones, junto con información de la llegada de más voluntarios a Texas, reclutados en tabernas y reuniones públicas en Estados Unidos y el lamentable estatus de los prisioneros, especialmente de Santa Anna, fueron investigadas por Manuel de Lara en Campeche y

[140] Pailebotes se llamaba a los navíos que, como las *sloop* de guerra británicas, las *schooners* estadunidenses y otras goletas, usaban la vela bermudiana o de marconi, que se distingue por su forma triangular. Lutschaunig, *New Spanish and English*, 1869, t. 1, p. 61.

[141] Archivo General del Estado de Yucatán (en adelante AGEY), fondo Poder ejecutivo, siglo XIX, ramo Milicia, caja. 32, vol. 14, exp. 3.

[142] Villegas, "Las costas de Yucatán", 2016, pp. 190 y ss.

[143] AGEY, fondo Poder ejecutivo, siglo XIX, ramo Milicia, caja. 32, vol. 14, exp. 3.

Juan Fernández de Cota en Sisal. Durante la segunda parte de 1836, interrogaron a las víctimas de los corsarios y a los capitanes de los buques mexicanos, ingleses, españoles y estadunidenses que llegaban a puerto.[144] Aunque informaron al gobierno de esos sucesos, no consiguieron frenar los ataques. Como señala Pascale Villegas, carecían de recursos para armarse, y las autoridades de la región, con el gobernador y general Francisco de Paula y Toro a la cabeza, tenían poco incentivo para invertir en seguridad porque también se beneficiaban del contrabando. Así, Yucatán era mucho más vulnerable que Veracruz, Tampico y otros puertos del seno mexicano mejor protegidos y, además, estaba mucho más cerca de Texas. También era un punto estratégico, al encontrarse en la entrada al Golfo de México, entre los ingleses en Belice y el Caribe y los españoles en Cuba. De hecho, los texanos establecieron una base de operaciones en Cozumel desde 1837 e inclusive pensaron en la posibilidad de comprar y anexarse la isla.[145]

Conforme las noticias de estos despojos comenzaron a difundirse, quienes llevaban a cabo el comercio en la zona dejaron de fondear cerca de allí, prefiriendo regresar cuanto antes a Nueva Orleans, o simplemente abandonaron la ruta. Ahora bien, además de al comercio mexicano y yucateco, estos ataques comenzaron a afectar los intereses británicos en la región. Como muestra el caso de la Racer, los texanos no titubeaban al atacar a sus navíos. Aunque aquella se salvó, otras goletas que no eran de guerra, como la Eliza Russell y la Elizabeth, fueron capturadas y saqueadas. Con ello, los británicos, que aún no reconocían a la república de la estrella solitaria, comenzaron a clasificar a los corsarios texanos como piratas.[146]

El 26 de julio de 1836, George B. Shields, vicecónsul británico en la isla del Carmen, sobre la laguna de Términos, escribió al gobernador Toro, solicitándole permiso para que sus connacionales pudiesen cargar palo de tinte en aquella isla. Conocido como *logwood* por los británicos,

[144] *Ibid.*

[145] Villegas, "Las costas de Yucatán", 2016, pp. 191, 195 y ss., y Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 114-119. Por la forma de C del golfo, Yucatán queda a menor distancia de Texas que Veracruz. La línea costera del seno mexicano, de Matamoros a Sisal, se extiende por poco menos de 2 000 km, mientras que un viaje directo de Texas a Yucatán implica aproximadamente 1 130 km. Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 98 y ss.

[146] Vázquez, "El centralismo, Texas", 2010, p. 135, y Villegas, "Las costas de Yucatán", 2016, p. 193.

el palo de tinte o de Campeche es una especie de árbol endémico de la península de Yucatán y Centroamérica, que desde tiempos prehispánicos era utilizado para producir varios tintes, principalmente amarillo, morado o rojo. Aunque no hay muchos estudios sobre el comercio de este recurso en este periodo, sí los hay para el colonial y la segunda parte del siglo XIX. En el primero sufrió por depredaciones piratas e inició el contrabando. En el segundo, los británicos se adueñaron del comercio cuando comenzó a usarse como tinte en su industria textil, siendo siempre de importancia significativa por la dificultad de encontrar pigmento en otras partes del mundo.[147]

En los años de la guerra de Texas, la mayoría era extraído por la laguna de Términos. Los británicos tenían que reunirlo en Campeche, donde lo cargaban en buques comerciales más grandes, porque en 1835 se prohibió el comercio exterior en la isla del Carmen. Lo hacían por medio de embarcaciones mexicanas pequeñas, en parte para ahorrarse impuestos aduanales. Las depredaciones de los corsarios texanos sobre la ruta entre isla del Carmen y Campeche comenzaron a mermar los almacenes del segundo puerto. Aún sin esta piratería, el giro comercial, que era el principal en aquella región, se había vuelto menos redituable por la prohibición de exportarlo directamente de la isla del Carmen y los costos extra de transporte a Campeche. Así que la Junta del Departamento, al no tener la facultad de abolir el decreto en el nuevo régimen centralista, apoyó la solicitud del vicecónsul de pedir al centro la derogación de aquella ley.[148]

Estos ataques no trascendieron lo suficiente para que Gran Bretaña interviniera. Tenía mayores preocupaciones en otras partes del mundo: la colonización de India, rebeliones en Canadá (1837-1838) y la primera guerra del opio contra China (1839-1842). Ascendió como la gran potencia, dueña de los mares, después del declive del imperio español y la derrota de Bonaparte. Durante las guerras napoleónicas y el bloqueo continental buscó mercados alternos en América. Ello, aunado a la debacle de la armada hispana y sus flotas, incrementó su participación en el

[147] Ortiz-Hidalgo y Pina-Oviedo, "Hematoxylin: Mesoamerica's", 2019, pp. 4-11. Para el inicio de la explotación internacional, véase Villegas, "El inicio de la explotación", 2020, pp. 318-333. Para la segunda parte del siglo XIX, véase Villegas y Torras, "La extracción y exportación", 2014, pp. 79-93.

[148] AGEY, fondo Poder ejecutivo, siglo XIX, ramo Gobernación, caja 19, vol. 8, exp. 27.

comercio, inundándola con sus textiles industriales. El Golfo de México se convirtió en una parte de lo que conocían como las Indias Occidentales. Además, los bancos ingleses habían financiado a muchas de las repúblicas americanas. Pero muchos de estos préstamos terminaron siendo ruinosos. A partir de 1825, las moratorias se multiplicaron. En el caso de México, tuvo que suspender sus pagos desde fines de 1827. Por eso, la preocupación inicial de la Foreign Office respecto a la guerra de Texas era el problema de la deuda mexicana con los tenedores de bonos y no la piratería texana o la soberanía de aquella periferia de su imperio.[149]

Desde San Jacinto, a Richard Pakenham, el ministro plenipotenciario de Gran Bretaña en México, el asunto de Texas le pareció una causa perdida para el país en el que se hallaba. A pesar de que los mexicanos lo buscaron para obtener el apoyo de su gobierno, este prefirió mantener su neutralidad, especialmente después de que llegaran las noticias de la ejecución de los prisioneros del Álamo y Goliad, entre los cuales tenían connacionales. También debió brindar apoyo a otros tantos de su nación que se refugiaron en Matamoros después de la primera campaña y estaban en estado de indigencia. Aunque sentían afinidad con los texanos, el tema de la esclavitud era un obstáculo insalvable. Por eso, y por el peso del interés de los tenedores de bonos, se decidió esperar y seguir tratando a Texas como parte de México, aún después de que John Henderson llegó a Londres en 1837, para abogar por el reconocimiento de la república de la estrella solitaria.[150]

Con todo, a inicios de 1837, Texas apareció por primera vez en el radar de Lord Palmerston, secretario de relaciones exteriores y una de las figuras más importantes de la política exterior británica del siglo XIX. Entonces pidió a Pakenham que mandase al vicecónsul en Tampico, Joseph T. Crawford, a "Matamoros y el territorio mexicano al norte" para que le reportara sobre la situación del comercio de la región y la provincia rebelde. Crawford partió el 24 de marzo. En lugar de tomar el

[149] Vázquez, "El centralismo, Texas", 2010, pp. 135-138; Nelson, "Britain and the annexation", 1964, pp. 27-38; Martínez, "Deuda externa", 2022, pp. 7-14, y Campbell, "The transatlantic financial", 2017, pp. 3 y ss.

[150] Cuando Henderson se entrevistó con Lord Palmerston, intentó venderle el potencial algodonero de Texas. Pero el político británico lo increpó por la esclavitud en Texas y le dijo que eso complicaría mucho cualquier reconocimiento. Torget, *Seeds of empire*, 2015, pp. 184 y ss.; Vázquez, "El centralismo, Texas", 2010, pp. 135-138; Nelson, "Britain and the annexation", 1964, pp. 27-38, y Martínez, "Deuda externa", 2022, pp. 7-14.

trabajoso camino terrestre, salió a reconocer Texas por la costa, especialmente las entradas fluviales y las bahías, en la balandra Racer del capitán Dunn, que ya tenía experiencia lidiando con los texanos. El recorrido y servicio de inteligencia en la región le tomó menos de tres meses, regresando el 5 de junio a sus labores en Tampico.[151]

Su primera parada fue Matamoros donde estuvo la mayor parte del mes de abril. Volvió a abordar la Racer el 8 de mayo y reconoció las bahías de Copano, Aransas, Matagorda y San Bernardo en la costa de Texas. Su primera observación respecto al comercio, objetivo principal de su misión, fue que estaba limitado a navíos de poco calaje que pudiesen internarse en los ríos. Las tierras que rodeaban a los característicos estuarios y bahías alargadas eran las mejores para el cultivo del algodón. Pero estos cuerpos fluviales, como Mary Austin también resaltó en su diario, tienen barras traicioneras que sólo permiten la entrada de navíos y barcos de vapor de poco calado. Por lo mismo, parte importante de su inspección consistió en averiguar el calado que debían tener los navíos para entrar a cada uno de los ríos y a qué distancia había buen fondeadero. Esta era información naval y marítima indispensable, que solía aparecer en los mejores mapas de la región. Crawford también advirtió a su gobierno sobre la poca profundidad de toda la costa del golfo texano. A tres millas de la orilla (4.8 km) midió una profundidad de entre nueve y diez brazas inglesas (16.4-18.2 metros). Aunque los navíos podían fondear ahí soltando sus anclas, quedaban expuestos a los nortes durante el invierno y a las agitadas aguas de verano y otoño del golfo.[152]

Desde mayo de 1836, muchos de los angloestadunidenses que habían escapado durante el *runaway scrape* ya estaban de regreso en sus plantaciones, y había algodón saliendo de Texas. La magnitud de este comercio aún era insignificante para los estándares británicos. Pero, como muchos antes que él, Crawford reconoció sus posibilidades: "en tiempos de paz va a ser muy considerable para el abastecimiento de todo el interior hacia el oeste, tan lejos como San Antonio de Béjar, y por el transporte del algodón y otros géneros". Su ojo experto no estuvo equivocado

[151] Crawford a Bidwell, Tampico, 9 de febrero de 1837, en Adams, *British diplomatic*, 1918, p. 3. Unos años después Crawford trabajó como cónsul general en Cuba. Sus reportes sobre el comercio de esclavos y la industria azucarera de la isla son muy citados en la historiografía sobre el tema.

[152] Crawford a O'Gorman, Houston, Texas, 13 de mayo de 1837, en *ibid.*, pp. 5-8, y Torget, *Seeds of empire*, 2015, pp. 175-177.

pues, a pesar del bajo precio del algodón a finales de 1837, la producción texana no dejó de incrementarse durante los siguientes años. La gente local con la que tuvo contacto le informó que Béjar y sus vecindarios eran las "provincias mejor cultivadas, con el mejor clima y las tierras más ricas". Aunque esa había sido la parte más afectada por la guerra después de la primera campaña y "los habitantes fueron obligados a abandonar toda esa parte del país que está entre el ejército texano y Matamoros".[153]

El vicecónsul observó muy claramente cómo el territorio entre el río Nueces y el Bravo se convirtió en una "frontera indefinida", como la llama Octavio Herrera. Este espacio, que los texanos llamaban el Trans-Nueces, se había convertido en una tierra sin ley, que atravesaban una multitud de grupos indígenas, contrabandistas, bandidos y depredadores texanos, a veces, incluso, en distintas combinaciones entre ellos. En ella, las filiaciones se desdibujaban. Sin embargo, la guerra de Texas se utilizó con una lógica legitimadora en la lucha entre los actores de la región por el control de sus recursos, en especial el ganado.[154] Juan N. Seguín, uno de los líderes tejanos que se unieron a la causa de los rebeldes angloestadunidenses, siguió las órdenes del gobierno texano de conducir al ganado de los tejanos hacia el interior de Texas, para quitar los recursos de supervivencia a cualquier expedición mexicana y así mostrar su lealtad a la causa. También comenzaron a organizarse los *rangers* y *cowboys*, que se dedicaron a robar el ganado a indígenas y tejanos. Sin embargo, lo mismo ocurría a la inversa. Por ejemplo, a finales de 1837, una partida de 500 soldados mexicanos de Matamoros, acompañados de 100 rancheros de la milicia, salió a capturar ganado en las inmediaciones de San Patricio, consiguiendo llevarse un millar de cabezas. A uno de los angloestadunidenses que capturaron lo llevaron a Matamoros encadenado en un cañón y, a otro, que logró escaparse, le propinaron unos latigazos. Les dieron el mismo trato que muchos prisioneros mexicanos, como el teniente Carlos Ocampo, habían sufrido.[155]

[153] Crawford a O'Gorman, Houston, Texas, 13 de mayo de 1837, en Adams, *British diplomatic*, 1918, pp. 5-6.

[154] Herrera, *Matamoros*, 2018, pp. 98 y ss., y *El norte de Tamaulipas*, 2003, p. 42.

[155] Nance, *After San Jacinto*, 1963, pp. 13, 49 y ss. La familia de los Seguín, junto con la de los Viesca de Coahuila, tenía conexiones masónicas yorkinas y apoyó la inmigración angloestadunidense desde su inicio. Erasmo Seguín, el patriarca, recibió a los Austin en Texas y era amigo de Stephen. También tuvieron cargos como representantes en los congresos locales y federal, fungiendo como intermediarios y aliados políticos para los líderes angloestadunidenses. Cuando la rebelión comenzó a fraguarse en 1835, muchos tejanos se unieron porque la mayoría

Crawford se adentró en el territorio texano por los afluentes, de la misma forma que lo había hecho Mary Austin Holley dos años antes. Sólo que él entró al río Brazos en un barco de vapor, anotando que, en la temporada de lluvia y ríos crecidos, los vapores grandes podían subir hasta 300 kilómetros hacia el interior. Las poblaciones de Velasco y Brazoria ya se habían recuperado de la debacle del año anterior. El vicecónsul las encontró con "buena cantidad de negocios llevándose a cabo y varios almacenes grandes y bien surtidos". Seguramente hablaba de los de White, McKinney y Williams. Luego fue a la bahía de Galveston, para llegar a la nueva ciudad de Houston. La ahora capital sobre el Buffalo Bayou, cerca del sitio de la masacre de San Jacinto, apenas contaba con entre 1 500 y 2 000 habitantes.[156] Aunque Crawford reconoció a Galveston como el único puerto decente de Texas, vio que no tenía suficiente profundidad para los navíos de guerra convencionales que usaban los ingleses. Sobre su funcionamiento, apuntaba que "puede observarse en el mapa que acompaño que los navíos grandes deben descargar y cargar en el puerto de Galveston, mientras los más pequeños pueden ir cerca de 25 kilómetros a la barra del Pez Rojo por donde su cargamento es llevado por barcos de vapor y *lighters* [embarcaciones de poco calado de carga y descarga] a Houston y otros puntos". No había ninguna aduana u oficina de puerto, por lo que no podía saberse con exactitud cuáles eran los rendimientos del comercio.[157]

A pesar del decreto mexicano del 11 de febrero de 1836 que cerraba todos los puertos en la costa de Texas, para 1837 el comercio de Texas comenzaba a prosperar.[158] Según Crawford, al mes llegaban en promedio 40 navíos con 100 toneladas cada uno, la mayoría con bandera estadunidense, para un total de 48 000 toneladas al año, que, medido en pacas de algodón, serían más de 220 000. Todavía no era una cifra que llama-

---

eran profederalistas. Al tornarse separatista, algunos prefirieron salir de la jugada, pero otros se unieron a la nueva causa. Especialmente los Seguín, que aportaron ganado para alimentar a los insurgentes y levantaron su propio grupo de voluntarios. Hubo quienes, como Lorenzo de Zavala, José Casiano y Francisco Ruiz, también apoyaron la independencia. Algunos, como José Antonio Navarro, lo hicieron, pero de forma más dubitativa. Reséndez, *Changing national*, 2004, pp. 69-70, 100, 159, 169-170.

[156] Austin Holley, *The Texas diary*, 1965, p. 137.

[157] Crawford a O'Gorman, Houston, Texas, 13 de mayo de 1837, en Adams, *Britishdiplomatic*, 1918, pp. 5-8.

[158] CEHM, fondo Impresos de Roberto Valles Martínez, XLIX-2.1-1.50.

ra mucho la atención de los ingleses, pero estaba creciendo.[159] Las principales compañías de comercialización algodonera que surgieron desde la independencia eran la R. G. Mills & Co. y la McKinney-Williams. La primera dominaba las operaciones del río Brazos. La segunda el de Galveston y, entre 1838 y 1839, comenzó el ambicioso proyecto de comerciar su algodón con los británicos. Las dificultades en el transporte y las comunicaciones, anotadas por Mary Austin y Crawford, limitaron su éxito. Pero a pesar de carecer de suficiente infraestructura, lograron llenar algunos cargamentos que fueron directamente al viejo continente. Ello generó mucho optimismo en Texas, porque este acercamiento ejercería presión sobre Estados Unidos a favor de la anexión, antes de que los ingleses la volvieran su protectorado.[160]

El vicecónsul fue recibido por Sam Houston en mayo de 1837 y presentó sus credenciales como visitador consular, en busca de datos sobre el comercio en los puertos al norte de Tampico. Su informe fue que la joven república había apostado todo al King Cotton: "si Texas mantiene su independencia de México, un ventajoso trueque puede establecerse con otros países que ofrecerán manufacturas y tomarán algodón a cambio".[161] Pero esto ató de manos al gobierno que Houston encabezaba. Junto a la presión mexicana, la esclavitud dilató la anexión de Texas a Estados Unidos, lo que siempre fue el propósito principal e inmediato después de la independencia. Asimismo, también le costó caro respecto a sus relaciones con las potencias europeas, especialmente Gran Bretaña y a la posibilidad de obtener crédito en sus bancos. Al fracasar en cuanto a la anexión, Texas tuvo que nadar cuesta arriba para financiar al Estado. El 20 de diciembre de 1836, para conseguir recursos, se decretó una ley para levantar una casa aduanera a partir del 1 de junio de 1837.[162]

[159] Crawford a O'Gorman, Houston, Texas, 13 de mayo de 1837, en Adams, *Britishdiplomatic*, 1918, p. 7.

[160] La firma de Thomas McKinney y Samuel Williams obtenía créditos de la compañía de comercialización de Henry Williams, hermano de Samuel, con sede en Baltimore. En aquel negocio con el barco Ambassador, de Liverpool, intercambiaron su algodón por manufacturas inglesas, arriesgando la mayor parte de su capital. Lograron cargarlo con 1 200 pacas e inaugurar el comercio directo con Europa. Torget, *Seeds of empire*, 2015, pp. 193-197.

[161] Crawford a O'Gorman, Houston, Texas, 13 de mayo de 1837, en Adams, *British diplomatic*, 1918, pp. 8-10.

[162] Se aplicarían las siguientes tarifas: 45% a los vinos, espíritus y licores de malta; 50% a todos los bienes y manufacturas de seda; 24% al azúcar y café; 25% al té; 1% al pan; 10% al acero y a todas las prendas de algodón y lana; y al resto 20%. Todavía hacía falta designar a los

Sin embargo, quedó en letra muerta. De entrada, afectaba los intereses del algodón, que se habían revelado en 1835 en buena medida por las tarifas. Además, los comerciantes tenían muy poca liquidez para pagar, estaban acostumbrados al contrabando y nunca se levantó la infraestructura y personal necesario para cobrar los aranceles. Así que, más tarde, el gobierno tuvo que crear un impuesto sobre la propiedad, del 1.5% del valor total. Este sigue siendo hoy en día, el principal ingreso del estado de Texas, pero en aquella época pocos lo pagaban. Houston no tuvo más remedio que empezar a imprimir papel moneda que pronto se depreció, pues no estaba respaldado en ningún valor en especie.[163]

Durante su visita, Crawford destacó que la "guerra de subyugación" con México se sentía en el aire. En suma, Texas tenía potencial comercial, pero estaba lejos de ser un hecho su independencia y viabilidad como república.[164] A finales de 1837 e inicios de 1838, poco después del regreso a Tampico del vicecónsul, Mary Austin volvió a Texas. En aquella ocasión, lo que destacó en su diario fueron las alarmas ante una posible invasión mexicana, casi eclipsando sus usuales preocupaciones por la salubridad y los sitios enfermizos. No era la primera vez que cundía el pánico por esos temores. El primero fue durante el verano de 1836, después de las declaraciones del gobierno mexicano sobre reanudar la guerra, de los generales mexicanos en Matamoros jurando que retomarían la campaña y del nombramiento de José Urrea como general en jefe. El segundo ocurrió durante el invierno de 1836, cuando unos prisioneros angloestadunidenses escaparon de Matamoros e informaron a los texanos que en el sitio se estaban concentrando tropas mexicanas. Esto pareció confirmarse por los reportes del grupo armado de Seguín, que vigilaba la frontera, según los cuales había 8 000 soldados repartidos entre Saltillo y Matamoros. Sin embargo, esas tropas, ahora al mando de Nicolás Bravo, nunca emprenderían la campaña por falta de recursos para cruzar el Trans-Nueces.[165]

---

oficiales y se esperaban algunas modificaciones a la ley para permitir al presidente eliminar las tarifas sobre la comida y los materiales de construcción. *Ibid.*, p. 8.

[163] Torget, *Seeds of empire*, 2015, pp. 180-189.

[164] Crawford a Pakenham, Nueva Orleans, 26 de mayo de 1837, en Adams, *Britishdiplomatic*, 1918, p. 10.

[165] Austin Holley, *The Texas diary*, 1965, pp. 36 y ss.; Nance, *After San Jacinto*, 1963, pp. 22-25 y 32 y ss., y véase en esta obra, cap. IV.

El susto del invierno de 1837 fue el tercero. Rebrotó, una vez más, el trauma que dejó la primera campaña de Texas. Esto evidencia muy claramente cómo la incertidumbre y las emociones de la atmósfera podían producir pánicos colectivos que se salían de las manos de la frágil república. En la víspera de la navidad, llegaron noticias de que el "Enemigo" había tomado San Antonio Béjar con 1 500 hombres. Ese año no hubo felices fiestas porque todos estaban ocupados en los preparativos de guerra. Se hicieron reuniones públicas para donar recursos para la causa, de las que se juntaron 5 000 dólares, y se llevaron a cabo rituales patrióticos. Mary Austin resalta el caso de un marinero que donó 80 monedas de plata, "todo lo que tenía". La modesta casa de Houston, una cabaña de una sola habitación, que siempre estaba saturada de personas, estuvo más atiborrada de lo usual. El 26 se comenzó a levantar una milicia de entre 600 y 700 hombres y se juntaron otros 2 000 dólares. También se adquirió una goleta por 8 000. En una *town meeting*, se acordó que se "perseguiría al ejército incluso hasta la Ciudad de México".[166]

El resto del año, Mary Austin siguió a los militares mientras iban a la frontera. Continuaron recibiendo reportes alarmantes mientras las milicias se formaban alrededor de la república. El siguiente par de semanas, Mary Austin pasó los días en relativa tranquilidad, visitando conocidos en la vasta y dilatada tierra de Texas, como probablemente muchos otros plantadores y granjeros. Finalmente, el 14 de enero llegó el coronel Henry Karnes, que había relevado como comandante de San Antonio a Juan Seguín, entonces en Nueva Orleans, para explicar el origen de la falsa alarma. Primero llegó un rumor de que alrededor de 100 enemigos se acercaban a San Antonio, quizá originado por la ya mencionada expedición que hicieron los mexicanos cerca de San Patricio para llevar ganado a Matamoros. Entonces, Karnes envió una partida de espías y pidió a un tejano de apellido Rodríguez que preparara su caballo en caso de que fuese necesario mandar un mensaje exprés. En lo que fue a buscarlo, la guarnición limpió y disparó el cañón del fuerte para tenerlo listo. Rodríguez lo escuchó a lo lejos, lo interpretó como un ataque enemigo y se arrancó rumbo a Houston. Karnes mandó varios jinetes para

[166] Austin Holley, *The Texas diary*, 1965, pp. 36 y ss.

alcanzarlo, pero esto lo aceleró aún más y así llegó con las falsas noticias a la capital.[167]

La espada de Damocles parecía colgar sobre la nueva república, inyectando de vez en cuando una dosis de anarquía a su colectivo. Ello, sumado a los problemas para construir un Estado viable y los fracasos de la política anexionista y de reconocimiento a nivel internacional, ensombrecían el panorama lo suficiente como para no dar por sentado ya no sólo la incorporación a Estados Unidos, sino la independencia misma. Sin embargo, un factor importante jugó a favor de Texas, en parte gracias a que conservó el control de su costa: el flujo de bienes y migrantes entrando y de algodón saliendo continuó creciendo. Mientras la población indígena se mantuvo estable, en aproximadamente 14 500, y la de tejanos se quedó estancada en aproximadamente 3 000, como ya lo había estado por varias décadas, la de los texanos y los afrodescendientes siguió aumentando. Se calcula que para la segunda parte de 1836 había cerca de 30 000 angloestadunidenses y entre 3 500 y 5000 individuos esclavizados. Por la gran cantidad de inmigración y el poco control que hubo sobre ella en los siguientes años, no hay datos exactos de su incremento, pero es claro que fue significativo. Y conforme fue aumentando, desplazó a los grupos indígenas y a los tejanos, a pesar de la política pacifista de Houston.[168]

El 30 de enero de 1838, el consulado mexicano de Nueva Orleans advirtió al gobierno de una numerosa "multitud de emigrantes" que, "de todas partes", se dirigía hacia Texas por "la falta de trabajo y recursos" en Estados Unidos. Esta nueva oleada era preocupante para México porque aumentaría los "recursos, comercio y población [de Texas] a un grado increíble". Fue suscitada por una fuerte crisis económica en el vecino del norte, conocida como la crisis financiera transatlántica o el pánico de 1837.[169] Hubo un decremento drástico de los precios del algodón y reventó una burbuja especulativa de tierras y préstamos en el sur y oeste estadunidense. Junto a otras circunstancias, provocaron una depresión que duró hasta 1844.[170] Aunque hace falta llevar a cabo una investiga-

[167] *Ibid.*, pp. 39-49.
[168] Torget, *Seeds of empire*, 2015, pp. 178, 197 y ss.
[169] UTRGV, AHSRE, L-E-1065, p. 3.
[170] Otro factor importante fue que Andrew Jackson cerró el banco central de Estados Unidos, causando una de las principales controversias políticas de la época. Él y sus seguidores lo veían como una institución corrupta y elitista. Por lo tanto, los bancos comerciales y no el

ción más profunda, puede especularse que Texas no se vio tan afectada porque aún estaba poco vinculada con el sistema financiero internacional. Todavía muchos de sus habitantes vivían en la autosuficiencia y el beneficio del influjo de migrantes pudo contrarrestar las afectaciones por el bajón del precio del algodón. Además, muchos de los que llegaban en busca de fortuna ya se encontraban en situaciones precarias. El general Martín Perfecto de Cos, al observar la crisis en Nueva Orleans, antes de su retorno a México, decía que nadie tenía ni un peso de plata en el bolsillo, que las notas del banco ya no valían nada y los precios del trigo eran exorbitantes. También mencionó que hubo motines contra los bancos porque suspendían sus pagos. Fue tal su impresión que le hizo pensar que "no estamos tan mal en México como nos figuramos".[171]

Así como los movimientos de algodón, esclavos y migrantes desde y hacia Texas no se detuvieron, las depredaciones de los texanos en Yucatán y sus actividades en Cuba continuaron durante todo 1837 y los años subsecuentes. A pesar de decretar el cierre de los puertos de Texas, las autoridades mexicanas no lograron tener ningún efecto significativo en esos movimientos. Por un lado, como veremos más a detalle en el siguiente capítulo, los esfuerzos se centraron en la recolección de impuestos y donaciones en el interior y en intentar reunir un ejército en Matamoros. Por otro, los pocos barcos de guerra que intentaron frenar el comercio ilegal estaban en una situación imposible. El choque entre el bergantín de guerra mexicano Iturbide con el *steamboat* texano Columbia en marzo de 1838 ejemplifica mejor que nada esa situación.

La escuadra naval mexicana estaba llevando a cabo operaciones de bloqueo sobre la costa de Texas. La Iturbide avistó un navío al norte y lo interceptó por su proa. Al acercarse, reconoció que el vapor Columbia llevaba en su popa una bandera estadunidense. Después de prepararse en caso de que los intentaran abordar, el navío de guerra mexicano le lanzó un cañonazo sin bala, a fin de que se detuviera y preparara para ser

---

gobierno eran quienes emitían papel moneda, con permiso de las legislaciones estatales. Por la gran cantidad que había, la corrupción y la falta de regulación, ocurrían pánicos constantes, en los que las notas de un banco podían perder todo su valor de la noche a la mañana. Asimismo, este sistema generaba muchos problemas logísticos por la reconversión entre distintas notas. La impresión poco regulada de cantidades imprudentes de papel moneda de los bancos comerciales estatales fue un factor importante detrás de la crisis. Campbell, "The transatlantic financial", 2017, pp. 1-27, y Watson, *Liberty and power*, 1990, pp. 17-41.

[171] Martín Perfecto de Cos a Vicente Filisola, Nueva Orleans, 19 de mayo de 1837, en Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 2, pp. 154 y ss.

reconocido, de acuerdo con los usos y costumbres navales de la época. Al no verificarlo, como segunda advertencia lanzó otro cañonazo, ahora con bala, en una dirección distante del buque. Pero el vapor siguió avanzando, acercándose al costado de sotavento (en la dirección del viento) del navío mexicano. Entonces, el capitán de la Iturbide, José Martínez, le gritó tres veces con su bocina. A la cuarta, el Columbia contestó a sus "políticas insinuaciones" con "ultrajes, obscenidades y palabras muy groseras" retándolo a que lo intentara abordar. Como respuesta, el buque mexicano soltó otros dos tiros de cañón y tres fusilazos de advertencia. El Columbia siguió, pasando tan cerca de la Iturbide que las cenizas y agua caliente producidas por su motor cayeron encima.[172]

Al no respetar "las leyes de cruceros y menos del derecho de gentes y de mar", el vapor obligaba al navío mexicano a hostilizarlo para cumplir con sus deberes. Sin embargo, siendo este un buque de vela, no estaba en posibilidades de abordarlo. Sólo le quedaba la opción de irse "a pique" tirándole fuego, "consiguiendo [que] corriere mucha sangre". Según el capitán Martínez, pudo haberle disparado a quemarropa, destruyéndolo con toda justicia. El *steamboat*, a pesar de llevar bandera de Estados Unidos, tenía toda la pinta de ser uno de los corsarios texanos armados y estaba a la vista de un puerto declarado en bloqueo, por lo que debía detenerse y entregar sus papeles. Sin embargo, contuvieron a Rodríguez las instrucciones del gobierno mexicano que habían pedido "evitar lo más posible cualquier compromiso con las naciones neutrales y amigas", por lo que lo dejó seguir su camino. Tras ello, escribió lo siguiente al comandante de su escuadra, José de Aldama:

> yo agradecería a usted que si se ofrece otro reconocimiento de buque que tenga bandera N. Americana, se sirva segregarme de esta comisión, pues quizá en otro caso igual se me ofusque la reflexión que he tenido en este y no quisiera por mi parte comprometer un lance de desagradables consecuencias, procurando quede el gobierno con derecho a reclamos y no a recibirlos. Como jefe de la escuadra, en otro caso de esta especie, podrá usted deliberar con más acierto que yo por estar más al tanto del sentido en que el supremo gobierno quiere se haga este crucero.[173]

[172] José Martínez a José de Aldama, en latitud 29 grados 6' y longitud 88 grados 48 de Cádiz, 24 de marzo de 1838, en BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2050, pp. 2-5.
[173] BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2050, p. 5.

Entonces, el comandante y los oficiales llevaron a cabo una junta de guerra para deliberar cómo proceder. Dieron la razón a Martínez, apuntando que "las propiedades texanas, es público, navegan bajo la salvaguardia de la bandera N. Americana", y con ello se corría mucho riesgo de iniciar un conflicto con aquella nación. Para componer las cosas, el Columbia debía entregarse como presa de guerra por haber incumplido el derecho de gentes y los tratados entre México y Estados Unidos. Así que se envió, vía Tampico, una comunicación al gobierno para que exigiera lo correspondiente. También solicitaron que, si los seguían destinando al bloqueo de las costas de Texas, les diesen permiso de atacar a cualquier buque de la nación que fuere para que pudiesen hacerlo efectivo. Por último, pero no menos importante, se mandó que "para purificación de nuestro buen nombre y satisfacción de nuestros conciudadanos", su resolución se publicara en los periódicos de Veracruz y México. Así quedarían justificados frente a los sentimientos públicos y la indignación patriótica correspondiente podría tener lugar.[174]

El gobierno, por medio de su legación en Estados Unidos, entregó una nota pidiendo que se entregara el Columbia al secretario de Estado, que seguía siendo John Forsyth. Sin embargo, Pizarro Martínez reportó que no se discutió nada, ni en el Congreso ni el ejecutivo estadunidense, respecto al asunto, y que era muy probable que no se volviese a tocar el tema. Además, la negociación de los límites entre Estados Unidos y Texas, llevados a cabo durante el verano de 1837, después del reconocimiento de su independencia, ocuparon la mayor parte de la atención del cuerpo diplomático mexicano.[175]

Entre 1838 y 1839, una serie de factores interconectados cambiaron las circunstancias geopolíticas de la guerra. Primero, Francia se involucró al bloquear los puertos mexicanos en el golfo el 16 de abril de 1838, durante la llamada guerra de los pasteles. Esto debilitó al gobierno mexicano, ya de por sí falto de fondos públicos, y también alentó a los grupos federalistas alrededor del país para aprovechar el momento de debilidad con pronunciamientos. El conflicto también tuvo la consecuencia

[174] José de Aldama, José Martínez, Luis Valle, Pedro Díaz, Juan Calvy, Alejandro Alegre al gobierno, a bordo de la corbeta Iguala, en la latitud 29 grados 6'51" y longitud 95 grados 6' 0 de Greenwich, 24 de marzo de 1838, en BLAC, W. B. Stephens Collection, item WBS 2050, pp. 5 y ss.

[175] UTRGV, AHSRE, L-E-1065, pp. 65-77.

indirecta de rehabilitar la reputación de Santa Anna, cuando perdió su pierna mientras defendía a la nación en Veracruz. Además, en septiembre de 1839 Francia sería la primera potencia europea que reconociese la independencia de Texas. Con aquel antecedente, John Henderson, el representante texano en Europa, pudo conseguir el reconocimiento también de Holanda, Bélgica y Gran Bretaña. La última se involucró más en el asunto a finales de la década. Al inicio fue jalada por las iniciativas de las redes de intereses de los tenedores de bonos de la deuda mexicana y las casas comerciales de agiotistas como los Lizardi. También tenía interés por frenar el expansionismo estadunidense. Además, tarde o temprano prestarían mayor atención a Texas por los intereses comerciales del algodón y por evitar el desarrollo de la esclavitud.[176]

Las circunstancias internas cambiaron en Texas cuando acabó el primer periodo de gobierno de Sam Houston. Este había sido el dique más importante para frenar a los aventureros y voluntarios que querían invadir Matamoros y las Villas del Norte y ocupar las tierras de los apaches y demás grupos indígenas en el oeste. En cambio, el nuevo presidente, Mirabeau Buonaparte Lamar, quería mantener la independencia de Texas y llevar a cabo una política exterior agresiva y expansionista contra México. La única forma, según su manera de pensar y de muchos de los voluntarios más enjundiosos, era tomando el río Bravo, desde donde los mexicanos habían continuado con el comercio del Transnueces y el de Nuevo México, conocido por los texanos como el Santa Fe *trail*.[177]

El cambio de las circunstancias geopolíticas no acabó con el conflicto, sino que lo expandieron allende el golfo. Yucatán declaró su independencia en 1841 y se alió con Texas. Además, los choques fronterizos comenzarían a multiplicarse de nuevo y aumentar en dimensión. Se trató de una serie de ataques y contrataques, como los definió Milton Nance, principalmente entre Santa Fe, las Villas del Norte, San Antonio Béjar y Victoria.[178] Con ello, los silenciosos pero profundos trastornos de la guerra comenzaron a surtir efecto. Revolvieron y marcaron la vida de los habitantes del epicentro del conflicto y, como ondas expansivas,

[176] Nelson, "Britain and the annexation", 1964, pp. 27-31; Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 38-45, y Martínez, "Deuda externa y reconocimiento", 2022, pp. 7 y ss. y 35 y ss.
[177] Nance, *After San Jacinto*, 1963.
[178] Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 38-120, y Nance, *Attack and Counterattack*, 1864.

también llegaron a afectar poco a poco al resto de la sociedad mexicana y estadunidense.

En los primeros años de la guerra de Texas, la política y sociedad navegaron en un mar de incertidumbres y sentimientos que, como las traicioneras aguas del Golfo de México, podía pasar de la calma a la tormenta en un abrir y cerrar de ojos. La carencia de una estructura estatal, las secuelas de la guerra inhumana de la primera campaña, el caudal del voluntariado armado y la presencia revulsiva de Santa Anna dejaron en un estado esquizofrénico a la población de Texas. Las mareas de los sentimientos públicos no sólo jugaron con la fortuna del presidente y su comitiva, arrastraron a Lorenzo de Zavala, Stephen Austin, Sam Houston y a otros por igual. Al sur del río Bravo, la repentina derrota y prisión del caudillo presidente y la escasa información sobre su situación dejó sin rumbo al país. Como en Texas, ninguno de los líderes nominales o facticos logró tomar control de la situación. Por eso estos años se caracterizaron por su volatilidad. Esto es todo lo contrario a la seguridad con la que hoy damos la vuelta al capítulo, asumiendo la independencia y conflicto de Texas como un asunto, si acaso controvertido, ya *de facto* finiquitado.

Los diplomáticos, como el cónsul Francisco Pizarro Martínez, trabajaron bajo todo lo inverso a la certidumbre, teniendo que improvisar sobre la marcha para resolver los constantes conflictos internacionales que provocó la guerra y sus términos ambiguos. Se dedicaron, como se dice en México, a atender los bomberazos. Y es que, por sus complejidades, el conflicto tuvo un margen de lectura muy amplio que abonaba a la vacilación del momento. Nada lo explica mejor que el abanico de términos y conceptos legales que se usaron para definir a sus actores durante los constantes choques en el Golfo de México. En nada ayudó que tanto mexicanos como texanos usaran banderas estadunidenses o británicas para ampararse de su neutralidad. El gobierno mexicano definió legalmente a los voluntarios, aventureros y corsarios texanos como piratas, pero también se les llamó y entendió como "colonos", "aventureros" o "rebeldes". Cada término estuvo cargado de sus propias connotaciones y, por ende, la variación en su uso derivó en un mundo de interpretaciones diferentes de la guerra.

Las personas envueltas vivieron el conflicto a partir de su imprevisibilidad y carga emocional, no del desenlace que conocemos gracias a la retrospectiva. Tan sólo habría que recordar el caso del desafortunado teniente Ocampo, arrojado al martirio en dos ocasiones por aquel mar

intempestivo, el de los empleados de la aduana de Galveston o el de los pescadores yucatecos y las demás víctimas y victimarios de la lucha por el control de las costas del golfo. El impacto de la guerra no fue menos tangible en esos años sólo porque no ocurrieran grandes batallas, de las que se suelen contar a las víctimas. La historia olvidó, como el gobierno y muchos de sus contemporáneos, a los "demás" prisioneros de la batalla de San Jacinto. Muchos pasaron el resto de su vida en Texas, perdiendo el contacto con familia y terruño, trabajando en alguna plantación dentro de su extenso territorio. Y quienes pudieron regresar después de casi un año de cautiverio lo hicieron arruinados económicamente y marcados psicológicamente por la experiencia.

En suma, la incertidumbre creada por el *impasse* geopolítico aumentó el papel de las emociones. Estas fueron compás de la experiencia y factor motivador tanto a nivel individual cuanto colectivo que los mismos sujetos históricos reconocían con claridad. Por eso, las personas en el poder en México y Texas estuvieron obligadas a navegar e intentar manipular, muchas veces sin éxito, a los sentimientos públicos. Para ello se tenía que llegar a la mezcla correcta entre la razón y la emoción en la arena de lo que hoy llamaríamos opinión pública. De ahí que el lenguaje de las múltiples reuniones públicas, pronunciamientos, prensa y panfletos usa la lógica sentimental. Esto iba más allá de gestos puntuales. También buscaba cultivar la disciplina sentimental de la nación, el patriotismo y el lustre y figura de sus mártires, héroes y caudillos.

IV
LA GUERRA JURISDICCIONAL 1836-1840

> No obstante, nos dejamos deslumbrar por las brillantes ofertas de un remedio general para la nación [los pronunciamientos de 1841], del pronto arreglo de todas las administraciones y del ejército, que había sufrido desconciertos y ataques terribles, moral y físicamente. Mas desgraciadamente, hubimos después de quedar convencidos de que todas habían sido bellas teorías. Y que el resultado fue quedar las cosas en el mismo estado, o peor que antes. Además, desde luego volvió el Ejercito del Norte a experimentar las necesidades y el abandono anterior.
>
> Santiago Tapia, 1851[1]

> ¡Oh! decía yo, si tuviera datos, si hubiera participado de sus expediciones y peligros, yo escribiría su biografía; pero no como esas biografías descarnadas, insulsas y frías que vemos en los diarios, sino minuciosa, llena de esas interesantes pequeñeces que forman un todo grandioso […] Las otras verdades, la de que muerto un hombre en México, quedan tan pocas trazas de su carrera, que casi es imposible caracterizarlo de una manera verídica e imparcial.
>
> Manuel Payno, 1843[2]

[1] Benson Latin American Collection (en adelante BLAC), Santiago Tapia Papers, sub-series 1, Memoir, 1851, caja 1, folder 1, p. 67 (en adelante, Tapia, *Memorias*, 1851).
[2] Payno, *Bosquejo biográfico*, 1843, p. 20.

Durante todos los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, los sustos esquizofrénicos en Texas, sus fracasos diplomáticos, la suerte de los prisioneros de San Jacinto y los primeros choques en el Golfo de México, una nueva campaña se mantuvo en el horizonte como una neblina densa y oscura. La correspondencia oficial entre José María Tornel, Nicolás Bravo, Francisco Vital Fernández y otros mandos militares sugiere que, en efecto, se intentó organizarla en el invierno de 1836. En las *Memorias de la guerra de Tejas*, esta "segunda campaña", como la llama Vicente Filisola, aparece todavía en el primero de dos tomos. Los publicó en la imprenta Ignacio Cumplido en 1849, como último recurso del militar para lavar su imagen pública.[3] En el corto plazo lo logró, pero en el largo, como escribió Santiago Tapia, que ni siquiera le tenía encono personal, "jamás pudo borrar en la memoria de la nación" el haberse retirado con la superioridad numérica y posibilidades de vencer.[4] José Urrea y Tapia no fueron los únicos que cuestionaron su patriotismo, virilidad o, simplemente, competencia. Filisola siempre se defendió alegando que fue una retirada táctica y obligada, y por eso se preocupó mucho por insistir en las carencias en organización, planes y recursos, la carga emocional e impacto anímico de San Jacinto, así como las adversidades geográficas y climáticas. Para añadir "autenticidad", intercaló a su propia narración de los hechos, bastante cuadrada y árida, documentos oficiales que pudo "conseguir, tanto de los ministerios, como de los generales y demás autoridades" involucradas en la guerra. Más que arrojar nuestro veredicto sobre sus méritos, culparle o no, recalco que su caso muestra cómo la suma de las circunstancias e incertidumbres podían tomar el control como un factor en sí mismo que nadie podía controlar. El caso es que la motivación detrás de aquellos documentos era defenderse, y por lo tanto hay que leerlos cuidadosamente.[5]

En octubre de 1836, Nicolás Bravo quedó como general en jefe del Ejército del Norte, con la misión de reemprender la campaña llevando 5 000 soldados del interior a Texas. Desde el inicio de su mando, se lavó

[3] Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1, p. 397.

[4] A diferencia de otros personajes que claramente despreciaba, Santiago tenía buena opinión de Filisola. Durante las revueltas federalistas le permitió dejar en libertad a los prisioneros que su compañía hizo tras la batalla de Cruz Verde, cerca de Matamoros. "La clemencia de nuestro general en jefe, dejó en mi corazón profundas sensaciones de reconocimiento y cariño a su persona humanitaria". Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 29 y 53.

[5] Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1, pp. 398 y ss.

las manos, declarando en público que veía muy pocas condiciones para concretarla. Y las malas noticias comenzaron a llegarle pronto: muchos cuerpos excusaron su marcha y las comisarías no tenían los recursos prometidos por José María Tornel. Para colmo, los víveres y pertrechos que llegarían de Nueva Orleans por medio del cónsul Pizarro Martínez y los agiotistas de esa ciudad fueron interceptados por los corsarios texanos. Cuando Bravo llegó a San Luis Potosí en noviembre, se encontró sin los reclutas y recursos prometidos por el ministro de Guerra, a quien advirtió que si lo "designado es en el papel y no en la realidad", renunciaría.[6]

Oriundo de Guerrero, este general tenía el prestigio de ser uno de los héroes de la independencia. Venía de una familia criolla y hacendada de Chilpancingo, parte de la elite local. Cuando la insurgencia llegó a la región, los Bravo apoyaron, por sus intereses en el momento, más que por ideología, al bando de José María Morelos. Nicolás no era un liberal radical y revolucionario como otros de su generación que estuvieron en las guerrillas insurgentes. Era más cercano a las facciones escocesas y centralistas, pragmático y moderado. Un sobreviviente.[7] Por lo menos en los asuntos de la guerra de Texas, tomó decisiones conservadoras y mesuradas en lugar de asumir riesgos, como solían hacer generales más temerarios como Santa Anna.

Así, el 4 de febrero de 1837, dos días después de liberar a los prisioneros texanos bajo su mando,[8] renunció a su cargo. Desde Matamoros escribió a Tornel, todavía secretario de Guerra y Marina, que estaba totalmente convencido de que "la campaña no puede hacerse y que los esfuerzos del gobierno, no habiendo sido oportunos, no son bastantes ni para asegurar la subsistencia de este ejército; y este convencimiento no es solo mío, es el de usted, el del gobierno todo y de cualesquiera que no se haga ilusión sobre materia tan importante." No quería sacrificarse en vano y

[6] Nicolás Bravo a José María Tornel, México, 21 de octubre de 1836, en Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1, p. 460; *ibid.*, San Luis Potosí, 7 de noviembre, t. 1, pp. 407-410; véase en esta obra, cap. III, "Los agentes británicos llegan a Texas".

[7] Su familia, que también se beneficiaba del flujo comercial entre la ciudad de México y el puerto de Acapulco, se decantó por Morelos porque su patriarca estaba molesto con las autoridades virreinales. Le habían sido contrarias en una demanda de tierras contra un grupo indígena. Además, los contrainsurgentes comenzaron a hostilizarlos. Véase Miranda, "Nicolás Bravo", 2008.

[8] Véase en esta obra, cap. III, "Los demás prisioneros".

pidió que lo relevaran. Si no lo reemplazaban pronto, él mismo entregaría el mando a quien tocara, según las *Ordenanzas*.[9]

Estas comunicaciones son parte de la compilación que hizo Vicente Filisola. Él no era el único que intercalaba su texto con transcripciones de "documentos oficiales". Entre 1836 y 1839, los jefes militares involucrados en la guerra produjeron una avalancha de papeles, todos transcribiendo cartas y documentación como respaldo.[10] Estaban más ocupados en los frentes de batalla del pronunciamiento y los sentimientos públicos que en organizar una nueva campaña. Los "jefes" del ejército, especialmente los caudillos y caciques que participaban en aquel juego político, la hacían de propagandistas.[11] Las proclamas, mensajes, correspondencia y demás papeles que daban a conocer no se quedaban en el público mexicano. Muchos encontraban el camino, de forma más o menos directa y filtrada, a la prensa internacional. Por ejemplo, en su número del 14 de febrero de 1837, el *Telegraph and Texas Register* tradujo y publicó los documentos que adjuntó Filisola en su defensa pública en el verano de 1836,[12] que incluye correspondencia entre él y José María Tornel.[13]

A la inversa, también había publicistas que se las daban de militares. Era el caso de José María Tornel y, por eso, supo inundar los periódicos con decretos, circulares y catecismos.[14] Estos terminaron también en el *Telegraph* por medio de la prensa de Nueva Orleans y Matamoros,

[9] Nicolás Bravo a José María Tornel, Matamoros, 4 de febrero, en Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1, p. 460.

[10] Estas son algunas de las obras publicadas: "Manifiesto de Santa Anna a conciudadanos de 10 de mayo de 1837" en García *Documentos inéditos*, 1974; Filisola, *Representación dirigida*, 1836, y *Análisis del diario*, 1838; Urrea, *Diario de las operaciones*, 1838; Martínez Caro, *Verdadera idea*, 1837; Miguel Barreiro, *Resumen del Comisario*, 1837; El teniente José Enrique de la Peña también intentó publicar su diario, pero por falta de recursos o por censura no lo consiguió. Apoyó el pronunciamiento de Urrea en 1838, fue capturado y murió en la cárcel poco después. Años después se descubrió su manuscrito. Peña, *La rebelión de Texas*, 1955.

[11] Véase en esta obra, cap. II, "Hijos de la guerra".

[12] Filisola, *Representación dirigida*, 1836.

[13] *Telegraph and Texas Register*, Columbia, Texas, vol. 2, núm. 5, ed. 1, 14 de febrero de 1837.

[14] Era un propagandista profesional que trabajó adulando y enarbolando la imagen de los poderosos, especialmente Santa Anna. Así, logró conseguir varios puestos importantes, como ministro plenipotenciario en Estados Unidos, gobernador de la ciudad de México y diputado. También estaba en la nómina del ejército gracias a Santa Anna, a pesar de no tener experiencia de combate. Este último lo nombró ministro de guerra después de su apoyo orquestando pronunciamientos para el plan de Cuernavaca de 1834. Fue acusado de pedir dinero a cambio de protección durante la expulsión de españoles y de malversarlo para la guerra de Texas. Para una excelente biografía, véase Vázquez Mantecón, *La palabra del poder*, 2008; y su participación en la primera campaña en Campos, "Ejército de operaciones", 2020, pp. 67-74 y 131-140.

alimentando los pánicos en Texas.[15] Pero la organización y movilización de campañas militares no era su fuerte, en parte porque no tenía nada de experiencia militar. Muchos, como Santiago Tapia, lo despreciaban por eso.[16] Y eso también explica el tono poco amigable de las cartas que le mandó Nicolás Bravo.

Aunque todos querían ganar la batalla propagandística, ninguno de los jefes militares quiso tomar al toro por los cuernos. Al contrario, ponerse al frente de la causa, para "vengar el decoro nacional", era muy arriesgado. Como dijo Filisola, por experiencia personal, recibir la tarea de la reconquista arruinaba reputaciones porque "los medios a su disposición nunca han sido los correspondientes a los gastos y a la importancia y el tamaño de las empresas".[17] Como vimos en el capítulo II, sí había formas de lograrlo, incluso legales, a pesar de la falta de recursos del gobierno central. Había que ser como un empresario y saber sacar dinero donde lo hubiese: de los agiotistas, la Iglesia, los ayuntamientos, las conductas de plata, el alojamiento, bagaje y otros. Además, debía ser una operación veloz e improvisada como la de Santa Anna. Implicaba grandes costos fiscales y de capital político y, para la población, una gran carga y desgaste. Era un peso muy grande sobre los hombros de cualquier general. Podrá decirse lo que sea del caudillo, pero fue el único que logró repetir la hazaña diez años después, cuando se enfrentó a Zachary Taylor en la Angostura, Saltillo. Aunque esa batalla también la perdió.[18]

A pesar de que no se consiguió emprender otra campaña con esas características, el ejército de operaciones, ahora llamado del Norte, sí logró establecer una guarnición permanente en las villas sobre el río Bravo. Santiago Tapia fue uno de los soldados que llegó para quedarse. La

[15] *Telegraph and Texas Register*, Columbia, Texas, vol. 1, núm. 28, ed. 1, 6 de septiembre de 1836.

[16] Santiago Tapia le tenía rencor porque cuando regresó a la ciudad de México en 1843, para presentarle sus credenciales y pedirle colocación de acuerdo con sus méritos, se comportó de forma engreída y lo dejó esperando casi un mes: "mayor desagrado me causaba advertir, que multitud de individuos sin méritos ni antecedentes, eran agraciados con empleos de más consideración que el que yo pretendía, tan sólo porque el favoritismo más ignominioso, intervenía". Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 99-101. El teniente José Enrique de la Pena también creía increíble que Tornel estuviese en un puesto de tanta responsabilidad sin ninguna experiencia militar y, por lo tanto, sin la menor idea de las "necesidades del soldado en campaña". Peña, *La rebelión de Texas*, p. 13, citado por Campos, "El ejército de operaciones, 2020, p. 134.

[17] Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 2, p. 34.

[18] Véase en esta obra, cap. II, "Inmersión en el Noreste: bagaje, alojamiento y leva"; véase también Campos, "El ejército de operaciones", 2020.

mayor parte de sus compañeros de campaña regresaron a sus casas en el verano de 1836. En teoría, iban a levantar más reclutas en sus departamentos respectivos para reanudar la campaña, pero muchos nunca lo hicieron. El estado anímico estaba por los suelos. Aproximadamente la mitad de las 6 000 almas que combatieron en la primera campaña habían sido reclutas bisoños, la mayoría del departamento de San Luis Potosí,[19] obtenidos con levas y llevados a cuerda, sin saber que iban a Texas hasta que ya estaban cruzando los "desiertos". Entre 1 000 y 1 300 murieron en el Álamo y San Jacinto. Para colmo, el presidente y caudillo más prominente cayó prisionero junto a otros 400 o 500 que, con excepción de los jefes y oficiales, fueron abandonados a su suerte, muchos condenados a una vida de servidumbre o esclavitud en Texas. Eso sin contar a quienes murieron por hambre o enfermedad.

Los primeros años en las Villas del Norte eran muy confusos en la memoria de Tapia, porque "desde la retirada de Texas habíamos cambiado 10 veces de general en jefe". El puesto pasó como papa caliente de general en general. De Filisola a Urrea, a Martín P. de Cos, a Juan Amador y, finalmente, a Nicolás Bravo que, en 1837, reinició el ciclo de renuncias y Filisola volvió a tomar el puesto. Permaneció en el mando hasta 1839, cuando lo relevó Mariano Arista. Lo que sí quedó bien grabado en la memoria de Santiago Tapia fue que, desde la marcha de Urrea a mediados de 1836, "los recursos se nos escasearon tanto, que se nos puso a ración como a la tropa".[20]

Santiago Tapia cumplió 17 años el 25 de julio de 1837. Llevaba casi cinco años en el servicio militar. Ya estaba consolidado en el sector intermedio del ejército, el de los oficiales. Es decir, no estaba acostumbrado a vivir en la misma miseria que la tropa, aunque no tenía los privilegios y ropa brillante de los jefes, caciques y caudillos. Como ya discutí antes, esa capa media era muy importante porque hacía el trabajo sucio de levantar a los reclutas y llevarlos a la cuerda a donde fuese necesario. Eran quienes los obligaban a lanzarse sobre el enemigo con sable en mano. También los que sabían los modos de contar con alojamiento y bagaje, sacar préstamos forzosos de los ranchos o confiscar conductas de plata. Eran la columna vertebral del ejército. Como argumenta Héctor Strobel,

[19] Sobre el reclutamiento de la primera campaña, véase Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 155-158.

[20] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 31.

sólo la forma de reclutamiento explica muchas de las dinámicas de las tropas mexicanas y la guerra en la época y es el motivo por el que había más oficiales por cada soldado que en muchos otros ejércitos.[21]

Una vez que Nicolás Bravo tiró la toalla con la "segunda campaña", continuaron reduciéndose el número de compañías del Ejército del Norte y los oficiales sobrantes regresaron al interior. A diferencia de muchos de sus compañeros, Santiago Tapia no tenía terruño ni familia a la cual volver. El capitán Lorenzo Calderón, el mismo al que se enfrentó en la batalla fraternal del batallón Tres Villas en 1833,[22] lo "excitó" para que se quedara en el lugar de su compañero y amigo don Miguel Echegaray y le diera así ocasión de ir a ver a su familia. En el juego del pronunciamiento, un oficial nunca sabía cuál de sus compañeros iba a ser su aliado o enemigo al siguiente día... En todo caso, por el aprecio que tenía a Echegaray y porque le "era indiferente estar en cualesquiera partes", accedió. Entonces, fue transferido el 6 de febrero de 1837 a la primera compañía de cazadores que, junto con el activo de Morelia, formó el batallón Ligero Mixto del Ejército del Norte.[23]

Si hubiese tenido idea del hambre que pasaría y del duro proceso de adaptación por el que iba a atravesar, quién sabe si hubiese aceptado quedarse. Entre 1836 y 1839, a pesar de las donaciones, los impuestos "extraordinarios", la deuda pública en contra de las aduanas y demás fuentes de financiamiento para la guerra de Texas, la falta de recursos del ejército en el río Bravo llegó a "un grado que no es creíble" y eso provocó que tuviese que vivir "sobre el país" y con lo poco que Vicente Filisola logró conseguir por la costa, sin que fuese interceptado por corsarios texanos.[24] No se trató de una línea de comunicación constante, pero, de vez en cuando, lograba traer dinero, víveres y pertrechos desde Veracruz o Tampico y llevar de regreso el armamento arruinado. Incluso logró enviar tropas a Veracruz poco antes del bloqueo francés de 1838.[25] En todo caso, como lo que llegaba no era suficiente para mantener al

[21] Strobel, *Resistir es vencer*, 2024, pp. 13-19.

[22] Lorenzo Calderón pronunció a buena parte de la tropa de Tres Villas en nombre de la Religión y Fueros de 1833. Tapia y la mayoría de los oficiales se mantuvieron con el gobierno y ambas partes se enfretaron en Pajaritos, cerca de Xalapa. Tapia obtuvo un reconocimiento por su arrojo en la batalla que ganaron. Véase en esta obra, cap. II, "Hijos de la guerra".

[23] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 34 y ss.; Archivo Histórico de la Secretaría de Defensa Nacional (en adelante AHSDN), cancelados, XI/III/2-2-5.

[24] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 31.

[25] Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 2, pp. 45-60, 102-110.

ejército, fue preciso aprender a vivir de la región. Por eso mismo, Tapia y el resto de la corporación pasaron por un conflictivo proceso de aclimatación, lo cual puede entenderse a partir de tres disputas jurisdiccionales interconectadas: 1) entre jurisdicciones militares, 2) la guerra viva de frontera *vs.* la guerra contra Texas, y 3) el Ejército del Norte *vs.* las Villas del Norte.

LAS JURISDICCIONES MILITARES

La primera disputa fue con otras corporaciones militares. Lo que originalmente era un ejército expedicionario, quedó acuartelado como una plaga en las villas sobre el río Bravo. Al mismo tiempo, la comandancia de los Departamentos Internos de Oriente se había partido en dos desde el 13 de enero de 1836, mientras Santa Anna recorría la región rumbo a Texas. Por un lado, quedó la de Nuevo León y Tamaulipas y, por otro, la de Coahuila y Texas. Por lo tanto, el Ejército del Norte se insertó, con su propio mando y comunicación directa con la ciudad de México, entre esas dos nuevas jurisdicciones militares. Estos empalmes explican, en parte, su desorganización, falta de liderazgo y dirección durante los primeros años. Nadie vivió más de cerca el embrollo que José Juan Sánchez Navarro.

La familia de los Sánchez Navarro controlaba un enorme latifundio que se formó desde la segunda parte del siglo XVII. En 1821, José Miguel, por muchos años el párroco de Monclova, heredó a su sobrino José Melchor toda su fortuna, que incluía tierras, haciendas, ranchos, molinos, tiendas de raya, ganado, casas en Saltillo y Monterrey, entre otras propiedades. Así se consolidó el imperio familiar, como lo llama Charles Harris III, porque José Melchor ya tenía a su nombre varias haciendas. Tras su muerte en 1836, la fortuna pasó a su viuda, Apolonia Beráin, y a sus hijos, los hermanos Carlos y Jacobo, quienes se dividieron las responsabilidades. En 1844 compraron una buena porción de lo que fue el marquesado de Aguayo a una compañía inglesa, adquiriendo el crédito que esta tenía con el banco Baring Brothers de Londres. Desde antes, dominaban toda la tierra entre Monclova y lo que hoy es Múzquiz y, a partir de entonces, tuvieron un latifundio más grande que el territorio de

varios países pequeños en Europa. Su máxima expansión cubría aproximadamente la mitad de lo que hoy es el estado de Coahuila.[26]

José Juan Sánchez Navarro era también sobrino del cura José Miguel, quien lo envió de pequeño a estudiar a la ciudad de México. Sin embargo, en 1810, antes de terminar sus estudios en el seminario, se unió a la insurgencia de Miguel Hidalgo y ascendió hasta el rango de capitán bajo el mando de Ignacio Allende. El 21 de marzo de 1811 cayó preso en Acatitla de Baján, Coahuila, cerca de las tierras de su familia, junto con los cabecillas. Su tío José Miguel logró salvarlo de ser ejecutado junto con los líderes insurgentes. En 1813 reanudó su carrera militar, pero ahora en el ejército realista. En sus primeros años fue compañero de guarnición de Santa Anna, ambos en la edad que hoy consideraríamos de adolescencia, en la clase de tenientes, sirviendo bajo las órdenes de Joaquín Arredondo, el sanguinario comandante que suprimió violentamente la expedición Gutiérrez-Magee (1812-1813) y de Francisco Xavier Mina (1816). Volvió a ascender a capitán en 1822, cuando se unió al ejército Trigarante, después de ser uno de los principales conspiradores que forzaron a Arredondo a aceptar el plan de Iguala e irse de retiro a Cuba. Tras ello, estuvo varios años capitaneando a las compañías presidiales. En 1828 fue comandante de la escolta que acompañó a la comisión de límites de Manuel Mier y Terán. Desde 1831 ocupó el cargo de ayudante inspector de la comandancia general de las Provincias Internas y luego tuvo el mismo puesto en la de Nuevo León y Tamaulipas, cuando esta se separó de la de Coahuila y Texas en 1836. Mantuvo relaciones cercanas con su familia, que era numerosa y estaba repartida en distintos cargos y posiciones de prominencia en la región, especialmente en la Iglesia y el ejército.[27]

[26] Sobre este y otros latifundios de Coahuila, véase Alessio Robles, *Coahuila y Texas*, 1978, pp. 489-511. Harris III escribió una historia muy completa de los Sánchez Navarro, usando los papeles de la familia que se encuentran en la colección Benson. La clave de su fortuna, según él, fue que desarrollaron conexiones comerciales y de negocios fuera de su latifundio. Además, eran buenos administradores, aunque las condiciones de vida de muchos de sus empleados y peones no resultaban ideales. Gracias al comercio, pudieron acumular monedas de plata, que en esa época constituían el activo líquido por excelencia. Harris III, *A Mexican family*, 1975. Sobre la formación de los latifundios del norte a partir de la evolución de las encomiendas con las composiciones reales, véase Chevalier, *La formación de los grandes*, 1956.

[27] Según sus notas, José Juan tenía trato personal con Santa Anna porque se conocían de tiempo atrás. Briscoe Center for American History, José Juan Sánchez-Navarro Papers, 1835-1839, caja 2G146, military copybooks, vol. I, f. 3 (en adelante, Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I). Más tarde fue parte de su Estado Mayor durante la guerra

El "ayudante inspector" era un cargo particular de las Provincias Internas, que surgió de los reglamentos de presidio, como el *Reglamento e instrucción* de 1772, ideado por el marqués de Rubí para crear una red coordinada de presidios que funcionara como una línea defensiva.[28] Cada comandante general de las Provincias Internas también tenía el título de inspector, además de contar con dos subalternos inmediatos, con el grado de coronel, para ayudarle con la inspección. En esencia, debía llevar una relación de la localización y las revistas mensuales de cada compañía dentro de su jurisdicción. Esto es, recibir los extractos que daban cuenta de las altas, bajas, transferencias, vacantes, retiros o deserciones. Estas revistas eran el fundamento para justificar los sueldos, las pensiones, incluyendo las de viudas y, en general, las cuentas fiscales correspondientes a cada compañía.[29]

De ahí que el *Cuaderno de correspondencia* de un ayudante inspector como José Juan Sánchez Navarro pueda ser muy informativo. En estos libros se llevaba también la relación de la correspondencia recibida y enviada. Servían como diario de trabajo y referencia para que los secretarios hiciesen las copias necesarias, aunque José Juan sólo tenía escribas cuando los podía pagar de su bolsillo. Solía desahogarse entre carta y carta, especialmente cuando le mandaban órdenes y disposiciones que le parecían absurdas o equivocadas. Parte de su trabajo como ayudante inspector, siguiendo su correspondencia, fue resolver dudas de las comisarías sobre la validez de alguna petición de pensión, ajustar el servicio efectivo de quienes lo habían interrumpido por participar en un pronunciamiento y posteriormente habían obtenido armisticio, expedir licencias o repartir circulares y órdenes a las compañías del comandante general o el ministro de la Guerra José María Tornel, a quien le encantaba enviar catecismos patrióticos para que se recitaran en la primera orden del día. Pero a la ya de por sí pesada labor de inspección se le sumaban otras comisiones que interrumpían el trabajo cotidiano.[30]

Los ayudantes inspectores eran quienes llevaban los archivos de la comandancia. Además de ser parte de la elite local y tener un panorama

---

contra Estados Unidos, tras la cual ascendió a general y comandante general de Coahuila hasta su muerte en 1849. AHSDN, cancelados, XI/III/2-357; Harris III, *A Mexican family*, 1975, pp. 136-144, 183 y ss. y 284-290.

[28] Véase en esta obra, cap. I, "La vuelta de siglo".

[29] Sánchez, "El comisario de guerra", 2021, pp. 11-31.

[30] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, fs. 7-26.

amplio del estado de las fuerzas armadas en el noreste, José Juan tenía a su disposición toda la información del archivo que se fue formando desde que se creó la comandancia de las Provincias Internas de Oriente (1776). Conocía a detalle las *Ordenanzas* de Carlos III y los *Reglamentos e instrucción* de presidios de 1772 y 1778, que eran la referencia principal para hacer su trabajo. Para él, no había mejor ley para el arreglo correcto que debían tener las fuerzas armadas de la región.[31]

Llevaba tiempo como subordinado inmediato de Martín Perfecto de Cos, el comandante general e inspector de las Provincias Internas. En diciembre de 1835 fue arrastrado al torbellino de la guerra de Texas cuando fue a reforzar a su jefe a San Antonio, durante el "sitio de Béjar". Como Cos estuvo siete días sitiado en la villa y la aledaña misión del Álamo por unos 700 voluntarios, entre ellos James Bowie, James Fannin y la compañía tejana de Juan Seguín, José Juan llegó con refuerzos, junto a Nicolás Condelle. No obstante, después de sufrir alrededor de 150 muertos y heridos y de la deserción de parte de su tropa, los mexicanos levantaron la bandera blanca. Cos comisionó a José Juan y otros dos oficiales para conferenciar con los rebeldes. A diferencia de lo ocurrido sólo dos meses después, en la famosa batalla del Álamo, no corrió más sangre. Los vencedores confiscaron todos los pertrechos a los mexicanos, pero los dejaron retirarse al río Bravo. No tenían la posibilidad de tenerlos como prisioneros porque apenas podían alimentarse a ellos mismos.[32]

Para entonces Santa Anna ya iba en camino a Texas. José Juan se reencontró y presentó con su conocido de la juventud, quien le permitió seguir en su campaña. Sin embargo, después de la batalla en el Álamo, tuvo que regresar a su puesto en la comandancia de Nuevo León y Tamaulipas. En Béjar recibió la orden de su nuevo jefe directo, Vital Fernández, comandante general e inspector de aquel departamento, para que llevara en persona a Matamoros las partes del archivo de las Pro-

[31] *Ibid.*

[32] Carlos Sánchez Navarro, uno de sus descendientes, publicó el diario de José Juan en 1938, mismo que encontró anotado en el cuaderno militar (él le llama "libro de cuentas de la ayudantía") alojado en la colección Benson. Sánchez, *La Guerra de Tejas*, 1938, p. 44 y ss.; Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, pp. 1-7, y vol. II, pp. 244-258. El experto texano en el primer año de la "Revolución de Texas", que incluye la batalla de González del 2 de octubre y el sitio de Béjar que inició el 5 de diciembre, es Alwyn Barr, quien escribió un libro del tema y un artículo en el *Handbook of Texas*. Alwyn Barr, "Bexar, Siege of", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/bexar-siege-of> [Consulta: 10 de mayo de 2024], y Barr, *Texans in revolt*, 1990.

vincias Internas que correspondían a su jurisdicción. Este estaba repartido en Monterrey y Saltillo. Cos comisionó al ayudante inspector José María Mendoza para que, asociado con José Juan, hicieran la separación correspondiente, con la ayuda de dos capitanes. No era una tarea para nada sencilla y todo indica que José Juan hizo lo posible para excusarse y aplazar la entrega.[33]

Al poco tiempo, Vital Fernández lo comisionó para "lograr la seguridad de la frontera de estos departamentos contra las depredaciones e insultos de las tribus bárbaras". Según el comandante, las "atenciones que le rodeaban" le impedían ocuparse personalmente de recorrerla y dirigir las operaciones de las compañías presidiales, así que le daba la autoridad necesaria, comunicándolo también a los "ayuntamientos de las Villas del Norte" para que reconociesen sus atribuciones. Tuvo que partir sin el archivo, que seguía intacto en Saltillo y Monterrey. Siempre trabajado por los ayudantes inspectores, era, al mismo tiempo, el fruto acumulado de su trabajo y una referencia necesaria de sus labores. En otras palabras, entregarlo era un tema delicado, porque equivalía a entregar su competencia. Además, si ni siquiera le daban su sueldo, no entendía cómo esperaban que costeara las mulas necesarias para transportarlo.[34]

A finales de 1836, el general en jefe del ejército de operaciones, en ese entonces Nicolás Bravo, llegó a la región y tomó el mando de las compañías presidiales en la línea del río Bravo. José Juan Sánchez Navarro le explicó que, por comisión del comandante general de la jurisdicción, estaban a su cargo. El nuevo general en jefe le respondió que ya lo había relevado. Le ordenó que entregara el mando de la guarnición de Laredo al capitán Manuel de la Fuente y le avisó que estaba por notificar su disposición a Vital Fernández. Para colmo, le pidió entregar el archivo de su ayudantía. Ante esas órdenes, José Juan no pudo esconder su coraje, porque le quitaron sus "esperanzas y ambición":

> Tanto más cuando se me manda conducir un archivo que he trabajado tanto, pero que ya, por un conjunto de circunstancias irremediables e inevitables, sólo sirve para aumentar mi dolor recordándome lo que las compañías presídiales fueron, lo que es necesario que sean para que cum-

[33] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, fs. 7 y ss. y 15.
[34] *Ibid.*, fs. 9, 15 y 31.

> pliendo con su instituto sirvan a la patria y lo que son en la actualidad en que de nada sirven. Causa admiración y sentimiento ver el empeño con que se proponen medios de reforma para dichas compañías presídiales, hasta por hombres que no las conocen ni aún por el nombre. Más ¡vive Dios! Que los reformistas en lo general dan, permítaseme esta figura común, un golpe en el clavo y ciento en la herradura.[35] Diré por qué. Porque quieren que con sólo palabras se muden las esencias de las cosas. Porque pretenden probar que las propias causas y en los propios tiempos no deben producir iguales efectos. Y porque les parece fácil clamar contra los efectos, sin primero quitar y destruir las causas que los producen. Hagan lo que quieran, pero ¡Allá lo verán! Que por más que trabajen, hablen y escriban, nada, nada se ha de adelantar si para el necesario arreglo de las compañías presídiales no se toma por norte y fundamento el Reglamento que las creó en el año de 1772, con las órdenes adicionales al mismo, pues en él y en ellas está dicho ya cuanto sobre el particular se puede decir con acierto ¿Puede el Sr. General en jefe del ejército de operaciones mandarme directamente que ponga a su disposición el archivo de la oficina de mi cargo? Puede ¿Debe? Su señoría lo sabrá, puesto que yo sólo sé que, hasta las órdenes del presidente de la República, firmadas por el secretario respectivo, si no vienen por los conductos de ordenanza, *serán respetadas, pero no deben ser cumplidas* ¿Cuál es el conducto y superior inmediato del ayudante inspector de Nuevo León y Tamaulipas? El comandante e inspector de los mismos departamentos ¿Pues por qué Juan no le hizo presente esto mismo al General en jefe del Ejército de Operaciones? Por qué Juan teme que lo maltraten sin oírlo, con tanto más fundamento cuanto a que ya no se cuenta para nada con él, ni con su empleo, para resolver hasta los asuntos más arduos de las compañías presídiales.[36]

José Juan Sánchez Navarro idealizaba el arreglo que los visitadores Borbones dieron a las tropas presidiales. Opinaba que habían logrado perfeccionar a la institución y que gracias a ello hubo una época de crecimiento de la población y reducción de las incursiones de los "indios bár-

[35] "Cuando se gastan muchas palabras impertinentes, que no hacen a propósito". Covarrubias, *Tesoro de la lengua*, 1622, p. 215.

[36] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, f. 21. A pesar de todo, el archivo de su oficina al final se quedó en Saltillo y Monterrey, con la anuencia del general Juan Amador. Las cursivas son mías.

baros". Para él no era una cuestión entre el centralismo o el federalismo, sino de las instituciones tradicionales frente al reformismo. Las comandancias generales del noreste, de preferencia unidas en las Provincias Internas, debían tener la competencia de la defensa contra los indígenas y también de hacer la guerra a Texas. La llegada de una nueva corporación, el Ejército del Norte, mandada por jefes sin conocimiento de la región y compuesta por "vagos", "ladrones" y demás criminales a los que se solía dar prioridad a la hora de la leva, terminaría por dar al traste con el arreglo militar de la región.[37]

En definitiva, el problema jurisdiccional que creó el empalme entre Ejército del Norte y la división de las comandancias de las Provincias Internas de oriente fue un dolor de cabeza constante para José Juan Sánchez Navarro. Las jerarquías y la línea de mando entre los dos comandantes generales y el general en jefe del Ejército del Norte no estaban claras. Un día recibía la orden de uno y luego la de otro, ignorando las competencias que cada uno debía tener de acuerdo con la *Ordenanza*. Cos lo siguió contando dentro del "número de mis escogidos y acreditados ayudantes, sin dejar por eso de serlo en el ramo de Inspección en el Departamento de su cargo". Y, además, él mismo seguía atendiendo asuntos con compañías de Coahuila y Texas, como si todavía fuesen las Provincias Internas. Luego, cada vez que llegaba la designación de un nuevo general en jefe del Ejército del Norte, el presidente o secretario de guerra enviaban una comunicación a las comandancias generales y a los ayuntamientos del noreste para que se pusieran bajo su mando. Por último, los comandantes generales se estaban metiendo en asuntos de "economía" y "gobierno" de las compañías, incluyendo en las que debían ser atribuciones del ayudante inspector. Como resultado, y como detalla el siguiente capítulo, no había ningún orden en las cuentas de las compañías, lo que abría la puerta a su malversación.[38]

La situación de José Juan y su forma de entender estos años fueron muy diferentes a la de Santiago Tapia, quien llegó a la región sin ninguna raíz o red social local. Pasó su niñez en un mundo muy diferente, entre la ciudad de México y Veracruz. El primero no sólo era oriundo de la región, sino más experimentado, de mayor rango y jerarquía social.

[37] *Ibid.* Claramente, el caso de José Juan abona al argumento principal de Luis Alberto García en *Frontera armada*, 2021.

[38] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, fs. 7, 13 y ss. y 22 y ss.

Y como vimos, su posición en el ejército y el acceso al archivo le daban suficiente información como para tener una visión general e histórica de la situación. En cambio, Santiago Tapia estaba adaptándose a un lugar extraño. Rara vez comentó o intentó explicar su condición en esos años a partir de las circunstancias generales de la guerra, el ejército o la frontera. Lo que recordaba era el hambre, el frío, las carencias y sucesos muy concretos que lo dejaron marcado. Debió sumergirse en esa realidad, aprender a sobrevivir en la planicie fronteriza, luchar contra los texanos o los indígenas trashumantes, recorrer y vivir en las extendidas planicies sin nada más que su caballo y unos gramos de sal. No tuvo la posibilidad de apreciar y dar sentido al panorama completo de lo que estaba sucediendo. Un día lo mandaban al Brazo de Santiago a recoger dinero o víveres para el ejército, otro a dar guarnición a Mier, al siguiente salía a las planicies a buscar caballos y búfalos o a cortadas para impedir la entrada de alguna partida texana o comanche.[39]

LA GUERRA VIVA DE FRONTERA *VS.* LA GUERRA DE TEXAS

Al mismo tiempo en que se dividían las comandancias generales y se insertaba otro actor en la región, el Ejército del Norte, el nuevo régimen centralista suprimió a las milicias cívicas de la primera república federal. Por lo tanto, todas sus funciones debían recaer en el ejército permanente. Sin embargo, como ha abundado la referida historiografía del noreste, la "guerra viva de frontera", una larga tradición que se remonta a la reconquista de España estaba muy arraigada. La autoridad política conllevaba el liderazgo en las armas y era ocupada comúnmente por miembros de los clanes familiares notables. Además, la población estaba acostumbrada a organizarse para defenderse por medio de "cortadas", esto es, excursiones y patrullajes coordinados por las grandes llanuras del norte para interceptar incursiones. Estos usos y costumbres no sólo se defendían por la autonomía política que representaban, sino por la necesidad de protegerse. Como señala Luis. A. García, las antes compañías presidiales se transformaron en milicias cívicas tras la independencia. El principal

[39] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 30-49.

roce con las autoridades centrales y el ejército federal, según el mismo, era cuando intentaban suprimir su milicia.[40]

Aunque falta investigación para confirmarlo, según José Juan Sánchez Navarro, con la llegada del centralismo también pervivieron, ahora como la reserva local del ejército permanente, la milicia activa. La diferencia, además del nombre, es que pasaron a cargo de la federación y las comisarías generales. El problema era que, según el ayudante inspector, en estas transiciones "no se cuidó de hacerles a las reformadas compañías sus respectivos ajustamientos para que las nuevas no partieran con multitud de trabas en sus cuentas, que han originado las dudas, conjunciones y aún enredos que hoy se advierten, y que casi es imposible resolver". Eso era parte de los motivos por los que las compañías presidiales estaban sumidas en la decadencia.[41]

Por lo mismo, en momentos de emergencia se unían al Ejército del Norte grupos de "vecinos", como les decía Santiago Tapia. Esto es, se levantaba una milicia para complementar a las compañías en pie. Incluso, los gobiernos locales seguían recaudando impuestos destinados a sostener a estas fuerzas.[42] Eran el último y acaso único recurso que tenían para defenderse, tanto que Vicente Filisola, como general en jefe, en lugar de suprimirlas, instó a los departamentos de la región a que formaran compañías de autodefensa.[43]

La necesidad de que los vecinos se armaran se volvió más frecuente en la década de 1830, cuando comenzaron a llegar más incursiones comanches. A partir de 1834, se multiplicaron de súbito sus ataques. Preocupaban más a la población local que los texanos, porque eran devastadores y cada vez se introducían más dentro del territorio. Entre 1831 y 1847, Brian DeLay contó 44 incursiones comanches a México de partidas de más de 100 individuos. De esas, 24 fueron en algún departamento del noreste. Prácticamente todos los años llegaban a desolar la región, siendo los más intensos 1835-1838 y 1840-1842. Los texanos cometían sus propias tropelías, pero no era nada comparado con los indígenas de las planicies, que desplazaron y mermaron muchos ranchos de la región,

[40] Por ejemplo, "mi compañía, con cosa de 80 vecinos, 60 dragones, 100 presidiales montados y 60 restantes". Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 39 y ss.; García García, *Frontera armada*, 2021, pp. 185-190 y 241.

[41] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, f. 24.

[42] García García, *Frontera armada*, 2021, p. 241.

[43] Medina, *Los bárbaros del norte*, 2014, p. 71.

incluyendo los de los Sánchez Navarro, y llegaron a internarse hasta San Luis Potosí.[44]

El azote de las tribus de las planicies y el expansionismo de los angloestadunidenses comenzaron a ganar terreno frente a la frontera tejano-mexicana. No fueron fenómenos aislados, sino complementarios. Para la mayoría de los especialistas, la razón detrás del incremento de los ataques comanches a partir de 1830 fue que los estadunidenses lograron establecer alianzas estratégicas y un mayor comercio con las principales tribus de las planicies. En 1833, el mismísimo Sam Houston fue uno de los agentes en esas negociaciones. En 1834, mismo año en que empeoraron las incursiones a México, los comanches firmaron un tratado con Henry Lodge, un coronel estadunidense. Por su parte, los mexicanos descuidaron su diplomacia. El lugar donde comúnmente se llevaban a cabo estos arreglos era San Antonio Béjar, en manos de los texanos desde 1836. Ya como presidente de Texas, Houston trató con comanches, cheroquis y otras tribus indígenas, aunque esto no fuese una política popular entre los texanos. Un enfrentamiento con los *rangers* provocó una fuerte represalia de los comanches, que creían en la venganza,[45] justo antes de las elecciones presidenciales que ganó Mirabeau B. Lamar. En suma, la intensidad de los ataques a México dependía de las coyunturas geopolíticas de las planicies y su sistema de alianzas. No convenía mantener la guerra con más de un enemigo a la vez, por lo que solían atacar México cuando había paz con las tribus del norte y los angloestadunidenses al oeste. Entonces, después de saquear, robar ganado y raptar personas al sur del río Bravo iban a venderlos a los comerciantes del norte. Por último, cabe mencionar que muchas incursiones comanches iban acompañadas/ayudadas por contrabandistas mexicanos.[46]

Después de haber entregado el mando de Laredo al capitán de presidiales Manuel de la Fuente en 1836, José Juan Sánchez Navarro se ocupó de sus labores cotidianas como ayudante inspector. Nicolás Bravo, a quien el gobierno también le encomendó arreglar a las compañías

[44] DeLay, *War of a thousand*, 2008, pp. 64-85, 317-340.

[45] Según Brian DeLay, entre comanches y kiowas la venganza contra algún ataque enemigo era el principal "idioma político usado para invocar responsabilidades colectivas" y movilizar las partidas de guerra. *Ibid.*, p. 123.

[46] Jacoby, "Review. Indigenous", 2013, pp. 60-66; DeLay, *War of a thousand*, 2008, pp. 64-74, 112-115; Medina, *Los bárbaros del norte*, 2014, pp. 56-66; García García, *Frontera armada*, 2021, pp. 230-238.

presidiales, le pidió su punto de vista. Obviamente, José Juan le envió copias de los reglamentos, asegurando que, si se respetaban, recobrarían su antigua gloria. Siguió monitoreando y pasando a las compañías las órdenes relativas a la defensa contra los comanches que, para entonces, ya eran competencia del Ejército del Norte, más que de las comandancias generales de la región.[47]

A inicios de 1837, el general en jefe pasó la orden para que "ningún vecino de las poblaciones de esta parte del río se le permita comerciar con el enemigo", porque había escuchado que seguían saliendo partidas con caballada rumbo a San Antonio Béjar y una de ellas acababa de caer presa de un grupo de angloestadunidenses. Sin embargo, los contactos, tanto comerciales como armados, continuaron su curso, a pesar de más órdenes por el estilo que dieron los comandantes. Como consecuencia, José Juan estuvo monitoreando las actividades de estos grupos. El contrabando también era una práctica de larga data en la región.[48]

Retomando el capítulo anterior, en marzo de 1837 comenzaron a llegar los prisioneros mexicanos que lograron reunirse en San Antonio Béjar y hacer el camino a las Villas del Norte.[49] El ayudante inspector tenía en su radar las actividades de Juan Seguín y su compañía de voluntarios tejanos, reportando, cuando le llegaba información, su posición y operaciones. El 13 de marzo de 1837 dio un salvoconducto a María Antonia Olivarrí para que pudiese ir a Béjar a "adquirir noticias de su esposo que se halla preso entre los colonos sublevados, o proporcionarle libertad". Seguramente la señora escuchó que ya habían regresado algunos y, por eso, fue en su búsqueda. El 20 de marzo, el ayudante inspector interrogó a Guadalupe Morales y a María Francisca Vela que venían de Béjar, para conocer las "miras" del enemigo. Unos días después hizo lo mismo con Ignacio Herrera, Mariano Seguín (no he podido averiguar si fue familiar Juan), Ángel Leal, Santos González y Darío Loya, que fueron "puestos en libertad con condición de conducir una carta rotulada

[47] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, fs. 27-36.

[48] *Ibid.*

[49] La mayoría estaba repartida por Texas como sirvientes. Por lo tanto, Houston sólo pudo dejar en libertad a los que se salvaron de esa suerte, aproximadamente un centenar. La mayoría no tenía posibilidades de llevar a cabo el retorno por Galveston-Nueva Orleans-México por el costo del pasaje. Así que tuvieron que quedarse o regresar por tierra. Un grupo de 40, por lo menos, logró reunirse en San Antonio para hacer el viaje. Véase en esta obra, cap. III, "Los demás prisioneros".

para mí, escrita por Juan N. Seguín". Desgraciadamente, no transcribió su contenido. La remitió a sus superiores y dejó sin respuesta. En abril, llegaron Manuel Casas y Juan José Salamanca, que lograron "fugarse" de su prisión en Texas.[50]

Una de las preocupaciones principales de la oficina de José Juan fue coordinar a las compañías presidiales para llevar a cabo cortadas y buscar que los ayuntamientos de las villas aportaran vecinos para las milicias de autodefensa. También recibía muchas noticias y quejas por la escasez que sufrían las guarniciones. Él mismo era víctima de ello. Como muchos otros empleados civiles y del ejército, podía pasar meses sin recibir paga y, en ocasiones, le hacían falta hasta papel y tinta.[51] Los mismos oficiales, como escribió Santiago Tapia, tenían raciones limitadas.

En julio de 1837, Santiago Tapia cumplió 17 años y se bautizó en la guerra de frontera. El batallón Ligero Mixto salió, al mando del general Cos, que acababa de regresar de su cautiverio en Texas a su cargo de comandante general e inspector de Coahuila y Texas, a perseguir a una partida de "indios bárbaros" que iban sobre la orilla izquierda del río Bravo saqueando ranchos. El 18 de julio, en un sitio llamado Punto del Cíbolo, "se tiroteó a los comanches, quitándoles gran caballada y reses robadas". Pero cuando iban de regreso a Matamoros, encontraron los cuerpos sin vida de un grupo de cheroquis, junto "al Coronel Cortina y otros mexicanos que los acompañaban para hacer la guerra".[52] Tres meses después murió su capitán y figura paterna sustituta, don Ambrosio Díaz de los Herreros. El fallecimiento resultó muy triste para Tapia. Lo recordaba con mucho sentimiento todavía en 1851:

> Sujeto apreciable de sobresalientes prendas civiles y de moralidad; que era generalmente querido y considerado, y por lo mismo fue más sentido. En unión de este Sr. vivía contento; aprovechándome acaso de su instrucción y ejemplar conducta. Lo sentí acaso como un padre. Quiera Dios conservarlo en el lugar privilegiado en que recibe a los justos y benéficos en esta tierra de corrupción y miseria!! [*sic.*][53]

[50] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, fs. 35-38.
[51] *Ibid.*, fs. 15 y 38-43.
[52] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 35 y ss.
[53] *Ibid.*, p. 36.

En febrero de 1838, el batallón Ligero Mixto fue a recibir 50 000 pesos al Brazo de Santiago, que llegaron para el Ejército del Norte, y luego fue a dar guarnición a Mier. Tras el inicio de los pronunciamientos en el noreste y el bloqueo francés, el ejército se concentró en Matamoros, y el batallón Toluca fue mandado a Veracruz. Entonces, el coronel Francisco y Pavón quedó al mando de la división del batallón Ligero Mixto, y Santiago Tapia fue nombrado su ayudante, aunque según él, desde antes, ya lo era *de facto*. Esto es, apoyaba al comandante en los asuntos administrativos del contingente.[54] En septiembre, este fue a dar guarnición a Laredo, donde estaba al mando el capitán de presidiales Manuel de la Fuente.[55] Ahí se hubiese encontrado con José Juan Sánchez Navarro. Pero el coahuilense tenía licencia desde el 25 de julio porque se hallaba "postrado en la cama a resueltas de las sensibles enfermedades que padece de reuma y mal de orina". Pidió dos meses y medio para ir a Saltillo a recobrar su salud con el apoyo de su familia.[56] Dejó de trabajar su *Cuaderno de correspondencia* desde mayo de 1837, y no volvió a escribir sino hasta noviembre de 1839, cuando se hallaba combatiendo a los pronunciamientos federalistas de aquel año.[57]

Santiago Tapia pasó por su verdadera prueba de fuego poco después de cumplir 18 años, en octubre de 1838. El capitán de la Fuente lo puso al mando de una compañía de vecinos de las Villas del Norte, para ser parte de una expedición de 300 hombres rumbo a San Antonio Béjar, "sin más provisiones que dos almudes [aproximadamente 10 kilos] de sal y a vivir sobre el país desierto absolutamente". La orden era sorprender a una fuerza texana concentrada en Béjar. Sin embargo, a unos 75 kilómetros al norte del río Bravo encontraron las huellas de una partida grande de comanches, que iba en dirección a Matamoros. Después de deliberarlo, todos los oficiales votaron por salir tras ellos "para el mejor servicio del país", la defensa de las vidas e intereses de sus "paisanos". Estuvieron seis días y seis noches persiguiéndolos a marchas forzadas. Pero en la noche del 9 de octubre perdieron por completo su rastro porque a partir de un punto las huellas se desperdigaron en todas direcciones. O fue una

[54] No confundir con el ayudante inspector, que como ya vimos, también era ayudante, pero de la inspección de toda una región militar. Un ayudante común y corriente no tenía competencias de inspección.

[55] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 35 y ss.

[56] AHSDN, cancelados, XI/III/2-357.

[57] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, fs. 45 y ss.

estratagema para perderlos, o tan sólo se dispersaron para cazar *mustangs*, los caballos mesteños. La división siguió avanzando en la dirección que los presidiales juzgaron más prudente, hasta que encontraron las huellas de uno de los tantos grupos de la partida de comanches. Los divisaron por la mañana junto a un grupo de árboles. En lugar de acercarse sigilosamente, les soltaron balazos a lo lejos. Alertados, los comanches se reunieron con rapidez con el grueso de sus fuerzas. Entonces, ambos bandos se pusieron frente a frente en el llano, a la distancia del tiro de un fusil.[58]

Del lado mexicano, un grupo de 80 vecinos desmontados se puso en el centro de la formación, a la derecha una compañía de 60 dragones (caballería ligera) de Cuautla, a la izquierda 100 presidiales montados y otros 60 de la misma clase en la retaguardia. Los comanches se dividieron en tres masas, una junto a la otra, de unos 150 hombres cada una. En la retaguardia se quedaron unas 200 mujeres y los frutos de sus pillajes. Entonces, cuando varios de ellos "hicieron algunos simulacros con gritería, según su modo de pelear, otros vecinos y presídiales nuestros, a su imitación, hicieron lo mismo". Pero, en el momento de máxima tensión, simplemente dieron media vuelta y se retiraron a trote, quizá tras ver lo mal que estaban los caballos de los mexicanos. De hecho, sólo pudieron seguirlos por tres días. El 23 de octubre los alcanzó un mensaje extraordinario para que regresasen lo más pronto posible a Laredo, que estaba desprotegida. Una parte tuvo que hacerlo a pie porque sus caballos "se lastimaron el lomo hasta inutilizarse, pues ni las monturas servían y los soldados eran sumo ignorantes en materia de caballería".[59]

Aquella expedición fue ardua no sólo por los comanches y la frustración de no haber podido detenerlos. Sufrieron "mucha hambre y sed, pues las reses que antes abundaban en esa ocasión escasearon mucho". Como vimos antes, los tejanos al mando de Seguín, y los *rangers* y *cowboys* texanos estuvieron conduciendo a estas manadas al interior de Texas, para alimentarse a sí mismos y quitar al ejército mexicano ese recurso, indispensable para atravesar la franja del Nueces.[60] Tuvieron que comer caballo y recurrir a "las tunas áridas, mezquites verdes o yerbas desconocidas para satisfacer las necesidades". Además, sus vestuarios quedaron destrozados y la mayoría se quedó sin el calzado adecuado para el frío

[58] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 39 y ss.
[59] *Ibid*., pp. 37-39.
[60] Véase en esta obra, cap. III, "Los agentes británicos llegan a Texas".

del invierno. Todas esas circunstancias hicieron un "cúmulo de sufrimientos inauditos".[61]

Aunque no consiguieron frenar a los comanches, por lo menos justificaron su presencia en la región. Después de pasar mucho tiempo como parte de las fuerzas opresoras e invasoras que se chupaban sus recursos con poco para mostrar a cambio, por lo menos ahora estaban atendiendo a sus verdaderos intereses. Como siempre recuerda Luis A. García, la autoridad y el estatus social en la región conllevaban el haber mandado a las milicias para hacer la guerra a los comanches, que era justamente lo que Tapia acababa de hacer.[62] Con el paso de los años se fue aclimatando a la región, formando lazos con sus vecinos y el desierto. Y podría decirse que el Ejército del Norte pasó por el mismo proceso y, paulatinamente, se preocupó más por combatir a los indígenas de las planicies. Para 1838, su general en jefe terminó encumbrándose como una especie de comandante regional superpuesto a las comandancias generales, por lo menos en el norte de sus jurisdicciones. Dentro de sus competencias ya no sólo estaba hacer la guerra a Texas, sino también encargarse de la defensa de la frontera y oponerse a los pronunciamientos. Para bien o para mal, así se resolvió el conflicto entre las jurisdicciones militares.

Pero el proceso de adaptación no fue, ni de cerca, lo suficientemente veloz como para calmar la animosidad contra el ejército que la gente de la región acumuló durante años. Cuando Santiago Tapia regresó a las Villas del Norte de la expedición anterior, le llegó la noticia de que estas se habían pronunciado contra el gobierno. Una vez más, un pronunciamiento pondría su vida de cabeza.

EL EJÉRCITO DEL NORTE *VS.* LAS VILLAS DEL NORTE

El autonomismo[63] de las Villas del Norte no sólo les generaba disputas con el ejército permanente que se le incrustó en 1836. También las te-

[61] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 40-45; La hoja de servicios de Santiago Tapia confirma su participación en esas dos cortadas contra los comanches: "En septiembre de 1837 y octubre de 1838 marchó al otro lado del río Bravo contra los indios bárbaros a quienes atacó en ambas ocaciones". AHSDN, cancelados, CI/III/2-2-5.

[62] García García, *Frontera armada*, 2021, *passim.*

[63] Este concepto se refiere a la desarticulación, fragmentación y regionalización política que ocurrió en Hispanoamérica después de la caída del imperio español. En las primeras dé-

nían con otras jurisdicciones civiles regionales. Colindaban con tres departamentos: Coahuila y Texas, Nuevo León y Tamaulipas. Encimados a estos, había dos comandancias generales, la de Coahuila y Texas, al mando de Cos, y Nuevo León/Tamaulipas, al mando de Francisco Vital Fernández. A lo largo de los años, el ayuntamiento de Matamoros tuvo muchos choques con el segundo, quien se volvió el hombre fuerte de la región después de luchar contra la expedición de Barradas a Tampico en 1829. Fue comandante general y gobernador de Tamaulipas de forma intermitente durante más de diez años. Nunca se llevó bien con las elites de las Villas del Norte, quienes le disputaban el mando del departamento. El Ayuntamiento de Matamoros estaba encabezado en esos años por Antonio Canales, Juan Nepomuceno Molano y Jesús Cárdenas. En 1835, cuando llegó el centralismo, Vital Fernández les mandó un jefe político y no lo tomaron bien. Martín Perfecto de Cos tuvo que mediar entre ambas jurisdicciones. Cuando Santa Anna pasó por ahí durante la primera campaña de Texas, las Villas del Norte le pidieron que las hiciera capital de un nuevo estado. Pero las otras capitales de departamento de la región, Monterrey y Ciudad Victoria, querían que fueran parte de su jurisdicción. De modo que sólo lograron obtener el grado de distrito, el siguiente escalón al departamento en autoridad jurisdiccional, formando parte del de Tamaulipas.[64]

El Ejército del Norte se puso en medio de este conflictivo entramado de jurisdicciones sobrepuestas. Su presencia fue una carga muy grande para la población local y el ayuntamiento, que debían alojar a sus soldados y pertrechos, alimentarlo, darle bagaje y sufrir préstamos forzados.[65] Quizá la carga más pesada fue el alojamiento, especialmente en los dos primeros momentos que llegaron muchos miembros del ejército. Primero los remanentes del ejército de operaciones sobre Texas en el verano de 1836, tras su retirada. Luego, el arribo de refuerzos cuando se

---

cadas de independencia, los ayuntamientos buscaron mantener el mayor grado de autonomía posible frente a jurisdicciones políticas más grandes. Véase en esta obra, cap. I, "Los visitadores posborbones".

[64] Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, pp. 10-17; Herrera, "Tamaulipas ante la guerra", 1998, pp. 524 y ss. Como anota Hira de Gortari, "en términos jurisdiccionales de los departamentos, se mantuvo la misma organización político territorial, lo que muestra la larga permanencia de un modelo de ordenamiento del territorio nacional proveniente del Antiguo Régimen". Gortari, "La organización político-territorial", 2021, pp. 78-83.

[65] Archivo Histórico de Matamoros (en adelante AHM), Archivo General, 1316, caja 8, exp. 240, fs. 13, 18, 25, 31, 32, 35 y 38.

organizó la "segunda campaña", al mando de Nicolás Bravo en el invierno de 1836. Por lo tanto, en esos dos momentos, el alcalde de entonces, Juan Nepomuceno Molano, recibió una gran cantidad de demandas por alojamiento, unas más altaneras que otras, de coroneles, generales y demás jefes del ejército. Fueron tantas que tomaría mucho tiempo dar relación de ellas, pero cabe mencionar algunas. El general Pedro Ampudia le reclamó en octubre de 1836 porque no le había facilitado a uno de sus subordinados un edificio adecuado para guardar el parque de la artillería. El lugar donde estaba guardada podía inundarse y dejar inutilizada toda la pólvora.[66] Nueve días después, el coronel Francisco González Pavón le solicitó alojamiento, "cerca del cuartel de la plaza de Iguala a una compañía de su Regimiento de Tampico, y un almacén grande donde encerrar 400 o más cargas de vestuarios, parque y pertrechos que llegarán de mañana a pasado".[67] El 18 del mismo mes, le pidieron alojar a 50 hombres del regimiento activo de caballería de San Luis en una casa con corral, y facilitar otra por separado para los oficiales. Ese mismo día estarían en Matamoros.[68]

El 3 de diciembre, le anunciaron que iban a llegar 2 000 hombres desde Ciudad Victoria, 500 de caballería, más quince jefes y 60 oficiales, para que el ayuntamiento los auxiliara con "cuarteles y alojamientos, en vista de no haber en esta ciudad edificios públicos ni cuarteles".[69] Una ciudad del tamaño de Matamoros, de unos 15 000 habitantes, no tenía la capacidad de albergar de golpe a tantas personas y, probablemente, muchas tropas tuvieron que acampar al inicio. Por lo mismo, algunas compañías del ejército eran enviadas a dar guarnición a otros puntos, como Mier y el Brazo de Santiago. El alojamiento del hospital militar fue otro tema complicado. Los "infelices enfermos" que llegaron con el ejército de operaciones sobre Texas se quedaron en una "habitación" en mal estado, en la que se filtraba el agua con la lluvia. Y como no cabían todos, muchos permanecieron a la intemperie. El ejército pidió a Molano que desocupara dos jacales para que se guarecieran esos "infelices", cuya renta sería "pagada religiosamente".[70]

[66] *Ibid.*, f. 1.
[67] *Ibid.*, f. 5.
[68] *Ibid.*, f. 6.
[69] *Ibid.*, f. 10.
[70] *Ibid.*, f. 22.

La llegada de grupos grandes de personas a Matamoros, una ciudad portuaria y en crecimiento, potenció las enfermedades epidémicas. La pandemia del cólera llegó en 1833 desde Ciudad Victoria, transportada por un contingente de milicia. En aquel año murieron 795 personas en el puerto.[71] En efecto, los ejércitos son un caldo de cultivo de epidemias. La principal causa de muerte en las campañas militares, más aún antes del siglo XX, son las enfermedades, especialmente infecciones gastrointestinales. El ejército de operaciones, que pasó por todo tipo de climas y ecosistemas en su camino y recorrido por Texas, llegó con muchos enfermos a Matamoros. Quizá la enfermedad más común, de acuerdo con las memorias de Filisola, fue la disentería, "general en todas las clases".[72] Los únicos remedios efectivos que conocían los ejércitos de la época eran preventivos: evadir los pantanos, cubrir las letrinas con tierra, evitar la humedad, aislar a los enfermos y propiciar la higiene de los uniformes.[73] Los hospitales debían tener ventilación para que los malos olores (miasmas) no se acumularan y aumentasen las enfermedades. De otra forma, cada vez que la tropa enferma pasaba una noche en un lugar, este quedaba "inhabitable para el día siguiente, por la corrupción y fetidez que se quedaban impregnados a consecuencia de que los miserables no desahogaban más que materia y sangre".[74]

Para inicios de 1837, todavía faltaban casas y edificios para los cuarteles, calabozos, almacenes y hospital para el ejército. No había suficiente dinero para arrendar más edificios y los pocos que lo estaban eran pagados con vales de deuda nacional, lo que "excitaba la odiosidad contra el ejército". Por ello aún no se instalaba un hospital adecuado y en los jacales provisionales no había ni "un solo petate donde los enfermos se recuesten".[75] El "hospital" militar de Matamoros lo era sólo de nombre, como lamentaba el Dr. Chabert, cirujano en jefe del Ejército del Nor-

[71] También había brotes de rabia, especialmente durante el verano, contagiada por los lobos y coyotes que atacaban al ganado. Herrera, *Matamoros*, 2018, pp. 79 y ss.

[72] Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1. p. 79.

[73] Por dar un parámetro, en las guerras napoleónicas (1803-1815) hubo ocho veces más hombres muertos por enfermedades que por heridos en batalla. Cook, "Influence of diarrhoeal", 2001, pp. 95-97. El papel de los gérmenes y virus se descubrió hasta la segunda parte del siglo XIX. Los tratamientos, como el sangrado y las purgas, no eran muy efectivos. Se pensaba que su origen era la contaminación en el ambiente con malos olores. Véase en esta obra, cap. I, "La historiadora de la frontera".

[74] Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1, p. 319.

[75] *Ibid.*, t. 2, pp. 51 y ss.

te. Se trataba de dos salas pequeñas y mal ventiladas. Los enfermos se acostaban sobre tablas o en el suelo, casi desnudos. El cirujano pidió al general en jefe que solicitara a la comisaría general un local apropiado y botiquines. Él había llegado el año anterior con instrumentos y medicinas, pero mucho se perdió o averió en el camino.[76]

Aunque a largo plazo era mucho más económico comprar una casa para el hospital, en lugar de seguir arrendando, esto no ocurrió sino hasta el verano de 1840. Aquel año, el gobierno adquirió la casa que en ese momento albergaba al hospital. El valor de la finca se estimó en 18 000 pesos y se compró en 8 000, incluyendo en la última cifra 2 175 que se debían al propietario en arrendamientos mensuales de 150 pesos. Esto es, debían poco más de dos años de renta. La compra tenía que ser aprobada por el jefe de Hacienda del departamento de Tamaulipas, quien la pasó con cargo a gastos extraordinarios por la guerra de Texas. Se trataba de un edificio mucho más amplio que el primero que se había ocupado. En junio de 1841 contaba con 20 camas, pero tenía espacio para otras 40.[77]

Al año siguiente, se registró una epidemia de fiebre amarilla en la ciudad. Debió arribar de afuera porque la mayoría de sus víctimas pertenecían a la población oriunda de Matamoros. En cambio, los que venían de Veracruz o Nueva Orleans no se vieron afectados porque ya tenían inmunidad.[78] El *aedes aegypti*, mosquito responsable de su transmisión, pudo haber llegado fácilmente desde un barco de cualquiera de esos puertos. El director del hospital informó al ministerio de Guerra que la epidemia había afectado a un número considerable de militares y vecinos. Según él, "atacado el mal en el mismo acto que aparece, se cura fácilmente". Se jactó de haber publicado un "método curativo" en el periódico de la ciudad, lo que "no ha dejado duda de sus felices resultados".[79] No pude encontrar el periódico ni cuál fue su método, pero es probable que no hiciera mucha diferencia, considerando que aún hoy en día no hay cura para la enfermedad, sino la vacunación, que aún no se inventaba, y otras medidas de prevención. En cualquier caso, la enfermedad llegó para quedarse y sus brotes eran multiplicados por la llegada masiva y abrupta de

[76] "Dr. Chabert a Filisola, 27 de julio de 1837, Matamoros" en *ibid.*, t. 2, pp. 238 y ss.
[77] Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Guerra y Marina, caja 31, exp. 991, fs. 1-4.
[78] Herrera, *Matamoros*, 2018, p. 79.
[79] AGN, Guerra y Marina, caja 31, exp. 991, f. 4.

individuos sin inmunidad. En 1844 volvió a aparecer. Se reportó en la prensa estadunidense porque causó la muerte del cónsul de su nación.[80] Otras regiones cercanas con las condiciones adecuadas para la reproducción de los mosquitos, humedad y calor, sufrieron frecuentes epidemias. La enfermedad alcanzó a Nueva Orleans desde 1796 e hizo su aparición en Galveston, Texas, en 1839.[81]

Otro aspecto problemático que generaba la cohabitación entre el ejército y la población y se tradujo a un sinfín de disputas jurisdiccionales, lo constituyó el fuero militar. Este, además de referirse a los privilegios de los integrantes del ejército, implicaba que estos sólo podían ser juzgados en sus propios tribunales, de acuerdo con sus propias leyes (la *Ordenanza*). De ahí que la mayor parte de la correspondencia entre los militares y las autoridades civiles de las Villas del Norte fuera para definir su competencia jurisdiccional en los muchos casos en que los primeros se involucraran en algún asunto judicial. Por ejemplo, un oficial llevó a su propio juzgado a un soldado de su batallón demandado con un juez de paz de Matamoros por moroso.[82] En otro caso parecido, un oficial escribió a un juez para reclamar que "doña María Blanco de Alderete me ha manifestado, sobre una demanda que puso ante ese juzgado Francisco Cisneros, que resultó sentenciada por usted a hacer un pago de poca consideración. Pero dicha Sra. disfruta del fuero militar como viuda de un oficial". Pidió que el demandante acudiera al juzgado militar de su cargo, "donde pertenece la demandada, y se abstenga de insultarla y atropellarla".[83]

Además de morosidad, los militares se vieron involucrados en riñas, robo de ganado (abigeato) o de aduana, abusos de poder, entre otras tropelías.[84] Incluso, algunos desertores se quedaban con sus armas y se volvían bandidos.[85] A la inversa, por la aversión y resentimiento de la población local, también había atentados en contra de los soldados.[86] Llama la atención la cantidad significativa de casos producidos por con-

[80] "Texas and Mexico", *New York Tribune*, 29 de noviembre de 1844, vol. IV, núm, 202, p. 2.

[81] Para el caso de Texas, véase Wiggings, "Combating yellow fever", 2016, pp. 234-252, y para Luisiana, Carrigan, "Impact of Epidemic", 1963, pp. 5-34.

[82] AHM, Archivo General, 1332, caja 9, exp. 251, f. 3.

[83] *Ibid.*; f. 7.

[84] Véase *Ibid*; *ibid.*, caja 9, exp. 275; *ibid.*, 1343, caja 9, exp. 274.

[85] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, f. 45; Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, pp. 28 y ss.

[86] Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, p. 28.

flictos domésticos entre los soldados y sus esposas,[87] rapto de mujeres[88] o riñas por celos. María Luz Pérez, pareja de un cabo, fue encarcelada en el ayuntamiento por una acusación de robo, y hasta le pidieron que dejara a su hija como aval de que pagaría.[89] Un caso revelador ocurrió en agosto de 1837, cuando el coronel Francisco y Pavón, mientras Santiago Tapia era su ayudante, ordenó al sargento Tomás Romero conducir a la cárcel del ayuntamiento a Margarita Castillo, porque "es de conducta muy relajada concurriendo la circunstancia de que comprometida con dos o más a la vez, ha sido causa de infinitas querellas que pueden ocasionar algunas desgracias, por esta razón queda a disposición de usted para que haga con ella lo que le parezca mejor, y evite el mal trascendental que en el regimiento ocasiona su presencia".[90] Las mujeres aparecen todo el tiempo en los procesos judiciales, pero rara vez en los testimonios militares. José Juan Sánchez Navarro, quien estuvo con el coronel Francisco y Pavón en sus campañas contra los rebeldes federalistas a finales de 1839, observó, en su cuaderno militar, que tan sólo al batallón Ligero Mixto, al que perteneció Santiago Tapia, lo seguía un grupo de 50 mujeres.[91]

Aunque buena parte de la relación entre los juzgados civiles y los militares fue conflictiva, en ocasiones se apoyaron mutuamente. El ejército aportó la guarnición diaria de tres soldados armados. En ocasiones también le ayudaba escoltando a sus puertas a testigos o sospechosos.[92] En otro caso, Adrien Woll entregó a un soldado involucrado en un liti-

[87] "Estimado alcalde, yo soy un soldado retirado del batallón activo noveno y he tenido una pelea con mi esposa y quiere separarse de mí, sin tener ningún motivo y quiero que usted me haga justicia, apoyandonos a los dos y no pudiendo yo aclarar mi pronunciación por ser tartamudo, vendrá un sargento de mi misma compañía que era yo y nomás su servidor Miguel Girones", Miguel Girones a Molano, 17 de julio de 1837, en AHM, Archivo General, 1344, caja 9, exp. 275, f. 8. "El cabo de la 5ta compañía del batallón de mi mando José Pérez dice ser cierto haberse venido en su compañía a la salida de Monclova la casada de Miguel Morales, pero que desde que este individuo se presentó en su casa a extraerla se le ha fugado y no sabe su paradero. Asegurando a usted que se le ha expresado Morales se me hubiera presentado con la queja, yo hubiera mandado al ayudante inmediatamente para que este la hubiera entregado", Nicolás Condelle, al juez de paz Manuel Galán, 22 de agosto de 1836, en AHM, Archivo General, 1332, caja 9, exp. 251, f. 14.

[88] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, fs. 45-50.

[89] Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, p. 28.

[90] AHM, Archivo General, 1332, caja 9, exp. 251, f. 57.

[91] Sánchez Navarro, *Cuaderno de correspondencia*, 1836-1839, vol. I, fs. 46 y ss.

[92] AHM, Archivo General, 1332, caja 9, exp. 251, fs. 5 y 8.

gio, porque el proceso se inició antes de que se enlistara.[93] En ocasiones el ejército prestaba tropas al ayuntamiento para llevar a cabo alguna tarea de seguridad pública. En los casos de deserción, las competencias estaban bien definidas: los presidiales correspondían al juzgado civil y los soldados permanentes al militar.[94]

LA REBELIÓN DEL NORESTE

En suma, el Ejército del Norte fue como una terrible peste que llegó a alterar la vida cotidiana de los habitantes de las Villas del Norte. Sólo hacía falta una chispa para que la tensión estallara,[95] y esta fue proveída por el general José Urrea. Antes de ello, Vicente Filisola le había ganado la partida política en la capital cuando fue exonerado en 1836. A finales de aquel año ordenaron a Urrea que se presentara en la ciudad de México. En marzo de 1837 tomó una licencia para "recuperar su salud". Se fue a Durango, donde tenía su coto de poder y, en esos días, escribió su *Diario de operaciones*. Mientras tanto, Anastasio Bustamante sustituyó a Santa Anna en el Poder Ejecutivo después de los interinatos de Miguel Barragán y José Justo Corro.[96]

El nuevo presidente nombró a Urrea comandante general de su estado natal, Sonora, en 1837. Pero este, a finales del año, usó sus bases sociales para pronunciarse a favor del federalismo. Un amigo suyo, el político sonorense Ignacio Zúñiga, reunió a los vecinos en Arizpe para proclamarse a favor de la Constitución de 1824, designándolo como su caudillo. Aunque se le adhirieron varias corporaciones del noroeste y el occidente, no consiguió suficiente apoyo y su movimiento se desinfló. En octubre de 1838 tuvo que esconderse, derrotado, en Durango. Los pronunciamientos federalistas volvieron a tomar aliento gracias al bloqueo francés de finales de 1838. Urrea reapareció en 1839, ahora acaudillando a los pronunciamientos del noreste desde Tampico, Tamaulipas. Ahí estuvo en comunicación constante con los liberales federalistas en el exi-

[93] *Ibid.*, f. 10.

[94] AHM, 1836, 1313, caja 8, exp. 233; *ibid.*, 1332, caja 9, exp. 251, f. 64; *ibid.*, 1343, caja 9, exp. 274, f. 72; *ibid.*, 1837, 1345, caja 9, exp. 272, f. 1.

[95] *Cf.* Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, p. 29.

[96] Medina y Torres, "José Urrea", 2017, pp. 1-20.

lio, muchos de los cuales seguían refugiados en Nueva Orleans, como Valentín Gómez Farías. Este último lo puso en contacto con el general José Antonio Mexía, quien viajó de la ciudad del Cuarto Creciente a Tampico con un contingente de voluntarios extranjeros para reunirse con él.[97]

El Ejército del Norte permaneció leal al gobierno central. El 2 de septiembre de 1838, por sus conexiones con estos pronunciamientos y sus relaciones con los conspiradores federalistas, Vicente Filisola sometió al ayuntamiento, incluyendo al alcalde Juan Molano, a un juicio militar y encarceló a sus integrantes. Antonio Canales se salvó porque estaba en la feria de Saltillo. Junto con Antonio Zapata, un oficial oriundo de Guerrero, inició el pronunciamiento federalista en aquella villa del norte. Formaron un ejército de milicias, aunque esto generó roses por el reclutamiento y la requisa de ganado.[98] Como anota J. Z. Vázquez, este ciclo de pronunciamientos se caracterizó por su cercanía a Texas. Canales admitía *de facto* su independencia y siempre buscó apoyo de su gobierno, pero otros federalistas como Gómez Farías no tenían simpatías por los colonos usurpadores.[99]

A inicios de 1839, los federalistas lograron defender Tampico contra las tropas de Valentín Canalizo. Al contar con los ingresos de su aduana, esta ciudad fue el centro neurálgico de la rebelión. El gobierno entonces envió a Mariano Arista para contenerla y, después de firmar un convenio para terminar el bloqueo francés el 20 de marzo, Anastasio Bustamante pidió licencia de la presidencia para salir a enfrentar a Mexía y Urrea. Santa Anna había recuperado algo de su reputación tras perder su pierna izquierda el 5 de septiembre de 1838 mientras combatía a los franceses en Veracruz y fue nombrado presidente interino. Mantuvo su apoyo al régimen centralista frente a la oleada de pronunciamientos, pero en sus proclamas comenzó a abrir la puerta a la idea de que sí era necesaria alguna reforma. Mexía y Urrea eludieron a Bustamante al fletar sus tropas de Tuxpan y Tampico a un punto cercano al puerto de Veracruz por medio de buques mercantes estadunidenses. De ahí marcharon a Puebla. Mientras sitiaban aquella ciudad, Santa Anna no perdió

[97] *Ibid.*; Costeloe, *The central Republic*, 1993, pp. 129-148, y Vázquez, "La supuesta República", 1986, pp. 50-55.

[98] Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, pp. 30-38.

[99] Vázquez, "La supuesta República", 1986, p. 53.

la oportunidad de ganar protagonismo, se movilizó en su contra y evitó que la ciudad se pronunciara. Su mano derecha, el general Gabriel Valencia, los derrotó en Acajete, al oriente de Puebla, el 2 de mayo de 1839. En esta ocasión, el primero cayó prisionero y el segundo huyó. Santa Anna no se apiadó de Mexía. Aunque este lo había ayudado a recuperar su botón de diamantes en 1837,[100] ordenó personalmente que lo fusilaran. Quizá no lo perdonó por ser un alborotador irremediable o haber involucrado, en más de una ocasión, a aventureros estadunidenses en los conflictos internos. El caso es que ahí se acabaron para siempre sus aventuras republicanas. José Urrea regresó a Tampico, pero en junio fue derrotado por Arista.[101]

En las Villas del Norte, Antonio Canales y Antonio Zapata mantuvieron viva la rebelión, aunque al perder el control de Tampico y nunca tomar el de Matamoros, perdieron fuerza. El general Pedro Lemus, hombre cercano a Santa Anna, quien, como comandante de Puebla, recibió a Santiago Tapia en el batallón Tres Villas, también se unió a los federalistas del noreste. El Ejército del Norte al mando de Vicente Filisola logró defender Matamoros, como el bastión del gobierno central. Para Tapia fueron tiempos difíciles, de "sensaciones tristes y desagradables", porque tenía mucha simpatía por la causa rebelde. En su opinión, Canales era un "hombre perdido" por sus compromisos "innobles" con los texanos. Pero reconocía que los paisanos de las Villas del Norte se le unieron porque tenían la esperanza de remediar su miseria. La situación era la siguiente: "todo el país tamaulipeco estaba dispuesto a hacer la guerra; más bien discretamente contra el ejército, que por defender la causa que habían proclamado. Así es que no contábamos con más terreno por nuestro que el que ocupábamos y constantemente las vidas de todos los militares estaban en peligro". Desde finales de 1838, y durante casi todo 1839, luchó en Matamoros contra los federalistas. En ese periodo, su compañía fue transferida del batallón Ligero Mixto al batallón permanente de Zapadores, cuyo comandante era Rómulo Díaz de la Vega.[102]

[100] Véase en esta obra, cap. III, "El sentimiento público vale un reino".

[101] Vigness, "La expedición Urrea-Mejía", 1955, pp. 211-217; Costeloe, *The central Republic*, 1993, pp. 150-153; Medina y Torres, "José Urrea", 2017, pp. 1-20, y Vázquez, "La supuesta República", 1986, pp. 52 y ss.

[102] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 47-49; Herrera, *Matamoros. Historia*, 2018, pp. 93 y ss.

Al inicio del año, Santiago Tapia participó en una batalla en las afueras de Matamoros, en una de las ocasiones en que fue sitiada por Canales. El 5 de enero, se les plantó en el paraje de Cruz Verde, a unos cuatro kilómetros de distancia de la ciudad. Al siguiente día, Tapia salió con el batallón de Zapadores, junto con un regimiento de caballería al mando de Pedro Ampudia, dos cañones y dos obuses, a enfrentar al enemigo. Los cazadores de Santiago, como era su función, iban a la vanguardia del grupo, como guerrilla. Primero se enfrentó a un grupo de indios pertenecientes al pueblo que estaba junto a Reynosa, que actuaron como avanzadilla del enemigo. Ampudia lo mandó replegarse para atacar con la artillería. Los rebeldes se refugiaron dentro de la franja de un bosque, desde donde tirotearon al Ejército del Norte. A las 4 de la tarde, Ampudia dio la orden de cargar con bayoneta contra el enemigo. Según Tapia, esto resultó en la victoria de las 400 tropas regulares frente a los 1 070 rebeldes. En realidad, como muchas de las otras batallas durante este conflicto, el resultado fue inconcluso. Canales no pudo tomar Matamoros, pero sus tropas tuvieron sólo catorce muertos, frente a los 80 del ejército.[103]

A pesar de que Tapia contó la acción de Cruz Verdes como un triunfo, su "corazón quedó consternado por las desgracias habidas en la acción". Estuvo a punto de caer herido por el fuego de metralla, que en un momento le voló la espada de la mano, pero procuró, "al huir nuestros contrarios, salvar a varios infelices de una muerte cierta, por el enojo justo de mis soldados". Unos días después, logró convencer a Filisola de que pusiera en libertad a los prisioneros.[104]

Las derrotas de los federalistas comenzaron a acumularse desde el verano de 1839 y continuaron en la primera parte de 1840. Para entonces, las tropas al mando de Mariano Arista, Valentín Canalizo y Francisco y Pavón lograron tomar el control de Nuevo León, Coahuila y buena parte de Tamaulipas. Sólo quedaron Antonio Canales y las Villas del Norte en pie de lucha. En octubre de 1839, estos rebeldes se reforzaron con voluntarios texanos y enfrentaron a Francisco y Pavón en Guerrero y en Mier. El resultado fue inconcluso y Canales volvió a sitiar Matamoros sin éxito el 10 de diciembre. Luego, el 1 de enero de 1840, atacó

[103] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 47-49; Herrera, *Matamoros. Historia*, 2018, pp. 93 y ss.
[104] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 50-53.

Monterrey, donde Arista lo derrotó. Para entonces muchos de sus voluntarios y aventureros angloestadunidenses comenzaron a desertar. Lo que quedó se reagrupó en Laredo y de nuevo buscó apoyo en Texas. En marzo, Arista volvió a derrotarlo en Coahuila y los rebeldes fueron a refugiarse a San Antonio Béjar, donde Canales volvió a levantar fuerzas, con apoyo de Juan Seguín. Fue en aquellos años que, presuntamente, se ideó lo que algunos llaman la República de Río Grande, aunque para muchos historiadores no fue más que una invención de los periódicos estadunidenses. Después, Canales atacó con éxito Ciudad Victoria en Tamaulipas, siendo derrotado otra vez el 24 de marzo de 1840 en Saltillo.[105]

En abril del año siguiente, Santiago Tapia pasó por circunstancias difíciles. Todo se inició porque Parra y Palao, dos amigos suyos que también eran subtenientes de la compañía de Zapadores, fueron "seducidos por varios individuos de Matamoros para que se marcharan a reunirse con los pronunciados". Lo involucraron a él porque sabían que era afín a la causa liberal y federalista. Después de todo, Pedro Lemus, uno de sus mentores y padrinos, era parte de la rebelión. Pero a diferencia de ellos, por su calidad de ayudante, sabía que "los habían fascinado, inventando triunfos imaginarios". También aceptaron dinero y se lo ofrecieron. Pero él sabía que la revolución no tenía esperanza de triunfar. Se toma casi un capítulo entero de sus memorias para explicar su proceder ante tal dilema. Como no quería delatarlos, intentó hacer tiempo hasta que regresara el general Ampudia con noticias que "descorrerían un velo que a todos nos tenía ofuscados". Pero sus "compañeros y amigos" no querían esperar más. Para salvarlos a ellos y a sí mismo, se le ocurrió ir con Guillermo Ortiz, un practicante del hospital militar, para que le contagiara "alguna enfermedad que sea fácil desaparecer después". Así, el día antes de la fecha pactada para unirse al pronunciamiento, Tapia quedó tumbado con fiebre y náuseas. Así ganó unos días.[106]

Pero entonces, antes de que llegara Ampudia de la campaña, Ortiz contó todo al comandante del batallón, el coronel Francisco y Pavón. Este llamó inmediatamente al joven Tapia para interrogarlo. Santiago no quiso soltar los nombres de Parras y Palao. Pavón intentó persuadirlo

[105] Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, pp. 30-38; García García, *Frontera armada*, 2021, pp. 222-224; Herrera, *Matamoros. Historia*, 2018, pp. 94-96; Morado, "Aspectos militares", 2006, pp. 80 y ss., y Vázquez, "La supuesta República", 1986.

[106] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 50-53.

con elogios, pero no funcionó. Les hizo una señal a los demás asistentes para que salieran del cuarto y los dejasen solos. Le dijo que estaba enterado de todo y lo convenció de que pensaba igual que él: sabía que varios oficiales estaban engañados y quería salvarlos sacándolos de su error. Santiago confió en él y le dijo todo lo que sabía. Luego, Pavón le pidió que se reuniera con Parras y Palao para atraparlos mientras hablaban de la sedición. Santiago se negó a cometer "semejante infamia", y Pavón aparentemente desistió.[107]

En ese momento, el joven Tapia se dio cuenta de que todo había sido una trampa. No estaban solos. En la habitación había una pequeña abertura por la que el general Valentín Canalizo, el capellán y Ortiz escucharon todo. El primero le ordenó recluirse en su alojamiento. En lugar de quedarse quieto, escribió un mensaje en un papel para circularlo entre sus compañeros: "Todo lo han descubierto, nuestros proyectos se han rebelado por un amigo traidor. Yo mismo he caído en una red, que aun no comprendo. Ustedes pueden negarlo, aun cuando yo explique todo lo ocurrido, y de este modo, entiendo nada será descubierto. Prudencia y carácter". A las dos horas, un ayudante lo llevó detenido al hospital militar, porque seguía enfermo. Sus compañeros estaban también arrestados en distintos alojamientos. Entonces, su "conciencia se alarmó de tal manera, que un dolor agudo en mi corazón, un despecho terrible y una sensibilidad extrema, me embargaron el entendimiento y el reposo. En esta situación cruel duré por espacio de cuatro meses".[108]

A Tapia le dolió la traición de quienes creía sus amigos. Tuvo que romper su amistad con Ortiz cuando este lo fue a ver. Fue "un paso muy tierno, porque nos amábamos sinceramente". Los dos soltaron lágrimas, pero quedaron en no hablarse nunca más. Al final, Ampudia llegó seis días después, tarde para evitar el drama en el batallón. La salud de Tapia siguió decayendo durante su prisión e, incluso, pensó en quitarse la vida. Después de cuatro meses, los pusieron en libertad por falta de pruebas.[109] En su hoja militar no hay ninguna mención de aquella abortada sedición. Más bien se informa que "cooperó a la persecución de los pronunciados contra el gobierno en estos departamentos, desde octubre de

[107] *Ibid.*, pp. 53 y ss.
[108] *Ibid.*, pp. 57 y ss.
[109] *Ibid.*, pp. 60-63.

1838 hasta 1840 [en] que los revolucionarios se pusieron a disposición del gobierno".[110]

A finales de 1840, Mariano Arista, que había asumido el papel de comandante supremo de la región como general en jefe del Ejército del Norte, logró apagar la rebelión. En septiembre de 1840, con Santiago Tapia ya reincorporado en el ejército, reinició la campaña sobre las Villas del Norte. Lograron dividir a los pronunciados. El grupo que iba con Molano se refugió en las sierras de Monterrey. Al encontrarse rodeado, se rindió de forma "odiosa y criminal", según Tapia, porque dejó a su suerte a los 100 voluntarios texanos que lo acompañaban, quienes, de forma desesperada, tuvieron que romper la línea para escapar. Por su parte, Canales volvió a huir al norte del río Bravo.[111]

Los rebeldes, que tenían raíces en la región, podrían haber permanecido como una úlcera, huyendo y levantando nuevas guerrillas en el extendido territorio del noreste. Pero la población estaba agotada por la guerra interna, que la había dejado más vulnerable frente a las incursiones comanches que habían vuelto a incrementarse desde 1840. Además, las relaciones de los rebeldes federalistas y los tejanos con los voluntarios y aventureros angloestadunidenses se deterioraron seriamente. Mariano Arista se percató de que, a la brava, nunca pararía nuevos pronunciamientos. Tuvo el acierto de identificar la coyuntura y sentarse a negociar con la elite política de las Villas del Norte: Antonio Canales, Jesús Cárdenas y Juan N. Molano. El 1 de noviembre de 1840, firmaron un armisticio y ocho días después un convenio de "olvido total en todos los sucesos políticos ocurridos desde el día 3 de noviembre de 1838 hasta la fecha". En pos de la "seguridad de la frontera, la de todos los mexicanos y la venganza de los extranjeros que la amenazan" se cerró, por fin, el largo ciclo de pronunciamientos del noreste.[112] Así forjaron una alianza que duraría más de diez años, y que dio a Arista bases sociales sólidas para hacer la guerra de frontera contra texanos y comanches, llevando a la práctica aspectos del sistema de los visitadores coloniales de línea defensiva y de la vieja tradición militar de la región. A cambio, Canales

[110] AHSDN, cancelados, XI/III/2-2-5.

[111] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 63 y ss.

[112] "Convención del armisticio celebrado entre Isidro Reyes y Antonio Canales" y "Convenio que dio fin al levantamiento de las villas del norte", en Will Fowler, *The pronunciamiento in Independent Mexico*, 1821-1876, en <https://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos>.

fue nombrado comandante militar de las Villas del Norte, Cárdenas se quedó como jefe político del Distrito del Norte y Molano entró a la política del departamento de Tamaulipas como miembro de la Asamblea Departamental.[113]

[113] Entonces inició lo que César Morado llama la "segunda campaña de Texas". Sin embargo, esta también podría llamarse la tercera o inclusive cuarta campaña de Texas si se toman en cuenta las que se organizaron, pero nunca lograron cruzar el río Bravo (Morado, "Aspectos militares", 2006, pp. 85-89). Para Vicente Filisola, por ejemplo, la segunda campaña fue la de 1837 (Filisola, *Memorias para la historia*, 1849, t. 1, p. 397). Sobre el pacto y sus términos también véase Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, pp. 30-37 y 42 y ss., y García, *Frontera armada*, 2021, pp. 243 y ss.

V
GUERRA DE FRONTERAS, 1840-1846

La participación de Juan Seguín y otros tejanos en el movimiento federalista de Antonio Canales fue una apuesta costosa. Atrajo a muchos aventureros y voluntarios angloestadunidenses, con promesas de botín y tierras. A estos inmigrantes los llamaban los "GTT's", *gone to Texas* (idos a Texas), mote que tenía la connotación de haber escapado de algún estado del sur por criminales o morosos.[1] Ahora bien, quizá Seguín sólo aceleró un proceso que ya venía gestándose desde la masacre del Álamo y las ejecuciones de Goliad.[2] En 1837, esta última villa, incluyendo su iglesia y presidio, fue demolida como medida de retribución por la matanza de Fannin y sus hombres. Los tejanos que vivían en las cuencas de los ríos San Antonio, Guadalupe y Nueces sufrieron represalias y a muchos se les despojó de su tierra. Martín de León, el patriarca de una de las familias más prominentes, con residencia en Victoria, tampoco se salvó de perder tierras. En 1839, más de 100 familias tejanas fueron expulsadas de Nacogdoches. La campaña de 1836 y los temores de invasión subsecuentes fueron aprovechados, e incluso azuzados, por GTT's y especuladores de tierras, que vieron la oportunidad de enriquecerse rápidamente a costa de los tejanos. Como el mismo Seguín comentó en una memoria que escribió muchos años después, para los angloestadunidenses no había diferencia entre tejanos y mexicanos. Por eso, era fácil legitimar sus despojos cada vez que circulaban rumores

[1] Montejano, *Anglos and Mexicans*, 1987, p. 15.

[2] Véase en esta obra, cap. II, "Sentimientos y (des)honor: guerra inhumana entre David y Goliad".

de una invasión mexicana, sin importar si sus víctimas lucharon o no a favor de la independencia. El mismo Seguín murió en la oscuridad y no se le festejó junto al resto de los "héroes" de la independencia texana, sino hasta que la comunidad hispana rescató su historia en el siglo XX.[3]

EPOPEYAS PARALELAS EN LA FRANJA DEL NUECES

Juan Seguín era el único senador tejano en el Congreso de la república de la Estrella Solitaria. Cuando Canales fue a pedir ayuda a San Antonio en abril de 1840, Seguín lo puso en contacto con Mirabeau B. Lamar, entonces presidente de Texas. En octubre, por un motivo difícil de discernir, decidió dejar su asiento en el senado para juntar una banda de 100 voluntarios y reunirse con Canales. Además, pidió 3 000 pesos prestados, empeñando sus propiedades, para armar a sus hombres. Según sus memorias públicas, Lamar le dio permiso de reclutar un contingente y hasta ordenó que le proveyeran armas porque creía que cualquier acción en contra del gobierno "tiránico" de México promovería la independencia texana.[4]

En realidad, Lamar toleró hasta cierto punto las actividades de los federalistas, pero también las vio con recelo. La existencia de lazos familiares, comerciales y culturales entre los hispanohablantes en ambos lados de la franja del Nueces y los rumores de la posible formación de otra república en la región eran una amenaza para los intereses territoriales y expansionistas texanos. De ahí que mandara al coronel Henry Karnes con una compañía de aproximadamente 700 voluntarios a patrullar la región, principalmente para la defensa en contra de los comanches, pero también por su desconfianza de la milicia de Seguín.[5]

Cuando Karnes llegó a Béjar en el verano de 1840, Canales se puso en contacto con él, para ponerlo de su lado, también con la

[3] Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. VIII-IX, y Montejano, *Anglos and Mexicans*, 1987, pp. 26 y ss., y Haynes, *Unsettled land*, 2022, pp. 291-294.

[4] Publicó sus memorias transcritas al inglés en 1858, después de regresar a San Antonio, para responder a las acusaciones de traición en su contra y mejorar su suerte política. Fueron editadas e impresas por Jesús "Frank" de la Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 39 y ss., 90 y ss. y 176.

[5] Nance, *After San Jacinto*, 1963, pp. 318-322; García, *Frontera armada*, 2021, pp. 220 y ss., y Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 39 y ss.

intermediación de Juan Seguín. Karnes le dijo que su gobierno no veía con buenos ojos la presencia de federalistas en el territorio entre el río Nueces y el Grande, porque la república texana lo reclamaba para sí. Este era el principal obstáculo para que el gobierno de Lamar considerase aliarse de lleno con los federalistas del noreste. Pero Karnes murió el 16 de agosto de fiebre amarilla y fue relevado por el capitán George T. Howard.[6]

Canales siguió reclutando voluntarios texanos en la frontera, que luego mandaba en partidas a atacar a las guarniciones centralistas de las Villas del Norte, en especial Laredo. Como ya se mencionó, en su última gran expedición a México, la relación entre el núcleo de federalistas mexicanos, unos 300 rancheros, con los voluntarios angloestadunidenses había comenzado a deteriorarse. El meollo del problema era que los segundos querían carta blanca para obtener su premio de guerra a costa de las poblaciones mexicanas, y los primeros, que naturalmente no querían saquear a sus paisanos, querían limitarlo a lo que tomasen del ejército centralista. Por esa disputa, los que iban al mando de Juan N. Molano amenazaron con desertar. Poco después, el exalcalde de Matamoros los dejó abandonados a su suerte, de forma traicionera, en la sierra de Monterrey.[7] Unos meses más tarde, ya después de haber firmado los convenios de paz con Arista, Molano escribió una carta a los editores de *El Ancla*, un periódico en Matamoros, en la que decía haberse opuesto a seguir reclutando extranjeros desde que vio la actitud con la que llegó el coronel Karnes.[8]

A inicios de noviembre de 1840, Juan Seguín arribó con sus voluntarios a la frontera y se enteró de que Canales ya había negociado un armisticio con el gobierno mexicano. Uno de los artículos del convenio decía que México pagaría el costo de los voluntarios de los rebeldes. Seguín, con la esperanza de recuperar su inversión, fue a ver al general Arista en Monterrey para recibir lo que correspondía a los suyos, pero no tuvo éxito. Regresó a Texas y, después de reportar la situación a La-

[6] Nance, *After San Jacinto*, 1963, pp. 324- 353.
[7] *Ibid.*
[8] *El Ancla*, Matamoros, 1 de marzo de 1841, citado por Nance, *After San Jacinto*, 1963, p. 335.

mar, intentó saldar sus deudas con una operación de contrabando, asociado con Rafael Uribe, que tampoco tuvo éxito.[9]

La franja del Nueces era una ruta valiosa para las bandas de comerciantes, contrabandistas y bandidos y sus combinaciones, los cuales burlaban los altos aranceles del gobierno mexicano o los bloqueos extranjeros, introduciendo por ahí bienes desde y hacia Texas. En palabras de Seguín, "aunque no existían relaciones comerciales abiertas, se realizaban por medio del contrabando, ante el cual las autoridades mexicanas solían guiñar el ojo, siempre que no se realizara demasiado abiertamente, como para obligarles a advertirlo, o tan extensamente como para despertar su avaricia".[10] Aquel invierno en Texas hubo otro pánico por una posible invasión mexicana, y los primeros rumores de que Seguín estaba en colusión con los centralistas comenzaron a circular en el *Telegraph and Texas Register*.[11]

A partir de 1841 aumentaron las tensiones de la frontera cuando se intercaló la política expansionista agresiva de Mirabeau B. Lamar con la pacificación del noreste. Otra ruta comercial importante en la región, además de la franja del Nueces, era el camino de Santa Fe, en el que Lamar tenía puestos los ojos. Desde abril de 1840 mandó una carta a Nuevo México, por medio de comerciantes angloestadunidenses, para invitarlos a unirse a la república de Texas. Al siguiente año hizo un llamado a voluntarios para organizar una expedición armada, que a la vez tenía la intención de establecer la ruta de comercio y negociar con los neomexicanos. Se reunió un grupo con 321 hombres armados, además de dos comisionados, uno de ellos el tejano José Antonio Navarro, y varios comerciantes. Salieron el 19 de junio de 1841, pero el camino no fue nada fácil. Debían atravesar más de 1 000 km de la enorme llanura árida. No avistaron al primer neomexicano sino hasta el 12 de septiembre, después de haberse perdido en el camino, sufrido

[9] Teja, *A revolution remembered*, 1991, p. 91. El abigeato y contrabando se intensificó con la guerra de Texas. Las autoridades locales, alcaldes o subprefectos, buscaban regular las correrías para atrapar ganado y verificar que no tuviera dueño. Sin embargo, había notables contrabandistas y ladrones como Dionicio Villarreal, de Laredo, que había vivido entre los comanches, y Rafael Uribe, de Guerrero, conocido por llevar contrabando desde Texas. El Ejército del Norte podía ir tras caballos mesteños sin autorización, lo cual era preferible a que tomaran los de sus paisanos. Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, pp. 47 y ss.

[10] Teja, *A revolution remembered*, 1991, p. 115.

[11] Nance, *After San Jacinto*, 1963, pp. 380-386, y Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 39 y ss. y 115.

hambre, sed y ataques comanches. El gobernador de Nuevo México, Manuel Armijo, estaba al tanto de la expedición y tenía un destacamento preparado para recibirlos. Los expedicionarios llegaron aniquilados y se rindieron inmediatamente. Quedaron prisioneros hasta el mes de abril de 1842. Aunque fue un fracaso, "la expedición de Santa Fe" forma parte del folclor en Texas por el seguimiento que le dieron los medios impresos, como el *Telegraph and Texas Register* y el testimonio de Kendall Wilkins, dueño del periódico *Picayune* e incluso de la memoria de los Kiowas, un grupo indígena de las planicies que se enfrentó a ellos.[12]

Mientras tanto, en México, el gobierno de Anastasio Bustamante estaba por llegar a su fin. José Urrea estuvo preso en el viejo edificio de la Inquisición desde su última derrota en Tampico. Valentín Gómez Farías regresó de su exilio y coincidieron en la ciudad de México en 1840. Se pusieron en contacto y organizaron una nueva conspiración. El 15 de julio, un batallón de federalistas liberó al sonorense y luego se dirigieron a Palacio Nacional, donde atraparon a un desprevenido Bustamante en sus habitaciones. Lo tomaron como rehén y se parapetaron ahí, en la catedral y los demás edificios de la plaza central. Juan Nepomuceno Almonte y Gabriel Valencia permanecieron leales al régimen y sitiaron a los sublevados durante varios días en los que reinó el caos. Murieron alrededor de 600 personas, incluyendo civiles. El 27 de julio, aquellos se rindieron, sin conseguir que Bustamante cediera a sus demandas, y al enterarse de que se acercaba Santa Anna desde Veracruz. Por increíble que parezca, los dos conspiradores consiguieron negociar una capitulación que los dejó con vida para luchar otro día. El gobierno nunca se recuperó de ese golpe y el mismo Bustamante perdió la fe en el régimen de las Siete Leyes.[13]

Al siguiente año, la polarización política volvió a intensificarse cuando Almonte, entonces ministro de Guerra, autorizó al general Arista para que importara algodón en Matamoros cuando estaba prohibido en el resto del país. El propósito era financiar la campaña de Texas y pagar a los soldados con los ingresos aduaneros. La medida contravenía la

[12] Reséndez, *Changing national*, 2004, pp. 200-214; Bailey Carroll, "Texan Santa Fe Expedition", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/texan-santa-fe-expedition> [Consulta: 28 de mayo de 2024], y Haynes, *Unsettled land*, 2022, pp. 293-297.

[13] Vázquez, "Introducción. Los centralismos", 2021, pp. 31 y ss.; Costeloe, *The central republic*, 1993, pp. 161 y ss., y Pérez, "El Pronunciamiento de julio de 1840", 1993, pp. 31-45.

política proteccionista que hasta entonces había seguido el gobierno para promover la industria textil y el cultivo del algodón y afectó los intereses de las zonas productoras en Veracruz y de los agiotistas que habían invertido en manufactura textil. Arista no desaprovechó la oportunidad e importó más textiles que todos los que se produjeron en México aquel año.[14] Según Tapia, "la mejor época que el Ejército del Norte cuenta, por haber estado asistido con puntualidad en sus haberes, es la de Don Mariano Arista, merced al noble empeño del E. S. ministro de la Guerra Juan N. Almonte".[15]

Sin embargo, este sería un golpe para el régimen. El *lobby* del algodón, más un grupo de agiotistas, comerciantes extranjeros afectados por un aumento al derecho de consumo a los bienes importados y otros intereses, se coordinaron con Santa Anna, Mariano Paredes Arrillaga y Gabriel Valencia para llevar a cabo una serie de pronunciamientos alrededor del país. La cuestión entonces fue deliberar quién de ellos tomaría la batuta. En reuniones celebradas en los palacios de Tacubaya acordaron las Bases de Tacubaya, que establecieron la dictadura militar de Santa Anna, en lo que se formaba el nuevo Congreso Constituyente que estableció el régimen de las Bases Orgánicas (1843-1846).[16]

Los primeros en adherirse a este pronunciamiento para la "Regeneración política del país" en el noreste fueron los puntos estratégicos: primero el puerto de Tampico y luego la guarnición de Matamoros. Hasta entonces, todos los pronunciamientos en los que participó Santiago Tapia, con excepción del que abortó en 1839, fueron en favor de Santa Anna. En esa ocasión, no benefició a su batallón, porque volvieron las épocas de las vacas flacas para el Ejército del Norte. Cuando diez años después Santiago Tapia reflexionó sobre su experiencia en el Ejército del Norte, pensó que las cosas quedaron igual o peor que antes, y ellos "regresaron al abandono anterior". En su memoria fue una historia de perseverancia y estoicismo frente a una adversidad constante e insuperable:

[14] Jáuregui, "El erario mexicano", 2021, pp. 154 y ss., y Costeloe, *The central republic*, 1993, pp. 164.

[15] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 66.

[16] Vázquez, "Introducción. Los centralismos", 2021, p. 32, y Costeloe, *The central republic*, 1993, pp. 168-178.

> Firme el Ejército del Norte en su propósito de no tomar jamás parte alguna en las convulsiones políticas del país, en atacar, resistir y conservar la línea del Río Bravo, que le habían confiado. De sufrir resignado las más crueles necesidades, abandono y posterga de parte del mismo Gobierno Supremo. De experimentar el desprecio y el encono que los del país le manifestaban de todos modos, como causa del aniquilamiento e inseguridad en que se veían. De no poner en duda en ningún caso el patriotismo, subordinación y valor inherente a los buenos servidores de la patria. Tuvo que pasar por millares de sacrificios inauditos, que jamás soldado alguno haya experimentado, para probar también el honor que se le había concedido por la nación, de elegirlo el apoyo y sostén de su Libertad e Independencia, no había sido desmentido, aun cuando con el Ejército del Norte no se obrase ni en justicia ni con humanidad. Amagada la citada línea (que podría decirse de hecho la frontera del Norte) por los aventureros de Texas y por las repetidas invasiones de los bárbaros; de continuo tuvieron los soldados del Norte que practicar caminatas penosas, y de mantenerse estacionados por mucho tiempo en despoblados, con una carencia tal que las bestias feroces que los habitaban sólo podían subsistir en ciertas épocas del año, mientras nosotros lo hacíamos en todas.[17]

En efecto, apenas con la llegada de Arista había mejorado la suerte del Ejército del Norte. Como dice un parte militar escrito por Manuel María de Sandoval, secretario del despacho de Guerra y Marina, en 1843: "el gobierno tenía abandonada esa parte del ejército que operaba en el norte, pero desde el año de 1839 llamó su atención y le impartió auxilios de bastante cuantía". Desde entonces no hubo más que escaramuzas, sólo "encuentros parciales", como una expedición del capitán Agustín Quiñónez que se batió el 22 de octubre de 1841 con unos texanos en Refugio. El resultado fue un muerto y dos heridos mexicanos y un muerto y seis prisioneros texanos. Se trató de uno de los típicos enfrentamientos de frontera que ocurrieron casi sin interrupción hasta que uno de ellos justificó la invasión estadunidense en 1846. Pero al siguiente año, 1842, después de mucha postergación y múltiples campañas abor-

[17] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 67.

tadas, la guerra en la frontera se intensificaría cuando el general Rafael Vázquez fue encargado de emprender una ofensiva de mayor escala.[18]

Juan Seguín tenía el agua en el cuello porque toda su propiedad estaba hipotecada y se le había acabado el plazo para pagar a sus acreedores. Ideó entonces un nuevo plan para introducir ovejas desde México, con el fin de evitar un desastre, como le ocurrió en su intento anterior con Rafael Uribe, se puso en contacto con el general Vázquez, para que le diera "pase" a la operación. Según contó después, la respuesta del militar le hizo sospechar que se estaba preparando para atacar. Alertó a los bejareños y escribió a Sam Houston, electo para su segundo término a finales de 1841. Pero la joven república de la Estrella Solitaria estaba al borde de la bancarrota, incluso para los estándares de México, lo que ya era mucho decir. Houston le respondió que no había ni un peso para mandarle ayuda y que tendrían que defenderse ellos mismos, con ayuda de los voluntarios que pudiesen llegar. Cuando las tropas al mando de Vázquez arribaron a San Antonio el 5 de marzo de 1842, Seguín y los tejanos se escondieron en sus ranchos. Un grupo pequeño de angloestadunidenses intentó organizar la defensa, pero eran muy pocos y capitularon al ver a los 700 soldados de Vázquez. Los mexicanos ocuparon la villa sin disparar un balazo. Otros dos contingentes más pequeños incursionaron en las vecindades de la Bahía de Corpus Christi y Refugio. Después de ocupar San Antonio por tres días, Vázquez regresó al río Bravo.[19] Más que un intento serio de reconquista fue "una prueba del poder que la nación tenía para hacerse respetar".[20]

El ataque tuvo el efecto deseado, porque renovó el revuelo en todo Texas, reviviendo los traumas del pasado. Provocó el "*runaway scrape* del 42", la huida masiva y frenética para salvarse de la "horda mexicana". También las llamadas "guerras del archivo". El 10 de marzo de 1842, Sam Houston, sorprendido por el ataque, y previendo que los mexicanos pudieran avanzar hasta Austin, trasladó la capital a la ciudad con su

[18] Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección Operaciones, caja 23, exp. 697, fs. 1 y ss.

[19] *Ibid.*; Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 116 y ss., y Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 10-18. Ralph Wooster representa el lado más sesgado de la historia académica sobre Texas. Cuando en el cuerpo de texto hablo de la versión más favorable o empática con los texanos, me refiero principalmente a Wooster, "Texas military", 1964, p. 466.

[20] "Parte de la guerra de Texas, Manuel María de Sandoval", en AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección Operaciones, caja 23, exp. 697, fs. 2 y ss.

nombre. Pero la población de Austin se levantó en armas y evitó que se llevaran el archivo.[21]

Juan Seguín fue una vez más tachado de traidor en juntas públicas y periódicos. Había acumulado varios enemigos como alcalde por enfrentarse con paracaidistas que ocuparon casas que pertenecían al Ayuntamiento. Sumando esto al antecedente de su colaboración con los federalistas, quedó en una situación comprometida.[22] Según su versión pública, muchos le advirtieron que todos lo veían como un traidor y estaban buscándolo para matarlo, de manera que no se atrevía a poner un pie en la villa de San Antonio. Contempló retirarse hacia el interior de Texas, pero estaba completamente arruinado. Sabía también que cerca del río Brazos había muchas epidemias y no tenía ningún amigo o familiar que lo respaldara. Stephen Austin, que le fue cercano, había muerto años atrás. Por lo tanto, después de convenirlo con los suyos y sus allegados, tuvo que renunciar a su cargo de alcalde y escapar a Laredo. Allí, la guarnición lo apresó y escoltó a Monterrey a ver a Mariano Arista en su cuartel general. Seguín rogó a este que lo dejase retirarse a Saltillo, donde tenía parientes. Arista le respondió que no era posible porque Santa Anna ya estaba enterado de su arresto y quería que lo llevaran preso a la ciudad de México. Si quería salvarse de esa suerte, debía entrar al servicio del ejército en la frontera, lo que terminó haciendo.[23] Ahora bien, mientras no se encuentren más documentos sobre estos eventos, es imposible saber si en verdad estaba entre la espada y la pared tras perder todo en San Antonio, o si él mismo fue a ofrecer sus servicios para regresar al ruedo.

Arista fue sustituido como general en jefe por Isidro Reyes el 3 de junio de 1842. No tenía ni la mitad de experiencia e influencia en la región, pero era menos amenazante para Santa Anna. Una vez más, las tropas comenzaron a concentrarse en Matamoros para una expedición. Sam Houston, de nuevo luchando contra el caudillo xalapeño, mandó

[21] En diciembre de ese año, Houston mandó una compañía de *rangers* a recuperar el archivo. Sorprendieron a la guardia y lo cargaron en carretas. En el camino a Houston, la gente armada de Austin los alcanzó. Los *rangers* les dejaron el archivo para evitar que corriera sangre y el archivo regresó a su lugar original. Claudia Hazlewood, "Archives War", *Handbook of Texas Online*, en https://www.tshaonline.org/handbook/entries/archives-war>. [Consulta: 28 de mayo de 2024.]

[22] Haynes, *Unsettled land*, 2022, pp. 300-304; Wooster, "Texas Military", 1964, p. 467; Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 43 y ss., y Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 18-30.

[23] Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 43 y ss.

al general James Davis con voluntarios para defender el Nueces. Antonio Canales y su compañía de paisanos, que estaban encargados de monitorear los movimientos de la frontera, recibieron información sobre aquel grupo de texanos reuniéndose en las vecindades de Lipatitlán, cerca de la Bahía de Corpus Christi, donde desemboca el río Nueces. El ejército mexicano hizo una incursión al sitio con un contingente de 539 hombres, compuesto por tropa permanente, auxiliares y vecinos de las Villas del Norte, al mando del coronel Cayetano Montero, e incluyendo a Canales. Entre el 5 y 6 de julio se batieron con aproximadamente 253 texanos. Los últimos se retiraron hacia los bosques aledaños después de un breve encuentro, donde tenían la ventaja de sus rifles.[24] Los mexicanos se llevaron dos banderas y el estandarte que los voluntarios dejaron en su campamento y contramarcharon. Ambos bandos reportaron cifras distintas de muertos y se adjudicaron la victoria. En realidad, como en muchas de estas escaramuzas, el resultado fue inconcluso. Trajeron las banderas y el estandarte hasta la capital mexicana, donde Santa Anna las exhibió al público el 22 de julio.[25] Dos meses después tuvo lugar la ceremonia de entierro de la pierna de Santa Anna que había perdido contra los franceses.[26]

Reyes, el nuevo general en jefe, recibió el encargo de preparar otra expedición sobre Texas, "que diera mejores resultados que la anterior".[27] Le encomendó la misión a Adrien Woll, quien así tendría la oportunidad de vengar el maltrato recibido en 1836.[28] Salió con aproximadamente 1 400 individuos rumbo a San Antonio. Componían su fuerza 1 082 soldados del Ejército del Norte, algunas compañías presidiales, los contingentes de Antonio Canales, Juan Seguín y otros rancheros y vecinos de las

[24] Esto solía sucederles en enfrentamientos donde podían permanecer a cubierto, como las zonas boscosas, porque cada uno llevaba varios rifles tipo Kentucky. Por tener el ánima rayada, estas armas contaban con mucho mayor alcance y precisión que los fusiles napoleónicos de ánima lisa que usaba el ejército mexicano. En cambio, el último tenía la ventaja en los llanos, donde podía lanzar descargas masivas de fusil, mucho más rápido en su carga que el rifle, y aprovechar su superioridad numérica y de caballería rodeando a los enemigos. Palo, *The Mexican national*, 2004, pp. 52 y ss., y Campos, "El ejército de operaciones", 2020, pp. 166-173.

[25] AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección Operaciones, caja 23, exp. 697, fs. 4 y ss.; Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 237-251, y Uglow, *A military history*, 2022, p. 166.

[26] Cruz, "El entierro de la pierna", 2023.

[27] AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección Operaciones, caja 23, exp. 697, fs. 4 y ss.

[28] Véase en esta obra, cap. III, "El sentimiento público vale un reino".

Villas del Norte y de Tejas, así como un grupo de cheroquis auxiliares.[29] Los paisanos podían hacer las patrullas y misiones de reconocimiento detrás del ejército y guiarlos por los caminos de los contrabandistas. De esta forma, no fueron vistos sino hasta que ya estaban a 15 km de San Antonio. Llegaron a la ciudad el 10 de septiembre, antes de que las milicias y los voluntarios texanos pudieran concentrarse. Seguín fue mandado a rodear la villa para bloquear las salidas. En la mañana del 11, el general Woll atacó en columnas por las principales calles de la plaza central, donde estaban parapetados los pocos texanos que la estaban defendiendo. Aquella mañana, había una neblina densa que limitaba mucho la visibilidad. Hay dos versiones de lo que sucedió después de un tiroteo breve. Según los texanos, uno de los invasores levantó la bandera blanca y les exigió que se rindieran. De acuerdo con los partes mexicanos, fueron ellos quienes la sacaron y se rindieron a discreción. El caso es que los defensores capitularon por su inferioridad numérica, quedando prisioneros 62, mientras el resto pudo escapar en medio de la neblina.[30] Los cautivos fueron obligados a hacer el camino de tres meses a través de México para quedar apresados en Perote, el fuerte donde Santiago Tapia había pasado su juventud. Según Woll, el encontronazo resultó en la muerte de un soldado y 23 heridos, todos mexicanos. Guillermo Ortiz, el ex amigo de Tapia, recibió un riflazo en el muslo.[31]

Después de ocupar la plaza de San Antonio, Seguín se encontró a uno de sus peores enemigos, James Goodman. El angloestadunidense había ocupado ilegalmente varias casas del Ayuntamiento y él intentó desalojarlo antes de ser expulsado. Según su memoria, cuando lo halló escondido en una de esas propiedades, que tenía habilitada como tienda, Goodman le pidió clemencia. El tejano le respondió que no le tenía

[29] Algunos de los tejanos que acompañaron a esta expedición fueron José María Carrasco de Victoria, Vicente Córdova de Nacogdoches, Antonio Pérez (mano derecha de Seguín) y Lerando de Arriola de San Antonio. Nance, *Attack and counterattack*, 1964, p. 326.

[30] Según Nance, y parece tener evidencia de ello, Woll en realidad exageró el número de defensores y por eso declaró que varios se escaparon gracias a la neblina. Según otros testigos, en realidad los 62 eran la mayoría de los defensores, con excepción de los tejanos y otros que quedaron libres por su juventud. *Ibid.*, pp. 320-323.

[31] AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección Operaciones, caja 23, exp. 697, f. 5; Wooster, "Texas Military", 1964, pp. 468-470. Entre los prisioneros estaban el *sheriff*, jueces de distrito y congresistas. Según algunos testimonios texanos, los mexicanos tuvieron más bajas que las reportadas por Woll. Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 319-330.

rencor y lo entregó a un oficial mexicano llamado Leal.[32] Pudo haberlo mandado a Perote, como a muchos angloestadunidenses del Ayuntamiento de San Antonio que corrieron esa suerte. En cambio, en enero de 1843 Goodman fue electo concejal de aquella bella villa.[33]

El 18 de septiembre llegaron a los alrededores de San Antonio los primeros refuerzos texanos, aproximadamente 200 voluntarios, al mando del coronel Matthew Caldwell, quien tomó una posición defensiva en una mancha de bosque junto al arroyo Salado y mandó una avanzadilla a las inmediaciones de la villa para sacar a Woll y atraerlo a su posición. El comandante mexicano cayó directo en la trampa cuando envió a la mitad de sus hombres a atacar frontalmente a los refugiados en el bosque. Según el parte de Woll, en ese momento los exploradores le avisaron que se acercaban varias partidas de refuerzos texanos y por eso atacó a Caldwell, a pesar de que tenía instrucciones que le prohibían batirse en esas circunstancias. La primera carga fue de un grupo de 100 presidiales. Seguín encabezó la segunda y tercera que resultaron en diez muertos y 23 heridos. José María Carrasco, otro bejareño, lo relevó en la cuarta carga mientras Seguín se reportaba con Woll.[34]

En efecto, varios grupos de milicias y voluntarios se estaban aproximando a San Antonio Béjar. Uno de estos grupos pequeños, que iba al mando de Nicholas Dawson, un veterano del ejército estadunidense y de la batalla de San Jacinto, se acercó, sin darse cuenta, a la retaguardia mexicana, atraído por el tiroteo que se escuchaba. En el momento en que Woll y sus hombres frenaban los ataques contra Caldwell para sopesar la situación, vieron al grupo de 53 texanos en la pradera de su retaguardia. A pesar de que eran presa fácil, estos abrieron fuego sobre el grupo de 100 dragones que los rodearon. Sus rifles alcanzaron a derribar a dos jinetes antes de que estuviesen cerca del rango de sus fusiles recortados y escopetas. Los mexicanos salieron del alcance de los rifles, unos 200 metros, y les dispararon con un cañón. Después de agotar las balas, los dragones cargaron con sable en mano contra los texanos, inadecuadamente resguardados detrás de un grupo

[32] Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 116-120.

[33] Entre los prisioneros había jueces de distrito, especuladores de tierras y congresistas. Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 323 y ss.

[34] AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección Operaciones, caja 23, exp. 697, fs. 6 y ss.; Wooster, "Texas Military", 1964, p. 470; Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 335-363, y Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 98 y ss.

de nopales. Entonces, según las versiones texanas, Dawson levantó una bandera blanca en el último momento y su grupo intentó rendirse, pero los mexicanos los arrollaron. Sólo sobrevivieron quince, que fueron enviados junto con los demás prisioneros a Perote.[35]

Este es otro de esos episodios en esta guerra que pueden leerse como de inclemencia por parte de los mexicanos o de imprudencia de los texanos, al no haberse rendido antes de iniciar ellos mismos la refriega contra los dragones. Lo que importa es que con este acontecimiento, Dawson, que murió en el sitio, se convirtió en otro mártir dentro de la mitología histórica de Texas. Así, "la masacre de Dawson", como se la llamó, se sumó a la del Álamo y Goliad para añadir otro episodio a la leyenda.

En Texas corrió el rumor de que Seguín había sido el responsable de la matanza.[36] De todas formas, después de verse en San Antonio como cómplice de los odiados centralistas mexicanos, que para colmo ya estaban de nuevo bajo el yugo de Santa Anna, su reputación terminó de irse por el drenaje. Sumado a ello, mientras Woll y sus tropas ocuparon San Antonio, tuvieron un trato mucho más lenitivo con los tejanos e, incluso, algunos testimonios posteriores los acusaron de fraternizar con el enemigo.[37] Esto tuvo repercusiones importantes, porque alentó una ola muy fuerte de despojos y desplazamientos. Centenares de familias tejanas que habían pasado ya generaciones en aquella bella comarca la abandonaron en la década de 1840. De hecho, Seguín escoltó a 200 al sur del río Bravo después de esta batalla. Otros lograron resistir, como Erasmo Seguín, su padre, quien, aunque acosado por gente como Thomas Jefferson Green,[38] pasó el resto de sus días trabajando sus ranchos. Pero muchos otros se vieron obligados a vender su tierra y marcharse, ya por fraude, intimidación o miedo ante la situación.[39]

[35] AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección Operaciones, caja 23, exp. 697, fs. 6 y ss.; Wooster, "Texas Military", 1964, pp. 471y ss.; Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 365-375; Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 98 y ss., y Haynes, *Unsettled land*, 2022, pp. 305-310.

[36] Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 99.

[37] Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 325 y ss.

[38] Mismo sujeto que, al llegar con voluntarios a Texas en 1836, evitó que saliera el barco que llevaba a México a Santa Anna a negociar los convenios de Velasco. *Vid*., *supra*., cap. III, sección "El sentimiento público vale un reino".

[39] Teja, *A revolution remembered*, 1991, pp. 12 y ss. y 100; Montejano, *Anglos and Mexicans*, 1987, pp. 26-29; Uglow, *A military history*, 2022, pp. 167 y ss.

Regresando a la batalla del Arroyo Salado, el general Woll desistió del ataque a la posición de Caldwell y se retiró a San Antonio. Según su parte, el ejército mexicano tuvo doce muertos y 58 heridos e infligió 180 bajas al rival, junto a un número "considerable" de heridos. Una vez más, los testimonios difieren.[40] Según Caldwell, que se quedó en el campo de batalla, su compañía sólo tuvo diez hombres heridos, por lo que las bajas reportadas por Woll son demasiado altas. Además, los testigos texanos dicen haber visto alrededor de 60 mexicanos sin vida o moribundos y alrededor de 50 heridos repartidos en casas de la villa de San Antonio que murieron a los pocos días, y otros tantos que regresaron con el ejército mexicano dejando huellas de sangre a su paso.[41] Lo más probable es que las cifras reales estén en el punto medio de ambas versiones, por lo que los dos bandos sostuvieron una cantidad similar de bajas.[42]

Tras otra batalla inconclusa, Woll emprendió la retirada a México. Según Seguín, tenía órdenes de no permanecer más de un mes en Texas. Tras un par de días, fue alcanzado por Caldwell, quien había juntado a casi 500 voluntarios, pero fueron rechazados tras una breve escaramuza. En esa acción, los mexicanos lograron rescatar al excura de Béjar, Refugio de la Garza y a otros tres mexicanos detenidos por la "turba". En su tiempo, el religioso había sido una figura muy prominente en la sociedad de San Antonio, pero vivió en tiempos difíciles cuando fue acusado de colaborar con los mexicanos. Los hombres de Caldwell lo llevaban para canjearlo por prisioneros texanos. Cuando Woll llegó al río Bravo, realizó las típicas ceremonias y proclamas patrióticas de victoria.[43]

Mientras tanto, el clamor por el contraataque no tardó en cundir en Texas. El presidente Houston, que nunca apoyó alguna excursión ofensiva a menos de que no tuviera otra opción para desahogar la olla de presión de los "sentimientos públicos", optó por designar a Alexander Somervell como cabeza de una expedición. Como Isidro Reyes, no fue elegido por su talento, sino porque le ayudaría a aletargar la situación.

[40] AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección de operaciones, caja 23, exp. 697, fs. 6 y ss.

[41] Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 375-380.

[42] *Cf.* Uglow, *A military history*, 2022, pp. 166 y ss.

[43] AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección de operaciones, caja 23, exp. 697, f. 7, y Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 10 y 402.

Somervell era un veterano de San Jacinto, no totalmente incompetente, pero tendía a titubear y no tenía ningún deseo de ir más allá del río Bravo. De hecho, ya había sido nombrado líder de una incursión punitiva en los primeros meses del año para responder a la de Vázquez, pero aquella acometida abortó porque las tropas de voluntarios, lideradas por el buscapleitos Thomas J. Green, querían a Edward Burleson como líder. Somervell no llegó sino hasta el 4 de noviembre a las inmediaciones de San Antonio. Había voluntarios que estaban esperándolo desde septiembre, en un estado de nerviosismo y excitación por rumores de nuevos ataques de Woll o Seguín. En su punto máximo llegaron a reunirse 1 200 individuos. Llama la atención lo poco que habían cambiado las fuerzas armadas texanas desde 1835. Siguieron siendo una combinación de milicias locales y voluntarios recién llegados a Texas. Los primeros querían ganar prestigio o ir tras la aventura en el "oeste" y los segundos buscaban botín, tierras, una nueva vida o alguna otra versión del sueño texano. Desde la perspectiva angloestadunidense, Texas estaba dividida en el este, la parte más civilizada donde estaban las colonias de Austin en el Brazos y Galveston, y oeste, que era la tierra salvaje de indios y mexicanos.[44]

Estas fuerzas armadas se formaban integrando grupos individuales de entre 50 y 100 hombres, cada uno con su propio capitán electo. Acostumbrados a elegir a sus líderes, no tenían la disciplina ni la jerarquía vertical presente en un ejército regular. Cada uno de los capitanes seguía las órdenes de sus superiores sólo si lo respetaban y/o iban de acuerdo con sus intereses. Obviamente, siempre había muchas disputas internas al establecer jerarquías de mandos, definir la estrategia y en los momentos críticos de decisión.

[44] Haynes, *Unsettled land*, 2022, pp. 300-305; Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 427-450; Uglow, *A military history*, 2022, p. 168, y Wooster, "Texas military", 1954, p. 472. Alexander Somervell (1796-1854), oriundo de Maryland, se mudó a Luisiana en 1817 donde hizo de plantador y luego a Missouri donde fue comerciante. En 1833 consiguió tierras en las colonias de Stephen Austin. En 1835 se unió a los voluntarios que se rebelaron contra el gobierno mexicano, participando en el sitio de Béjar de 1835 y en la batalla de San Jacinto. Después de ocupar varios puestos públicos, se le nombró para dirigir esta expedición. Houston lo recompensó después con el empleo de colector de impuestos, en el que permaneció, salvo una interrupción de 1847 a 1853, hasta su muerte en 1854, bajo circunstancias sospechosas. Robert E. Cunningham revisado por Randolph B. Campbell, "Somervell, Alexander", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/somervell-alexander>. [Consulta: 28 de mayo de 2024.]

El inicio de la campaña siguió postergándose mientras se reunían bueyes y ganado para el transporte, alimento y un cañón que venía desde González. Cuando la expedición estaba cruzando la franja del Nueces sólo quedaban entre 700 y 800 voluntarios. Se les unió un grupo de lipanes al mando del jefe "Flaco", deseosos de vengarse de los mexicanos. El 7 de diciembre estaban a diez km de su primer objetivo, Laredo, la primera villa del Norte sobre el río Bravo, de oeste a este. Gracias a los espías de Seguín y Canales, Isidro Reyes se enteró de la incursión con tiempo y fue a guarecer el paso del Águila (hoy Eagle Pass), Coahuila, en el río Bravo, a unos 185 km al noroeste de Laredo. La expedición de Somervell tomó el camino hacia aquel punto, pero luego cambió de dirección para sorprender a Laredo. Al ver llegar a la partida de texanos, la pequeña guarnición de la villa escapó para luchar otro día, por lo que la población quedó desprotegida. Somervell perdió el control de un tercio de sus voluntarios que saquearon la villa. Después de ello, aproximadamente 200 de sus hombres decidieron regresar a casa. Los víveres eran escasos y muchos estaban hartos de la falta de dirección y claridad de objetivos. Otros no tenían el estómago para saquear a civiles indefensos. En ese punto, el comandante conferenció con los capitanes para decidir su proceder. Laredo era la única villa en el margen izquierdo, viéndola desde el punto de vista de la corriente, del cordón de villas sobre el río Bravo, así que el siguiente paso era cruzarlo. Los 500 voluntarios restantes decidieron irse sobre Guerrero y Mier hasta encontrar oposición.[45]

Cuando llegaron a Guerrero, la villa era defendida por unos 300 rancheros al mando de Antonio Canales. El alcalde quiso evitar la misma suerte de Laredo y prefirió negociar con los texanos. Se presentó en su campo con una bandera blanca y les ofreció bagaje a cambio de que los dejaran en paz. Somervell accedió y le pidió cinco días de provisiones para 1 200 hombres, zapatos y vestido y 100 caballos o mulas con montura. Mientras esperaban su botín, los texanos se comieron 60 ovejas de los pobladores. Cuando los mexicanos entregaron mucho menos de lo que esperaban, Somervell se vio obligado a enviar una comitiva a la villa para amenazarlos, si no entregaban los caballos y 5 000 pesos. Sin embargo, sólo consiguieron 381 pesos. Quizá pensando que no podría obtener

[45] Haynes, *Unsettled land*, 2022, pp. 305-309; Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 427-450; Uglow, *A military history*, 2022, p. 169, y Wooster, "Texas Military", 1964, pp. 473 y ss.

recursos más que saqueando a los vecinos de las Villas del Norte, que ya de por sí estaban agotados por alimentar a las tropas mexicanas, decidió dejarlos en paz.[46]

Finalmente, el 19 de diciembre, temiendo que en cualquier momento llegara el ejército mexicano, viendo que le quedaban pocas provisiones y tomando en cuenta la prudencia que le había pedido Houston, Somervell resolvió regresar a Texas. Sin embargo, un grupo de voluntarios que no querían regresar con las manos vacías desobedecieron sus órdenes y decidieron continuar por su cuenta rumbo a Mier. Técnicamente fue una expedición filibustera porque no estaba sancionada por el gobierno texano. Eligieron comandante al capitán William Fisher[47] porque había participado en la guerra de los federalistas con Canales. Emprendieron lo que la historia texana conoce como "la expedición de Mier". Por supuesto, parte de los alborotadores estuvieron dirigidos por el capitán Thomas J. Green, quien fue el segundo al mando.[48]

Mientras tanto, Isidro Reyes, ya por falta de experiencia en la guerra de frontera o tan sólo por incompetencia, no se movió de donde estaba. Como observó Santiago Tapia, que para entonces ya estaba bien versado en la guerra de frontera, la mejor forma de defenderse contra un ataque desde la planicie era por medio de una cortada en los llanos. Esto es, Reyes pudo haber descendido desde el paso del Águila a la retaguardia

[46] Nance, *Attack and counterattack*, 1964, pp. 547-555. Wooster dice que la petición al alcalde de Guerrero fue "modesta". Pero para el tamaño de población que era la villa de Mier con no más de 4 000 habitantes (véase en esta obra, cap. I, "Los visitadores posborbones"), lo que pidió Somervell era muy considerable (Wooster, "Texas military", 1964, p. 474).

[47] Llegó a Texas desde Virginia en 1834 a la colonia de DeWitt. Estuvo al mando de Sam Houston durante la primera campaña de Texas, siendo veterano de la masacre de San Jacinto. Fue secretario de guerra de Texas de noviembre de 1836 a finales de 1837 y, también, parte de los voluntarios que se unieron a la causa de Canales en 1840. David Vigness, "Fisher, William S.", *Handbook of Texas Online* <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/fisher-william-s>. [Consulta: 28 de mayo de 2024.] Muy probablemente fue quien salvó a Ambrosio Martínez y Adrien Woll cuando volvían de su comisión para negociar el armisticio y ver a Santa Anna en mayo de 1836. Ávila, "Adrien Woll", 2023, pp. 66 y ss.

[48] Joseph Milton Nance tenía planeado escribir un tercer libro dedicado solamente a la expedición de Mier, pero por alguna razón nunca lo hizo. Nance, *Attack and counterattack*, 1964, p. 584. En lugar de ello, editó y publicó las memorias de Joseph McCutchan, *Mier Expedition Diary. A texans prisoner's Account*, 1978. Por lo tanto, aún no existe una investigación minuciosa, documentada y a detalle, y más o menos objetiva, de aquella expedición. Esa memoria no fue el único texto que salió a la luz al respecto. Por ejemplo, Thomas J. Green publicó en 1845 su *Journal of the Texian expedition against Mier; subsequent imprisonment of the author, his sufferings and final escape from the Castle of Perote* (Green, *Journal of the Texian*, 1845, p. 70), donde dice que eligieron a Fisher por su experiencia con Canales. También William Preston Stapp, *The prisoners of Perote, containing a journal kept by the author*, 1845, por dar otro ejemplo.

de los texanos, mientras las fuerzas de Matamoros lo interceptaban por su frente. Sin embargo, dejó que ocuparan impunemente una villa tras otra sin moverse de su posición o comunicarse con el resto del ejército.[49] Tapia fue testigo directo de la frustración del general Pedro Ampudia, entonces comandante general de Tamaulipas, porque fue su ayudante de campo durante la expedición que organizó desde Matamoros contra el ataque texano.[50]

En esas fechas, Tapia ya tenía más de 22 años. Acababa de ser ascendido a la clase de teniente. A pesar de su juventud, llevaba diez años de servicio en el ejército mexicano, siete de ellos, ya más de la mitad, en el noreste, combatiendo la guerra de Texas y defendiendo la frontera.[51] Su querido batallón de Tres Villas regresó a Matamoros aquel año, probablemente para escoltar a los prisioneros texanos a Perote, para reforzar la frontera o para ambos. Al subir de rango, Tapia tuvo el "sentimiento de separarme de los soldados de Tres Villas que tanto quería, porque entre ellos me crié". El general Ampudia, como gesto generoso, le permitió ponerse a su mando en la expedición que organizaban contra el ataque a Mier.[52]

Quizá el principal obstáculo para ir tras los texanos era la falta de recursos y pobreza en la que estaba sumido el ejército desde la partida de Arista. Ampudia se vio obligado a excitar "el patriotismo de los del país", que en general estaban "mal prevenidos" contra cualquiera con uniforme militar. Les prometió que el gobierno los "atenderá y protegerá" si lo auxiliaban. Según Santiago Tapia, los paisanos fronterizos respetaban a Ampudia porque tenía carácter y era franco. Fuera por eso o simplemente por el interés de defender a su gente, tanto Antonio Canales cuanto Jesús Cárdenas, la principal autoridad civil del distrito norte de Tamaulipas,

[49] Según el parte escrito meses después por Manuel María de Sandoval, las noticias de la excursión ya habían llegado hasta el gobierno, que previno al general Reyes sobre "los puntos que debían ocupar para observar los movimientos del enemigo y evitar que se internara en el país. Desgraciadamente, no se cumplieron las órdenes supremas y los texanos recorrieron las Villas de Laredo, Guerrero y Mier imponiendo contribuciones y causando todos los males de que son capaces estos bandidos." En tal estado, el general Ampudia, que se hallaba en el puerto de Matamoros, tuvo noticia de las depredaciones que cometían los colonos, reunió la fuerza de la brigada de su mando y se dirigió en busca del enemigo. AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección de operaciones, caja 23, exp. 697, f. 7.

[50] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 69 y 73.

[51] Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (en adelante AHSDN), Cancelados, XI/III/2-2-5.

[52] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 73.

hicieron lo posible para ayudarle. Ampudia contaba con poco más de 300 efectivos del ejército regular, por lo que los 400 vecinos que se armaron, montaron y aprovisionaron a sus expensas hicieron una gran diferencia. Una vez más, el grupo de rancheros de Canales alertaron e informaron de la situación a Ampudia. Sabían que una parte de los texanos se había retirado en Laredo y otra en Guerrero, y que los restantes, alrededor de 300 hombres, se dirigían a Mier. De manera que, después de movilizarse, pidieron al alcalde de aquella villa que entretuviera el mayor tiempo posible a los texanos para dar tiempo al ejército de alcanzarlos.[53]

La partida de filibusteros robó seis chalanas grandes y otras lanchas pequeñas que estaban cerca de Guerrero y quemaron las que no necesitaban. En la "marina", como las llamaron, se transportaron 125 de los 304 miembros de la expedición. Thomas J. Green fue el comandante de los que iban en ellas. Para describir al río Bravo a su audiencia en Texas y el sur de Estados Unidos, Green dijo que al que más se parecía era el Ohio y lo consideró el mejor para los barcos de vapor al oeste del Mississippi. Como es evidente por su trayectoria hasta ese momento, dentro del espectro de comportamiento de los aventureros, estaba en el extremo de los revoltosos, belicosos y creyentes en el destino manifiesto y su derecho de apoderarse del territorio deseado. En el camino, quemaron entre 40 y 50 botes de los pobladores de las Villas del Norte, se aprovisionaron con su ganado y alimentaron a sus caballos con sus maizales.[54]

El 21 de diciembre estaban a diez kilómetros de Mier. En ese momento comenzaron a enviar espías a reconocer la villa y sus defensas. Les informaron que Canales acababa de abandonar el sitio, pero que se esperaba la llegada de más tropas. Después de un consejo de guerra, decidieron ir a la población y probar su suerte. Cuando entraron a la plaza central, el alcalde y las cabezas de las familias notables de Mier invitaron a Fisher y a Green a pasar al Ayuntamiento. Los texanos les informaron que venían a requisar "artículos de primera necesidad" para sus soldados, prometiendo que, a cambio, se marcharían. Esto

[53] *Ibid*., pp. 68 y ss.

[54] Green dice explícitamente que quería cambiar la idea que prevalecía en Texas de que el Bravo era un "arroyo rápido lleno de bancos de arena". Además, resaltó que sería un lugar conveniente para la guerra "a la texana", esto es, para disparos certeros de rifle a cubierto. Green, *Journal of the Texian*, 1845, pp. 71 y ss.

es, los chantajearon como habían hecho con la villa de Guerrero para arrancarles los mayores recursos sin ensuciarse las manos. En concreto, exigieron el contenido de todos los almacenes del gobierno, incluyendo el tabaco (que entonces era su monopolio), raciones de cinco días para 1 200 hombres, 40 sacos de harina, 1 200 libras de azúcar, 600 de café, 200 pares de zapatos gruesos, 100 pantalones y 100 mantas.[55] Como en el caso de Guerrero, aparte de que esas exigencias eran excesivas para poblaciones que rondaban los 4 000 habitantes, Mier ya había tenido que proveer al ejército mexicano.[56]

El alcalde accedió a su petición y les dijo que, cuando se trataba de requisiciones, hacían una colecta entre todos los vecinos y eso podía tomar un tiempo. Así ganó el resto del día. En la noche, los texanos decidieron irse a su campamento en el margen izquierdo del Bravo, llevándose al alcalde de rehén como garantía de su "requisición". Thomas J. Green desarrolló algún tipo de relación afectiva con él, durmiendo a su lado durante tres noches, observando de cerca su nerviosismo conforme pasaban los días y no llegaba lo prometido. La mañana del 25, uno de los espías capturó a un mexicano que le dijo que la requisición estaba lista, pero no podían entregarla porque las tropas de Canales y Ampudia habían llegado. Después de deliberarlo, tomaron la decisión unánime, según Green, de cruzar el río y pelear.[57]

Los texanos cruzaron a las 2 de la tarde y, después de unos tiroteos, vieron a los mexicanos retirarse a la villa. Dieron las 7 de la noche, el cielo se oscureció del todo y comenzó una fuerte llovizna. Green y compañía buscaron una forma de rodear lo que pensaron era un contingente de dragones mexicanos que impedía su paso a Mier. Pero se toparon con infantería mexicana. Según Green, respondieron a su grito de "quién

[55] *Ibid.*, pp. 77 y ss.

[56] Según Santiago Tapia, la menos grande de las villas del norte en esas fechas contaba con por lo menos 4 000 habitantes. Tapia, *Memorias*, 1851, p. 75.

[57] Green durmió bajo la misma manta que el alcalde y en su diario insinuó haber tenido algo más que sólo atracción por él: "coloqué suavemente una de sus piernas entre las mías y, aunque no había comunidad de lenguaje entre nosotros, parecíamos entender los movimientos del otro, pues cuando uno se daba la vuelta el otro se giraba, manteniendo siempre su pierna en la misma cariñosa posición. Por la noche sopló un viento del norte descorazonado, que barrió el río con un efecto muy cortante y la mañana se abrió con el semblante más ojeroso de Don Juan, pues no menos personaje era el alcalde […] la noche del 23 el norte continuó soplando y tuvimos el honor de volver a dormir juntos de la misma forma afectuosa (yo con Don Juan y Don Juan con comodoro verde (como me llamaba)". Green, *Journal of the Texian*, 1845, pp. 78 y ss.

vive" con una ráfaga de riflazos que los calló. Luego, una compañía de dragones se acobardó y retiró. El alcalde aprovechó esos momentos para escapar en medio de la oscuridad. Los aventureros siguieron avanzando sigilosamente, hasta entrar en la villa y acercarse a la plaza central, donde esperaban encontrar al grueso del enemigo. Llegaron a una de las calles principales. Justo en el punto en el que esta daba con la plaza central había un cañón mexicano que los recibió con varias ráfagas. Para ponerse a cubierto y protegerse de la lluvia, que podía estropear su pólvora o rifles, decidieron ocupar un par de casas de piedra, avanzando sobre la orilla izquierda de la calle, en la dirección que recibían los cañonazos.[58]

En 1845, Green aún no se había percatado de que, en ese momento, cayeron en una trampa que les tendieron los mexicanos. El plan, como explica Tapia, siempre fue atraer a los texanos al centro de la villa y llevarlos a esas dos casas "que a propósito se les dejó". Así, quedaron rodeados por la infantería, que estaba escondida dentro de las casas circundantes y la caballería, que circundó el pueblo.[59] Sin embargo, el plan no salió tan bien ni fue tan contundente, porque dejaron parapetarse en un edificio de piedra a un grupo de tiradores enemigos certeros y experimentados. Las siguientes 20 horas serían de fuego intenso, una batalla que, para Green, "la historia de la guerra difícilmente puede equiparar".[60]

Durante la madrugada, los texanos abrieron una tronera en el segundo piso de las casas, en una esquina desde donde podían dominar a la artillería mexicana. El resto de la noche estuvieron intercambiando fuego sin causar mucho daño. Al amanecer, sólo habían sufrido un muerto y dos heridos, mientras que las bajas contrarias eran más. Ya con la luz del sol, sus rifles comenzaron a aniquilar al contingente de artillería mexicana que disparaba el cañón, obligándolo a reemplazar a los caídos en tres ocasiones. Así, en menos de una hora había quedado inutilizado. Entonces, la infantería mexicana comenzó a atacar con ráfagas de fusil desde las casas de alrededor. Pero estas armas estaban pensadas para el combate en campo abierto entre formaciones de líneas y no eran efectivas contra enemigos atrincherados. De los "miles de cartuchos que dispararon", sólo unos pocos alcanzaron a matar o herir a los texanos. En cambio, buena parte de los disparos de los rifles enemigos, que

[58] *Ibid.*, pp. 80-88.
[59] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 70 y ss.
[60] Green, *Journal of the Texian*, 1845, pp. 69 y ss.

apuntaban directo a la cabeza o el pecho, eran certeros. Los aventureros hicieron agujeros en el techo de las casas para que sus mejores tiradores tuviesen buen ángulo de tiro contra la infantería mexicana resguardada en las casas.[61]

La refriega continuó durante el día con la misma dinámica. Las bajas de los mexicanos se acumulaban. Para cuando se acercaba la tarde ya tenían más de 200 soldados fuera de combate. Nadie podía asomarse a menos de 200 metros sin recibir un balazo mortal de rifle. Finalmente, según Santiago Tapia, los texanos tuvieron que ceder ante un ataque desde todos los flancos de la infantería mexicana. Esto es, su compañía de cazadores, que contaba con los soldados del batallón de Tres Villas y la milicia de Mier, salvó la jornada.[62] En la versión de Thomas J. Green, los mexicanos utilizaron la estratagema tramposa de mandar por uno de los flancos una bandera blanca, mientras los hombres de Tapia atacaban por el otro lado.[63] Cuando la bandera acababa de llegar a William Fisher, habían logrado acercarse a pocos metros del edificio donde estaban atrincherados los texanos. Entonces Green sacó su revólver, seguramente un *texas colt*,[64] y disparó contra sus atacantes. Después de replegarse, estos se reagruparon y pegaron a las mismas tapias del edificio desde donde los enemigos les disparaban para quitarles el ángulo de tiro.[65] Según Tapia, al verse a punto de ser rebasados, los texanos decidieron rendirse. Exagerando los términos de la batalla, escribió que ofrecieron "una desesperada resistencia que no la habría hecho mejor la más buena tropa del mundo".[66]

[61] *Ibid*., pp. 88-91; Tapia, *Memorias*, 1851, p. 72, y AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección de operaciones, caja 23, exp. 697, f. 8.

[62] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 70 y ss.

[63] Green, *Journal of the Texian*, 1845, pp. 95 y ss.

[64] Debió ser la Colt Paterson Revolver, de calibre .37, conocida como la Texas colt. Samuel Colt armó su primera pistola de este tipo en 1831 y la patentó en Gran Bretaña en 1835 y Estados Unidos en 1836. Más que del diseño, para lo cual contrató a varios armeros, lo que le interesó fue desarrollar la producción en masa. La primera contratación para su uso en fuerzas armadas fue por los *rangers* y la marina de guerra texanas, en 1839. Además de los disparos consecutivos sin la necesidad de cargar, estas armas incorporaron las balas de percusión, con las que el sistema de avancarga (carga por la boca del cañón) y percusión de chispa con piedra y pedernal quedaban obsoletos. En 1843, la compañía quebró por bajas ventas, pero volvió a emerger en 1847 gracias a la demanda de armas para la invasión de México y el gusto de Zachary Taylor por los revólveres. Hogg, *The complete illustrated*, 1978, pp. 38-41 y 118 y ss.

[65] Green, *Journal of the Texian*, 1845, pp. 96 y ss., y Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 71 y ss.

[66] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 72.

De acuerdo con el capitán Green, lo que pasó fue que varios mexicanos se introdujeron a su guarida con el truco de la bandera blanca, y conferenciaron con Fisher, entonces postrado porque había recibió un balazo de fusil. Él conocía a los paisanos, incluyendo el cura de la villa, desde que anduvo con los federalistas. Le dijeron que no tenían esperanza de escapar porque estaban rodeados por miles de soldados y que mejor no tiraran su vida a la basura. Green contó que algunos valientes como él se negaron a rendirse hasta el último momento, pero la mayoría aceptó convertirse prisioneros de guerra. Él y Fisher firmaron el convenio escrito por Canales en el despacho del Ayuntamiento, ocupado por Pedro Ampudia, con quien bebieron café y chocolate.[67] Según Tapia, los mexicanos sufrieron 300 muertos y heridos y los texanos alrededor de 30.[68] Green da cifras diferentes: 430 muertos con 230 heridos del lado mexicano, y 23 texanos heridos. No anotó el número de muertos, pero mencionó dos o tres en su narración de los acontecimientos. Otras fuentes texanas hablan de 800 muertos mexicanos, pero parece exagerada esta cantidad.[69] Las cifras correctas deben estar en algún punto intermedio. En total, 242 texanos quedaron presos.[70]

El precio de la victoria fue alto para los vecinos de las Villas del Norte, en especial para los auxiliares de Camargo y Mier y el resto de la infantería del ejército regular al mando directo de Ampudia. Al día siguiente, el 27 de diciembre, se ocupó toda la jornada en bajar de las casas los cadáveres de los mexicanos. Los heridos que no podían emprender la marcha fueron repartidos entre los vecinos, según sus posibilidades. El 31 de diciembre se inició la marcha a Matamoros. Los texanos iban en una línea de dos en el centro de la formación, con infantes mexicanos armados con bayonetas escoltándolos por ambos lados, y otra hilera de caballería en los costados y retaguardia. Al frente y detrás iban los cañones. Llegaron a Camargo el 1 de enero de 1843. Aquí inició, en palabras de Green, el "gran espectáculo de nuestros prisioneros [tratados] como animales salvajes, que se mantuvo durante su marcha en zigzag de mil quinientas millas a través de México".[71]

[67] Green, *Journal of the Texian*, 1845, pp. 96-107.
[68] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 72.
[69] Green, *Journal of the Texian*, 1845, pp. 96-107.
[70] AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección de operaciones, caja 23, exp. 697, f. 8.
[71] Green, *Journal of the Texian*, 1845, pp. 116 y ss.

Los vecinos de Camargo recibieron a la comitiva con fuegos artificiales, repique de campanas y vivas. En Reynosa y nueva Reynosa y, finalmente, en Matamoros, a donde llegaron el 9 de enero, los acogieron con el mismo entusiasmo.[72] Para Santiago Tapia, los resultados de la guerra no fueron buenos. Perdieron a muchos hombres y los texanos devastaron tres villas bajo la protección de la supuesta línea defensiva. Pero, por lo menos, habían salvado el "honor del ejército y el patriotismo del país", al evitar que un "puñado de aventureros" atravesara impunemente el territorio nacional. Además, recibir el reconocimiento de sus paisanos, en lugar de su desprecio, fue una experiencia nueva y refrescante, en especial durante la entrada triunfal a la capital de las Villas del Norte:

> En los primeros días de enero de 1843, entramos a Matamoros, llevando los trofeos de aquella expedición pronta y de provecho. Pero aún más glorioso y satisfactorio nos fue esta fausta jornada, puesto que ella unió sinceramente al paisano y al militar, por tanto tiempo desunidos. Y ahora no parece, sino que unos propios intereses los atrae hacía sí ¡Tanto así fue el entusiasmo al principio y la satisfacción después! De manera que consternaba verdaderamente ver que, en todos los puntos del tránsito a nuestra vuelta, no hallaban como demostrarnos agradecimiento y el placer que sentían por el triunfo adquirido contra el enemigo, que podría decirse común.[73]

Los prisioneros texanos, en efecto, desfilaron por media república. Pasaron de las Villas del Norte a Monterrey y Saltillo. Una parte de ellos se amotinó y escapó de su guardia, pero la mayoría fue recapturada. Como castigo, Santa Anna mandó diezmarlos, esto es, ejecutar a uno de cada 10. Siguieron por el camino a San Luis Potosí y Querétaro hasta llegar al valle de México. Estaban en Tacubaya el 15 de marzo. Tras ello, la mayoría fue reunida en Perote con los prisioneros hechos en la excursión de Woll a Béjar. A una parte se la puso a pavimentar la calle enfrente del palacio del Arzobispado de Tacubaya. Otros fueron dispersados en otras prisiones, incluyendo la de San Juan de Ulúa.[74]

[72] *Ibid.*, pp. 112-125.
[73] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 73 y ss.
[74] Green, *Journal of the Texian*, 1845, pp. 126-296.

Poco después de la incursión texana, por no responder adecuadamente al ataque, el gobierno relevó al general Isidro Reyes con el general Adrien Woll. El 22 de junio se ordenó al nuevo jefe reunir a un millar de hombres y caballos para un ataque en agosto contra Béjar. De nueva cuenta, la operación tuvo que suspenderse porque fracasó la movilización.[75] Fuera de las usuales escaramuzas intermitentes, la guerra no volvió a tener los niveles de intensidad de 1836 y 1842, aunque, durante los primeros meses de 1843, hubo otro par de expediciones texanas a Nuevo México, derrotadas de nuevo por su gobernador, Manuel Armijo. Pero entonces, las miradas estaban puestas en otro sitio: Yucatán, que se declaró independiente con el apoyo de la marina de guerra de Texas.

LAS REPÚBLICAS INDEPENDIENTES DEL GOLFO DE MÉXICO

Todavía con el buen sabor del "gozo militar y patriótico", el general Pedro Ampudia recibió el nombramiento de jefe de la campaña de Yucatán. Al inicio Santiago Tapia no fue considerado para acompañarlo, aunque era su ayudante, porque para entonces ya tenía familia y su salario era muy poco como para separarse de ella. Es la primera vez que la menciona en sus memorias y no da ningún otro detalle. Sigue pendiente una investigación para tener una semblanza biográfica más clara, especialmente sobre su vida en la primera parte del siglo XIX. Lo que sí puede aseverarse es que, siguiendo el ejemplo de su padre, dio prioridad a su carrera militar. Le dijo a Ampudia que su "sentimiento" era "primero la Patria que la familia". Además, alegó que era una de las únicas oportunidades que se le presentaban a un soldado para mejorar su suerte de forma honrosa (léase, fuera de ascender por pronunciamientos). El general no discutió más y lo dejó unirse a la campaña.[76]

Por su carácter de ayudante, Tapia ya tenía acceso a más detalles de las circunstancias políticas y militares que lo llevaron a Yucatán. Según él, la provincia no había encontrado a ninguna potencia extranjera que la apoyara en su emancipación de México, por lo que no le quedó más

[75] *Ibid*., pp. 88-91; Tapia, *Memorias*, 1851, p. 72, y AGN, Guerra y Marina, Ministerio de Estado y Despacho de Guerra y Marina, sección de operaciones, caja 23, exp. 697, f. 8.
[76] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 78.

que recurrir a los "rebeldes de Texas".[77] El contexto, por supuesto, era un poco más complejo que eso.

La península de Yucatán, de acuerdo con sus características peculiares, había obtenido un conjunto de privilegios de la corona española dentro del universo de jurisdicciones sobrepuestas, el sistema casuístico y de auto tutela del viejo régimen colonial. Resulta interesante comparar su situación dentro del imperio con la de Texas para llegar al meollo del conflicto geopolítico. A finales del siglo XVIII, ambas recibían situado y contaban con una autoridad militar independiente del virreinato. En lo político estuvieron bajo la influencia del virrey, pero con grados significativos de autonomía. En cuanto a los flujos comerciales, estaban en una situación marginal respecto al resto del imperio por la combinación del sistema mercantilista y su aislamiento geográfico. Texas era el último eslabón del camino colonial de tierra adentro y estaba separada del resto por enormes distancias, ríos y planicies áridas. Yucatán se hallaba aislada del resto por las selvas y el istmo de Tehuantepec y, por eso, sus habitantes, desde tiempos prehispánicos, establecieron sus principales contactos con el exterior por medio del Golfo de México.[78]

Una diferencia importante en el trayecto histórico de ambos territorios fue que desde 1770 la corona dio permiso a Yucatán de abrirse al comercio libre. Más que un acto de generosidad fue la respuesta a unos terribles años de hambruna y epidemia.[79] Como insisten muchos historiadores de la región, la península estaba acostumbrada a un régimen de excepcionalidad y, durante las primeras décadas de independencia, buscó un pacto confederado más que federal en su integración con México.[80] Además, seguía siendo muy vulnerable a las crisis. Había periodos intermitentes de inestabilidad interna, alimentada por la creciente desigualdad entre la mayoría maya y la población blanca. Así como Texas se dedicó a cultivar exclusivamente algodón, aprovechando su ventaja comparativa, esto es,

[77] *Ibid.*, pp. 79 y ss.

[78] Véase en esta obra, cap. I, "La vuelta de siglo"; Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 28-30, 63, y Flores, "Repúblicas centrales", 2021, pp. 253 y ss.

[79] En 1765 llegó una plaga de langostas, a la que siguieron varios eventos climatológicos adversos, sequías y una epidemia de sarampión. Las autoridades locales normalmente solicitaban socorro a Cuba y/o Veracruz, pero ahí también había escasez. Necesitaron un permiso de comercio exterior para ir a Nueva Orleans y Nueva Inglaterra por granos baratos. Campos, "Yucatán: entre el privilegio", 2003, pp. 1-18.

[80] La diferencia es que en una confederación los estados que forman el pacto mantienen un margen muy amplio de autonomía, mientras que la federación restringe más su soberanía.

siguiendo las ideas de economía política y la riqueza de las naciones de la época, en Yucatán las plantaciones azucareras y los ingenios comenzaron a expandirse. Los habitantes de ambas recurrían al contrabando para evitar los impuestos y las prohibiciones al comercio libre. Texas gozó de un régimen de excepcionalidad comercial desde la tercera década del siglo XIX, cuando se abrió al libre comercio sin aranceles por un periodo limitado (primero hasta 1830, y luego hasta 1835).[81]

Esos puntos en común entre ambos territorios hacen relucir la esencia de su conflicto con la república centralista mexicana: los impuestos y prohibiciones al comercio exterior en tándem con el ejército permanente. En Texas, los "disturbios de Anáhuac" en 1832 y 1835 fueron contra las aduanas y su guarnición militar. De hecho, son los mismos agravios que, entre 1837 y 1840, prendieron fuego al noreste mexicano y más tarde en Yucatán. Y en los tres casos, el control de los puertos y sus costas, como Galveston, Matamoros, Tampico, Campeche y Sisal, fue estratégico porque eran los puntos neurálgicos por donde entraban los recursos y con los que podía sostenerse un contingente del ejército centralista. Eran las llaves para controlar el territorio.

El caso de Yucatán estuvo directamente relacionado con los otros dos porque el origen de sus principales agravios fue la guerra de Texas. Santa Anna violó sus privilegios comerciales cuando le cobró 200 000 pesos de ingresos aduanales para la primera campaña. El otro gran ultraje fueron los contingentes de sangre y las levas para enviar a la guerra. Para 1839, la península ya había mandado entre 2 500 y 3 000 reclutas.[82] Santiago Imán,[83] entonces el capitán de la milicia activa de Tizimín, se rebeló desde el verano de 1836 por oponerse al centralismo y al

[81] Véase en esta obra, cap. I, "El sueño texano" y "La historiadora de la frontera"; Campos, "Yucatán: entre el privilegio", 2003, pp. 1-18. En Yucatán, a partir de 1830, la producción azucarera comenzó a absorber a las tradicionales haciendas y a desplazar a muchos campesinos mayas. De ahí surgiría la inestabilidad social que terminaría desbordándose en la guerra de Castas (1847-1901). Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 127-133. En Texas, las tensiones de aquel modelo, dependiente de la mano de obra esclava, y cruzado, como Yucatán, por prejuicios y odios raciales, también generó estragos en la segunda mitad del siglo.

[82] Flores, "Repúblicas centrales", 2021, p. 262.

[83] Santiago Imán (1799-1854) era hijo de un criollo propietario de solares urbanos y comerciante de productos cubanos y palo de tinte. Su familia vivió en Tizimín, la parte interior de Yucatán, a unos 160 km al este de Mérida, por lo que hablaba el español con el acento maya. Ejerció la profesión de comerciante, que intercalaba con su carrera militar en 1824 como miembro de la milicia activa de su lugar de origen. En 1830, ascendió a capitán. Taracena, *De héroes olvidados*, 2015, pp. 56 y ss.

reclutamiento arbitrario para la guerra contra la república de la Estrella Solitaria. Aunque en esa ocasión fue derrotado, volvería a pronunciarse. Imán desempeñó un papel similar al de Antonio Canales en el noreste. A pesar de que lo vencieran en el campo de batalla, se las arreglaba para reaparecer en otra parte. En mayo de 1839, después de que un grupo de 100 reclutas que iban a ser enviados a Veracruz se amotinaron y refugiaron en los cerros de Tizimín, volvió a pronunciarse en favor del federalismo, junto con los desertores. Mantuvo viva la rebelión en el este de Yucatán con apoyo de los pueblos de la región y el 12 de febrero de 1840 se pronunció otra vez en Valladolid. Se le unieron muchos pueblos. La guarnición de Mérida se adhirió el 18 de febrero y el gobernador centralista Pedro Marcial Guerra fue depuesto por Juan de Dios Cosgaya. Sólo la guarnición de Campeche permaneció leal al centralismo, pero los rebeldes la sitiaron a inicios de junio y el 16 su guarnición capituló. Los federalistas tomaron el control de la península e iniciaron su lucha para refrendar su excepcionalidad o conseguir su independencia.[84]

El gobierno de Mirabeau B. Lamar tenía los problemas entre México y Yucatán en su radar. A diferencia de los federalistas del noreste al mando de Canales, Texas no tenía ninguna disputa territorial ni frontera terrestre con la península. Además, en Yucatán estaban los puertos mexicanos del golfo más cercanos a Texas. Desde el verano de 1840, Lamar escribió a José María Anaya, uno de los líderes federalistas de la península, por intermedio de Canales. El siguiente verano, el 20 de julio de 1841, poco más de un mes después de que saliera la expedición de Santa Fe, mandó una comitiva con una misión similar al gobierno de Yucatán, invitando al comercio y a una alianza contra México, la cual, a diferencia de la expedición a Nuevo México, se hizo de forma veloz, sin contratiempos y tuvo mejores resultados. El 5 de septiembre llegó a Galveston el comisionado yucateco para negociar. Se acordó que la marina de guerra texana protegería a Yucatán de un bloqueo o invasión mexicana, a cambio del derecho al botín de sus presas. Además, la península pagaría a Texas 8 000 pesos mensuales para el mantenimiento de la flota.[85] El acuerdo tenía sentido considerando que lo primero que hizo el gobierno mexicano fue declarar el bloqueo de la península y piratas a los barcos

[84] Flores, "Repúblicas centrales", 2021, pp. 264-268; Taracena, *De héroes olvidados*, 2015, pp. 57, 82-91, y Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 74 y ss.

[85] Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 45 y ss. y 62-65.

de guerra yucatecos.[86] Lamar pensaba, como señala Lorena Careaga, que obligaría a los mexicanos a usar sus limitados recursos en Yucatán y los privaría de la plataforma más cercana para lanzar una invasión a Texas por el golfo.[87]

Tras firmarse el acuerdo, se inició una carrera contra el tiempo para el comodoro Edwin W. Moore, el jefe de la escuadrilla texana, porque Houston ganó las elecciones en septiembre y su gobierno iba a entrar en funciones en diciembre. Todos sabían que lo primero que haría sería cancelar los dispendiosos y agresivos planes de Lamar, especialmente la costosa flota. Después de equiparse en Nueva Orleans, donde compitió contra la flota mexicana para enrolar marineros, y con el apoyo de los primeros 16 000 pesos yucatecos, Moore partió a la península el 10 de diciembre, cinco días antes de que la nueva administración entrase en funciones. Sin embargo, llegó a Yucatán cuando la península ya estaba negociando con Andrés Quintana Roo, comisionado del régimen de Santa Anna, su reintegración a la república mexicana. Después de su ultimátum, los yucatecos decidieron seguir pagando a la flota texana en lo que se definía su situación.[88]

La armada texana no se quedó quieta en las costas de Yucatán. Entre finales de enero y febrero acechó a las costas de Veracruz en pos de barcos mexicanos. Su flota, que el gobierno de Lamar adquirió en Baltimore por un costo total de 250 000 pesos, con Samuel Williams como intermediario financiero, consistía en el vapor Zavala, que fue equipado con ocho cañones, la goleta Austin con 20, dos bergantines, el Wharton y Archer, con quince cañones cada uno y tres pailebotes con cuatro cañones cada uno, el San Jacinto, San Antonio y San Bernard. Aun cuando parecía respetable para las dimensiones de la guerra en el golfo, para inicios de 1842 ya estaba bastante maltrecha. Moore tenía cuatro navíos

[86] Flores, "Repúblicas centrales", 2021, pp. 270 y ss.

[87] Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 44-63, y Wells, *Commodore Moore*, 1960, pp. 59 y ss.

[88] Edwin W. Moore (1810-1865), oriundo de Virginia, entró a la marina estadunidense a los quince años y subió de rango hasta teniente. Tenía el entrenamiento científico y matemático necesario para la cartografía de la época. Pero contaba con pocas posibilidades de subir de rango, porque toda una generación de capitanes de la guerra de 1812 estaba arriba de él, por lo que no pudo resistir la tentación de dirigir su propia flota cuando en 1839 le ofrecieron ser el comandante de la texana. Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 55-58, 68 y ss.; Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 121 y ss.; Marie Giles, "Moore, Edwin Ward", *Handbook of Texas Online*, en <https://www.tshaonline.org/handbook/entries/moore-edwin-ward> [Consulta: 1 de junio de 2024.], y Wells, *Commodore Moore*, 1960, pp. 2-7 y 63 y ss.

fuera de comisión cuando hizo su crucero a Yucatán. Los dos bergantines, especialmente el Archer, estaban dañados. Por los nortes y las aguas traicioneras del Golfo de México, el Zavala necesitaba reparaciones y la San Jacinto estaba atrofiada.[89]

Desde tiempos inmemoriales, los huracanes son una ocurrencia común en la región, especialmente entre agosto y octubre. Se tiene registro de varios durante la guerra de Texas. El primero arrasó con toda la costa, de la república de la Estrella Solitaria a Veracruz, durante septiembre de 1837. En agosto de 1844 otro dejó a Matamoros hecho escombros y obligó a la población de Tampico a refugiarse en los montes. En octubre del mismo año, uno más pegó en Veracruz y Tabasco, provocando inundaciones y pérdidas agrícolas por toda la región. A inicios de 1845, otra tormenta destrozó las plantaciones de tabaco en Veracruz. Los registros también muestran una gran cantidad de buques retrasados y/o accidentados por los nortes. Todos los años, sobre todo en los meses de invierno, corren fuertes ráfagas de aire frío de norte a sur, tan fuertes que no sólo desviaban a los buques de su camino y los estrellaban contra algún arrecife o playa, sino que destruían fácilmente a los que no estuviesen amarrados con firmeza a algún muelle. Solían destrozar incluso a los navíos fondeados en alguna bahía.[90] Como las enfermedades en el caso de los ejércitos, las impredecibles y peligrosas aguas del golfo provocaban la mayor parte de las bajas de los navíos de guerra.

Moore pasó más de cuatro meses en Yucatán. Durante su estancia, logró detener y castigar un motín en la San Antonio. A finales de marzo, su tripulación desembarcó en el puerto de Isla del Carmen, provocando varias trifulcas con sus habitantes y algunos soldados mexicanos. Además de obtener datos cartográficos para los mapas que estaba haciendo, merodeó por las costas de Veracruz. No tuvo mucho éxito en depredar barcos mexicanos, porque los nortes no le permitían acercarse sin correr el riesgo de que lo arrastrasen hasta encallar. Los barcos de vapor tenían mayor facilidad para aproximarse a San Juan de Ulúa cuando el viento era desfavorable, pero los texanos ya no contaban con el Zavala. De

[89] Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 118-121; Uglow, *A military history*, 2022, pp. 172 y ss., y Dienst, "The navy of the Republic", 1909, pp. 10 y ss.

[90] Véase el voluminoso catálogo en García y Padilla, "El Catálogo de huracanes", 2021, disponible en <https://portal.ucol.mx/catalogo-huracanes/#catalogo>, y Strobel y Campos, "Veracruz y el huracán", 2021, pp. 153-164.

cualquier forma, con las pocas entradas que pudo hacer, Moore recabó información que confirmaba la llegada de nuevos barcos para la marina de guerra mexicana.[91]

México se endeudó para incrementar su poderío naval. El 17 de octubre, el Congreso aprobó una emisión de deuda de 2 000 000 de pesos, en contra de los ingresos aduanales, para financiar una flota para la guerra de Texas. Esa sólo fue una de una serie de emisiones de deuda entre 1839 y 1841, con las que el país restableció su maltrecha flota con varias adquisiciones.[92] Compró dos vapores nuevos a Inglaterra, que originalmente habían sido construidos para la marina británica, llamados Guadalupe y Moctezuma. Los dos eran prototipos último modelo. El primero pertenecía a la primera generación con casco de hierro, que los británicos debutaron en su guerra contra el imperio Qing en esos mismos años. El segundo era de madera, pero más grande. Los dos llevaban cañones *paixhans* de última generación, esto es, los primeros con proyectiles explosivos.[93] Además, se adquirió y armó otro vapor comercial viejo en Veracruz, el Regenerador. Se dio prioridad a la incorporación de vapores porque los capitanes mexicanos habían experimentado las desventajas de tener nada más navíos de vela.[94] Así, estos vapores fueron temidos por el comodoro Moore, porque podían remolcar a los de vela y maniobrar mucho más rápido cuando no había viento. México también hizo construir otras dos goletas en Estados Unidos, Águila y Libertad, versiones más económicas del modelo de la San Antonio.[95]

[91] Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 78-82, y Wells, *Commodore Moore*, 1960, pp. 74 y ss.

[92] En agosto y octubre de 1839 se aprobaron préstamos similares al de un año después. El 16 de junio de 1841 se aprobó otro préstamo aún más ruinoso, porque empeñaba un tercio de los derechos de importación. Ludlow y Marichal, "Cronología de la deuda", 1998, pp. 243-244, y Dublán y Lozano, *Legislación mexicana*, 1876, núm. 2149, t. 3, p. 739.

[93] Este tipo de artillería fue desarrollada por el general francés Henri-Joseph Paixhans, un veterano de las guerras napoleónicas, quien buscó una manera de destruir los cascos de madera de los navíos ingleses y acabar con su supremacía naval. Sin embargo, desde 1839 los ingleses comenzaron a construir sus barcos con cascos de acero y a equiparlos con *paixhans*. Lyon and Winflied, *The Sail & Steam*, 2004, pp. 10, 87 y 174, y Wells, *Commodore Moore*, 1960, p. 146.

[94] Véase en esta obra, cap. III, "Un juicio en Nueva Orleans" y "Los agentes británicos llegan a Texas".

[95] Hace falta mucha investigación sobre la marina de guerra mexicana de esta época. El libro de Dios de Bonilla (*Historia marítima*, 1962) no habla de esta generación de barcos. Lorena Careaga (*De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 81 y ss.) se basó principalmente en la investigación de Tom H. Wells para dar relación de la misma. Wells fue un veterano de la marina estadunidense que después de retirarse se dedicó a la historia. En su primer libro, *Commodore Moore*, 1960, pp. 58, 73-77, 118-121, investigó a la marina mexicana que se enfrentó con la texana en el conflicto triangular con Yucatán. Sobre las emisiones de deuda para pagar a la marina, véase Ludlow y

Mientras tanto, en la ciudad de México se discutían los convenios que los comisionados yucatecos firmaron con Andrés Quintana Roo el 28 de diciembre de 1841. En pocas palabras, Yucatán se reintegraría al resto de la república, pero bajo los términos de la Constitución federal de 1824. El acuerdo fue rechazado el 26 de marzo de 1842. El gobierno central estaba dispuesto a ceder más autonomía, pero no al grado de hacer de Yucatán una aliada más que un estado federado. Otro de los motivos fue la molestia, especialmente de Santa Anna, por su alianza con Texas.[96]

Moore se enteró del fracaso del acuerdo y regresó a Sisal. Pero a mediados de abril de 1842, Yucatán, cuyas arcas comenzaban a escasear, le notificó que no preveía ningún ataque de los centralistas y, por tanto, suspendería sus pagos hasta nuevo aviso. Al mismo tiempo, el comodoro texano recibió instrucciones de Houston de reportarse en persona con él y mandar la flota a Nueva Orleans para reaprovisionarse. El 26 de abril de 1842, la goleta Austin y los pailebotes San Antonio y San Bernard, lo que quedaba de la armada texana, regresaron a Texas, después de recibir 12 000 pesos y una nota por 4 000 que debía Yucatán. Pero los yucatecos cometieron el mismo error que los texanos a finales de 1835. Subestimaron la capacidad de movilización mexicana por sus problemas financieros y políticos. El capitán Tomás Marín los sorprendió el 22 de agosto al tomar Isla del Carmen. Con la nueva flota mexicana venció sin dificultad al bergantín Imán, la goleta Campeche y un pailebote de la pequeña armada yucateca. El bergantín fue incorporado a la escuadra nacional con el nombre de Mexicano. Esto abrió la puerta a una invasión de aproximadamente 8 000 hombres, que atacaron a las dos ciudades principales, Campeche y Mérida. Mientras eso ocurría, la flota texana languidecía en Nueva Orleans por falta de fondos.[97]

Sin embargo, el ejército mexicano no logró capturar Campeche, protegida como estaba por una muralla y varios fuertes a su alrededor, construidos desde finales del siglo XVIII para protegerse de los piratas y luego de los ingleses. La muralla tenía ocho caras y unos 2 500 metros de diámetro en total. En cada uno de sus codos había un bastión, de ta-

---

Marichal, "Cronología de la deuda", 1998, pp. 243-244, y Dublán y Lozano, *Legislación mexicana*, 1876, núm. 2149, t. 3, p. 739.

[96] Flores, "Repúblicas centrales", 2021, pp. 275 y ss.

[97] Wells, *Commodore Moore*, 1960, pp. 85 y ss., y Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 80 y ss.

maños irregulares, donde estaban colocadas las piezas de artillería. Las tropas mexicanas llegaron el 20 de noviembre y tomaron uno de los baluartes en el cerro de la Eminencia, en el lado poniente de la ciudad, para bombardear la ciudad. Los yucatecos intentaron retomar el fortín sin éxito. Sin embargo, los cañones que disparaban las tropas centralistas al mando del general Vicente Miñón no consiguieron hacer ninguna mella en la muralla. Pasaron los días, las semanas y los meses sin ningún resultado. El estado anímico de las tropas decayó, diezmadas por las enfermedades, la mala alimentación y sin artillería adecuada.[98]

A Santiago Tapia le llegaron noticias de un "comercio degradante que se hacía con el sueldo del soldado, sin recato y usurario", y a la vez de unos jefes que "demandaron fueros muy omisos en sus operaciones".[99] Como también se lamentó amargamente José Juan Sánchez Navarro, al no tener liquidez, a la tropa se le solía pagar con adelantos, es decir, pagarés. Sin embargo, estos no valían nada en el mercado y, dada la escasez en las comisarías,[100] tarde o temprano los soldados perdían la esperanza de cobrarlos o intercambiarlos por su valor nominal. Terminaban vendiéndolos a los agiotistas hasta por sólo el 3% de su importe en los casos más extremos. Estos los acumulaban y, cuando le prestaban dinero al gobierno, le pagaban la mitad en dichos pagarés. De esa forma, podían cobrar su valor íntegro, hasta con intereses, cuando se cobraba la deuda con los ingresos de las aduanas. Para colmo, muchos de los pagarés que circulaban de aquella forma en el mercado financiero eran imaginarios porque correspondían a soldados y, en ocasiones, a compañías enteras, que ya no existían. Era posible cometer ese fraude porque muchas revistas no habían sido debidamente actualizadas desde hacía varios años. Así, unos cuantos hacían negocios con la guerra, aprovechándose de los soldados que quedaban "desesperados, desalentados, desnudos, muer-

[98] Sánchez, "La vida histórica", 2018, pp. 4-10, 15 y ss.

[99] Tapia, *Memorias*, 1851, p. 79.

[100] Las comisarías eran las oficinas de Hacienda que sustituyeron a las cajas reales, consulados, intendencias y temporalidades de la época colonial. En la ciudad de México estaba el Ministerio y la Tesorería General, en cada región había una comisaría general y subcomisarías dependientes en lugares más pequeños o apartados. En el noreste, la comisaría general se hallaba en el departamento de Coahuila y Texas por razones geopolíticas, como apunta Luis Jáuregui, y sus gastos principales eran militares. Como tesorerías, y llevaban la contaduría, que todavía funcionaba a partir del "cargo", los fondos de los que se hacía responsable el funcionario de Hacienda, y la "data", los documentos que lo "descargaban" de dicha responsabilidad. Jáuregui, "Una nueva perspectiva", 2018, pp. 510-543.

tos de hambre y todos sus compañeros escandalizados". Eso explica por qué, a pesar de tantos impuestos ordinarios y extraordinarios, campañas de donaciones y emisiones de deuda para sostener los gastos de la guerra de Texas, la tropa siempre vivió en la miseria.[101]

En ese contexto, en marzo de 1843 Pedro Ampudia recibió la Comisión de Comandante de la expedición contra Yucatán, relevando a los jefes anteriores. El 4 de abril zarpó a bordo de un bergantín mercante inglés, que tardó seis días en llegar a la bahía de Campeche, debido a que un fuerte norte dejó al navío muy maltratado. El resto de las tropas llegaron unos días después. El plan no era ir directo al ataque, sino negociar con los yucatecos. Así, antes de iniciar cualquier operación, Ampudia entabló diálogo con los caudillos de Yucatán, en ese entonces Miguel Barbachano y Santiago Méndez, y estos aceptaron sentarse en la mesa de negociaciones. Sin embargo, antes de firmar algún acuerdo, aparecieron dos barcos con bandera texana en la bahía.[102]

El comodoro Moore llegaba con la goleta Austin y el bergantín Wharton. En su auxilio salieron dos pailebotes y seis canoas armadas yucatecas, lo que fue, según Tapia, "muy sensible de ver" para las tropas de Ampudia.[103] Increíblemente, lograron romper el bloqueo de la escuadrilla mexicana con muy poca oposición, a pesar de que esta contaba con casi toda la nueva flota, incluyendo a los dos vapores ingleses. Después de algunos tiroteos de poco impacto, los barcos mexicanos se apartaron del camino y dejaron a los texanos ocupar el puerto. De hecho, su comandante, M. López, sería reemplazado por Tomás Marín, llevado a corte marcial y tachado de cobarde. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que las tripulaciones de los navíos eran insuficientes, estaban cortas de provisiones y no habían recibido su paga en meses. Además, muchos tripulantes ingleses, algunos de ellos técnicos de los vapores, estaban pereciendo en proporciones alarmantes por la fiebre amarilla. El capitán inglés de la Moctezuma murió un día antes de la batalla por aquella enfermedad, lo que sin duda afectó el rendimiento del vapor.

[101] José Juan Sánchez Navarro denunció estas prácticas desde la época en que Mier y Terán era comandante de las provincias internas, porque en las comisarías seguían haciéndose cargos a compañías volantes y presidiales que ya estaban extinguidas. Briscoe Center for American History, José Juan Sánchez-Navarro Papers, 1835-1839, caja 2G146, *military copibooks*, vol. I, fs. 25 y ss.

[102] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 80 y ss.

[103] *Ibid.*, p. 81.

Con el arribo texano y el rompimiento del bloqueo acabaron las negociaciones y ambas partes reanudaron hostilidades.[104]

El comodoro Moore corrió riesgos muy grandes para presentarse en aquella batalla, porque lo hizo en contra de las órdenes de su gobierno. Unos meses antes, a Sam Houston no le había quedado más remedio que ordenarle el bloqueo de las costas de México debido a la efervescencia pública generada en Texas por las invasiones de Vázquez en marzo y de Woll en septiembre de 1842. Sin embargo, al igual que la expedición de Somervell en la frontera terrestre, saboteó la misión al no asignarle fondos suficientes para reparar los navíos y financiar su aprovisionamiento y tripulación. La flota se quedó varada en Nueva Orleans el resto de 1842, muy maltratada. A inicios del siguiente año, el Congreso texano lo autorizó a liquidarla. El presidente texano también comenzó a buscar la intermediación británica para negociar con México la paz y el reconocimiento de su independencia. Lo menos que quería era provocar de nuevo a la república mexicana volviéndose a inmiscuir con Yucatán. Así que nombró y mandó a dos comisionados para relevar del mando a Moore y llevar a cabo la venta de la flota.[105]

Pero el comodoro Moore había tomado su propia iniciativa. En enero, por fin llegaron los yucatecos a pedirle ayuda. En febrero, le enviaron a Nueva Orleans otros 8 000 pesos y reanudaron el acuerdo del pago mensual. Además, consiguió dinero de algunos empresarios en la ciudad del Cuarto Creciente para dividirse las ganancias de las presas que consiguiera. Cuando llegaron los comisionados de Houston en marzo, ya estaba casi listo para partir y se negó a entregarles los barcos. Logró persuadirlos de que lo hablaran de nuevo con Houston. Entre tanto, el 15 de abril zarpó con el Austin y el Wharton rumbo a Galveston con ese propósito. Sin embargo, de acuerdo con el testimonio de Moore y el de James Morgan, uno de los comisionados que lo acompañaba, cerca de las *Belize Lights* entraron en contacto con una goleta estadunidense que venía de Campeche, que les compartió las últimas noticias de la situación de Yucatán: el fracaso del primer sitio y la llegada de Ampudia. Además, supuestamente les advirtieron que el plan de los mexicanos, después de que claudicara la península, era abordar sus

[104] Meed, *Fighting Texas*, 2001, pp. 200 y ss.; Wells, *Commodore Moore*, 1960, pp. 144-150; Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, p. 107, y Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 80 y ss.

[105] Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 81-95, y Wells, *Commodore Moore*, 1960, pp. 115-130.

vapores ingleses para invadir Texas. Para prevenir esa amenaza, ambos decidieron desobedecer a Houston y partir al escenario de la guerra. Primero navegaron a Telchac, puerto cerca de Mérida, donde esperaban encontrar al vapor Moctezuma. Pero la escuadrilla mexicana estaba concentrada en Campeche. Moore no titubeó y partió a su encuentro. Fue así como apareció en el horizonte aquel 30 de abril en Campeche. Después de que venciera al cerco sobre su puerto, consiguió que se suspendieran las negociaciones entre los yucatecos y Pedro Ampudia.[106]

Ante la nueva situación, el general Ampudia tuvo que pasar a la ofensiva. Su objetivo era dar una demostración de fuerza para obligar a las autoridades yucatecas a negociar. Sus tropas se acercaron a la muralla por el poniente. En lugar de ocupar el cerro Eminencia, se abrieron paso a tiro de pistola por el barrio de San Román, que estaba afuera del polígono amurallado. Ocuparon la iglesia del mismo nombre y montaron cuatro piezas de artillería para disparar contra la plaza. Sin embargo, en el flanco izquierdo recibían los disparos de los navíos texanos. Así que Ampudia ordenó a Tomás Marín contraatacar para proteger el flanco al ejército. A las 10 de la mañana del 16 de mayo, a la vista de Santiago Tapia, los habitantes de Campeche y el comisionado Morgan, el Moctezuma y Guadalupe atacaron a los navíos texanos y yucatecos. Estuvieron combatiendo el resto del día y, como en muchas de las batallas en la franja del Nueces, los testimonios texanos y mexicanos discreparon.

La refriega fue principalmente entre los vapores mexicanos y el Austin y Wharton, porque los auxiliares yucatecos evitaron pelear. Según Santiago Tapia, los mexicanos no hicieron ningún movimiento para retirarse. Debido a la falta de instrucción del nuevo capitán del Moctezuma, no pudieron apoderarse del Wharton y la Austin alcanzó a escapar. Tapia, quien, como era ayudante de Ampudia y en posición de saber, escribió que de los navíos mexicanos sólo el Guadalupe quedó fuera de combate por un balazo en uno de sus motores, con un saldo total de cuatro a seis heridos. En cambio, los texanos perdieron más de 30 hombres y sus buques quedaron averiados. Entonces, el general Ampudia, quien mantenía a sus tropas en la iglesia de San Román, pudo persuadir a las autoridades yucatecas de negociar.[107]

[106] Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 100-104, y Wells, *Commodore Moore*, 1960, pp. 130-145.

[107] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 81-84.

La historia que cuenta Wells, basada principalmente en los papeles de Morgan y los testimonios públicos de Moore, tiene los mismos componentes, pero interpretaciones distintas. La Guadalupe y Moctezuma dispararon con sus cañones de largo alcance. En cambio, los barcos texanos no pudieron intercambiar tiros sino hasta que los vapores entraron en su rango. Los navíos mexicanos se fueron sobre la Austin, donde estaba Moore. La atacaron con todos sus cañones, incluyendo los *paixhans*, al grado de que, por momentos, se perdía de vista por el humo que la rodeaba. Sin embargo, a las 12:20 de la mañana llegó una ráfaga de viento que Moore aprovechó para maniobrar y cortar por la mitad a los vapores mexicanos, descargando sobre ellos todos sus cañones laterales. Según Moore, los hizo "tambalear" y sus cubiertas se llenaron de muertos y heridos. Fue entonces que la Guadalupe perdió una de sus ruedas de paletas. La Moctezuma también recibió una "paliza" y la goleta Águila se retiró al sur. Los dos vapores la siguieron y Moore les intentó dar alcance durante tres horas mientras "huían de la batalla". Sin embargo, los navíos mexicanos tenían mucho mayor rango y no les convenía un enfrentamiento cercano. De hecho, antes de que la Austin pudiese darles alcance, le destruyeron las jarcias de estribor; esto es, el sistema de cabos y cuerdas del aparejo de las velas del lado derecho del barco.[108] Moore tuvo que regresar con la Wharton y fondear cerca de Campeche. Como a los mexicanos, que se dirigieron a Telchac, ya no le quedaban municiones.[109]

Wells revierte las cifras de muertos y heridos dadas por Santiago Tapia. Según un diario de a bordo y el cuerpo diplomático británico, los texanos sufrieron en total cinco muertos y 22 heridos. Según él, sin citar ninguna fuente, los "reportes mexicanos" decían que la Guadalupe perdió 47 hombres, requirió 32 amputaciones y tuvo 64 heridos, mientras en la Moctezuma hubo 40 muertos y heridos, entre ellos el mismo capitán.[110] Estas cifras son demasiado altas y lo más probable es que incluyan las muertes por fiebre amarilla, que seguro fueron muchas más. El caso es que, de nuevo, como en las batallas en la franja del Nueces durante 1842, el resultado fue inconcluso. Lo que daría fin al combate entre Texas, Yucatán y México en las costas de la península fueron otros factores. El

[108] "En general es el conjunto de todo el *cordage* de un buque, y el título de toda la pieza entera de cuerda". *Diccionario marítimo*, 1831, p. 324.
[109] Wells, *Commodore Moore*, 1960, pp. 150-155.
[110] *Ibid.*, p. 153.

presidente Houston acusó públicamente al comodoro de piratería el 6 de mayo y le levantó cargos. Cuando Moore se enteró por la prensa, no tuvo más remedio que regresar a responder a los cargos que podían mellar su prometedora carrera y, de hecho, lo terminaron retirando del servicio. El juicio se llevó a cabo un año después y sólo fue declarado culpable de infracciones menores. Pero Houston no lo dejó reincorporarse a la marina y mantuvieron una enemistad de muchos años.[111] Para los yucatecos, el costo de la guerra, incluyendo los 8 000 pesos mensuales pagados a la flota texana, fue tan alto que tuvieron que cargar con las mismas contribuciones y el mismo reclutamiento forzoso que sufrieron bajo el régimen centralista. Asimismo, resultó más conveniente negociar su reintegración a cambio de cierto margen de excepcionalidad. Según el acuerdo preliminar con México, mientras sus comisionados negociaran en la ciudad de México, sólo permanecería una guarnición del ejército en Isla del Carmen y Ampudia fue mandado a situarse en Tabasco en lo que se llegaba a un arreglo definitivo.[112]

No hay evidencia de que, en algún punto, el plan de Ampudia hubiera sido el de invadir Texas, pero su llegada a Tabasco no fue fortuita. El gobernador del departamento, el coronel Francisco de Sentmanat, enfrentaba al gobierno central. De manera que, el 5 de julio, la división de Ampudia zarpó rumbo a la región. A Santiago Tapia lo cautivó entonces ver la escuadra nacional surcando los mares. Iban los tres "hermosos" vapores Guadalupe, Moctezuma y Regenerador, los bergantines Zempoalteca, Mexicano, Santa Anna y Yucateco y las goletas Águila y Libertad, acompañados por nueve buques mercantes. Ver a los 18 barcos navegando en conjunto fue para él "un espectáculo nuevo, pero encantador y sorprendente, que me llenaba de entusiasmo. Algo nos recompensaba este nuevo atractivo de la guerra, de las escaseces de alimento que sufríamos a bordo, porque aquella expedición hubo de hacerse casi sin recursos."[113] Sin embargo, sus tribulaciones en Tabasco quedarán para otra ocasión. No regresaría a Matamoros con su familia sino hasta 1844, después de una estancia en la ciudad de México pidiendo empleo.[114]

[111] Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 112 y ss., y Wells, *Commodore Moore*, 1960, pp. 160-170.
[112] Flores, "Repúblicas centrales", 2021, pp. 277-283.
[113] Tapia, *Memorias*, 1851, pp. 86 y ss.
[114] *Ibid.*, pp. 86-95.

En 1843, a pesar de las tensiones entre México y Texas por los choques fronterizos y de los clamores de la opinión pública expansionista por invadir las Villas del Norte, Houston, como siempre se había conducido, buscó enfriar la situación. Proclamó un cese al fuego el 15 de junio. Al mismo tiempo, Richard Pakenham entregó al ministro de Relaciones Exteriores de México una carta relativa a un posible armisticio. Ambas partes acordaron sentarse a negociar. Los comisionados texanos, George Hockley y Samuel Williams, el plantador, llegaron el 18 de octubre a Matamoros. Ahí los recibieron los coroneles Alejandro Garay y Cayetano Montero. Las negociaciones se iban a llevar a cabo en Laredo, pero al último momento los comisionados texanos prefirieron hacerlas en el cuartel general de Sabinas. Según el parte de Manuel María de Sandoval, el gobierno estaba "deseoso de que concluyan cuanto antes". El 2 de septiembre se mandó reducir al Ejército del Norte a una sola brigada, por economía del erario.[115]

Sin embargo, en Matamoros había poco que celebrar. Los casi ocho años de guerra habían dejado una fuerte mella en el puerto y el resto de las Villas del Norte. Octavio Herrera encontró que los ingresos aduanales se redujeron drásticamente, de 1 500 000 pesos en 1835 a menos del 20% de aquella cantidad en 1842. A su vez, la población pasó de más de 15 000 individuos al inicio de la guerra a sólo 7 000 en 1846.[116]

El Tratado de Paz entre México y Texas se firmó el 14 de febrero de 1844 y, durante aquel año, la mayoría de los prisioneros texanos que seguían en México fueron liberados. Sin embargo, irónicamente, el acercamiento de Gran Bretaña a Texas preocupó a la administración de John Tyler. Así, mientras con una mano por delante Houston coqueteaba con la idea de seguir el camino emprendido por Gran Bretaña, esto es, el reconocimiento mexicano a cambio de la no incorporación a Estados Unidos, con la otra comenzó a negociar con el vecino del norte. La anexión de Texas no era un tema nuevo ni una completa sorpresa para los británicos. Desde antes de que las negociaciones secretas salieran a la luz en abril de 1844, sus diplomáticos, que mediaban entre México y Texas, ya tenían sospechas de lo que se estaba tramitando. Aunque la anexión fue rechazada en el Senado estadunidense, se volvió un tema central en

[115] "Manuel María Sandoval, parte de los combates en Texas", México, 27 de diciembre de 1843, en AGN, Guerra y Marina, sección Operaciones, caja 23, exp. 697, fs. 9 y ss.

[116] Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, pp. 27 y ss.

las elecciones presidenciales de aquel año, que ganó el candidato que la pedía de forma más enfática, James K. Polk, del Partido Demócrata. La posibilidad de la vía británica se cerró finalmente a inicios de 1845, cuando el Congreso estadunidense aprobó la anexión. Tyler la ratificó el 1 de marzo como uno de los últimos actos de su gobierno y los texanos la hicieron válida en el verano del mismo año.[117]

La estrategia de Texas, especialmente de Houston, como ya han observado Lorena Careaga, Ana Rosa Suárez y Ma. Cristina González, siempre fue presionar a las potencias con la amenaza de su acercamiento con alguna otra. Esta diplomacia del mejor postor, como podría llamársele, fue la que le rindió mejores frutos. Para obtener el reconocimiento de los británicos, por ejemplo, convino a Texas que Francia la reconociera antes. Asimismo, el acercamiento resultante de los británicos presionó a Estados Unidos a proceder con la anexión antes de que los europeos la incorporaran a su esfera de influencia.[118] Como consecuencia, entre 1845 y 1846 se acabó la guerra de Texas. Pero el conflicto no se terminó. Estados Unidos lo adquirió junto con la anexión. En palabras de un político demócrata que andaba haciendo campaña en 1848: "La guerra mexicana era una guerra por Texas. Fue enfáticamente nuestra guerra. Surgió de la anexión y Texas quedó obligada, por principios, coraje, honor, gratitud e interés, a apoyar al partido que la sostuvo."[119]

Después de una breve interrupción, en la segunda parte de 1844 y en 1845 se reanudó el estado de tensión, escaramuzas y guerra de fronteras. Pero, ahora, en lugar de voluntarios de la república de Texas, al norte del río Bravo se acuartelaron las fuerzas del ejército estadunidense al mando de Zachary Taylor y en varios puertos mexicanos barcos de la marina estadunidense. Después de que John Slidell, comisionado por Polk, fracasara en sus negociaciones con México para adquirir ya no sólo Texas, sino todas las provincias del norte, los choques en la frontera justificaron la declaración de guerra y la invasión por parte de su país. Pero esa ya es otra historia.

[117] Suárez, "Los temores de Texas", 1987, pp. 183 y ss.; Barker, "The Annexation of Texas", 1946, pp. 49-74, y González, "La anexión de Texas", 1997, pp. 65-122.

[118] González, "La anexión de Texas", 1997, pp. 65-122; Careaga, *De llaves y cerrojos*, 2000, pp. 86 y ss., y Suárez, "Los temores de Texas", 1987, pp. 177-185.

[119] *Democratic Telegraph and Texas Register*, vol. 13, núm. 28, 13 de julio de 1848, p. 2.

CONCLUSIÓN. UNA GUERRA SIN FINAL

La historia es un retrato de paisajes en movimiento. Los conceptos analíticos que usamos quienes pretendemos estudiarla son pinceladas que nos sirven para abstraer fenómenos muy complejos en principios y generalidades que facilitan explicar y contar nuestro pasado. Pero el transcurso de la vida de las personas de generaciones anteriores no se desenvolvió de esa forma. Los detalles, que a veces parecen insignificantes, son muy importantes para tener una imagen más completa y tangible de lo que era estar en los zapatos de nuestros antepasados. En otras palabras, la guerra de Texas no se reduce a un conjunto de causas y consecuencias políticas y territoriales. Pero, como resultado de la periodización ortodoxa, sus secuelas y reverberaciones más allá de su independencia han sido subestimadas, e incluso casi por completo ignoradas, por los historiadores mexicanistas. Por ello, la conclusión más puntual de este libro es que debemos cuestionar y replantear los fundamentos de la periodización de estos años en la historia de México. Al hacerlo, podemos agregar más color, contraste y perspectivas a la historia de este periodo y hacerla más digerible en las aulas y para el público en general.

Durante toda la década que duró el conflicto estuvo en juego mucho más que sólo un territorio o una línea divisoria en un mapa. La sociedad, particularmente en el noreste, incluida Texas, se convulsionó de forma constante. De entrada, se militarizó toda la región y se creó una nueva frontera en la franja del Nueces. Esta se convirtió en una tierra

de nadie, una "frontera indefinida", como la llama Octavio Herrera.[1] En ambos lados, el estado de guerra provocó pánicos recurrentes, gastos incosteables, incertidumbre diplomática y cierto grado de anarquía e inestabilidad.

Aunque fueron su epicentro, las perturbaciones por la guerra no se limitaron al noreste y a Texas. Como las ondas que se expanden al caer una gota sobre un estanque, las reverberaciones de la guerra se sintieron a lo largo de Norteamérica y en el Golfo de México. Ello se debe a que el conflicto derivó de una revolución territorial de inicios del siglo XIX. En aquel mar interior se formó una nueva frontera tras el colapso del imperio español, la llegada de las independencias, las nuevas ideas de economía política y el establecimiento de puertos y flujos comerciales que articularon al noreste mexicano, incluida Texas, a los mercados del Atlántico. Así, se trató de una guerra de dos fronteras, una en el continente y otra en el mar, interconectadas por el mercado y los intereses geopolíticos. Por eso, el conflicto implicó numerosos enredos diplomáticos entre México, Texas y las grandes potencias con intereses en la región: Estados Unidos, Gran Bretaña y, en menor medida, Francia.

La incertidumbre fue un factor constante, sobre todo después de la primera campaña de Santa Anna, porque el conflicto no estaba ni se le consideró resuelto. Quienes intentaron darle cauce poco pudieron hacer porque sus planes yacían sobre cimientos de arena movediza. La moneda seguía en el aire respecto a la viabilidad de la independencia de Texas. Tampoco se sabía con certeza si la conservaría, la cedería a cambio de la anexión a Estados Unidos o la perdería frente a México. Como ocurrió con Santa Anna en San Jacinto, la situación todavía podía dar un giro de 180 grados en una u otra dirección tras algún acontecimiento inesperado. Otro aspecto fundamental, derivado de la complejidad geopolítica y la incertidumbre, fue la ambigüedad respecto al estatus y la legitimidad de sus participantes. Poniéndolo de otra forma, las circunstancias tenían un amplio margen de interpretación y eso, por sí solo, constituyó un factor histórico.

Fue muy significativo que, en especial durante los primeros años del conflicto, el ejército mexicano caracterizara como piratas a los voluntarios armados que llegaban a Texas. Eso propició una espiral de violen-

[1] Véase Herrera, *El norte de Tamaulipas*, 2003, pp. 98 y ss.

cia desde el degüello en el Álamo, seguida de la ejecución de prisioneros de guerra en Goliad, la masacre de San Jacinto y otros actos innecesariamente crueles. Estos sucesos acarrearon una serie de emociones que dejaron huella en los testimonios e influyeron en el devenir de los acontecimientos. Alimentaron un ciclo vicioso de rencor y venganza que justificó y motivó a colectivos e individuos a cometer actos de violencia. De acuerdo con los mismos términos y criterios de sus contemporáneos, no se respetaron los límites y las normas vigentes sobre la conducta bélica. Así, los agravios y mártires que se fueron acumulando escalaron la violencia. En sus momentos álgidos, se convirtió en una guerra sin cuartel, "inhumana", como la planteó Santa Anna desde 1836. Como resultado, desplazó, separó y arruinó a muchas familias y dejó marcados y traumatizados, moral, física y económicamente a muchos de sus participantes.

Además, la eclosión de esas emociones, en lo que en aquel momento se entendía como el "sentimiento público", limitó el margen de maniobra de quienes pretendieron resolver la situación conforme a lo que dictaba la razón de Estado. Fue evidente durante el cautiverio de Santa Anna y la dificultad de los líderes texanos para llevar a cabo sus planes. También ató las manos de las administraciones mexicanas que tuvieron poco margen de maniobra para reconocer públicamente la independencia de Texas. Por lo mismo, cuestiones que parecerían insignificantes o irracionales en el presente, como el "honor nacional", influyeron en las decisiones, como sigue ocurriendo hoy.

Las emociones son subjetivas y difíciles de capturar. Pero estaban ahí, no sólo coloreando la vida de las personas, sino también detrás de cada decisión, tanto individual cuanto colectiva. Preguntar cómo se vivió y sintió una guerra es arriesgado por el alto grado de subjetividad, pero es necesario para darle sentido. Requiere atención cuidadosa a cierto tipo de fuentes que suelen ser escasas, como las memorias de Santiago Tapia o el cuaderno militar de José Juan Sánchez Navarro. En lugar de imponer un modelo deductivo a las fuentes, hay que partir de la inducción. Como contrapunto es imprescindible conocer la semántica, el ambiente literario, los estilos y diccionarios de la época. En otras palabras, debemos conocer su "cultura". Además, algunos conceptos analíticos pueden resultar útiles, como los regímenes, comunidades y secuencias emocionales. Aunque haya limitaciones a este tipo de acercamiento, no se nos puede escapar que los humanos no somos seres del

todo racionales. Hay situaciones y decisiones que no adquieren todo su sentido sin tener en cuenta las pasiones, sobre todo en fenómenos que involucran emociones extremas, como una guerra. Son un ingrediente indispensable en la experiencia y la memoria humana. Por lo menos así era como lo entendían los contemporáneos de aquella época imbuida de romanticismo.

Sensibilizarse con la emocionalidad de la época hace visibles los sentimientos impresos en las fuentes, no sólo en las memorias de Tapia. Esa atmósfera cargada de emociones que generó la guerra fue materia prima para la retórica patriótica y nacionalista, expresada principalmente en la prensa, los panfletos, circulares y demás papeles públicos. De esa manera derivó en la conocida historia de bronce texana. La guerra de Texas dominó por varios lapsos el discurso público en México y hubiese podido erigirse en el panteón nacional, pero al final de cuentas aquella marejada de papeles fue opacada por la derrota. Desde la segunda parte del siglo XIX, la historia mexicana se escribió desde la retrospectiva del fracaso, en cuyas anteojeras esta guerra no fue más que un episodio de la crónica de una muerte anunciada. Por eso es importante seguir explorando preguntas que van más allá de explicar el éxito o fracaso del desarrollo del Estado mexicano.

Con todo, este ha sido un primer paso en el que quedan más preguntas que respuestas. Replantear este periodo con nuevos puntos de vista dejó muchos cabos sueltos que valdría la pena explorar más a fondo en futuras investigaciones. Aunque seguro habrá más, hay tres que quisiera recalcar. En primer lugar, ¿por qué el imperio español no integró la Luisiana y Texas en una sola provincia o región, con todas las ventajas comerciales y de comunicación –vías fluviales y puertos en el golfo– que ello implicaba? Existen pistas de sobra en archivos imperiales y regionales para elucidarlo, pero una investigación aparte es necesaria. En segundo lugar, queda pendiente explorar cómo las múltiples comunidades indígenas de la región, como los lipanes, comanches, kiowas, tehuacanos, vidais, tonkahuas, karankahuas, entre otros, interpretaron y vivieron la guerra de Texas, aunque su papel y las consecuencias que tuvo para ellas ya han sido explorados por historiadores como Brian DeLay y Sam Haynes. Para ello, hay que darse a la compleja tarea de distinguir y entender a cada una bajo sus propios regímenes y comunidades emocionales, así como su propio concepto de la guerra, lo cual, a mi jui-

cio, podría lograrse mediante trabajo etnográfico. Por último, lo mismo ocurre con las comunidades afrodescendientes. Este libro dejó algunas pistas al respecto, como las comunidades de libertos en Matamoros, los fugitivos que aprovecharon los momentos de mayor caos e incertidumbre para buscar la libertad y cómo fueron interpretados por los militares mexicanos. Y aunque el papel de la esclavitud y la lógica de los combatientes en esta guerra ya han sido esclarecidos en la historiografía, aún puede hacerse más para centrarse en las experiencias, interpretaciones y vivencias propias de aquella comunidad.

***

Para entender cómo la guerra de Texas fue un factor histórico vivo durante un tiempo prolongado, más allá de que resultase o no en la pérdida del territorio y el malogro del Estado mexicano, puede rescatarse una idea central de la escuela estadunidense de frontera ("Borderlands"). Esta es, que aquel fenómeno social afecta al carácter de las instituciones de las metrópolis y el centro, no sólo viceversa. Siguiendo las ideas de Frederick Jackson Turner, quien recalcó el papel del avance de la frontera en el desarrollo del carácter estadunidense, David Weber concluyó, en su obra clásica sobre el tema, que "ningún historiador ha argumentado que la lejana frontera norte de México, de California a Texas, tuvo algún efecto, negativo o positivo, en el carácter o instituciones mexicanas".[2] A la inversa, para su escuela, la frontera septentrional representa el pasado: la vieja colonización hispana de tierra adentro, sepultada bajo el expansionismo estadunidense y la negligencia de México como nación independiente para sostener las instituciones tradicionales.

Esta guerra de fronteras tuvo un impacto constante y significativo en el desarrollo histórico de México y de Norteamérica. Desde el punto de vista de los Estados, fue una preocupación constante que generó una enorme avalancha de papel, formó parte de las discusiones en torno a la forma de gobierno, fue un elemento significativo en el desmoronamiento de las administraciones y estimuló el desarrollo de las contribuciones fiscales. En cuanto a las fuerzas armadas, formó en la guerra a toda una generación de militares. Gran parte de quienes ocupaban los escalafones

[2] Weber, *The Mexican frontier*, 1982, pp. 273-285.

más altos o lo harían en la segunda mitad del siglo, como fue el caso de Santiago Tapia, estuvieron involucrados en ese conflicto y lo mismo podría argumentarse del caso texano. También exacerbó lo que la sociedad mexicana en ese momento consideraba los vicios del ejército: su corrupción y abusos con los bagajes, los alojamientos y el reclutamiento. Estas instituciones, o usos y costumbres si se prefiere, les permitían sobrevivir en condiciones extremadamente paupérrimas y decadentes, pero con un costo social significativo.

El Ejército del Norte fue la manifestación institucional más concreta del conflicto bélico. Lo que inició como una fuerza expedicionaria, poco a poco se amalgamó a las condiciones fronterizas, absorbiendo parte de las tradiciones de larga data al tiempo que apuntalaba lo que se convertiría en la nueva frontera. La investigación enfatizó los aspectos violentos de la guerra. Pero no hay que olvidar que, paradójicamente, también dio lugar a transmisiones culturales e intercambios comerciales. Como muestran los casos de Juan Nepomuceno Seguín, Antonio Canales y Thomas Jefferson Green, en el conflicto comenzaron a formarse dinámicas derivadas del establecimiento de una línea fronteriza en el río Bravo sobre lazos comerciales, familiares y culturales preexistentes.

No menos importante fue el otro escenario de la guerra: el del Golfo de México. Este es significativo porque fue el primer gran conflicto librado en el nuevo ecosistema geopolítico y comercial. A diferencia de lo que suele creerse, tuvo un impacto enorme en México y en los demás actores que ocupaban ese espacio. Formó parte de un fenómeno de mayor envergadura: el desarrollo y el mayor contacto entre regiones que estuvieron en la periferia durante el periodo colonial, como Nueva Orleans, Texas, Matamoros, Tampico y Yucatán. Las conexiones entre estos puertos incrementaron los movimientos de personas, ideas, productos y enfermedades. La guerra de Texas fue el aspecto conflictivo de ese entorno. Esto es: la lucha por el control de esos puntos neurálgicos mediante bloqueos, piratería y enfrentamientos navales directos. Incluso impulsó una carrera armamentística de pequeña escala, en el contexto del desarrollo de nuevas tecnologías como los barcos de vapor y los cañones con municiones explosivas. Representaron un enorme gasto para los erarios de Texas y México, pero ninguna de las dos armadas logró la victoria definitiva.

***

El fuego nunca se apagó. Se mantuvo vivo, debilitando a ambas repúblicas, hasta provocar un incendio mucho mayor. La invasión estadunidense de México está intrínsecamente vinculada a los diez años de conflicto por Texas. Fue, a final de cuentas, una guerra sin final que nadie ganó.

FUENTES CONSULTADAS

ARCHIVOS

AGEY	Archivo General del Estado de Yucatán.
AGI	Archivo General de Indias.
AGN	Archivo General de la Nación.
AHM	Archivo Histórico de Matamoros.
AHC	Austin History Center.
AHSDN	Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.
BCAH	Briscoe Center for American History.
BLAC	Benson Latin American Collection.
CEHM	Centro de Estudios de Historia de México.
DAP	Digital Austin Papers.
UTRGV-AHSRE	The University of Texas Rio Grande Valley/Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

HEMEROGRAFÍA

Democratic Telegraph and Texas Register, Texas, Houston.
El Correo Atlántico, Lusiana, Nueva Orleans.
El Fénix de la Libertad, ciudad de México.
El Mosquito Mexicano, ciudad de México.
El Siglo Diez y Nueve, ciudad de México.
La Sociedad, ciudad de México.

La Verdad Desnuda, ciudad de México.
Liverpool Standard and General Commercial Advertiser, Liverpool.
London Evening Standard, Londres.
Morning Chronicle, Londres.
New York Journal of Commerce, Nueva York.
New York Tribune, Nueva York.
Seminario México Tenochtitlan.
St. James's Chronicle, Londres.
Telegraph and Texas Register, Texas, Austin/Houston.
The Hesperian, Ohio.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Ephraim Douglass (ed.), *British diplomatic correspondence concerning the Republic of Texas, 1838-1846*, Austin, The Texas State Historical Association, 1918.

Adams, Gulick Charles *et al.* (eds.), *The papers of Mirabeau Buonaparte Lamar*, Austin, The Pemberton Press, 1968, vol. v.

Almaráz, Félix Díaz, *Tragic cavalier: Gov. Manuel Salcedo of Texas, 1808-1813*, Austin, University of Texas Press, 1971.

Alvarez, C. J., *Border land, border water. A history of construction on the US-Mexico divide*, Austin, University of Texas Press, 2019.

Aquino Sánchez, Faustino A., "Y todo lo que huela a esclavitud", *BiCentenario. El Ayer y Hoy de México*, núm. 4, 2009.

Aram, Bethany, "¿Entre dos mares? Reflexiones a partir de la historia atlántica y hacia tres conceptos de la historia global", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, núm. 19, 2019.

Archer, Christon I., *The army in Bourbon Mexico, 1760-1810*, Albuquerque, New Mexico Press, 1977.

Archer, Christon I., "The army of New Spain and the wars of independence, 1790-1821", *The Hispanic American Historical Review*, vol. 61, núm. 4, 1981, pp. 705-14. https://doi.org/10.2307/2514611.

Archer, Christon I., *El ejército en el México borbónico, 1760-1810*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Austin Holley, Mary, *The Texas diary, 1835-1838*, Austin, University of Texas Press, 1965.

Austin Holley, Mary, *Texas*, Austin, Texas State Historical Association, 1990 [1836].

Ávila, Alfredo, "Las revoluciones hispanoamericanas vistas desde el siglo XXI", *Revista de Historia Iberoamericana*, vol. 1, núm. 1, 2008, pp. 10-39. DOI: 10.3232/RHI.2008.V1.N1.01

Ávila Bentata, Salvador Daniel, "Adrien Woll: guerra de sombras (1836-1842)", tesis de licenciatura, México, UNAM, 2023.

Barker, Eugene C., "The Tampico expedition", *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, vol. 6, núm. 3, 1903, pp. 169-86. http://www.jstor.org/stable/30242681.

Barker, Eugene C., "The finances of the Texas revolution", *Political Science Quarterly*, vol. 19, núm. 4, 1904, pp. 612-635. https://doi.org/10.2307/2140324.

Barker, Eugene C., "President Jackson and the Texas revolution", *The American Historical Review*, vol. 12, núm. 4, 1907, pp. 788-809, https://doi.org/10.2307/1839188.

Barker, Eugene C., *The life of Stephen F. Austin*, Nashville, Cokesbury Press, 1925.

Barker, Eugene C., "The annexation of Texas", *The Southwestern Historical Quarterly*, 50, núm. 1, 1946, pp. 49-74.

Barr, Alwyn, *Texans in revolt: The Battle for San Antonio, 1835*, Austin, University of Texas Press, 1990.

Barreiro, Miguel, *Resumen del Comisario de División del Ejército de Operaciones sobre Tejas*, Matamoros, Mercurio, 1837.

Baumgartner, Alice L., *South to freedom: Runaway slaves to Mexico and the road to the civil war*, Nueva York, Basic Books, 2020.

Becerril Hernández, Carlos de Jesús, "Aspectos jurídicos de las instituciones fiscales novohispanas" en Ernest Sánchez Santiró y Yovana Celaya Nández (coords.), *Fiscalidad e instituciones. Los erarios regio, eclesiástico y municipal en Nueva España: coexistencia e interrelaciones*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad Veracruzana, 2019, pp. 37-64.

Bell, David A., "The Atlantic revolutions" en David Motadel (ed.), *Revolutionary world: Global upheaval in the modern age*, Cambridge, University Press, 2021, pp. 38-65.

Benson, Nettie Lee, "Texas as viewed from Mexico, 1820-1834", *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 90, núm. 3, 1987, pp. 219-291.

Berlandier, Luis y Rafael Chovell, *Diario de viaje de la Comisión de Límites bajo dirección de D. Manuel de Mier y Terán*, México, Juan R. Navarro, 1850.

Berman, Marshall, *All that is solid melts into air. The experience of modernity*, Nueva York, Penguin Books, 1988.

Bonilla, Antonio, *Breve compendio de la historia de Texas 1772*, México, Boletín del Archivo General de la Nación, Secretaría de Gobernación, 1a. serie, t. IX, núm. 4, octubre-diciembre, 1938, pp. 677-730.

Bosch García, Carlos, "Dos diplomacias y un problema", *Historia Mexicana*, vol. 2, núm. 1, 1952, pp. 46-65.

Bureau of Ocean Energy Management, Office of Environment, *Wakes across the Gulf: historic sea lanes and shipwrecks in the Gulf of Mexico*, New Orleans, US Department of the Interior, 2021. Reporte técnico núm. 2021-057.

Campbell, Stephen W., "The transatlantic financial crisis of 1837" en *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History*, 2017, pp. 1-27. DOI: 10.1093/acrefore/9780199366439.013.399

Campos Cordero, José Roberto, "El ejército de operaciones sobre Texas de 1835-1836: análisis de un caso de movilización militar del Estado decimonónico mexicano", tesis de licenciatura, México, Centro de Estudios Internacionales/El Colegio de México, 2020.

Campos Cordero, José Roberto, "Historiografía militar de la primera república federal mexicana, 1990-2024" en Josefina Zoraida Vázquez y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Para seguir pensando el federalismo. Historiografías y agendas de investigación recientes sobre la primera república mexicana, 1823-1835*, México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 2025, pp. 157-196.

Campos Cordero, José Roberto, "El batallón de sudaneses de Egipto en México: una historia paralela" en Héctor Strobel (coord.), *El combate de camarón y otros episodios de la intervención francesa*, México, SRE/Gob. del Estado de Veracruz, 2023, pp. 291-330.

Campos Cordero, José Roberto, "Reseña de El poder judicial en México durante la primera república central, 1836-1843; ¿Un guardián de los derechos?", *Iuris Tantum*, vol. 37, núm. 38, 2023, pp. 173-180. https://doi.org/10.36105/iut.2023n38.09

Campos Goenaga, María Isabel, "Yucatán: entre el privilegio de la corona y el azote de la naturaleza", *Nueva Época*, vol. 10, núm. 29, septiembre-diciembre, 2003, pp. 1-18.

Careaga Viliesid, Lorena, *De llaves y cerrojos: Yucatán, Texas y Estados Unidos a mediados del siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2000.

Carrigan, Jo Ann, "Impact of epidemic yellow fever on life in Louisiana", *Louisiana History: The Journal of the Louisiana Historical Association*, vol. 4, núm. 1, 1963, pp. 5-34.

Ceja Andrade, Claudia, *La fragilidad de las armas. Reclutamiento, control y vida social en el ejército en la ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma de Querétaro/El Colegio de Michoacán, 2022.

Chan, Christina H., Ashleigh T. Tuite y David N. Fisman, "Historical epidemiology of the second cholera pandemic: Relevance to present day disease dynamics", *PLOS ONE*, vol. 8, núm. 8, 2013, https://doi.org/10.1371/journal.pone.0072498.

Chevalier, François, *La formación de los grandes latifundios en México (tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII)*, México, Problemas Agrícolas e Industriales de México, vol. 8, núm. 1, 1956.

Chovel, Rafael y Luis Berlandier, *Diario del viaje de la comisión de límites que puso el gobierno de la república, bajo la dirección del general de división Manuel de Mier y Terán*, México, Juan R. Navarro, 1850.

"Constitution of Republic of Texas", *Laws of the Republic of Texas*, Houston, Office of the Telegraph, 1838, 2 vols.

Cook, G. C., "Influence of diarrhoeal disease on military and naval campaigns", *J R Soc Med*, vol. 94, núm. 2, 2001, pp. 95-97. DOI: 10.1177/014107680109400217.

Corominas, Juan, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 3a. ed., 4a. reimpresión, 1987.

Costeloe, Michael P., *The central Republic in Mexico, 1835-1846*, Cambridge, University Press, 1993.

Covarrubias Orozco, Sebastián, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Luis Sánchez, 1611.

Covarrubias, José Enrique (comp.), *Tadeo Ortiz de Ayala. Páginas sobre historia y geografía de México*, México, UNAM, 1996.

Covarrubias, José Enrique, "Tadeo Ortiz de Ayala" en Virginia Guedea (coord.), *Historiografía Mexicana. Volumen III: El surgimiento de la historiografía nacional*, México, IIH-UNAM, 1997, pp. 257-276.

Covarrubias, José Enrique, "La ciencia del gobierno, la economía política y la utilidad en el ideario de Campomanes y Jovellanos, s. XVIII" en *En busca del hombre útil. Un estudio comparativo del utilitarismo neomer-*

cantilista en México y Europa, 1748-1833, México, IIH-UNAM, 2005, pp. 231-268.

Craib, Raymond B., *Cartographic Mexico. A history of State fixations and fugitive landscapes*, Londres, Duke University Press, 2004.

Cramaussel, Chantal, "El Bolsón de Mapimí: un hábitat indígena en la época colonial" en Patricia Osante *et al.*, *Caminos y vertientes del septentrión mexicano: homenaje a Ignacio del Río*, México, IIH-UNAM, 2020, pp. 168-188.

Cruz Barney, Óscar, *El régimen jurídico del curso marítimo: el mundo indiano y el México del siglo XIX*, México, IIJ-UNAM, 1997.

Cruz García, Horacio, "El entierro de la pierna de Santa Anna", *BiCentenario. El Ayer y Hoy de México*, núm. 58, 2023.

Davison, Tom, "Santa Anna's suicide" en Francis Edward Abernethy, Jerry Bryan Lincecum y Frances B. Vick (eds.), *The family Saga*, Denton, University of North Texas Press, 2003, pp. 102-129.

Degroot, Degomar, *The frigid golden age, climate change, the little ice age, and the dutch republic, 1560-1720*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019.

Degroot, Degomar *et al.*, "The history of climate change and society", *Environmental Research Letters*, núm. 12, 2022, pp. 1-35. https://doi.org/10.1088/1748-9326/ac8faa

DeLay, Brian, "Independent Indians and the U.S.-Mexican war", *American Historical Review*, núm. 112, 2007, pp. 35-68.

DeLay, Brian, *War of a thousand deserts. Indian raids and the U. S.-Mexican war*, New Haven, Yale University Press, 2008.

Díaz Casas, María Camila, "Interrogando el archivo: registros sobre esclavos en el Tejas mexicano, 1821-1836", *Diario de Campo*, cuarta época, año 2, núm. 5, 2019, pp. 67-81.

Díaz Díaz, Fernando, *Caudillos y caciques: Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, México, El Colegio de Mexico, 1972.

Diccionario de Autoridades 1726-1739, Madrid, Real Academia Española, 1732, t. II.

Diccionario marítimo español, redactado por orden del rey nuestro señor, Madrid, Imprenta Real, 1831.

Dienst, Alex, "The navy of the Republic of Texas", *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, vol. 13, núm. 1, 1909, pp. 1-43.

Dios de Bonilla, Juan, *Historia marítima de México*, México, Litorales, 1962.

Dittman, Ralph E., "Santa Anna's Battle of New Orleans", *Louisiana History: The Journal of the Louisiana Historical Association*, vol. 25, núm. 2, 1984, pp. 189-197.

Dublán, Manuel y José María Lozano, *Legislación mexicana ó colección completa de las disposiciones legislativas expendidas desde la Independencia de la República*, México, Imprenta del Comercio, 1876, tt. I-III.

Elden, Stuart, *The birth of territory*, Chicago, The University of Chicago Press, 2013.

Elliot, John, *Empires of the Atlantic world. Britain and Spain in America 1492-1830*, New Haven, Yale University Press, 2006.

Epperson, Jean L., "Jean Laffite and corsairs on Galveston bay", *The Laffite Society Chronicles*, vol. III, núm 2, julio, 1997, pp. 5-7.

Espagne, Michel, "Más allá del comparatismo, el método de las transferencias culturales", trad. Mirella Romero Recio y Paulo Fontao Schiavone, *Revista de Historiografía*, núm. 6, 2007, pp. 4-13.

Filisola, Vicente, *Representación dirigida al Supremo Gobierno por el General Vicente Filisola en defensa de su honor y aclaración de sus operaciones como general en jefe del Ejército sobre Tejas*, México, Ignacio Cumplido, 1836.

Filisola, Vicente, *Análisis del diario militar del general José Urrea durante la primera campaña de Tejas*, Matamoros, Mercurio, 1838.

Filisola, Vicente, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, México, Ignacio Cumplido, 1849, 2 vols.

Flores Escalante, Justo Miguel, "Repúblicas centrales y disidencia federalista en Yucatán, 1835-1846" en Josefina Zoraida Vázquez Vera (coord.), *Los centralismos mexicanos, 1835-1846*, México, El Colegio de México, 2021, pp. 253-284.

Fowler, Will, "El pensamiento político de los santanistas, 1821-1855" en Luis Jáuregui y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Historia y nación (actas del Congreso en homenaje a josefina Zoraida Vázquez). Vol. II: Política y diplomacia en el siglo XIX mexicano*, México, El Colegio de México, 1998, pp. 183-226.

Fowler, Will, *Santa Anna of Mexico*, Nebraska, University Press, 2007.

Fowler, Will, *Independent Mexico: The pronunciamiento in the age of Santa Anna, 1821-1858*, Nebraska, University Press, 2016.

Furstenberg, François, "The significance of the Trans-Appalachian frontier in Atlantic history", *The American Historical Review*, vol. 113, núm. 3, 2008, pp. 647-677.

García Acosta, Virginia, "Vulnerabilidad y desastres: génesis y alcances de una visión alternativa" en Mercedes González de la Rocha y Gonzalo A. Saraví (coords.), *Pobreza y vulnerabilidad: debates y estudios contemporáneos en México*, México, CIESAS, 2018, pp. 212-239.

García Acosta, Virginia y Raymundo Padilla Lozoya, "El Catálogo de huracanes" en Virginia García Acosta y Raymundo Padilla Lozoya (coords.), *Historia y memoria de los huracanes y otros episodios hidrometeorológicos extremos en México. Cinco siglos: del año 5 pedernal a Janet*, México, CIESAS/Universidad de Colima/Universidad Veracruzana, 2021.

García García, Luis Alberto, *Frontera armada*, México: FCE/CIDE, 2021.

García, Genaro (ed.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Porrúa, 2a. edición, 1974.

García de León, Manuel, *Misericordia. El destino trágico de una collera de apaches en la Nueva España*, México, FCE, 2017.

García Martínez, Bernardo, "El espacio del (des)encuentro" en Manuel Ceballos Ramírez (coord.), *Encuentro en la frontera. Mexicanos y norteamericanos en un espacio común*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte/Universidad Autónoma de Tamaulipas, 2001, pp. 19-51.

Garriga Acosta, Carlos, "¿Qué era la Constitución de Cádiz?" en Breña (ed.), *Cádiz a debate: actualidad, contexto y legado*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 153-173.

Gerhard, Peter, "La frontera septentrional" en *La frontera norte de la Nueva España*, México, UNAM, 1996, pp. 15-52.

González Navarro, Moisés, "Racism and mestizaje" en Jaime E. Rodríguez O. y Kathryn Vincent, *Common border, uncommon paths: race, culture, and national identity in U.S.-Mexican relations*, Wilmington, SR Books, 1997, pp. 43-66.

González Ortiz, María Cristina, "La anexión de Texas en la correspondencia de los enviados norteamericanos a la República de Texas, 1836-1845" en Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Basante (coords.), *Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, México, IIH-UNAM/Instituto Mora, 1997, pp. 65-122.

González-Quiroga, Miguel Ángel, *War and peace on the Rio Grande frontier, 1830-1880*, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 2020.

Gortari Rabiela, Hira de, "La organización político-territorial del sistema centralista" en Josefina Zoraida Vázquez Vera (coord.), *Los centra-*

lismos mexicanos, 1835-1846, México, El Colegio de México, 2021, pp. 69-104.

Graf, Leroy P., "Colonizing projects in Texas south of the Nueces, 1820-1845", *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 50, núm. 4, 1947, pp. 431-448.

Green, Thomas Jefferson, *Journal of the Texian expedition against Mier; subsequent imprisonment of the author, his sufferings and final escape from the Castle of Perote*, Nueva York, Harpers, 1845.

Guardino, Peter, *The dead march: A history of the Mexican-American war*, Cambridge, Harvard University Press, 2017.

Guedea, Virginia, "Las primeras elecciones populares en la Ciudad de México. 1812-1813", *Estudios Mexicanos*, vol. 7, núm. 1, 1991, pp. 1-28.

Guedea, Virginia, "El golpe de Estado de 1808", *Revista de la Universidad de México*, núm. 488, septiembre, 1991, pp. 21-24.

Guedea, Virginia, *En busca de un gobierno alterno. Los Guadalupes de México*, México, UNAM, 2010.

Guerrero Aguilar, Antonio, "El noreste mexicano en la obra de Manuel Payno", *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, núm. 22, 2007, pp. 13-44.

Guerrero, Omar, "Historia de la carrera administrativa en México" en *El funcionario, el diplomático y el juez*, México, UG/IAPG/INAP/Plaza y Valdés Editores, 1998, pp. 433-465.

Gutiérrez Ibarra, Celia, *Cómo México perdió Texas. Análisis y transcripción del informe secreto (1834) de Juan Nepomuceno Almonte*, México, INAH, 1987.

Hale, Charles A., *Mexican liberalism in the age of Mora*, New Haven, Yale University Press, 1968.

Hämäläinen, Pekka, *The Comanche Empire*, New Haven, Yale University Press, 2008.

Harris III, Charles H., *A Mexican family empire: The* latifundio *of the Sánchez Navarro Family, 1765-1867*, Austin, University of Texas Press, 1975.

Haynes, Sam W., *Unsettled land. From revolution to Republic, The struggle for Texas*, New York, Basic Books, 2022.

Heinz, Karl Marquant, *The global schooner: Origins, development, design and construction, 1695-1845*, Maryland, Naval Institute Press, 2003.

Henson, Margaret S., *Anahuac in 1832: The cradle of the Texas revolution*, Anahuac, Fort Anahuac Committee of the Chambers County Historical Commission, 1982.

Henson, Margaret S., *Juan Davis Bradburn, A reappraisal of the Mexican commander of Anahuac*, College Station, Texas A&M University Press, 1982.

Heredia González, Emmanuel, *El poder judicial en México durante la primera república central, 1836-1843*, México, Tirant lo Blanch, 2022.

Herrera, Octavio, "Tamaulipas ante la guerra de invasión norteamericana" en Josefina Z. Vázquez (coord.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, México, El Colegio de México, 1998, pp. 524-558.

Herrera, Octavio, *El norte de Tamaulipas y la conformación de la frontera México-Estados Unidos, 1835-1855*, Ciudad Victoria, El Colegio de Tamaulipas, 2003.

Herrera, Octavio, "Con el septentrión en un puño. Joaquín de Arredondo y las Provincias Internas de Oriente durante la guerra de independencia" en Jaime Olveda (coord.), *Los comandantes realistas y la guerra de Independencia*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2011, pp. 109-174.

Herrera, Octavio, *Matamoros, historia de una ciudad heroica, leal e invicta en la frontera y noreste de México*, Matamoros, Gobierno de la Heroica Matamoros, 2018.

Hogg, Ian V., *The complete illustrated encyclopedia of the world's firearms*, Nueva York, A&W Publishers, 1978.

House documents, otherwise publ. as executive documents, 13th Congress, 2nd Sesión-49th Congress, 1st Session, Washington, Government Printing Office, 1880, vol. 12.

Hutchinson, C. Alan, "General José Antonio Mexía and his Texas interests", *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 82, núm. 2, 1978, pp. 117-142.

Ibarra, Antonio, "El mercado interno novohispano en el diluvio: guerra civil, comercio directo y reorganización espacial, 1813-1818", *América Latina en la Historia Económica*, vol. 28, núm. 2, 2021, pp. 1-44. DOI: 10.18232/alhe.1275

Jacoby, Karl, "Review. Indigenous empires and native nations: Beyond history and ethnohistory in Pekka Hämäläinen the comanche empire", *History and Theory*, vol. 52, núm. 1, 2013, pp. 60-66.

Jáuregui, Luis, "Una nueva perspectiva sobre la fiscalidad de la primera república federal mexicana: el caso de la comisaría de Nuevo León,

1824-1835", *Historia Mexicana*, vol. 68, núm. 2, 2018, pp. 509-555. https://doi.org/10.24201/hm.v68i2.3745

Jáuregui, Luis, "El erario mexicano centralista" en Josefina Zoraida Vázquez Vera (coord.), *Los centralismos mexicanos, 1835-1846*, México, El Colegio de México, 2021, pp. 137-166.

Jáuregui, Luis y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Historia y nación (actas del Congreso en homenaje a Josefina Zoraida Vázquez). Vol. II: Política y diplomacia en el siglo XIX mexicano*, México, El Colegio de México, 1998.

Jiménez Codinach, Guadalupe, "Niños de la independencia, dirigentes de la nación, 1800-1890" en Luis Jáuregui y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Historia y nación (actas del Congreso en homenaje a Josefina Zoraida Vázquez). Vol. II: Política y diplomacia en el siglo XIX mexicano*, México, El Colegio de México, 1998, pp. 143-156.

Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

Koselleck, Reinhart, "Introducción a estratos del tiempo", *Prismas*, núm. 25, 2021, pp. 119-124.

Lafora, Nicolás, *Relación de el viaje que de orden del virrey Marques de Cruillas hizo el capitán de ingenieros Nicolás Lafora en compañía del mariscal de campo Marqués del Rubí, comisionado por su majestad a la revista de los presidios internos, situados en las fronteras de la América septentrional* [manuscrito de 1768], consultado en la Biblioteca Digital Hispánica.

Leyva Gutiérrez, Nancy S., "Iglesia secular y oligarquía local en el noreste de la Nueva España (siglos XVII-XVIII)", tesis de doctorado, México, El Colegio de Michoacán, 2022.

Ludlow, Leonor y Carlos Marichal, "Cronología de la deuda pública, 1821-1910" en *Un siglo de deuda pública en México*, México, El Colegio de México, 1998, pp. 238-264.

Lutschaunig, Alfred, *New Spanish and English nautical, maritime and technical dictionary,* Londres, Trübner & Co., 1869.

Lyon, David y Rif Winfield, *The Sail & Steam Navy List. All the ships of the Royal Army 1815-1889*, Londres, Chatham Publishing, 2004.

Mak, James y Gary M. Walton, "Steamboats and the great productivity surge in river transportation", *The Journal of Economic History*, vol. 32, núm. 3, 1972, pp. 619-640.

Marichal, Carlos, "El peso de plata hispanoamericano como moneda universal del Antiguo Régimen (siglos XVI a XVIII)" en Carlos Ma-

richal, Steven Topik y Zephyr Frank, *De la plata a la cocaína. Cinco siglos de historia económica de América Latina, 1500-2000*, México, El Colegio de México/FCE, 2017, pp. 37-75.

Martínez Caro, Ramón, *Verdadera idea de la primera campaña de Tejas y sucesos ocurridos después de la acción de San Jacinto*, México, Imprenta de Santiago Pérez, 1837.

Martínez Carmona, Gabriel, "Deuda externa y reconocimiento. Triangulación de intereses en el conflicto México-Texas, 1837-1844", *Historia Mexicana*, vol. 72, núm. 1(285), julio-septiembre, 2022, pp. 7-42.

McCurdy, John Gilbert, *Quarters; The accommodation of the British army*, Ithaca, Cornell University Press, 2019.

McNeill, John Robert, *Mosquito empires. Ecology and war in the great Caribbean, 1620-1914*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010.

Medina Bustos, José Marcos e Iván Aarón Torres Chon, "José Urrea: trayectoria política y bases de poder territorial en Durango y Sonora. 1821-1849", *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, núm. 53, 2017, pp. 1-20. DOI: 10.1016/j.ehmcm.2016.10.001

Medina Peña, Luis, *Los bárbaros del Norte. Guardia Nacional y política en Nuevo León, siglo XIX*, México, FCE/CIDE, 2014.

Meed, Douglas V., *Fighting Texas navy 1832-1843*, Plano, Republic of Texas Press/Taylor Trade Publishing, 2001.

Miranda Arrieta, Eduardo, "Nicolás Bravo. Del desafío independentista a la época republicana", *Tzintzun*, núm. 48, enero-diciembre, 2008, pp. 41-68.

Miravet Salvador, Nerea, "¿Cuán nueva es la aceleración contemporánea? Historia conceptual y crítica del tiempo", *Conceptos Históricos*, vol. 5, núm. 7, 2019, pp. 98-127.

Montejano, David, *Anglos and Mexicans in the making of Texas, 1836-1986*, Austin, University of Texas Press, 1987.

Moore, Francis, jr., *Map and description of Texas*, Philadelphia, H. S. Tanner, 1840.

Moorhead, Max L., *The presidio. Bastion of the Spanish borderlands*, Oklahoma, University Press/Norman, 1975.

Morado Macías, César, "Aspectos militares: tres guerras ensambladas (1835-1848)" en Miguel Ángel González-Quiroga y César Morado

Macías, *Nuevo León ocupado: aspectos de la guerra México-Estados Unidos*, Monterrey, Fondo Editorial Nuevo León, 2006, pp. 71-128.

Moreno Gutiérrez, Rodrigo, "Historia social y cultural de la guerra y de las fuerzas armadas" en María del Pilar Martínez López-Cano (coord.), *Enfoques y perspectivas para la historia de Nueva España*, México, IIH-UNAM, 2021, pp. 311-334.

Morgenthau, Hans J., *Politics among nations*, Nueva York, A. Knopf, 3a. ed., 1963.

Moscoso, Javier, *Historia cultural del dolor*, México, Taurus, 2011.

Muir, Andrew F. (ed.), *Texas in 1837. An anonymous contemporary narrative*, Austin, University of Texas Press, 1958.

Nance, Joseph Milton, *After San Jacinto. The Texas-Mexican frontier, 1836-1841*, Austin, University of Texas Press, 1963.

Nance, Joseph Milton, *Attack and counterattack. The Texas-Mexican frontier, 1842*, Austin, University of Texas Press, 1964.

Nelson, Robert Earl, "Britain and the annexation of Texas, with particular reference to the slavery question (1836-1845)", tesis de maestría, The University of Montana, 1964.

North, Douglass C., *Institutions, institutional change and economic performance*, Cambridge, University Press, 1990.

Oliver-Smith, Anthony, "Theorizing disasters. Nature, power and culture" en Susanna M. Hoffman y Anthony Oliver-Smith (eds.), *Catastrophe & culture. The anthropology of disaster*, Santa Fe, School of American Research Press, 2002, pp. 23-48.

Olveda, Jaime (coord.), *Los comandantes realistas y la guerra de independencia*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2011.

Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación de sus ejércitos, Madrid, Oficina de Antonio Marín, 1768.

Ortiz de Ayala, Tadeo, *México considerado como nación independiente y libre, ó sea algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*, Burdeos, Carlos Lawalle Sobrino, 1832.

Ortiz de Ayala, Tadeo, *Resumen de la estadística del imperio mexicano*, México, UNAM, 3a. ed., 1991 [1822].

Ortiz Escamilla, Juan, *Guerra y gobierno: los pueblos y la independencia de México*, México, Instituto Mora, 1997.

Ortiz Escamilla, Juan, "Los militares veracruzanos al servicio de la nación, 1821-1854" en Juan Ortiz Escamilla (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica siglos XVIII y XIX*, México, El Colegio de Méxi-

co/El Colegio de Michoacán/Universidad Veracruzana, 2005, pp. 255-270.

Ortiz Hernán, Sergio, "Caminos y transportes mexicanos al comenzar el siglo XIX", *Comercio Exterior*, Banco Nacional de Comercio Exterior, vol. XXIII, núm. X, 1973, pp. 1247-1251.

Ortiz-Hidalgo, Carlos y Sergio Pina-Oviedo, "Hematoxylin: Mesoamerica's gift to histopathology. Palo de Campeche (Logwood Tree), Pirates' most desired treasure, and irreplaceable tissue stain", *Int J Surg Pathol*, vol. 27, núm. 1, febrero, 2019, pp. 4-14. DOI: 10.1177/1066896918787652.

Ossorio y Florit, Manuel, *Diccionario de ciencias jurídicas, políticas y sociales*, Buenos Aires, Heliasta, 1981.

Otero, Mariano, "Consideraciones sobre la situación política y social de la república mexicana en el año de 1847" en *Obras*, México, Porrúa, 1995, pp. 97-137.

Pacheco Rojas, J. de la C., "El Colegio de Guadalupe y la consolidación del septentrión novohispano", *Gaceta de Museos*, núm. 68, 2017, pp. 4-15.

Palo jr., William A. de, *The Mexican national army, 1822-1852*, College Station, Texas A&M University Press, 2004.

Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío*, México, Porrúa, 1964 (edición original, 1891).

Payno, Manuel, *Bosquejo biográfico de los generales Iturbide y Terán*, México, Ignacio Cumplido, 1843.

Peña, José Enrique de la, *La rebelión de Texas: manuscrito inédito de 1836 por un oficial de Santa Anna*, México, J. Sánchez Garza, 1955.

Pérez-Serrano Jáuregui, Nicolás, "Cinco visiones de nuestros ejércitos: del Cid a la cibersoldado", *Estudios de Derecho Militar*, núm. 3, enero, 2020, pp. 67-116.

Pérez Toledo, Sonia, "El pronunciamiento de julio de 1840 en la ciudad de México", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, México, UNAM, 1993, vol. XV, pp. 31-45.

Pérez Zamarripa, Abisai, "La rebelión de los fieles contra el Estado liberal. Ciudadanía, legitimidad política y nación católica en la ciudad de puebla, 1821-1834", *Letras Históricas*, núm. 17, septiembre, 2017, pp. 71-94.

Polibio, *Historias*, trad. Manuel Balasch, Madrid, Gredos, 1991.

Portillo Valdés, José M., "Constitucionalismo antes de la Constitución. La economía política y los orígenes del constitucionalismo en España", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea, 28 de enero de 2007], *Coloquios*, 2007, pp. 1-25.

Prieto, Guillermo, *Vida cotidiana y crónicas viajeras*, México, Penguin Classics, 2018.

Rajchenberg S. E. y Héau-Lambert, C., "La frontera en la comunidad imaginada del siglo XIX", *Frontera Norte*, vol. 19, núm. 38, 2007, pp. 37-61. https://doi.org/10.17428/rfn.v19i38.1006

Ramsay, Jack C., *Jean Laffite: Prince of pirates*, Austin, Eakin Press, 1996.

Rathbun, L., "The debate over annexing Texas and the emergence of manifest destiny", *Rhetoric & Public Affairs*, vol. 4, núm. 3, 2001, pp. 459-493. DOI: 10.1353/rap.2001.0050.

Rather, Ethel Zivley, "Recognition of the Republic of Texas by the United States", *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, vol. 13, núm. 3, 1910, pp. 155-256.

Reddy, William M., *The navigation of feeling: A framework for the history of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

Reichstein, Andreas V., *Rise of the Lone Star. The making of Texas*, trad. Jeanne R. Wilson, College Station, Texas A&M University Press, 1989.

Reinhartz, Dennis, "The maps of Stephen F. Austin: an illustrated essay of the early cartography of Texas", *The Occasional Papers*, núm. 8, 2015, pp. 1-44.

Reséndez, Andrés, *Changing national identities at the frontier, Texas and New Mexico, 1800-1850*, Cambridge, University Press, 2004.

Reséndez Andrés, *The other slavery. The uncovered story of Indian enslavement in America*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 2016.

Rivera, Pedro de, *Diario y derrotero de lo caminado, visto, y observado en el discurso de la visita general de presidios, situados en las provincias internas de Nueva España*, Guatemala, Sebastián de Arebalo, 1736.

Robles, Vito Alessio, *Coahuila y Texas en la época colonial*, México, Porrúa, 1978.

Rodríguez Delgado, Esaú, "Exenciones al servicio de bagajes y alojamientos", *Boletín. Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 220, julio-diciembre, 2019, pp. 199-219.

Rodríguez Jimenéz, José María, "El presidio de San Antonio de Béjar en la estrategia defensiva de la frontera novohispana en el siglo XVIII",

tesis de doctorado, Madrid, Universidad de Castilla la Mancha, 2017.

Rodríguez Ruiz, Ignacio, "Algunas novedades sobre la delimitación fronteriza entre la monarquía hispánica y los Estados Unidos de América: la línea Adams-Onís", *Revista de Dret Històric Català*, núm. 14, 2015, pp. 53-89. DOI: 10.2436/20.3004.01.80

Rojas, Beatriz (comp. y estudio introductorio), *Documentos para el estudio de la cultura política de la transición: juras, poderes e instrucciones. 1808-1820*, México, Instituto Mora, 2005.

Rojas, Beatriz, "Los privilegios como articulación del cuerpo político de la Nueva España, 1750-1821" en *Cuerpo político y pluralidad de derechos. Los privilegios de las corporaciones novohispanas*, México, Instituto Mora/Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2007, pp. 45-84.

Rojas, Beatriz, "De las cuatro causas a la división de poderes", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 2020, t. XC, pp. 295-328.

Rosenwein, Barbara H., "Problems and methods in the history of emotions", *Passions in Context*, núm. 1, enero, 2010, pp. 2-32.

Rosenwein, Barbara H., *Generations of feeling. A history of emotions, 600-1700*, Cambridge, University Press, 2015.

Salvucci, Linda K. y Richard J. Salvucci, "The Lizardi brothers: A Mexican family business and the expansion of New Orleans, 1825-1846", *The Journal of Southern History*, vol. 82, núm. 4, 2016, pp. 759-788.

Sánchez, Joan-Eugeni, *Espacio, economía y sociedad*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1991.

Sánchez Lamego, Miguel, "La vida histórica de las fortificaciones de Campeche", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, vol. 45, núms. 5-6, 2018, pp. 305-333.

Sánchez Santiró, Ernest, "El comisario de Guerra en Nueva España (1727-1816): antecedentes y desarrollo institucional de una figura inserta en el control del gasto militar", *Iuris Tantum*, núm. 33, 2021, pp. 12-36. https://doi.org/10.36105/iut.2021n33.02.

Sánchez, Joan-Eugeni, *Espacio, economía y sociedad*, Barcelona, Siglo XXI, 1991.

Sánchez, José María, *Viaje a Texas en 1828-1829. Diario del teniente miembro de la Comisión de Límites*, México, Porrúa, 1939.

Sánchez Navarro, Carlos (ed.), *La guerra de Tejas, memorias de un soldado*, México, Polis, 1938.

Schoultz, Lars, *Beneath the United States. A history of U. S. policy toward Latin America*, Londres, Harvard University Press, 1998.

Serrano Álvarez, José Manuel, "Dominio, presencia militar y situados en Texas a mediados del siglo XVIII" en Carlos Marichal y Johanna von Grafenstein (coords.), *El secreto del imperio español: los situados coloniales en el siglo XVIII*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2012, pp. 237-250.

Serrano Ortega, José Antonio, *El contingente de sangre*, México, INAH, 1993.

Serrano Ortega, José Antonio y Manuel Chust, *¡A las armas! Milicia cívica, revolución liberal y federalismo en México, 1812-1846*, Madrid, Marcial Ponds/Universidad Michoacana, 2018.

Sheridan Prieto, Cecilia, "'Indios amigos'. Estrategias militares en la frontera noreste novohispana" en Juan Ortiz Escamilla (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica siglos XVIII y XIX*, México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán/Universidad Veracruzana, 2005, pp. 27-46.

Smith, Eugene W., *Trans-Atlantic passenger ships. Past and present*, Boston, George H. Dean Company, 1947.

Sodi Cuéllar, Ricardo y Carlos de Jesús Becerril Hernández, *Ordenanzas de Carlos III. Estudio introductorio*, México, Poder Judicial del Estado de México, 2022.

Solares Robles, Laura (comp.), *La obra política de Manuel Gómez Pedraza, 1813-1851*, México, Instituto Mora/Acervo Histórico Diplomático de la SRE, 1999.

Soto, Miguel, "La disputa entre Monclova y Saltillo y la independencia de Texas", *Tempus*, vol. 8, núm. 1, 1993, pp. 123-174.

Soto, Miguel, "Politics and profits. Mexican officials and land speculation in Texas, 1824-1835" en Sam Haynes y Gerald Saxon (eds.), *Contested empire rethinking the Texas revolution*, College Station, Texas A&M University Press, 2015, pp. 79-96.

Strobel, Héctor, *Resistir es vencer. Historia militar de la intervención francesa 1862-1867*, México, Grano de Sal, 2024.

Strobel, Héctor y Carlos Arellano González, "Ejército y fuerzas militares. Del Primer Imperio a la dictadura, 1821-1855" en Silvestre Villegas Revueltas e Iván Valdez-Bubnov (coords.), *Fuerzas armadas y*

formación del Estado en la historia de México siglos XIX y XX, México, IIH-UNAM, 2023, pp. 53-82.

Strobel, Héctor y José Roberto Campos Cordero, "Veracruz y el huracán de 1552" en Virginia García Acosta y Raymundo Padilla Lozoya (coords.), *Historia y memoria de los huracanes y otros episodios hidrometeorológicos extremos en México. Cinco siglos: del año 5 pedernal a Janet*, México, CIESAS/Universidad de Colima/Universidad Veracruzana, 2021, pp. 153-195.

Suárez Argüello, Ana Rosa, "Los temores de Texas a la reconquista mexicana (1836-1845)", *Secuencia*, núm. 8, mayo-agosto, 1987, pp. 177-185.

Suárez Argüello, Ana Rosa, "Santa Anna en Turbaco en 1856", *Secuencia*, núm. 66, septiembre-diciembre, 2006, pp. 147-157.

Suárez Argüello, Ana Rosa, "Tadeo Ortiz, un pionero en el istmo de Tehuantepec", *BiCentenario. El Ayer y Hoy de México*, núms. 29-30, 2016.

Sun Tzu, *El arte de la guerra*, Madrid, Trotta, 2001.

Swanlund, Charles, "Presidential politics in the Republic of Texas", *East Texas Historical Journal*, vol. 57, núm. 1, pp. 65-79.

Taracena Arriola, Arturo, *De héroes olvidados. Santiago Imán, los huites y los antecedentes bélicos de la guerra de Castas*, México, UNAM, 2015.

Teja, Jesús de la (ed.), *A revolution remembered. The memoirs and selected correspondence of Juan N. Seguín*, Austin, State House Press, 1991.

Tenenbaum, Barbara A., *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*, México, FCE, 1985.

"The Battle of San Jacinto (Texas)", *Annual Publication of the Historical Society of Southern California*, núm. 7 (1907-1908), pp. 194-197.

Tijerina, Andrés, *Tejanos and Texas under the Mexican flag 1831-1836*, Texas, A&M University Press, 1994.

Timmons, W. H., "Tadeo Ortiz and Texas", *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 72, núm. 1, 1968, pp. 21-33.

Thompson, Guy P. C., "Los indios y el servicio militar en el México decimonónico ¿leva o ciudadanía?" en Antonio Escobar Ohmstede (coord.), *Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX*, 1993, pp. 212-220.

Thurner, Mark y Jorge Cañizares-Esguerra, *The invention of Humboldt. On the geopolitics of knowledge*, Nueva York, Routledge, 2023.

Tjarks, Alicia V., "Comparative demographic analysis of Texas, 1777-1793", *The Southwestern Historical Quarterly*, 77, núm. 3, 1974, pp. 291-338.

Torget, Andrew J., *Seeds of empire, cotton, slavery, and the transformation of the Texas borderlands, 1800-1850*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2015.

Torre, Ernesto de la, "La política americanista de fray Servando y Tadeo Ortiz", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 8, 1980, pp. 67-84.

Torre, Ernesto de la, *Los Guadalupes y la independencia*, México, Porrúa, 1985.

Torre, Ernesto de la, "Un patriota jalisciense, Tadeo Ortiz de Ayala", *Humanitas Digital*, núm. 14, abril, 2021, pp. 534-692. https://humanitas.uanl.mx/index.php/ah/article/view/907.

Truester, Patrick, "Bad fathers, spurious daughters, and fratricidal projects", *Pacific Historical Review*, vol. 91, núm. 3, 2022, pp. 297-328. https://doi.org/10.1525/phr.2022.91.3.297.

Turner, Frederick Jackson, "El significado de la frontera en la historia americana", trad. Ana Rosa Suárez, *Secuencia*, núm. 7, enero-abril, 1987, pp. 187-207. http://dx.doi.org/10.18234/secuencia.v0i07.170

Uglow, Loyd, *A military history of Texas*, Denton, University of North Texas Press, 2022.

Urrea, José, *Diario de las operaciones militares de la división que al mando del general José Urrea hizo la campaña de Tejas*, Durango, Manuel Gonzáles, 1838.

Vallejo, Tío y Víctor Gayol, "Hacia el altar de la Patria. Patriotismo y virtudes en la construcción de la conciencia militar entre la reforma borbónica y la revolución de independencia" en Juan Ortiz Escamilla (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX*, México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán/Universidad Veracruzana, 2005, pp. 111-137.

Vázquez Mantecón, María del Carmen, *La palabra del poder. Vida pública de José María Tornel 1795-1853*, México, UNAM, 2008.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida, "La supuesta República del Río Grande", *Historia Mexicana*, vol. 36, núm. 1, 1986, pp. 49-80.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida, "Soldados alemanes en las huestes santanistas", *Anuario de Historia de América Latina*, núm. 25, 1988, pp. 415-436.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida (coord.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, México, FCE/El Colegio de México, 1998.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida, "Reflexiones sobre el ejército y la fundación del Estado mexicano" en Juan Ortiz Escamilla (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX*, México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán/Universidad Veracruzana, 2005, pp. 219-232.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida, "Los primeros tropiezos, 1824-1848" en *Historia general de México: versión 2000*, México, CEH-El Colegio de México, 9a. reimpr., 2008, pp. 525-582.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida, *Dos décadas de desilusiones: en busca de una fórmula adecuada de gobierno (1832-1854)*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2009.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida, "El centralismo, Texas y la agresión francesa" en *México, Gran Bretaña y otros países*, México, El Colegio de Mexico, 2010, pp. 127-54.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida, "Introducción" en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Los centralismos mexicanos, 1835-1846*, México, El Colegio de México, 2021, pp. 9-38.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida (coord.), *Los centralismos mexicanos, 1835-1846*, México, El Colegio de México, 2021.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida y José Antonio Serrano Ortega, "El nuevo orden, 1821-1848" en *Nueva historia general de México*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 397-442.

Vázquez Vera, Josefina Zoraida y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Práctica y fracaso del primer federalismo mexicano (1824-1835)*, México, El Colegio de México, 2012.

Velázquez, María del Carmen, *Tres estudios sobre las Provincias Internas de Nueva España*, México, El Colegio de México, 1979, vol. 87. https://doi.org/10.2307/j.ctv233nn0

Vigness, David M., "La expedición Urrea-Mejía", *Historia Mexicana*, vol. 5, núm. 2, 1955, pp. 211-219.

Villegas, Pascale, "Las costas de Yucatán, escenario de batallas navales durante la guerra Méjico-Tejas 1835-1837", *Caribbean Studies*, 44, núms. 1-2, 2016, pp. 187-204.

Villegas, Pascale, "El inicio de la explotación del palo de tinte en Yucatán a cargo de Marcos de Ayala Trujeque. Siglo XVI", *Temas Americanistas*, núm. 44, 2020, pp. 318-333. https://doi.org/10.12795/Temas-Americanistas.2020.i44.12.

Villegas, Pascale y Rosa Torras, "La extracción y exportación del palo de tinte a manos de colonos extranjeros. El caso de la B. Anizan y Cía.", *Secuencia*, núm. 90, septiembre-diciembre, 2014, México, pp. 79-93.

Washington, James Winters, "An account of the battle of San Jacinto", *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, núm. 6, 1902, pp. 139-144.

Warren, Harris Gaylord, *The sword was their passport. A history of American filibustering in the Mexican revolution*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1943.

Watson, Harry L., *Liberty and power: The politics of Jacksonian America*, Nueva York, Hill and Wang, 1990.

Weber, David J., *The Mexican frontier. 1821-1846. The American southwest under Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982.

Weckman, Luis, *La herencia medieval de México*, México, FCE/El Colegio de México, 2a. ed., 1a. reimpr., 1996.

Wells, Tom Henderson, *Commodore Moore & the Texas navy*, Austin, University of Texas Press, 1960.

Wiggings, Melanie, "Combatting yellow fever in Galveston, 1839-1905", *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 119, núm. 3, 2016, pp. 234-252. DOI: 10.1353/swh.2016.0018

Winchester, Peter, *Power, choice and vulnerability*, Londres, Routledge, 2014.

Wooster, Ralph A., "Texas military operations against Mexico, 1842-1843", *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 67, núm. 4, 1964, pp. 465-484.

Wulf, Andrea, *The invention of nature. Alexander von Humboldt's new world*, Nueva York, Vintage Books, 2015.

Zamora, Romina, "Trayectos constitucionales: de la oeconomía católica a la economía política", *Travesía*, suplemento electrónico, núm. 2, 2012, pp. 81-99.

Zamoyski, Adam, *Holy madness; Romantics, patriots and revolutionaries 1776-1871*, Nueva York, Viking, 2000.

Zivley Rather, Ethel, "Recognition of the Republic of Texas by the United States", *The Quarterly of the Texas State Historical Association*, vol. 13, núm. 3, 1910, pp. 155-256.

SOBRE EL AUTOR

José Roberto Campos Cordero

Es internacionalista por El Colegio de México y maestro en Historia por el Instituto Mora. Fue galardonado con la mención honorífica del Premio Atanasio Saravia por su tesis de licenciatura, *El ejército de operaciones sobre Texas (1835-1836)*, investigación que continuó en su maestría. Su obra explora las conexiones internacionales en la historia moderna de México, los aspectos ambientales y territoriales de la frontera norte, así como las dimensiones sociales y culturales de la guerra. Ha publicado capítulos y ensayos en volúmenes colectivos editados por la Secretaría de Relaciones Exteriores, El Colegio de México, la Universidad Autónoma de Aguascalientes y el CIESAS, así como textos de divulgación en las revistas *BiCentenario* y *La Silla Rota.* Actualmente reside en Austin, Texas, donde cursa el doctorado en la Universidad de Texas en Austin y escribe una historia ambiental sobre los animales salvajes de la frontera entre México y Texas.

La historia olvidada de la guerra de Texas
después de su independencia, 1835-1846
Edición realizada a cargo de la Subdirección de Publicaciones
del Instituto Mora. En ella participaron:
corrección de estilo, Estela García;
corrección de pruebas, Anastasia Rodríguez;
diseño de portada y formación de páginas, Fabián Díaz;
cuidado de la edición, Estela García y Natalia Macías.

Fecha de aparición en formato PDF:
5 de noviembre de 2026

¿Y si lo que conocemos como la guerra de Texas fue apenas el comienzo? Durante más de un siglo, la historia de Texas se ha contado como si todo hubiera terminado en 1836, con la batalla de San Jacinto. Pero para quienes la vivieron, la guerra apenas comenzaba. Lejos de ser un episodio breve, la llamada "Guerra de Texas" fue un conflicto prolongado que, entre 1835 y 1846, transformó la frontera norte de México, el Golfo de México y el destino de Norteamérica.

Este libro reconstruye esa guerra olvidada a través de las vidas de quienes la experimentaron: figuras conocidas como Antonio López de Santa Anna y Stephen Austin, pero también personajes menos conocidos como Mary Austin Holley o el cónsul Pizarro Martínez. En el centro emerge Santiago Tapia, un joven huérfano que entonces era soldado de a pie, cuyas memorias inéditas revelan la dimensión más humana del conflicto.

Entre campañas militares, escaramuzas fronterizas, incursiones marítimas, piratería, rebeliones regionales y disputas diplomáticas, esta historia muestra que las guerras no se deciden ni se viven sólo en el campo de batalla, sino también en las emociones, las incertidumbres y las experiencias individuales de quienes las viven.

Ciencia y Tecnología
Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación

45 Aniversario

Instituto Mora

ISBN 978-968-9749-44-8